



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

AGUSTÍN DE FOXÁ  
Y SU OBRA LITERARIA

LUIS SAGRERA Y MARTINEZ-VILLASANTE  
SECRETARIO DE EMBAJADA

# INDICE

PAGINAS

Introducción .....	13
<b>PARTE PRIMERA: Agustín de Foxá.</b>	
<b>CAPITULO I</b>	
Algunos datos históricos sobre la familia de Foxá .....	15
Nacimiento y niñez .....	16
Colegio del Pilar .....	22
Vinuesa y Ciudad Rodrigo .....	24
Juventud .....	25
Tertulias y primeras armas literarias .....	28
<b>CAPITULO II</b>	
“Los Crepúsculos”. Visitas a los cementerios románticos de Madrid. Falange y el “Cara al Sol” .....	31
<b>CAPITULO III</b>	
Ingreso en la Carrera Diplomática .....	39
Primeros destinos .....	39
<b>CAPITULO IV</b>	
Misión en Bucarest .....	43
<b>CAPITULO V</b>	
Otros destinos diplomáticos: Roma, Helsinki, Montevideo, Buenos Aires .....	49
<b>CAPITULO VI</b>	
Misión poética por Hispanoamérica .....	61
La Habana .....	64
<b>CAPITULO VII</b>	
Epílogo a una carrera diplomática .....	71
<b>CAPITULO VIII</b>	
Ingreso en la Real Academia Española .....	75

	<u>PAGINAS</u>
<b>CAPITULO IX</b>	
La última singlatura del poeta .....	83
<b>CAPITULO X</b>	
Foxá, mito y realidad .....	89
 <b>PARTE SEGUNDA: La obra de Foxá.</b>	
<b>CAPITULO I</b>	
Consideraciones generales sobre su obra literaria .....	97
<b>CAPITULO II</b>	
Foxá conversador .....	105
<b>CAPITULO III</b>	
Poesía .....	113
<b>CAPITULO IV</b>	
Teatro .....	127
<b>CAPITULO V</b>	
Novela .....	139
<b>CAPITULO VI</b>	
Narraciones y cuentos .....	147
<b>CAPITULO VII</b>	
Artículos .....	163
a) "Un mundo sin melodía" .....	167
b) "Por la otra orilla" .....	175
BIBLIOGRAFÍA .....	191

## INTRODUCCION

*El haber elegido el tema de esta Memoria obedece exclusivamente a un imperativo de sinceridad para conmigo mismo, ya que no creo en esa teoría, según la cual comenzamos a mentir desde el preciso momento en que cogemos la pluma.*

*Al inclinarme por una cuestión tan alejada de los temas al uso, lo hago impulsado por la profunda admiración que siento hacia Agustín de Foxá y su obra literaria. Este es el único valor que puede tener el presente estudio; lo cual no obsta para que si en él no llego a dar la rutilante imagen de Foxá, o si ésta resulta pálida y desdibujada, mía será toda la culpa. Ante una personalidad tan exuberante y acusada como la suya, se siente un poco de vértigo. La variedad y riqueza de sus facetas de diplomático, poeta, novelista, comediógrafo, articulista, conferenciante, ensayista, académico y deslumbrante conversador y hombre de mundo, no constituyen sino otras tantas dificultades para el que intenta abordarlas.*

*Por otra parte, existe el peligro de sentirse desorientado ante el tono polémico que rodea la figura de Foxá, objeto de apasionados y opuestos puntos de vista. De él podría decirse lo que Clouard escribió sobre Alejandro Dumas: «Se le ha reprochado que fue divertido, fecundo y pródigo. ¿Habría ganado algo con ser aburrido, estéril y avaro?»*

*Para realizar esta Memoria se han utilizado fuentes de distinta naturaleza. En primer lugar, las propias obras literarias de Agustín de Foxá. En segundo lugar, los datos que sobre su persona nos han proporcionado con tanta amabilidad aquellos que le conocieron y trataron íntimamente y sin cuya ayuda este estudio no se hubiera podido llevar a cabo. En tercer lugar, los trabajos literarios o biográficos que sobre este tema han sido publicados, y que reseñamos en la Bibliografía de esta Memoria. Y, finalmente, los expedientes correspondientes a Foxá, que obran en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Por todo ello, cabe distinguir en el presente estudio tres planos: el documental, el testimonial y el valorativo o crítico, si bien los tres se imbrican y entrelazan constantemente a lo largo del mismo.*

*El conocimiento de la criatura humana ayuda a explicar mejor la obra de un escritor, ya que, en definitiva, la segunda no es sino un reflejo de*

la primera. De ahí que hayamos intentado dibujar claramente las coordenadas vitales que determinaron la circunstancia de Foxá, su entorno, su tiempo y su espacio. Este es el contenido de la primera parte de la Memoria, aun a riesgo de incurrir en lo anecdótico. La segunda parte se ocupa del análisis exclusivo de sus escritos.

Finalmente, hemos de hacer una salvedad. Para que resultase completo un estudio del estilo del nuestro, habría necesidad de analizar, no solamente los valores intelectuales, artísticos y humanos, sino también las llamadas «contradicciones del corazón». El amor juega siempre un papel decisivo en toda personalidad y en toda creación, pero en el caso presente, por lo delicado que resulta su estudio, no creemos sea oportuno en un trabajo académico. Por ello, hemos prescindido de la vida, sentimentalmente malograda, de Foxá, origen de sus desventuras íntimas y, probablemente, del recrudecimiento de su actitud irónica ante la vida. («La ironía resulta un buen medio para hacer frente a un mundo que se niega obstinadamente a ajustarse a alguna de las fórmulas en que nos gustaría encerrarlo» BRINTON).

## PARTE PRIMERA

### AGUSTIN DE FOXA

#### CAPITULO I

#### **Algunos datos históricos sobre la familia de Foxá.—Nacimiento y niñez. Colegio del Pilar.—Vinuesa y Ciudad Rodrigo.—Juventud.—Tertulias y primeras armas literarias.**

El linaje de Foxá es uno de los más antiguos de Cataluña. El origen de la baronía de este nombre remonta, según los reyes de armas, al año 791, fecha en que Carlomagno nombra a Euberto, Valvassor de Foxá en el Condado de Ampurias. Con posterioridad, los barones y señores de Foxá y de Boxadors (dos de los nueve de la Cataluña condal) aparecen en múltiples hechos de armas: unas veces como caballeros templarios en la toma de Tolemaldas (en Palestina), otras en las Navas de Tolosa, otras en las guerras de Sicilia.

Entre las figuras pertenecientes a esta estirpe figura el poeta Jofre de Foxá, considerado, con todo fundamento, por el académico González de Hurtebise, como el primer preceptista de la lengua catalana, por su libro *Regles de trobar*, compuesto en el siglo XIII para complacer al Rey de Sicilia, Jaime de Aragón. Los preceptos poéticos de dicha obra fueron utilizados en las Cortes de Amor del Gay Saber.

El solar de los Foxá es un castillo roquero que se alza en el Ampurdán, cerca de La Bisbal. La fortificación, codiciada en tiempos por los condes de Ampurias, fue el marco de enconadas luchas medievales. Todavía se conserva hoy el castillo, aunque bastante modificado, dominando desde un altozano las casas del pueblo de Foxá. Una cruz perpetua la memoria del accidente ocurrido al Rey Don Juan I de Aragón, en 1395. Este monarca, que fue huésped frecuentemente de los Foxá, falleció ahogado por una loba rabiosa en una cacería celebrada en su honor en los bosques del castillo. Durante la Guerra de Sucesión de España, en

tiempos de Felipe V, fueron desmochadas las torres de la fortaleza por orden del primer Borbón. Hasta hace poco tiempo, las estatuas yacentes de los barones de Foxá reposaban en el castillo, que había ido a parar a personas ajenas a la familia. Ya veremos, más adelante, cómo recuperó Agustín de Foxá el solar de sus mayores, poco tiempo antes de su muerte.

Del Renacimiento conserva la familia, entre las muchas cartas de aviso para acudir a la guerra, una del marqués de Lombay (San Francisco de Borja), dirigida a un Foxá.

En tiempos modernos encontramos al teniente coronel D. Narciso de Foxá y Andreu, gentilhombre de Cámara de Su Majestad, que fundó a su costa el Escuadrón de Húsares de San Narciso, al frente del cual defendió el sitio de Gerona, cuando la Guerra de la Independencia, y asistió además al combate de Bácsara y a la toma de Bañolas. Su hijo, D. Narciso de Foxá y Miguel (bisabuelo del protagonista de nuestra Memoria) fue señor del lugar y castillo de Foxá, y militar de carrera, siendo condecorado con varias Cruces de la Orden de San Fernando, y obteniendo por Real Despacho de 9 de junio de 1866 el título de conde de Foxá, en consideración a sus servicios prestados (y muy especialmente a los de su padre). Su hijo, D. Enrique, segundo conde de ese nombre, fue el abuelo de Agustín de Foxá. Tomó parte activa en la restauración de Alfonso XII (el cual, agradecido, concedió a su esposa una de las primeras Bandas de la Orden de María Luisa). Tuvo una recia personalidad; fue el autor de una obra dramática en verso: *La monja maldita*, y, cuando sólo contaba veinticinco años, fue alcalde de Barcelona; pero dilapidó muy decimonómicamente su fortuna y fue el que vendió el castillo de Foxá.

En la zona del Ampurdán, donde se yergue la fortaleza de Foxá, bate dura la tramontana. Salvador Dalí ha subrayado en diversas ocasiones las características de los que proceden de esta región: son seres frecuentemente geniales; se sienten atraídos por la aventura y están dotados de una fértil imaginación. Guillermo Díaz Plaja, por su parte, dice que están vocados a la audacia y a la ironía.

Pero pasemos a estudiar ya la figura objeto de nuestro estudio.

\* \* \*

Agustín de Foxá nació en Madrid el 28 de febrero de 1906, a la una y media del mediodía, en la casa de sus padres de Atocha, 62. Fue el hijo primogénito de D. Narciso de Foxá y Rodríguez de Arellano, tercer marqués de Armendáriz, y de D.<sup>a</sup> María de las Candelas Torroba y Goicoe-

chea. Sus abuelos paternos estaban radicados en Viana (Navarra) y los maternos en Vinuesa (Soria), a pesar de haber emigrado a la Argentina D. Felipe Torroba, que hizo fortuna allí, en la ciudad de Córdoba.

El día de su nacimiento es un Miércoles de Ceniza. Pasan aún por las calles los mascarones del Carnaval. Debajo de los balcones desfilan las charangas y las caretas solanescas de las «destrozonas». Hay una «murga» con sus instrumentos de viento, que ataca la *Marcha Real*, en el momento del alumbramiento de nuestro protagonista. Su padre interpreta aquello como un signo de buen augurio. Aurora Lezcano, marquesa de O'Reilly (que está preparando en la actualidad un libro sobre Agustín de Foxá), encuentra que el nacer justo en las postrimerías del Carnaval le va muy bien a la personalidad del poeta y diplomático; nace, pues, a caballo del delirio y la fantasía bulliciosa de las Carnestolendas, llenas de color, alegría y evasión de la realidad; pero, también, de las pinceladas dramáticas y el arrepentimiento del Miércoles de Ceniza, que impone el ayuno y la abstinencia y las mortificaciones y el *mea culpa*, tan español, después del libertinaje de tres días de desenfreno.

Aquel 28 de febrero, coincide con la conversión de la Princesa Ena de Battenberg al catolicismo. En ese mismo año, poco tiempo después, se celebran las Bodas Reales. Foxá gustaba de asociar su nacimiento a ese hecho histórico.

La casa de la calle de Atocha, que tanta huella iba a dejar en la persona y en la obra de Foxá, era una típica mansión isabelina. Por fuera era muy fea. En unas entrevistas que el escritor concedió a Marino Gómez Santos, y que se publicaron en el diario *Pueblo*, Foxá evocó la taberna que había junto a su casa, diciendo que era como un colosal escenario para una narración de Camilo José Cela. Por aquella calle pasaba mucha gente que subía de la estación del Mediodía y que iban a la posada de San Blas, una de las más antiguas de Madrid. También contó al periodista que la calle de Atocha era por aquellas fechas «una calle destripada, en carne viva, con tijeras de hombres plásticos, con sus músculos al aire, sistemas nerviosos, calaveras, ortopedia, bisturíes; todo para los estudiantes del San Carlos, que está un poco más abajo...» Y agregó que por allí estaba también el depósito de cadáveres, y que recordaba haber visto el cuerpo de una joven muerta y desnuda y las algaradas de los estudiantes de Medicina, que levantaban las tejas y apedreaban a los guardias, siguiendo las consignas de su jefe, el doctor Negrín..

Pero volvamos a la casa de los Foxá, que por dentro era preciosa: arañas antiguas, jarrones de porcelana, consolas doradas y salones de sedas algo marchitas, color fresa, azul y amarillo; todo parecía arrancado

de un museo romántico. En las vitrinas, recuerdos entrañables, miniaturas, abanicos y condecoraciones de los abuelos. Un aroma transido del recuerdo de las Colonias, con fusiles de la Guerra de Cuba, flechas y escudos de cuero de Filipinas, espadas de los antepasados, que el abuelo de Agustín, D. Enrique, había desenterrado en el castillo de Foxá. En la biblioteca, llena de preciosas encuadernaciones, entraría Agustín en contacto con la Literatura por primera vez, y en ella, se pasaría las horas muertas de su niñez, leyendo junto a su padre. Las paredes de los salones estaban adornadas con cuadros de sus antepasados: la «pubilla» Andreu (rica hembra catalana), retratada en la época de Goya; el primer marqués de Armendáriz, con uniforme palatino, que fue Ministro de la Gobernación e Intendente General de la Real Casa de Isabel II; D.<sup>a</sup> María Francisca Miquel, que tras haber profesado como Comendadora de la Orden de Santiago, fue dispensada de sus votos para poder contraer matrimonio con un Foxá y acabar así con un pleito entre familias que duraba desde hacía lustros; y, sobre todo, el delicioso retrato de «la tía Ramona», que murió de amor en plena juventud y cuya historia romántica le inspiró a Foxá su *Baile en Capitanía*. «Ella estaba en Viana, zona carlista; a unos pocos kilómetros, en Logroño, estaba su amor, que era un oficial liberal. Por entre las viñas y el tiroteo pasaba todas las noches a verla. Pero no la dejaron casarse con él. Y, según la moda de la época, languideció y murió. El murió algún tiempo después, soltero».

Aquella casa de Atocha, esquina a Fernán Núñez, fue pillada durante la revolución marxista: los muebles isabelinos fueron lanzados por los balcones a la calle y quemados bárbaramente los cuadros de Madrazo, las cartas de Larra y las primeras ediciones de Balzac. Agustín recordaba, ya de mayor, un fanal que encerraba un barquito, al que se le daba cuerda y se movía cabeceando sobre unas olas de algodón, mientras sonaba un minué...

En ese ambiente antes descrito, impregnado de un aire nostálgico, dormido, antiguo, transcurrieron la niñez, la adolescencia y la juventud de Foxá. Alcanzó aún a ver el final de la «belle époque», vivido en el seno de una familia aristocrática, con sus coches de caballos y las fiestas en los palacios madrileños. Y registró para siempre, como testigo de excepción, las imágenes contempladas con sus ojos de niño.

La influencia de los padres es siempre decisiva en la formación de un ser. Pero, en el caso de Agustín de Foxá, lo fue de manera especialísima, pues los suyos hicieron de la familia un culto. Constituían un matrimonio perfecto. Compartían la pasión por la música (se conocieron en un concierto de la Sociedad Filarmónica) y tuvieron como interés primordial, en

la vida, la educación de sus hijos Agustín, Felipe, Jaime, Margarita e Ignacio. No hacían demasiada vida de sociedad, pero eran asiduos al Real, donde tenían un palco, contiguo al de los Reyes. El marqués de Armendáriz era un hombre sumamente culto, lector infatigable y muy aficionado a la Historia. Agustín aseguró que le debía mucho. Entre otras cosas, el sentido poético, exuberante y mediaterráneo de la vida (su herencia catalana), y el sentido del honor. Le inculcó también el desprecio a la mentira y el respeto al prójimo. Quiso que todos sus hijos tuvieran carrera; pues, a sus ojos, los valores intelectuales primaban sobre todos los demás. Cedió a su hijo primogénito el título de conde de Foxá, que había llevado su padre, D. Enrique de Foxá y Bassols. Aunque Agustín dijo muchas veces que la cesión ocurrió cuando él tenía siete años, en realidad la Carta de Sucesión data de 1915, o sea, de cuando tenía nueve años.

La marquesa de Armendáriz, que tanta ayuda ha prestado al autor de esta Memoria, aportó a sus hijos, con su sangre castellana, un espíritu más austero, más sobrio y comedido, tal vez menos soñador que el de su esposo, pero bien templado para hacer frente a cualquier adversidad.

Agustín de niño era la bondad misma. Sus grandes ojos abiertos denotaban la inocencia y el candor. Adoraba a sus padres y era el más cariñoso de los hermanos. Jugaban con soldaditos de plomo, canicas, cromos, muñecos de celuloide y recortables. Es interesante que a estos últimos y a los personajes que utilizaba para jugar con un teatro en miniatura, cuando les tocaba morir, para dar mayor sensación de verismo, los destruía para siempre. Inventó, pues, modestamente, la muerte para ellos. Otras veces, jugaban a las cartas, a las que dedicó ya de mayor aquellas palabras: «¡Poéticas cartas de nuestra niñez, a pesar de todo, hacia vosotras vuela nuestra nostalgia! ¡Oh, familiares «briscas», graciosa «siete y media», mesocrático «julepe», ingenuo «burro» de la vuelta del colegio, oculta y misteriosa «mona»...!» Los naipes españoles con sus copas, oros, espadas y bastos (las pasiones que agitan y mueven a los hombres: el vino y el dinero, la heroicidad y el gobierno), representaban para Foxá un inagotable mundo de símbolos. La baraja española, medieval y misteriosa, le parecía que narraba un viejo romance olvidado, resucitado para los juegos de manos y la buena ventura.

Para entretener a sus hermanos pequeños, les contaba unos maravillosos cuentos, inventados por él, que llamaba *Las Historias de Longobardo*. Se trataba de las aventuras de un elefante en la jungla y tenían el sabor de las narraciones fantásticas a lo Kipling. Fue de esta manera como se reveló su potente imaginación. Otras veces jugaban a disfrazarse y a

representar comedias infantiles. Un juego que les encantaba consistía en colocar sobre un taburete una mesa con las patas para arriba que, al dar vueltas con ellos dentro, como si fuera un galeón, les servía de vehículo ideal para «viajar alrededor del mundo», mientras Agustín describía a sus hermanos los paisajes más exóticos de Africa o Asia.

De niños iban al circo (pero a Agustín le entristecían los payasos) y a la Casa de Fieras, y, sobre todo, al Retiro todas las tardes, vestidos de marinero. Allí tenían muchos amigos: los Montarco, los Vadillo, los Eza, los Miralles, los Jardón y los Villamantilla. Algunas veces iban en el coche de caballos con su padre, que les explicaba la historia de D. Alvaro o el drama de Cyrano. El carruaje daba la vuelta al Angel Caído y seguía por el paseo de coches. Un día vieron a una anciana dama, exangüe en su landó: era la Emperatriz Eugenia. Al hablar de la poesía de Agustín, ya veremos la gran mella que dejó en él este Retiro de su niñez. Otras veces, el marqués de Armendáriz les llevaba al Museo del Prado para que se fueran familiarizando con las obras maestras de la pintura. De estas visitas, Agustín volvía deslumbrado. Su posterior pasión por la pintura se remonta a aquella época.

Hasta que fueron mayores Agustín y su hermano Jaime compartían la misma habitación; habían inventado un idioma, al que llamaban «el mañuelo», que sólo ellos entendían y se dedicaban de cama a cama a un juego muy curioso que denominaban «¿qué es un qué?». Consistía en describir cualquier cosa con una imagen gráfica. La plasticidad de las centelleantes metáforas de Agustín tienen, pues, su origen en aquel entretenimiento infantil. Por ejemplo, uno de ellos le preguntaba al otro: «¿Qué es un ventilador?». Y éste respondía: «La cabeza disecada de un avión». Jaime de Foxá me ha confesado que su hermano le vencía siempre, encontrando la imagen justa, con una rapidez y un ingenio casi automático.

El ingenuismo prolongado de Agustín lo encontramos también en su amor por los cuentos de hadas, que a veces encierran en sí preciosos mitos como el de la *Bella Durmiente del Bosque*, que utilizaría luego como tema para una de sus obras de teatro.

Le encantaban los cuentos del Norte, con niebla, nieve y bosques, con enanos y casitas de guirlache, con tesoros de pedrería y dragones encantados. Pero, también, los cuentos realistas de los pueblos del Sur. De mayor, recordaba Foxá su primer encuentro con el *Pinocho* de Lorenzini, quien firmó con el nombre de su pueblo, Collodi. Fue en el balcón de hierro de la casa de Atocha donde estaba seca la palma de Ramos y donde colocaban la azul colgadura con galón de plata para la procesión

del Dios Chico. Los Reyes Magos le habían puesto muchos juguetes. Pero aquel pequeño libro con cubierta roja y letras doradas los borró a todos. Lo devoró. Ya de mayor, lo único que no le gustaba del libro de Collodi era su final: la metamorfosis de muñeco de madera en niño de verdad. Encontraba que había algo trágico en aquella transformación, que su cambio a niño era su muerte y el único error del autor.

Otros libros que entretuvieron la niñez de Agustín fueron las narraciones de Emilio Salgari y Julio Verne, que tal vez despertaron su afán de conocer tierras lejanas.

Las personas que cuidaron de los pequeños hermanos Foxá fueron, aparte de sus padres, el ama Vicenta (navarra, que estuvo cincuenta y dos años al servicio de la familia y que veló por ellos durante toda su niñez), D.<sup>a</sup> Carmen Sáez de Prit, que les daba clase de lectura, y Mademoiselle Echenique, que les enseñó el francés.

La impresión que produjo en Agustín la muerte de su hermano Felipe, ocurrida en 1922, cuando tenía doce años, fue terrible. El recuerdo de su enfermedad (un tifus fulminante), quedó grabado para siempre en su memoria. Pero no era su primer contacto con la muerte. Entre los recuerdos de niñez, uno de los más impresionantes que conservaba, era el entierro bajo la nieve de su pariente el embajador de España en Viena, marqués de Arellano, al que se le tributaron honores de capitán general. El temor a la muerte, que fue una constante y casi una obsesión en la vida y en la obra de Agustín de Foxá, tal vez remonta a los dos hechos arriba mencionados y a la huella tremenda que dejaron en su niñez hipersensible.

Pero también conservó recuerdos más gratos de esta primera etapa de su vida. Varias veces Agustín evocó el recuerdo de su madre en el salón Imperio (en el cual los senos de bronce de las figuras que adornaban las butacas, rompían los bolsillos de casi todos los visitantes), mirándose al espejo, vestida de noche para ir al Real, mientras su padre, de frac, con los bigotes perfectamente pegados y un olor a coméstico en el pelo, la esperaba para acompañarla a la Opera. Un día volvieron hablando de un cantante que acaba de debutar y que les gustó mucho. Era Miguel Fleta. También evocó cuando él y sus hermanos iban en coche a la Casa de Campo, y luchaban para ver quién enseñaba la tarjeta de pase de la Real Casa a los guardas, pegándola al cristal de la ventanilla y también cuando llegaba, silencioso sobre la alfombra de hojas secas, el automóvil de la Reina, con las Infantas. De esta misma época eran sus recuerdos del Tiro de Pichón y de Alfonso XIII jugando al polo con el marqués de Viana. En una ocasión, éste le rozó la cara con el mazo, y Agustín oyó



al Rey que, aludiendo a las desnarrigadas estatuas de piedra, le dijo: «A poco me dejás como los de la plaza de Oriente...»

\* \* \*

Foxá contó en un artículo de *ABC* sus primeras impresiones y recuerdos del Colegio del Pilar. Su padre le llevó una tarde a Goya, 16. Les recibió D. Clemente, que era alsaciano, en un mirador anaranjado por el sol que declinaba. Estrechó la mano al pequeño Agustín y le llamó de usted. De niño que era le transformó en persona.

Fue al colegio muchos años, muchos siglos: porque la niñez, según él, se cuenta por milenios, como las edades prehistóricas.

En párvulos había cromos del Antiguo Testamento y les explicaban lo que era el arco iris. Un día murió un compañero de pupitre, Guillermo Aspiroz. Desde el mirador con persianas verdes del colegio vio su ataúd y los empenachados caballos. Pensó que aquel niño ya no jugaría más.

A los mejores alumnos, a aquéllos que no habían tenido faltas por haber hablado siempre en francés, D. Alonso les ofrecía un terrible dilema: estampas o irisados caramelos de los Alpes; el espíritu o la materia.

Devociones, canicas de colores, partidos de fútbol rudimentarios, batallas infantiles con las bufandas retorcidas, excursiones escolares a Alcalá de Henares, a Cercedilla... y redacciones sobre esto y aquello. Las mejores se publicaban en la revista *Recuerdos*.

De aquel colegio de Marianistas, que respetaba la personalidad y la dejaba florecer sin oprimirla nunca, saldrían muchachos llamados a desempeñar un brillante papel en el ámbito de la religión, de las finanzas, de los deportes, de la literatura y del arte.

La Segunda Enseñanza del Pilar tenía su sede en Claudio Coello. Cuenta Foxá que a la entrada había un lema: «La verdad os hará libres», que los obreros tomaban como consigna de un centro libertario...

Más fútbol llenando los recreos. Juanito Monjardín hacía sus primeros goles de cabeza contra el Areneros. Agustín tenía pasión por el fútbol; se le caían las medias, pero atacaba con furia. Un día le partió una pierna a Mariano Rojas.

Las notas tenían colores, pero el negro de censura se daba muy de tarde en tarde. Agustín fluctuaba mucho en cuanto a calificaciones y puestos se refiere. En letras sobresalía con facilidad, atravesándosele las matemáticas. Su hermano Jaime era mucho más homogéneo y no bajaba de los primeros puestos.

El colegio se trasladó luego a la calle de Castelló. Su primer trabajo literario fue *El Pucherito*, una historia sobre un emigrante soriano a Méjico. En la revista escolar *De todo un poco* publicó Agustín de Foxá sus primeros versos. Estaban dedicados a El Cid y los había ilustrado Su Alteza Real el Príncipe Don Carlos de Borbón, su compañero de pupitre, que luego moriría heroicamente en el frente. El ilustrador confesaría, años más tarde, que para representar a Rodrigo Díaz había calcado la sota de espadas de una baraja antigua...

Agustín mantuvo gran contacto con los Marianistas, después de salir del colegio. Los domingos se congregaban los antiguos alumnos en una Asociación que se llamaba «Los cruzados de la Inmaculada»; al frente de las reuniones estaban D. Lorenzo Reca, excelente profesor de Humanidades, Filosofía y Arte, y el Padre Domingo Lázaro, gran pedagogo y orientador de inteligencias, a la sazón provincial de los Marianistas. Se asistía, naturalmente, a Misa, se recibían los Sacramentos, desayunaban juntos y luego se reunían para entablar unos coloquios que cada domingo dirigía uno de los antiguos alumnos. Se discutía sobre Literatura, Historia, cuestiones sociales y políticas, crítica de libros nuevos, deporte, etc. Las figuras estelares de las reuniones, nos cuenta Juan José Peña, eran Juan Lladó, los poetas Rafael Duyos y Luis Felipe Vivanco, el futuro arquitecto Moya y, sobre todo, Agustín de Foxá. Todos auguraban un brillante porvenir a aquel muchacho, de cara redonda, que les parecía un mago del verso, dominador de imágenes y metáforas y que ya hacía gala de su ingenio con los famosos arabescos de sus chistes e ironías. Aquellos días del Pilar, en tiempos de la Dictadura, fueron los días de la aurora literaria de Foxá.

Pero volvamos ligeramente hacia atrás, hacia los años de colegial. Agustín y sus hermanos, a la vuelta de los toros, solían sentarse en la terraza de La Elipa y comentaban las incidencias de la corrida, mientras bebían horchata y leche merengada. De esta misma época eran los recuerdos de los fotógrafos de su niñez: Beringola, en la calle del Pez, era para las primeras comuniones y los fines de curso; ponía un Cristo y un telón de fondo con una catedral gótica. Luego, tenían el fotógrafo de la familia: Franzen, de la calle del Príncipe, que inmortalizó tantísimas veces a la Reina Victoria sentada en su famoso sillón. A Agustín le retrató con traje de Eton, que produjo tal risa entre sus compañeros de colegio y niños del barrio, que sólo se atrevió a llevarlo a las carreras de caballos, donde, según él, siempre pisó el césped con miedo, por el recuerdo freudiano de las multas que ponían los guardas del Retiro a los niños que pisaban la hierba recién regada...

Los veraneos de aquella época duraban tres meses. Foxá recordaba que las casas también veraneaban: las arañas irisadas de cristal de La Granja vestían el traje de baño de las fundas. Se levantaban las alfombras, haciendo más sonoras las pisadas de sus padres; y a las sillas del salón isabelino se les ponían trajes con botones en la espalda (como aún he tenido ocasión de ver en la casa de Ibiza, 1, donde vive hoy la marquesa viuda de Armendáriz, madre de Agustín). La familia Foxá iba a Vinuesa, en la provincia de Soria, donde vivieron los abuelos maternos de Agustín. El viaje hasta allí lo realizaban en el rápido de Barcelona; era un tren familiar, con unos vagones ingleses de pelouche rojo y el trayecto duraba una noche. Llevaban provisiones para el camino y en Torralba aprovechaban para abastecerse de agua.

Agustín y sus hermanos, siendo niños, se dedicaban en Vinuesa a co-retear por los pinares sorianos; hacían excursiones en burro o en bicicleta, jugaban con una cabaña de salvajes y pescaban en el río o cogían ranas. Sus padres construyeron una casa allí y Agustín, cada vez que entraba en ella, ya de mayor, evocaba aquellos guijarros, humedecidos por la proximidad del Duero; un ratoncito campesino muerto, los verdes saltamontes cruzando con un vuelo violeta de un lado a otro de la zanja, la mecha encendida de los barrenos, que descoyuntaban las rocas con su explosión y que le horrorizaban a él y a sus hermanos; el pozo para el cable del pararrayos que enterraba el oro del cielo, con su plancha de hojalata con una vapor pintado...

En Vinuesa, ya de muchacho, Agustín jugaba al fútbol en el equipo del «Visontium» contra el «Cintora», y en una ocasión, hasta llegó a competir contra el «Numancia» de Soria. Las excursiones a la fuente del Arcipreste o a la del Hierro, o a la calzada y al puente romano de San Mateo, formaban parte integrante de aquellos veraneos de juventud. Los profesores de los Marianistas de Madrid pasaban algunos días en casa de la familia Foxá. Y al cuidado de Agustín y sus hermanos solía haber, durante los veraneos, un preceptor francés, como Monsieur Víctor o Monsieur Alfred, que tocaba al órgano melodías de César Frank, en la iglesia de Vinuesa.

Con el paso de los años, Agustín llega a la adolescencia, y en Vinuesa comienza a bailar con las chicas en los pinares de Soria, al son de aquellos gramófonos que reproducían una vez y otra tangos de Spaventa en discos que se solían romper, como si fueran una vajilla costosa. Uno de ellos (recuerda Agustín en un artículo) se hizo pedazos en una fuente entre las rocas frías, donde nace el Duero. El gramófono quedó para siempre asociado a su juventud, pues fue cómplice de su primer beso.

Para Agustín, Vinuesa fue siempre una especie de super-patria, un comprimido de España, con olor a pino, que le recordaba las barcas de su niñez, talladas en corteza recién cortada, flotando en los fríos arroyos, y el aire puro de los picos de Urbión.

La otra vertiente de los veraneos de su niñez fue Ciudad Rodrigo, solar de sus antepasados maternos. En la ciudad episcopal del Agueda pasó temporadas inolvidables. El mismo refirió sus recuerdos diciendo: «Por las murallas, por las poéticas calles de Ciudad Rodrigo, juega y corretea mi infancia. Recuerdo el mirador con sol de mi bisabuela, doña Gertrudis Aparicio, y me veo comiendo las enormes obleas tostadas, color de uva de verano, con granos de anís y dibujos eucarísticos de ingenuas custodias». De Ciudad Rodrigo son algunos de sus versos, como los titulados *Un niño provinciano*, que estudiaremos al hablar de su obra poética. Alguien dijo que estas vivencias de su niñez, transcurrida entre las murallas y los claustros monacales de La Caridad, «arropado por bronces de campanas y ruidos de reloj», habían de dejar en su alma una huella perdurable, que pudiese ser la raíz más profunda de ese fermento teológico que sazonó gran parte de su obra. Lo que resulta indudable es el amor que guardaba Agustín por la antañona ciudad, por su maciza catedral (de la que era canónigo honorario, junto con el conde de Montarco, por agradecimiento del cabildo, al haber conseguido que la catedral volviese a ser sede episcopal), por su castillo austero como una gota de Edad Media, y por el embrujo poético de sus calles, de sus espadañas, palacios y ojivas doradas por el sol.

\* \* \*

La niñez, confesaba el propio Agustín, le duró hasta los dieciséis años, o casi hasta la Universidad; allí descubrió un mundo agrío y bastante sórdido, muy diferente de aquel universo isabelino de su casa de Atocha, en la que transcurrió cómoda y mimada su infancia prolongada. La visión que nos ha dejado de la Universidad Central, donde estudió la inevitable Carrera de Derecho, es la siguiente: «Había tertulias y billares, mujeres equívocas por las calles, balcones con tiestos y persianas verdes», «la Universidad era una cochambre. En los lavabos había dibujos que superaban en obscenidad a los frescos de Pompeya. Muchas huelgas y bofetadas». «De profesores, D. Clemente de Diego, hombre de una bondad asombrosa. Creía que dar un suspenso era dictar una sentencia de muerte. El más rígido era Jiménez Asúa». Políticamente, Agustín, como monárquico, era su enemigo, y se negó a ir con él y otros alumnos

a inaugurar la estatua geométrica de Victorio Macho, dedicada a Ramón y Cajal en el Retiro, porque el catedrático quería inaugurarla oficialmente él, no considerando válida la inauguración que había presidido el rey y su gobierno. En dos años se hizo abogado y comenzó a preparar las oposiciones a la Carrera Diplomática, lo cual es objeto de otro capítulo de esta Memoria.

Agustín, como todos los estudiantes, iba con las chicas «bien» al cine Royalty o al Real Cinema, acompañados por la terrible «carabina», y a las verbenas para bailar con las modistillas (que sin ir vestidas como las señoritas, tampoco eran ya las de *La Verbena de la Paloma*...) Tenía muchos amigos: Juan Lladó, Manolo Laraña, Juan García Lomas, Esteban Goicoechea, Demetrio Ullastres, los Miralles, etc. Neville escribió que no tuvo, como los demás muchachos, grandes zonas dedicadas al deporte, y que su conformación física y su increíble timidez le hacían inepto, siendo, por ello, un joven de butaca y puro, y a la hora del tenis, de rica merienda. Esto no es rigurosamente exacto, pues ya vimos sus afanes futbolísticos en el colegio y en Vinuesa, pero es cierto que empezaba ya a sostener su teoría de que había que ser francamente muy fuerte para poder soportar el deporte. En realidad, le atraía mucho más la lectura y la conversación, que los ejercicios físicos, para los que su falta de agilidad y destreza suponía un serio «handicap». Por eso, se refugiaba en la ironía, como aquella vez en la que, después de contemplar a unos ingleses muy elegantes que se agitaban jugando al tenis, dijo, como un mandarín chino, que no comprendía cómo con el dinero que tenían no hacían que jugasen sus criados por ellos. O como aquella otra vez, en una cacería de osos en Rumania, cuando al ser preguntado si había tenido suerte, contestó: «Muchísima, ¡no he visto ninguno!». En otra ocasión, en una finca del vizconde de Eza, estuvo a punto de morir, pues fue a rematar una liebre a culatazos y se le disparó la escopeta, aunque afortunadamente sin consecuencias.

\* \* \*

El Servicio Militar lo hizo como soldado de cuota en la Brigada Obrera y Topográfica del Estado Mayor, en compañía de su amigo Narciso García, de Vinuesa. De esta época se cuentan múltiples anécdotas divertidas, en torno a su desaliño indumentario, llegando en una ocasión a desfilar por todo Madrid con un plumero saliendo de un bolsillo del pantalón...

Estando haciendo aún su Servicio en la Brigada Obrera, asistió al último baile de Corte que se celebró en Palacio, en 1927, con motivo de

la puesta de largo de una de las Infantas. Aquella estampa de esplendor y grandeza no la olvidó nunca. Asimismo, recordaría siempre las dos únicas veces que fue al Teatro Real, antes de que lo cerraran, teniendo ocasión de escuchar a Fleta y a Angeles Oteín en representaciones de tarde. El espectáculo de la Opera le impresionó grandemente por todos sus valores plásticos dentro y fuera del escenario. Agustín de Foxá, tanto por el medio familiar y social en el que se crió, como por inclinación natural, tenía un temperamento altamente estético. De niño, uno de los acontecimientos que más le gustaba era ver pasar la procesión del «Dios Grande» por delante de su casa, llevando la Comunión a los enfermos en una carroza de Palacio, con criados a la federica, caballos con penachos y los alabarderos tocando sus pífanos, o la del «Dios Chico», en una carroza más modesta, pero también con oros y carey, y molduras doradas con mundos y coronas. Le atraía todo lo que tuviera colorido y belleza, desde un cortejo palatino a un desfile militar de gala. Por eso, cuando el rumbo de la Historia cambió tan bruscamente, y la democratización impuso tiránicamente unas formas tan distintas a las de su niñez, se acentuó enormemente ese sentimiento de nostalgia que encontramos a cada paso en su obra literaria. Nostalgia de un mundo en el que lo importante fuese la belleza sensible.

Al sentido estético de la vida unía su gran respeto por los valores aristocráticos. Tercer conde de Foxá, desde niño; miembro del Brazo Militar de la Nobleza de Cataluña y cuarto marqués de Armendáriz a la muerte de su padre, jamás presumió vanamente de aquellos títulos, hasta el punto de que sus propios hermanos se enteraron por primera vez de que llevaba el primero de ellos cuando ya tenía veinte años. Pero, eso sí, los apreció en su justo valor, y los entendió como una auténtica exigencia de servicio. Su postura respecto a dos actitudes ante la vida, la aristocrática y la igualitaria, quedaría plasmada en su *Madrid, de Corte a checa*, en sus artículos *Oleaje y Aristócratas* y en su obra de teatro *El beso a la bella durmiente*, centrada precisamente en torno al enfrentamiento de dichas actitudes. Para él, en esta época de masas, la aristocracia debía ser abierta si quería sobrevivir. Si en su origen, la nobleza tuvo como casi únicas fuentes la gloria militar o la política, hoy debía abrirse a las finanzas, a las artes, a todos aquellos que sobresalen y son espuma y selección. La aristocracia, según él, con sus maneras, su dignidad, su legítimo orgullo, sus palacios heredados y sus obras de arte, puede ser una aureola impalpable que adorne a los nuevos valores populares o burgueses, que espiritualmente merecen formar parte de ella. «La aristocracia conserva aún su prestigio mágico e inmaterial» y «ni siquiera en

esta época de anonimato se puede prescindir de ella», pues «las revoluciones todo lo más que hacen es cambiar el equipo aristocrático y los lemas o mitos con los cuales se ejerce el dominio», y «la casta no traiciona: saben morir por aquello que Cyrano llamó enfáticamente «el Penacho».

Por otro lado, Agustín de Foxá era susceptible al encanto de los sutiles valores estéticos de la heráldica y caía bajo la magia de los escudos adornados con faunas y floras estilizadas, colores convencionales, metales y elementos decorativos, que le emocionaban profundamente, sobre todo al verlos campear en una piedra armera española por tierras de América.

\* \* \*

Pero volvamos a reanudar el hilo de su vida en los años de juventud. Acabada su carrera de Derecho y mientras preparaba la Oposición, frecuentaba las tertulias de Madrid, cosa que también haría más tarde, de vuelta de sus destinos diplomáticos. Según contó a Gómez Santos, llegó a alcanzar los últimos resplandores de Valle Inclán en la Granja del Hénar, en donde quedaban vivas sus anécdotas terribles. Conoció la tertulia de Benavente, con su puro, sus chismes teatrales y sus frases ingeniosas prodigadas con voz que parecía inofensiva. Frecuentó bastante el «Café de Recoletos», en donde se reunían, entre otros, Alfaro, Marquerie, el conde de Castelo, Jardiel Poncela, el pintoresco Fernando de la Quadra Salcedo (que pretendía ser coronado Rey de Albania) y César González Ruano, de quien dijo que le gustaba mucho como escribía, porque no era de aquéllos que hacían una estrofa de tres líneas, empezada en 1915, reformada en 1920 y publicada, pero no en su totalidad, en 1950. En el «Café Varela» trató a los Machado, al duque de Amalfi y a Ricardo Calvo. Con Antonio Machado, pesadote, bonachón y tan mal vestido como el propio Foxá, hablaba mucho de Soria y de Vinuesa.

Sus lecturas en esta época eran principalmente de los escritores del 98 y de los poetas de la generación del 25. Al hablar de la obra de Foxá, estudiaremos más detenidamente los autores que tuvieron una mayor influencia en su formación literaria, así como las circunstancias que concurrieron en la aparición de sus libros. Digamos aquí, solamente, que el primer artículo que envió a *Buen Humor*, salió reseñado en las contestaciones que la Redacción daba a los colaboradores espontáneos. Allí pudo leer con horror las siguientes palabras: «Su artículo tiene menos gracia que un naufragio en el mar de los Caribes».

Pasan los años; Agustín ingresa en 1930 en la Carrera Diplomática y es enviado a Rumania. Antes de salir para Bucarest, se presentó en el despacho de Juan Ignacio Luca de Tena, diciendo que desearía colaborar en *ABC*. Este le contestó que mandase sus artículos y que se publicarían en el caso de que fuesen buenos. Como resultaron excelentes, se publica a partir de entonces en *ABC* con regularidad.

## CAPITULO II

### «Los Crepúsculos».—Visitas a los cementerios. Falange y el «Cara al Sol».

La proclamación de la segunda República española, en 1931, le sorprendió a Foxá en Sofía. Este periodo histórico de tan profundas repercusiones en la vida de nuestro país, viene descrito de manera magnífica en su *Madrid de Corte a checa*. Foxá volvió a España en abril de 1932. A su vuelta a Madrid, se une a un grupo de escritores y artistas nuevos que, bajo el lema «Los jóvenes y el arte», organizaban actos de exaltación en los lugares madrileños que aún quedaban impregnados de historia y de poesía. Aquel puñado de intelectuales ponían en el Madrid de la República, inquieto bajo presentimientos sombríos, una nota de fina sensibilidad. El alma de aquellos actos era Mariano Rodríguez de Rivas, que luego fue director del Museo Romántico y los poetas y escritores que más asiduamente acudían a ellos, además de Agustín de Foxá; eran Manolo Altolaguirre, Manuel Augusto García Viñolas, Carlos Miralles, Margarita Pedroso, Ximénez de Sandoval y Dolores Catarineu. La agrupación llevó a cabo dos clases de actos: «Los Crepúsculos» y «Las visitas literarias a los cementerios románticos». Los primeros tenían por objeto la reunión de sus miembros para leer poemas, al aire libre, en rincones sugestivos. El diplomático chileno Carlos Morla, cuenta en su libro, *En España con Federico García Lorca*, cómo fueron invitados él y su esposa a participar en aquellas reuniones poéticas en jardines melancólicos, viejos conventos y palacios semi-abandonados. Ruano cuenta en sus *Memorias* que las personas que acudían pertenecían más bien a un mundo elegante y literaturizado. «Los Crepúsculos» se celebraban los sábados, y tuvieron lugar, entre otros sitios, en el Jardín Botánico (donde estuvo Ramón Gómez de la Serna), en la Alameda de Osuna (donde Foxá recitó su poema del agua entre frondas y paseos cubiertos de hojas secas, a lo Rusiñol), y en el castillo de Boadilla del Monte, mandado construir por el Infante Don Luis, hijo de Felipe V y de Isabel de Farnesio, para albergar su destierro por su matrimonio morganático. Ruano habló de Baude-

laire, «bajo cuyo signo se habían organizado aquellas expansiones, un tanto extrañas, y muy como de señorito ante la guillotina, en un Madrid achabacanado y amenazador, rojo y grosero».

Otra reunión famosa de «Los Crepúsculos» tuvo lugar en el Monasterio de Lupiana, propiedad de Sol García de la Cuesta, que lo había heredado de su madre la marquesa de Barzanallana. Ella y su marido, Miguel de la Cuesta, con su exquisito buen gusto, llegaron a reactivar el antiguo solar de los Jerónimos. No tuvieron que restaurar físicamente el claustro, pero sí tuvieron que devolver al bello lugar su elevada fama de antaño y, para ello, utilizaron a poetas, artistas y literatos. Colaboraron en aquella empresa Luis Soler, Eduardo Marquina, Manuel de Góngora, María Teresa Roca de Togores (condesa de Torrellano) y Agustín de Foxá. Este último recitó sus versos en una noche de plenilunio. El lugar, irreal, parecía un paisaje extraído de un poema de Verlaine o de Rubén Darío, o el escenario para una sonata de Valle-Inclán. Y le inspiraría más tarde su poema de Lupiana.

La otra vertiente de «Los jóvenes y el arte» fue la de «Las visitas a los cementerios románticos de Madrid». Un decreto de la República ordenó la demolición de ciertos camposantos del Romanticismo, y a Rodríguez de Rivas se le ocurrió reunir allí a sus amigos antes de que aquellos desapareciesen. Fueron a los de San Martín y San Sebastián. Aurora Lezcano recuerda perfectamente a Carlos Miralles que, envuelto en una capa azul, con el pelo rubio al viento, pálido y como de otro siglo, recitaba sus poemas mientras caían las hojas doradas, espectaculares y tristes. También estaba Agustín de Foxá en el cementerio de San Sebastián cuando apareció el cadáver de Concepción Elola, que murió a los veinte años en 1860, y que aún conservaba entre sus manos un pomo de perfume. También apareció un marinero, muerto casualmente en Madrid y enterrado lejos de su mar, en aquel triste cementerio de Madrid. Malaparte cuenta, en su *Kaputt*, que Foxá y sus amigos se postraron de rodillas ante el féretro del marinero, musitando oraciones de difuntos, mientras Carlos Miralles colocó sobre el pecho del muerto un pedazo de papel en el que había dibujado con lápiz una barca, un pez y algunas olas marinas; seguidamente, todos hicieron la señal de la cruz, diciendo: «En nombre del Norte, del Sur, del Este y del Oeste».

Pero el hallazgo más romántico de todos, según le contó Foxá a Malaparte, fue cuando apareció, en una caja con valiosos cierres de plata, el cadáver momificado de un joven gentilhomme francés, el vizconde César de la Martinière, que en 1830, después de la caída de Carlos X, emigró a España con un grupo de legitimistas franceses, muriendo algún tiempo

más tarde en el exilio en Madrid, víctima del cólera. El cadáver apareció enlevitado, con plastrón y pantalón ceñido, y una carta doblada que le asomaba por un bolsillo encima del corazón. Al inclinarse todos los escritores presentes sobre la tumba, después de leer la carta, vieron que no era de una mujer como habían pensado, sino de su hermano, que se despedía para siempre y por escrito de él. Fue entonces cuando Ruano, inclinándose con una reverencia ante la Martinière (descendiente, tal vez, del caballero del mismo nombre que cita Rousseau en sus *Confesiones*), pronunció las palabras siguientes: «Yo te saludo, valiente noble francés, devoto y fiel a tu Rey legítimo, y lanzo en tu nombre un grito que hará estremecer tus huesos: Monsieur le vicomte, ¡Vive le Roi!» Según Malaparte, ante aquel grito sedicioso dos números de la Guardia Republicana, que se hallaban de servicio en el cementerio, le agarraron por un brazo y le metieron en la cárcel, lo cual parece poco probable, pues para ello hubieran tenido que saber francés los guardias en cuestión. El mismo Ruano conservaba de aquel día un recuerdo de un Agustín de Foxá muy joven, con aspecto de convencional Sha de Persia, recitando sus versos «lampasado de cipreses, de azulada sombra de cipreses como espadas, como lobos empinantes en el blasón de la tarde madrileña moribunda».

La historia del vizconde no acabó allí. Agustín se llevó la carta a su casa y por las noches, él y su hermano Jaime, comenzaban a leerla en alta voz, hasta que la emoción les embargaba y sentían como una presencia irreal. Lo mismo les ocurrió una tarde en La Granja, cuando después de la lectura de la famosa carta en el campo, les recorrió a todos los oyentes un escalofrío de terror y salieron corriendo...

El escritor hispanoamericano Corbalan escribió sobre los poetas de los Crepúsculos y los Cementerios, que «de aquellas visitas enlutadas les quedó a todos ellos como una nostalgia de la muerte, agridulce y vencida, romántica y baudeleriana».

\* \* \*

El Madrid que encontró Foxá a su vuelta de Bulgaria, revelaba, ya en 1932, las tensiones políticas que cuatro años más tarde provocarían el Alzamiento Nacional. Agustín se dedicó a escribir y a participar en la vida política del país. Su hermano Jaime contó al autor de estas líneas la intervención de ambos en el incidente del «Cine Europa». En el citado local debía celebrarse un mitin republicano. Un grupo de muchachos, pertenecientes a las «Juventudes Monárquicas», agrupación que luego se integraría en «Renovación Española» y a la que pertenecían, entre otros,

los hermanos Miralles, los Patiño, Juan García Lomas, Carlos Padros y los Foxá, irrumpieron violentamente en el mitin y se organizó una auténtica refriega entre republicanos y monárquicos.

Por aquellas fechas, Agustín se encontraba políticamente desorientado. Tanto por tradición familiar como por impulso estético, se inclinaba naturalmente por la Monarquía; pero el gran vacío provocado por la salida de España del Rey y por la crisis de los viejos políticos de la Corona, no podía ser salvado sino por un ideario recio y nuevo. José Antonio Primo de Rivera fue su autor.

Las familias de Agustín y José Antonio se conocían. Unos pocos días antes del golpe de Estado del 13 de septiembre que instauró la Dictadura, Agustín se encontraba en casa de su tío Fernando Jardón, Cónsul de Argentina en Madrid; estaba jugando al fútbol en el campo de tenis, en compañía de sus hermanos y primos. En esto, entró el general Primo de Rivera, acompañado del general Burguete. D. Miguel se puso de portero, en broma, y Agustín le metió un gol.

José Antonio, con su inmensa personalidad y su poder de captación, hizo comprender a Agustín, como a tantos otros monárquicos, que lo que había que hacer era agruparse compactamente en un movimiento que hiciera posible la Revolución dentro de las ideas de la Patria y de la tradición. Aquello, que a Agustín le parecía, al principio, absolutamente irreconciliable, terminó por arrebatarle de entusiasmo. Entre aquellas nuevas ideas que abrazó con apasionamiento, y su natural vitalismo, superó perfectamente la crisis de pesimismo y desconcierto causada por el hundimiento del antiguo orden. En él no hubo ocasión ni tiempo para las complejidades patrio-masoquistas, ni para las perplejidades existencialistas.

Agustín relató sus primeros recuerdos de José Antonio, volviendo de Segovia una noche. Conducía éste último. Habían visto el Alcázar bajo la luna, como una ilustración de Gustavo Doré. Le dijo a Agustín que no había que dejarse desbarbolar y vencer por el romanticismo y que había que estar con lo clásico. En otra ocasión, fueron los dos a Segovia, y al visitar la catedral y contemplar la estatua del Doncel, José Antonio dijo que la Falange de Sigüenza debía llevar sobre su bandera una imagen del Doncel, tan guerrero y, al mismo tiempo, leyendo un libro. Del fundador de la Falange conservaba Foxá el recuerdo de su elegante figura y de la enorme tristeza de su mirada, que parecía revelar el presentimiento de su muerte prematura. Agustín frecuentó bastante la casa de José Antonio. Fue precisamente en ella donde le conoció Eugenio Montes, el cual recuerda que estaba sentado en una butaca, como prolongándola, una especie de Ernesto Renan pequeño. Al oír el nombre de Agustín de Foxá,

Montes se quedó un tanto sorprendido, porque asociándolo a las visitas a los cementerios románticos, se preguntó si la incipiente Falange iría a convertirse en un movimiento romántico. Porque, en realidad, lo que deseaban sus partidarios era un patriotismo clásico e imperial. A la salida de casa de José Antonio, Foxá le recitó a Eugenio Montes un poema suyo, en el que las Infantas rubias iban en su coche «con un rubor de otoño perdido entre las ruedas, subiendo el crepúsculo de la Casa de Campo al Palacio de Orienté. Agustín era entonces un poeta legitimista». Al poco tiempo de aquello, daba su inspiración al himno de Falange.

José Antonio fue para sus seguidores, entre los que estaba Agustín, la reencarnación del Doncel de Sigüenza, un verdadero Amadís de Gaula, y el primero que llevó la poesía a la política. Con ellos se reunía en el bar «Bakanik» de la calle de Olózaga y en «La Ballena alegre». La frivolidad del ambiente no fue obstáculo alguno para gestar aquel fecundo fermento que fue Falange.

Mucho se ha escrito sobre la creación del *Cara al Sol*, pero se discrepa sobre quiénes fueron sus autores. Intentemos dar aquí la versión más autorizada, que es, a nuestro juicio, la aparecida en el periódico *Hierro*, diario de Falange de Bilbao, con ocasión de la muerte de Foxá. Según ésta, el himno nació el 3 de diciembre de 1935. José Antonio se encerró con su «escuadra de poetas» en Or-Kom-pon, restaurante vasco de la calle de Miguel Moya, de Madrid. Por la tarde de aquel día, según Foxá, habían estado viendo la película de Charlot *Tiempos modernos*, así es que aquel genial subversivo fue el que involuntariamente hizo posible que se reuniesen. Bajaron a cenar al sótano, donde había un piano, y a los postres, se pusieron a trabajar sobre la letra del himno. La música la llevó ya compuesta el maestro Tellería. José Antonio, Agustín de Foxá, José María Alfaro, Dionisio Ridruejo y Pedro Murlane Michelena hicieron un «monstruo» para ver la manera de encontrar el texto para dicha música. Hizo de crítico Rafael Sánchez Mazas y, a la puerta, quedaron apostados dos hombres de guerra: Agustín Aznar y Luis Aguilar.

La música al piano de Tellería gustó mucho, pero se presentó difícil la tarea de encontrar una letra para acoplarla a la melodía. José Antonio, al parecer, les había advertido que el himno no sería engolado ni excesivamente solemne. La juventud del Movimiento exigía una canción alegre, risueña, exenta de odio para los contrarios. Una canción, en fin, de «amor y guerra». Tendría que tener una estrofa a la novia, otra a los caídos por España y otra que rematase con aire seguro el triunfo. Debía ser breve, ingrátida, sonriente, para gritarla con el brazo en alto y con el fusil en la mano, porque con ella harían pronto su insurrección, tenien-

do por bordón el de los cañonazos. José Antonio les anticipó que él llevaba ya dos versos hechos: «Traerán prendidas cinco rosas, las flechas de mi haz».

Repitió el compositor la música y entre Foxá y Alfaro surgió la primera estrofa:

«Cara al sol, con la camisa nueva  
que tú bordaste en rojo ayer,  
me hallará la muerte si me llega  
y no te vuelvo a ver.»

La segunda costó más trabajo y tiempo. José Antonio y Ridruejo discutían. Foxá ponía bridas a sus nervios inquietos y Alfaro fumaba incessantemente. El gran Mourlane, con su silencio de sabio, intentaba remansar la discusión. Aquella noche, la segunda estrofa quedó por hacer. Fue al día siguiente, cuando Foxá, en la casa de Marqués de Riscal, de Luis Bolarque, encontró los versos siguientes:

«Formaré junto a los compañeros  
que hacen guardia sobre los luceros,  
impasible el ademán  
y están presentes en nuestro afán.»

La parte de «Volverán banderas victoriosas» fue creación de Alfaro, y de José Antonio fue la última estrofa «Volverá a reir la Primavera», con algunas aportaciones de Ridruejo y un verso entero cambiado por D. Pedro Mourlane, el de «Será la vida nueva», que se transformó por el de «que por cielo, tierra y mar se espera».

A Foxá se debe también, con alguna ayuda de Alfaro, los versos que enlazan las cuatro estrofas de la canción como un puente audaz y frágil, impuesto por la música.

«Si te dicen que caí  
me fuí,  
al puesto que tengo allí.»

Un detalle curioso: el primer verso del himno se hizo sobre el cañamazo de uno del «monstruo», que se le ocurrió en broma a José Antonio, aludiendo a la amistad de Agustín con Margarita y Lolita Pedroso, que empezaba así: «A-gustín Foxá con las Cañon-go».

No paró allí la aportación poética de Foxá a la Falange. Además de haber sido camarada en el Consejo de Segovia, a él se debió, además de su parte en el «Cara al sol», el himno oficial de las juventudes falangistas. Miles de flechas cantaron por toda España sus famosas líneas: «Para que yo creciera sobre una Patria hermosa, mis hermanos mayores cayeron cara al sol». Fue, asimismo, el autor de la letra del himno de la División Azul.

Según cuenta Manuel Aznar, «andando el tiempo, Agustín y yo hicimos muchas veces recuento de nuestros tesoros de sed y de esperanza. El me apuntó, en cierta ocasión, al pie de unas buganvillas dominicanas: «¿Crees que hemos acertado?» Y yo le contesté: «Tú no puedes plantear este problema, porque al sol y al compás de unos versos tuyos han muerto millares y millares de españoles, cara al sol». Me contestó: «Es cierto. ¡Qué tremenda responsabilidad!» Y yo le contesté: «Lo que importa es ser digno de ella». Y Foxá me abrazó».



### CAPITULO III

#### Ingreso en la Carrera Diplomática.—Primeros destinos.

Nos vamos a ocupar ahora de la vinculación de Agustín de Foxá a la Carrera Diplomática. Se inclinó por ella, según confesión propia, en parte por sí mismo y en parte por consejos familiares: «a ella me llevaba la fantasía y, sobre todo, el deseo de viajar».

Su preparación humanística para el ingreso en la Carrera fue dirigida por el padre D. Fidel Abad, cultísimo coadjutor de «Los Jerónimos», que estaba en posesión de las cuatro borlas de doctor. Con él pasó Foxá horas y horas de amena charla, que le serían de extrema utilidad, no sólo para los ejercicios de cultura de la oposición, sino para su formación, en general. El abate Sicard fue su profesor de francés, idioma que Agustín hablaba con gran facilidad y fluidez, pero con dudosa pronunciación. Por lo que toca al inglés, se dio la peculiar circunstancia de que se aprendió de memoria los catorce temas que le podían tocar en los exámenes. Unicamente se explica este esfuerzo prodigioso, teniendo en cuenta su extraordinaria memoria visual, que le hizo posible retener la ortografía de un idioma que desconocía.

Se presentó a las oposiciones el año 1929 y aprobó sin plaza. En la convocatoria del año siguiente prefirió que se le computase la puntuación obtenida la vez anterior (17 puntos), para no tener que volver a examinar. Ingresó, pues, a los veinticuatro años con el número 12 de su promoción.

El 26 de junio de 1930 recibió su Despacho, en el que se decía: «Su Majestad el Rey (q. D. g.) ha tenido a bien nombrarle Secretario de 3.ª clase y destinarle con esta categoría a Su Legación en Bucarest, donde percibirá el sueldo personal de 6.000 pesetas anuales, más otras 6.000 en concepto de gastos de representación».

El jefe de la misión de España en Rumania era, a la sazón, el marqués de Aycinena, y a él se dirigió el padre de Agustín, marqués de Armen-dáriz, que hizo expresamente un viaje a San Sebastián para encomendarle

a su hijo, y pedirle fuera benévolo con el joven Secretario de Embajada. Llegó Foxá a Bucarest el 25 de agosto de 1930, y allí permaneció hasta la fecha de su cese, el 3 de febrero de 1931. Rumania le encantó como país. De él dijo que guardaba recuerdos deliciosos: la simpatía de los campesinos vestidos en el campo como para una zarzuela, tocados con un gorro de piel de cordero; las verdes llanuras de Bukovina y Moldavia; los monasterios y las iglesias votivas construidas en el siglo xv por Esteban el Grande, verdaderas obras de arte con sus pinturas exteriores de brillantísimo colorido e influencia bizantina, como las páginas abiertas de una Biblia ilustrada a la intemperie...

El segundo destino fue Bulgaria. Su estancia en la Legación de Sofía, como Secretario de tercera, a las órdenes de D. Juan B. Arregui del Campo, va del 25 de marzo de 1931 al 24 de marzo de 1932. Aquel país iba a influir grandemente en su carrera literaria: desde Sofía, al igual que desde Bucarest, Foxá envía preciosos artículos al periódico *ABC*. En ellos refleja de forma palpitante el ambiente de los trineos tirados por caballos sobre la nieve, de los búfalos arando el campo, de los popes con velos de viuda y moños grasientos y de las grandes extensiones de girasoles. Pero nada le interesa tanto como las comunidades de judíos sefarditas, hablando un castellano arcaico pero primaveral, con ecos de los Reyes Católicos en plenos Balcanes.

Lion Depetre, que estuvo con él en la Legación, me ha contado cómo iban los dos por los pueblos y barrios viejos de Sofía, recogiendo los refranes, decires y versos de aquellos judíos de origen español. Y Foxá escribió de qué manera se enteró de la proclamación de la República Española: fue uno de aquellos judíos el que le tradujo la noticia de un periódico búlgaro escrito en alfabeto cirílico. En otra ocasión, escuchó en la sinagoga el canto impresionante de la «Elexía de la salida de la España». Aquello resultaba emocionante: hablaban los judíos de Sofía del paisaje y de las frutas, de los naranjos y los trigales españoles, para terminar, dolorosamente, diciendo: «y Dios nos arrojó de España, que era como un paraíso en la Tierra».

Foxá, como diplomático, comenzaba ya a adquirir el estilo que iba a ser parte de su desbordante personalidad; aprovechando el tiempo libre que el escaso trabajo de cancillería le brindaba continuamente, se dedicaba a la observación del país, a escribir sus crónicas y sus versos (en Bulgaria escribió su libro *La Niña del Caracol*) y a fomentar las buenas relaciones con los búlgaros merced a su inmensa simpatía.

Su actividad cultural, por otra parte, cristalizó en una famosa conferencia que pronunció en Sofía y en Filippopoli (invitado por su colonia

sefardita) sobre «Juda Halevy, su vida y su símbolo». En ambas ciudades obtuvo un resonante éxito por el arte exquisito con el que desarrolló el estudio sobre aquel poeta y filósofo judío de Lucena en el Medioevo. Todo aquello formaba parte de un plan de extensión de la influencia española, de un lado, en la comunidad sefardita de Sofía (que pasaba de las 25.000 personas, y en cuyas manos se encontraba gran parte del comercio y la banca del país) y, de otro, en la ciudad arriba mencionada, de la antigua Rumelia, donde se deseaba crear un centro español similar al existente en Sofía. Los desvelos del joven Foxá fueron premiados con una felicitación particular del Subsecretario Agramonte, en la que le agradecía su brillante actuación para el mejoramiento de las relaciones entre España y Bulgaria.

El 14 de marzo de 1932 fue trasladado, en comisión de servicio, al Ministerio, pero conservando el cargo en Sofía. El 1 de abril de aquel mismo año pasó al Ministerio y fue ascendido a Secretario de segunda el 1 de enero de 1933, sin que tomase posesión en el Ministerio, por pasar en la misma fecha a la Dirección General de Marruecos y Colonias. Estos años son más bien de formación literaria y son objeto de estudio especial en otra parte de esta Memoria.

Con posterioridad, pasó al Ministerio el 21 de mayo de 1934. Y el 15 de junio de 1936 tuvo lugar su nombramiento para Bombay, logrando no incorporarse allí. La sorpresa del Alzamiento Nacional y la salida de Foxá hacia Rumania, vienen estudiadas de forma especial en el capítulo de esta Memoria titulado: «Misión en Bucarest».

## CAPITULO IV

### Misión en Bucarest.

El 15 de junio de 1936 fue destinado a Bombay como Secretario de segunda clase. El 18 de julio le sorprendió en Madrid, en expectativa de salir para la India. Foxá cuenta que en aquel caluroso julio estaba leyendo a Zorrilla y que subieron unos milicianos que intentaron llevarle a la Casa de Campo para fusilarle. Les entretuvo como pudo y les enseñó su pasaporte diplomático por la parte escrita en inglés, poniéndose luego a recitar para entretenerles. Milagrosamente le dejaron con vida. En la iglesia de al lado, El Salvador, las turbas quemaron, entre otras, su partida de bautismo, incendiaron el templo y cayeron al suelo con estrépito horrisono las campanas. Por la noche, tuvieron que echar baldes de agua por el patio de su casa para apagar las cenizas de la iglesia.

Durante los tres meses que permaneció en zona roja, cambió de domicilio nueve veces. La última, se refugió en casa de su tía Martina Torroba y de su primo José María, que tenía nacionalidad argentina. (Al entrar en el Madrid reconquistado, Foxá encontraría la casa de sus padres pillada: destrozadas o desaparecidas las sillerías de los salones, desvalijada la vitrina, los retratos de sus antepasados despojados de sus marcos dorados, que habían servido como leña... Quedaban la biblioteca, las espadas en sus panoplias, algún otro mueble. En cambio, aparecieron inesperadamente un cuadro del bombardeo de Guernica, un cromo de Lenin, muy malo, una piel de pantera y un maravilloso tapiz de Ulises, procedente de un convento...)

Subrepticamente hizo visitas a la Embajada de Alemania, en una de ellas acompañado por el Sr. Marchesi, para informar al Encargado de Negocios, Sr. Welkers, de los planes de sublevación de las cabilas del Protectorado.

No presentó su dimisión al gobierno de la República por las fuertes amenazas de que era objeto por parte de las milicias rojas. Las razones

que las motivaban eran múltiples: su linaje aristocrático, sus colaboraciones en el periódico monárquico *ABC*, su amistad personal con José Antonio y sus relaciones con Falange Española, a la que pertenecía desde 1935. De ahí que, coaccionado y con peligro de perder la vida, se limitase a firmar una simple adhesión formularia y colectiva al régimen republicano, a fines de julio del 36.

El 30 de junio de ese año consiguió Foxá no ser enviado a Bombay, y pasó a la situación de comisión transitoria en el Ministerio, a las órdenes inmediatas del Subsecretario, Sr. Ureña.

El 29 de agosto fue nombrado para ir a Bucarest como Encargado de Negocios interino, con Cartas de Gabinete, aceptando aquel destino como único medio de salir del infierno rojo de Madrid. Lo cual hizo de una manera precipitada y llevando por todo equipaje un cepillo de dientes envuelto ostensiblemente en un ejemplar de *El Herald*. Se había cursado un telegrama oficial al Ministerio de la Gobernación para que se comunicase al Gobernador Civil de Valencia y al Presidente de la Generalitat de Barcelona, que diesen toda clase de facilidades al funcionario diplomático Agustín de Foxá, que salía, vía Valencia-Barcelona, con dirección a Francia, para incorporarse urgentemente a su destino. Igualmente, se había pedido al Ministerio de la Guerra que le otorgase un salvoconducto para que le fuesen dispensadas las máximas facilidades en su viaje.

El propio Foxá cuenta, en su novela incompleta *Misión en Bucarest*, los momentos angustiosos que vivió en Madrid, después del Alzamiento Nacional y antes de su salida para Rumania: «Yo me había refugiado en casa de una tía mía, pero me denunció una criada. Me escondí en el Ministerio de Estado. Durante el día era un diplomático de la República. Conocí a Rosemberg, el Embajador de Rusia, algo jorobado, con la cara parecida al Rey Boris de Bulgaria, hablando un francés correctísimo. Vi a Azaña, fofo, exangüe, lejanísimo, entre las columnas con porcelanas del Palacio Real, en una presentación de Credenciales, en la que se mezclaba con las corazas francesas de la Guardia Republicana el mono con cremallera de los milicianos del Quinto Regimiento. De noche era un perseguido. Cenaba en el archivo con otros compañeros, terminando los restos de comida aquellos ratones eruditos. Dormía en la Sección de Judiciales, sobre un verde sofá. Allí estaba también oculto José Félix Carrillo, un muchacho muy perseguido, que creo que te conocía. Al fin conseguí captarme al secretario particular del Ministro Barcia. Tuve que comer con él, para congraciarme, los últimos cochinitos de Madrid, en la Sección de Cifra, mientras llegaban, entre las pata-

tas con grasa y las botellas de cerveza, los telegramas atrasados de los compañeros que dimitían. Conseguí, gracias al secretario al que acudí, adicto al Ministro, ser nombrado en Bucarest, haciendo valer mi anterior estancia en 1930 y mis conocimientos de la lengua rumana».

Foxá salió con dirección a Valencia, a la sazón una ciudad infestada de milicianos con monos de mecánicos manchados de grasa y sangre. Al día siguiente pasó por Port-Bou a Francia. Desde San Juan de Luz telegrafió al Ministro de la España de Franco en Bucarest, D. Pedro de Prat y Soutzo (actual marqués de Prat de Nantouillet), diciéndole que había sido nombrado por el gobierno de Madrid para hacerse cargo de la Legación en Rumania, como Encargado de Negocios interino, mientras se concedía el pláset y llegaba a Bucarest el Sr. Alomar, Ministro designado. En el telegrama se ponía incondicionalmente a las órdenes de Prat, único jefe que reconocía, y explicaba que había aceptado el nombramiento por ser el único medio de salir del infierno de Madrid, sin pensar, por ello, ir a Bucarest. Le daba asimismo detalles de la situación en que estaban la mayoría de los compañeros que quedaban en el Ministerio («verdaderos prisioneros de guerra») y le rogaba que pusiera un telegrama al gobierno rojo de Madrid, firmado por Foxá, como si efectivamente hubiese llegado allí. Con ello se cumpliría un acuerdo secreto con los otros camaradas del Ministerio, para lograr facilitar, desvaneciendo la general desconfianza, la próxima salida al extranjero de aquellos que tuviesen la suerte de ser nombrados.

Prat le contestó que se presentase en Burgos y que pidiese instrucciones a Yanguas Messía, para aclarar lo que debía hacerse. Así lo hizo Foxá, que pasó con su hermano Jaime, que iba vestido con su camisa azul y su casco de guerra y la boina de requeté en el bolsillo, por Dancharinea a Pamplona. La ciudad estaba vacía de hombres jóvenes. Foxá cuenta que oyó los cañonazos al pasar por Villarcayo. Aguirre intentaba atacar Vitoria.

Llegó a Burgos el 1 de septiembre, donde la Capitanía General era todo el Estado del General Franco, y comprobó las modestas instalaciones nacionales, frente a los ministerios alfombrados de la República, alhajados con despojos de los Palacios Reales, y su gran aparato de Guardias de Asalto y autos oficiales.

En Burgos se encontró a sus compañeros de Carrera, a quienes el Alzamiento había sorprendido fuera de la zona roja. En una sala de la Capitanía, Asuntos Exteriores e Industria y Comercio estaban separados por unas butacas en el centro. El despacho de Yanguas Messía (que hacía las veces de Ministro de Estado) lo formaba un biombo en torno

a su mesa. Yanguas recibió a Foxá y le dijo que continuase viaje a Bucarest y que hiciese todo lo que le mandase Prat.

Se quedó allí dos días, en los que encontró el temple de la Reconquista. Vio a Franco en el palacio del obispo y a su hija —entonces una niña— jugando entre los rosales del patio interior. La Junta del Consejo Nacional estaba en el Convento de las Huelgas. También tuvo ocasión de ver a Goicoechea y al general Mola, así como a viejos amigos y a señoras de las que frecuentaban el bar «Bakanick» antes del Alzamiento, que habían salido del Madrid rojo con pasaportes cubanos o argentinos. En Burgos se cantaba el «Cara al sol» y el «Oriamendi» con entusiasmo.

Fue a verle Jaime Miralles y le llevó a su casa en la calle de Lafán Calvo. Foxá era muy amigo de los cuatro hermanos Miralles. Uno de ellos, Carlos, acababa de morir, como un héroe de romance, en lo alto del Guadarrama, defendiendo la causa nacional. Jaime le enseñó la ropa manchada de sangre de su hermano.

En seguida abandonó Burgos y se presentó en Rumania. Llegó a Bukovina sin ningún equipaje y lo primero que hizo fue ir a ver a Prat, que estaba pasando una temporada en aquella región. Prat se comunicó con Burgos, dando cuenta de la llegada de Foxá, y, a su vez, éste envió un telegrama, fechado el 28 de septiembre de 1936, dando cuenta de su instalación provisional en la Strada Robert Fleurs, n.º 29, al Ministerio de Estado de la República. Con ello, comenzaba la peligrosa aventura de Foxá, nominalmente, representando a la República, pero colaborando, en realidad, con Prat para hacer triunfar en el extranjero la causa de Franco.

¡Lo más increíble de toda aquella historia rocambolesca es que Foxá vivía en la Legación con Prat! Ambos frecuentaban a los intelectuales rumanos, asistían a recepciones y a cacerías. Y Foxá, incluso, estuvo a punto de tener un duelo por una historia de faldas.

Pero, no todo era frivolidad en la estancia de Foxá en Bucarest. De acuerdo con Prat, boicoteó continuamente las órdenes de Valencia. Y entre los dos consiguieron que el Ministerio de Negocios Extranjeros de Rumania negase el plácet al Ministro rojo Gabriel Alomar. Contribuyó de manera muy eficaz el ambiente decididamente favorable a la España Nacional que reinaba en los círculos de la corte. Además, el Ministro Prat gozaba de la confianza y amistad del Rey Carol, partidario también de Franco.

Foxá y Prat consiguieron, asimismo, que el Presidente del Consejo de Ministros rumano, Goga, hiciera que la gran manifestación de los «Nacional-Cristianos» desfilase bajo la bandera española de la Legación,

vitoreando a Franco y al Gobierno Nacional. Por otra parte, fue fruto de la estancia de Foxá el mantener el edificio de la Legación en manos de los «Representantes nacionalistas», cuyos archivos contribuyó a trasladar a la Legación de Italia. Como en aquella época, además, la Legación nacional carecía de fondos, obtuvo Foxá, por medio de un telegrama dirigido a Alvarez del Vayo, un primer cheque de 124.281 francos franceses, que entregó al Ministro Prat para los gastos de la Legación. De modo que, sin saberlo, el Sr. Alvarez del Vayo subvencionaba a los diplomáticos de Franco. Para evitar las sospechas del Gobierno republicano, que se había trasladado a Valencia, y por telegramas y despachos, le ordenaba constantemente que tomara posesión de la Legación facciosa; Foxá fingía dificultades que atribuía a la camarilla palaciega, simpaticante con Franco, utilizando en sus despachos el estilo demagógico de *El Herald*. Sin embargo, aquello no podía continuar indefinidamente, sin inspirar sospechas y recelos al Gobierno de la República, el cual tuvo conocimiento de la «traición» de Foxá por un Vicecónsul honorario, de raza judía; casi a los cuatro meses de la estancia del escritor en Bucarest, el gobierno de la República, a través de un telegrama del Ministerio de Estado, de fecha 22 de diciembre de 1936, exigía al confidente, Antonio Riaño, que explicase urgentemente la actitud de Foxá. Para esclarecer la situación se envió a Bucarest como Encargado de Negocios al antiguo pasante de Jiménez Asúa y comisario de policía, Sr. López Rey, el cual fue recibido en la prensa rumana con gravísimos insultos, que le hacían responsable de las matanzas de nacionales en la zona roja.

El 31 de diciembre, descubierto todo el doble juego de Foxá, es «separado definitivamente» de los servicios del Ministerio de Estado de la República. La causa inmediata había sido el hecho de que Foxá no quiso acudir a las varias llamadas de López Rey, provocando la indignación y un Despacho violentísimo de éste a Valencia. Como el control de los movimientos de López Rey estaba asegurado por el citado Sr. Riaño, y no tenía objeto prolongar una situación especialmente desagradable y violenta para Foxá, y como el 27 de enero de 1937 había llegado la noticia de la cesantía del mismo, por conducto de los banqueros en Londres, éste puso punto final a su estancia en Bucarest y salió hacia Francia y España, puesto que su presencia allí había dejado de ser útil a la causa nacional.

Foxá marchó a Salamanca, siendo destinado a la Secretaría de Relaciones Exteriores el 15 de marzo de 1937. Por aquellas fechas se interceptaba a los rojos un comunicado del llamado Subsecretario Alfredo Mistral, en el que se hablaba de su «insidia y deslealtad».

Con fecha 18 de junio de 1937 fue nombrado, por el Caudillo, Inspector del Servicio Exterior de F. E. T. y de las J. O. N. S., realizando, en compañía del Sr. Merry del Val, un viaje a Lisboa para entrar en contacto con la Legión portuguesa.

Con posterioridad, y cumpliendo lo preceptuado en el último párrafo del artículo 3.º del Decreto-ley de 21 de enero de 1938, Foxá elevaba al Ministro de Asuntos Exteriores de la España Nacional una declaración jurada, de acuerdo con lo que en dicho Decreto se ordenaba. En ella explicaba toda su azarosa experiencia en Rumania y acreditaba todo lo que decía con documentos que obraban en su expediente personal, en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Asimismo, ponía como testigos de sus afirmaciones a los Sres. Yanguas, Villaceros, Prat, Alcover, Marchesi y Artero. La declaración tenía fecha de 5 de febrero de 1938.

El 13 de junio del mismo año, ampliaba tal declaración jurada, en el sentido de jurar solemnemente no haber estado afiliado a ningún Partido de los que integraban el Frente Popular, no haber pertenecido nunca a la Masonería, ni haber cotizado voluntaria ni coactivamente en favor de ninguna de las organizaciones mencionadas.

Con todo lo cual, el 22 de julio de 1938, el Tribunal Seleccionador de la Carrera Diplomática fallaba en San Sebastián que, ante todo lo expuesto, Agustín de Foxá continuase en su situación de «Admitido» al servicio activo. Finalmente, el 20 de mayo de 1940, el Tribunal de Revisión de Expedientes de Depuración de Funcionarios fallaba que le confirmaba por unanimidad y con carácter definitivo como «Admitido directamente al servicio activo».

Carlos Sentís contó en una ocasión que de no haberse acabado la guerra en la Primavera de 1939, le hubiera tenido con él de voluntario. Ambos estuvieron juntos durante un mes en una batería de antitanques en Calatayud y Foxá hasta llegó a vestir el uniforme de soldado de infantería. Con todo esto y la reanudación de sus tareas diplomáticas, termina el periodo 1936-1940.

## CAPITULO V

### Otros destinos diplomáticos: Roma, Helsinki, Montevideo, Buenos Aires.

No vamos a estudiar de forma profesional y detenida la carrera diplomática de Agustín de Foxá, pues está siendo objeto de un trabajo de D. Antonio Serrano Medialdea, pero sí recogeremos algunas notas que influyeron en su obra o en su vida.

\* \* \*

#### ROMA.

Después de la guerra civil, Foxá fue destinado, el 27 de julio de 1939, a la Embajada de España en Buenos Aires, pero no tomó posesión, y el 28 de septiembre del mismo año lo fue a la Legación en Montevideo, pero quedando en comisión de servicio en la Embajada en Roma. Con posterioridad, el 24 de noviembre de 1939, fue nombrado Jefe de la Falange Española en Italia por el Delegado Nacional del Servicio Exterior de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, tomando posesión en Roma el 7 de marzo de 1940. Su cargo era exactamente el de Inspector Extraordinario de FET y de las JONS para Italia y los Balcanes. La delicadeza de su misión era grande en aquellos tormentosos y difíciles años europeos. Foxá permaneció en Roma, cuando fue destinado al Consulado en Tampico en noviembre de 1940.

La estancia de Foxá en Roma supuso para él un estupendo enriquecimiento estético y literario. Buena muestra de ello son los versos magníficos que nos ha dejado de esta etapa de su vida.

José Antonio Giménez Arnau cuenta el goce que suponía para Agustín las visitas a los museos y a los monumentos, a las iglesias y a los jardines. Recuerda su voz profunda y bien timbrada recitándole sus sonetos a los dos centauros o los poemas a la columna acostada, a las Catacumbas o a Nápoles, y cuando le explicaba, con su mano gordezuela revoloteando en el aire, el Foro Trajano o el Coliseo o el bautismo con

sangre de toro en el templo de Mitra. Tanta belleza no hacía sino impulsar al poeta a crear por su cuenta más belleza. Jaime de Foxá me ha contado la emoción de la visita, con su hermano Agustín, a la estatua de Paulina Bonaparte, en la Villa Borghese, y las incidencias de una accidentada audiencia con el Papa Pío XII en el Vaticano.

Entre las actividades diplomáticas de Foxá por estas fechas, según me contó su hermano Jaime, hay que reseñar el viaje que hizo en compañía de José Antonio Giménez Arnau de Roma a Madrid, para traer un mensaje personal de Mussolini a Franco. En él, le daba cuenta de la entrada de Italia en la guerra contra Francia. Asimismo, asistió a la histórica entrevista de Bordighera, en la que el Caudillo, mostrando al Duce el pan negro que había en España, le dijo que generalmente las guerras comenzaban comiendo pan blanco y terminaban comiendo pan como el que le enseñaba, haciendo hincapié en la imposibilidad de entrar en la guerra un país como España, comenzando por ese final.

El 2 de marzo de 1941 asistió Foxá al entierro en Roma del Rey Don Alfonso XIII. El marqués de Quintanar recoge en su obra sobre los últimos momentos del Monarca español, la presencia en el cortejo fúnebre de nuestro poeta y diplomático, en compañía de los miembros de las representaciones españolas acreditadas ante la Santa Sede y el Quirinal (presididas, respectivamente, por Yanguas Messía y el conde de Portalegre). La impresión visual y emotiva de aquella solemne comitiva a través de las calles de Roma, entre filas de coraceros de gran uniforme y teniendo como fondo el plateado juego de la Fuente de las Náyades, hasta el momento de depositar el féretro real en la Basílica de Santa María, movió tan profundamente la vena poética de Foxá, que le impulsó a escribir su famoso *Romance del Rey muerto*.

Sobre el final desafortunado de su estancia en Roma, corren dos versiones distintas. Según una de ellas, Agustín recibió una orden del gobierno italiano, dándole un plazo de veinticuatro horas para abandonar el país. La causa era una acusación de espionaje. Según orden del Ministro de Asuntos Exteriores, Sr. Serrano Suñer, no abandonó Roma, sino que buscó refugio en la Embajada de España en el Quirinal. Con ello, puso en el trance, a los autores de aquella orden demencial, de tener que recurrir a la fuerza material o de admitir su error. José Antonio Giménez Arnau supo luego, por el propio conde Ciano (ausente de Roma cuando fue tomada aquella determinación), que todo se había producido en un momento de mal humor de Mussolini, al conocer una respuesta burlona que Agustín había dado en una recepción a una diplomática alemana. Al parecer, ésta le había preguntado, inoportunamente, cuándo

se iba a decidir España a intervenir en la guerra. A lo que Foxá había contestado: «La verdad es que los alemanes son valientes. ¿Todavía se atreven ustedes con otro aliado?» La frase, ingeniosa, pero impertinente, según esta versión, había cegado al Duce, especialmente susceptible debido al lamentable giro que había tomado la guerra en Grecia.

Según la otra versión, Agustín había escrito un despacho destinado a las autoridades españolas, en el cual, de forma clarividente, había pronosticado el desastre lamentable que esperaba al fascismo. En él, describía la corrupción interna del Partido, su fraccionamiento, su impopularidad en los altos medios italianos y la predominante lealtad del mariscal Badoglio a la Corona, que terminaría por llevarle a dar un golpe de Estado en contra de Mussolini. Dicho informe, que no contenía sino exactitudes, fue interceptado, según esta versión, por las autoridades fascistas, y provocó el desagradable incidente que protagonizó Foxá.

Fuese como fuese, nuestro personaje se defendía indignado y haciendo alusión a su inveterada y profunda distracción, le decía a Giménez Arnau: «¿Espía, yo? Me imaginas diciéndote un día: ¡Estoy hecho polvo! ¡No sé dónde he metido un acorazado y tres submarinos!»

El hecho es que Foxá, tras permanecer algún tiempo prudencial en la Embajada de España en el Quirinal, abandonó Italia y fue destinado, el 14 de junio de 1941, al Ministerio.

\* \* \*

HELSINKI.

Foxá fue destinado, el 8 de julio de 1941, a Helsinki como Encargado de Negocios. El 2 de septiembre presentó sus Cartas de Gabinete al Ministro de Negocios Extranjeros de Finlandia.

El periodo finlandés de Foxá es tal vez uno de los más conocidos, gracias a la popularidad alcanzada por ese gran libro de la literatura de escándalo que es el *Kaputt* de Curzio Malaparte. El autor de esta obra cuenta en una especie de prólogo titulado «Historia de un manuscrito» el gran papel que jugó el conde de Foxá en la salvación del original de *Kaputt*. Malaparte, al volver de Finlandia a Italia en 1942, dividió el manuscrito en tres partes, repartiéndolas entre Foxá, que regresaba a Madrid; el Secretario de la Legación de Rumania en Helsinki, Príncipe Dinu Cantemir, que iba a ocupar un alto puesto en la Legación rumana de Lisboa, y el Agregado de Prensa, también rumano, en Finlandia, Titu Michailesco, que volvía a Bucarest. Según Malaparte, en su viaje de regreso a Italia fue registrado en el campo de aviación de

Tempelhof por la Gestapo. ¡Nos imaginamos lo que le hubiera ocurrido al truculento escritor de haber sido descubierto el manuscrito en el que se narran tal cúmulo de enormidades, verdaderas o falsas!

El hecho es que la figura de Foxá es una de las de mayor relieve del libro, junto con Himmler, Edda Ciano, Isabel Colonna, el gobernador Frank o la Princesa Luisa de Prusia. Recoge *Kaputt* el incidente de la orden de expulsión de Italia a Foxá, y lo atribuye a haber hecho este último un poco de «esprit» en el golf de Acquisanta y en algunas entrevistas con Serrano Suñer, sobre la condesa Ciano.

Malaparte nos ha dejado en su libro la descripción desorbitada de un Foxá fascinado por los muertos y por todo lo que les rodea: tumbas, cementerios, féretros. Un Foxá fúnebre, morboso y «cruel, como todo buen español», deleitándose en la contemplación de unos guantes de piel de perro. En *Kaputt* cuenta, a su manera y con muchos errores, las visitas a los cementerios románticos de Madrid. También narra las interminables noches de invierno en Finlandia, charlando hasta la madrugada con el escritor y diplomático español, mientras ambos veían cómo Helsinki se hundía lentamente en la nieve y cómo de aquel blanco y silencioso naufragio surgían las columnas del Palacio del Parlamento como si se tratase de las arboladuras de unos inmensos navíos.

Con indudables dotes de gran escritor, el condotiero de la pluma que era Malaparte, nos describe curiosas conversaciones con Foxá. A una temperatura de cuarenta y cinco grados bajo cero, las fiestas terminaban de una manera desordenada a causa de la gran cantidad de alcohol ingerido. Foxá derrochaba ingenio y evocaba el sol de España y las noches estrelladas de Andalucía o el cielo azul de las altas tierras de Castilla, para vencer el encanto del país nórdico. También hablaba del olor de muerte que se filtra en todo el Arte y la Literatura española: Goya, El Greco, etc. Al mismo tiempo, según Malaparte, Foxá sentía un irresistible miedo infantil a los espectros, mostrado en múltiples ocasiones; pero, sobre todo, en el episodio del fantasma del ascensor.

Las mejores páginas relativas a Foxá son aquéllas en que nos cuenta la cena en la Legación de España, durante una de las noches blancas del verano finlandés. Describe el extraño espectáculo de unos comensales vestidos de etiqueta, con caras espectrales, y sentados a una mesa abarrotada de plata, cristales y porcelana, mientras una luz cegadora de quirófano penetraba por la ventana. También resultan muy interesantes los episodios increíbles del alce herido que llega hasta el palacio del Presidente de la República de Finlandia, y en torno al cual se va congregando todo el Cuerpo Diplomático a altas horas de la noche, o el de la

sauna con Himmler o el de la gran borrachera en casa del gobernador de Laponia, en Rovaniemi, la capital erigida sobre el Círculo Polar Artico.

El propio Foxá, en sus preciosos artículos de periódico, mostró la huella que en él dejó su estancia en Finlandia. Pero la poesía nórdica que se desprende de ese desierto de nieve y hielo, de ese acuático país de los cien mil lagos, de las bellezas literarias del gran poema *Kalevala*, la encontramos también en su obra *Norte y Sur*.

Recientemente se ha publicado una obra póstuma de Curzio Malaparte, que es su *Diario de un extranjero en París*. Pues bien, en esa obra (escrita en 1947, pero no aparecida hasta 1966), en la que el autor narra su vuelta a la capital de Francia tras catorce años de ausencia y después de haber sufrido prisión en la cárcel de Regina Coeli, se contienen curiosísimos datos sobre Foxá en Finlandia. En primer lugar, dice Malaparte vanidosamente: «El conde Agustín de Foxá, a quien hice célebre con *Kaputt*...» Seguidamente, se queja de que aquél concedió una entrevista a *ABC*, en la que dijo que todo lo que había de gracioso en *Kaputt* era suyo. Malaparte lo achaca a que Foxá lo hizo para vengarse de algunos personajes del libro que no le gustaban y asegura, a continuación, que su obra no es una novela histórica con personajes del tiempo de Luis XIII, sino rigurosamente actual. Luego, admite que Foxá es uno de los hombres más graciosos que ha conocido en su vida. Y, finalmente, se pregunta por qué no contó en *Kaputt* la historia de los prisioneros españoles: «Y como de Foxá no la cuenta, la contaré yo, para que esa historia no se pierda ni se olvide. Sobre todo, porque si de Foxá la contara, la estropearía. Pues es un hombre tan buen conversador como mal escritor. Que me perdone Foxá, pero sus graciosas historias las cuento yo mejor que él». (Como vemos, entre Foxá y Malaparte reinaba ese curioso tipo de amistad agrídulce que suele ser frecuente en el mundo de las letras.)

La historia en cuestión arroja interesante luz sobre Foxá en funciones de diplomático español en Finlandia. En febrero de 1942, Malaparte se encontraba en el frente del Kaunas, entre el lago Ladoga y Leningrado, formando parte del séquito del general Edqvist, que mandaba una división finlandesa en aquel delicado punto del frente. Un día, el general le hace llamar y le comunica que ha hecho 18 prisioneros rusos que declaran ser españoles. Se trataba de unos huérfanos de la guerra civil española, que fueron embarcados y enviados a Rusia, donde se le instruyó y convirtió en soldados rusos. Telegrafía a Foxá para que se encargue de ellos. Dos días después, llega Foxá en un trineo, con una



temperatura de cuarenta y dos grados bajo cero, muerto de frío y de cansancio y furioso por haber sido molestado por Malaparte. Pero en seguida, como se trata de una persona de buenísimo corazón, hace todo lo posible por salvar a aquellos desgraciados, que se niegan a aceptar su ayuda, pues él representa a la España de Franco. Foxá regresa a Helsinki para telegrafiar a Madrid. Luego, cae uno de los prisioneros gravemente enfermo de pulmonía, y Malaparte vuelve a llamar a Foxá, que vuelve de nuevo, cargado con medicinas, alimentos y cigarrillos. Parte de nuevo, y vuelve otra vez, al enterarse de que ha muerto y hay que enterrarle. Foxá sigue al ataúd, con el general Edqvist, los restantes prisioneros rojos y los soldados finlandeses. Una bandera española había sido colocada en el fondo de la fosa, abierta con dinamita en la tierra helada. Al colocar el ataúd en la fosa, los soldados finlandeses descargan sus fusiles al aire, el general saluda militarmente, Foxá con el brazo extendido y los compañeros del muerto con el puño cerrado. Como Foxá quiere salvar a todos los demás españoles de ser fusilados, les propone que firmen una declaración de adhesión al régimen de Franco. Pero se niegan a hacerlo y ha de regresar a Helsinki. De nuevo le llama Malaparte y de nuevo vuelve Foxá, en su trineo, cubierto de carámbanos y rabioso por todo el asunto, pero deseando ayudarles en todo: «tenía los ojos llenos de lágrimas y la voz le temblaba. No puedo pensar en el destino de esos pobres muchachos. Les admiro, estoy orgulloso de ellos, porque son buenos españoles, orgullosos y valientes. Hay que hacer todo lo posible por salvarlos...» Finalmente, consigue repatriar a uno (que ha firmado la adhesión) a España y logra del general Edqvist que le prometa, bajo palabra de honor, salvar a los demás, cosa que obtiene del mariscal Mannerheim. Malaparte termina la historia, contando cómo Foxá, con un nudo de emoción en la garganta, estrechó en silencio la mano del general finlandés.

Todo lo arriba expuesto indica claramente el alto sentido del deber y de humanidad que había en Foxá, actuando como representante de España. La historia no debió ser adornada por Malaparte, ya que vimos cómo en la misma obra le dedicaba frases francamente duras.

\* \* \*

#### MONTEVIDEO.

Foxá cesó en Finlandia el 26 de junio de 1943, y regresó a España, tomando posesión de su nuevo destino en el Ministerio el 16 de julio de 1943. Fue ascendido a Secretario de primera clase el 20 de julio

de 1945, permaneciendo en Madrid, hasta la fecha en que fue destinado a la Legación en Montevideo (donde era Ministro D. Juan Pablo de Lojendio). Tomó posesión de su nuevo cargo el 15 de noviembre de 1945 (\*).

En Uruguay tiene lugar su primer «encontronazo» con el Nuevo Mundo. Es aquí donde se da cuenta de que en el continente americano rigen otras dimensiones: el río de la Plata tiene doscientos kilómetros de ancho y en la desembocadura del Amazonas hay una isla que no figura en los mapas, aunque tenga un tamaño superior al de Suiza; se trata, pues, de la hegemonía de la Geografía sobre la Historia, a la inversa de lo que ocurre en Europa, donde en los atlas escolares siguen ocupando una página del mismo tamaño el mapa de América, de Alaska a la Patagonia, y el de Suiza...

En Uruguay conoce Foxá a la gran poetisa Juana de Ibarbourou; el escritor contó en una ocasión que volvían los dos del cementerio de Montevideo y un señor que les acompañaba dijo a la poetisa, en forma de elogio: «Falta usted en el panteón de personas ilustres». Juana, graciosamente, le contestó: «Bueno, un poco de calma...» Le regaló a Foxá todos sus libros y le hizo sentir su gran amor a la tierra y al jugoso campo uruguayo.

Por esta época realiza Agustín un viaje a Perú y, de paso para reintegrarse a su puesto en la Legación de Montevideo, se queda unos días de junio de 1946 en Chile. Bajo el patrocinio del Embajador de España en Santiago, marqués de los Arcos, da un recital poético en el Teatro Cervantes de aquella ciudad, a beneficio de la Sociedad de Ciegos de «Santa Lucía», cosechando un gran éxito de público y prensa. Es objeto de diversos homenajes, tanto por parte de la sociedad chilena, como por parte de los intelectuales del país. Todos los periódicos chilenos reproducen las entrevistas que concede Foxá; en ellas aprovecha siempre la ocasión para manifestar su incondicional adhesión a la política del Caudillo. Es la época difícilísima para España, en que la ONU y los países occidentales muestran su intransigencia e incomprensión hacia nuestro país. Foxá es una voz más en la gran batalla de la diplomacia española. Al ser preguntado sobre la gigantesca presión que se hace actualmente en todo el mundo contra España, Foxá manifiesta que no se logrará derribar el régimen de Franco, pues España representa el anticomunismo.

(\*) Justo antes de incorporarse a su puesto de Montevideo, Agustín de Foxá contrajo matrimonio el 18 de octubre de 1945, en la Iglesia de los Venerables de Sevilla, con D.<sup>a</sup> María Luisa Larrañaga y Seras.

Subraya la recuperación de nuestro pueblo, en el dolor, la abnegación y el sacrificio que marca la fe en la eternidad del destino español.

La última actuación cultural de Foxá en Montevideo es una conferencia celebrada en la «Exposición del libro español contemporáneo», organizada por el Instituto Uruguayo de Cultura Hispánica. El título elegido: «La musa viajera», revela el tema consistente en la descripción de los diversos países que el escritor y diplomático ha conocido; en el curso de la conferencia, Foxá da un recital de sus poemas relacionados con los sitios visitados. Ni qué decir tiene que el éxito es inmenso. El Jockey Club de Montevideo, que posee una de las más destacadas tribunas de la capital, le pide que dé otra conferencia. Esta vez el título que elige es: «Mis poesías», trazando un bellísimo estudio de los orígenes de la poesía castellana. Foxá cede el importe de su conferencia a la esposa del Presidente de la República para atender a cualquiera de las obras benéficas en cuya dirección se encuentra dicha señora interesada.

Foxá abandona el Uruguay el 25 de enero de 1947 y es trasladado a la Argentina.

\* \* \*

BUENOS AIRES.

El 26 de enero de 1947 toma posesión de su nuevo destino en la Embajada de España.

Como dato curioso del estado de ánimo de Foxá y de sus impresiones sobre la América española, nos permitimos transcribir una carta que escribió, recién llegado a la Argentina, al marqués de las Marismas. En ella dice:

«Hace más de un año que debí haberte escrito, pero necesitaba impregnarme un poco del Nuevo Mundo para poner algo inteligente.

Europa es el continente del porvenir. Aquí no hay diálogo. Visitando una vez Roma y las sagradas piedras del Foro, una vez hice una frase: «Las piedras, tanto en el riñón como en la historia, son a veces fatales». Rectifico ahora. Sin unas viejas piedras detrás no es posible alegrar una sobremesa.

Claro que aquí hay cosas buenas. Pero no para el espíritu. Acaso los europeos seamos ya un poco viejos, aunque no lo creo. Es angustiosa, literalmente, la falta de Edad Media. Esto debió ser descubierto en 1292, cuando se hacían catedrales y se iba a escribir la *Divina Comedia*. Un claustro benedictino del XIII, en medio de los Andes, hubiera civilizado a sus rocas. Al cóndor se le hubiera podido enjaular en un escudo de las

Cruzadas. Se descubrió América cuando se partía su unidad católica y aparecían por el horizonte los dioses de guardarropía del Renacimiento y el hábito negro racionalista de Lutero.

He matado, palpitante, un avestruz en las «cuchillas» del Uruguay, y he visitado la «isla de lobos», cuyos monstruos marinos con melenas y mamas pectorales, combinadas con la niebla y la castidad de a bordo, hizo creer a los marineros de Sales que habían descubierto las rubias sirenas enemigas de Ulises.

Fui a Bolivia, donde las indias van vestidas de lagarteranas, pero con bombín de Charlot y pendientes de diamantes entre sus trenzas. Llevan siete sayas de diferentes colores y cuando bailan se irisan entre las llamas de ojos de mujer y caderas tan voluptuosas que obligarían a dictar una disposición a los Virreyes prohibiendo a los indios pastores del altiplano conducir las si no iban bien acompañados de sus mujeres. Así nació el pecado terrible que no mereció la anatema de la *Biblia* porque Jehová nunca vino a América. Los indios van por las alturas de cuatro mil metros, sonámbulos de coca («un árbol que camina», ha dicho alguien), con sus ponchos colorados con listas verdes y azules y anchos sombreros de picador del tiempo de Frascuelo.

Lima es una Sevilla con terremotos, con casas coloreadas y balcones de madera como confesionarios, navegantes sobre la calle. Allí ví a Manolete. Monosabios negros con boinas de requetés y jersey amarillos. Y el humo de los anticuchos, que son trozos de corazón de toro atravesados por un palito que venden las negras. Y arriba el cerro color sepia de San Cristóbal, donde colocó Pizarro la Cruz y un dosel de negros «gallinazos», que hacen la limpieza de la ciudad.

En Cuzco vi de franciscano a José Mojica. Recité en la sala capitular —cornucopias doradas y damascos— a los novicios. Y era dramático escuchar a José Mojica con cerquillo monacal y pie desnudo en sus sandalias, quien cantó para mí, los brazos en jarras como sosteniendo una balanza malagueña de rosas o pescados, unos pregones de Sevilla llenos de alusiones a senos, bocas y jazmines ya para él prohibidos. La fortaleza de Sachahuman posee piedras de ocho metros de altura por cuatro de ancho —y entre ellas, sin argamasa, no se puede meter un alfiler—. Dicen los dominicos de Santo Domingo (antiguo templo del Sol de los Incas), que un pájaro les enseñó a utilizar unas hierbas que ablandan la piedra y que el ave utiliza para sus nidos en la roca. Leyenda o no, me place imaginar esa monstruosa fortaleza que ha tenido a un pájaro por arquitecto. En Cuzco, furiosos unos intelectuales peruanos porque, tanto Mary como yo atribuimos todo con razón a los españoles (los es-

pañoles somos los romanos de América), me llevaron a una iglesia barroca para mostrarme «un zorrillo inca colgando de una cadena»; era... ¡el Toisón de Oro!

En Chile hay mariscos, vino y adulterios, con un telón de fondo de los Andes. Cruzar la cordillera evoca *Los sobrinos del Capitán Grant* (nunca viajando se acuerda uno de los libros trascendentales y en Roma, pedantemente, decía que me acordaba de Goethe: en realidad sólo evocaba el *Quo Vadis*). El lago Titicaca es un Mediterráneo levantado como una copa, para brindar por Dios, a 4.000 metros. Se puede uno marear o sentir el «soroche» o mal de montaña. Hay allí perros, no contra los lobos, sino contra los condores. Si los incas hubieran escrito cuentos de niños, la abuela de «Caperucita» hubiera sido arrebatada por un cóndor. Machupichu es una Pompeya con templos, tumbas reales y observatorios astronómicos, a miles de metros en un pico sobre la selva tropical. Abajo, azul, como una anguila, el Urabamba. Subimos a él a caballo. Sólo se han encontrado huesos de mujeres.

Detalles sobre la estancia de Foxá en Buenos Aires vienen reunidos en un capítulo de esta Memoria, dedicado especialmente a su faceta de conversador. Las anécdotas sobre la Argentina en tiempos de Perón son archiconocidas, pero escapan a los límites de un trabajo como el presente.

Debemos mencionar a continuación un hecho familiar, que tuvo lugar precisamente en esta época de la vida de Foxá. Nos referimos al nacimiento de su primera y única hija, a comienzos de 1947.

También en 1947, Foxá fue designado para acompañar en su triunfal viaje a España a D.<sup>a</sup> Eva Duarte de Perón, esposa del Presidente de la República Argentina. El viaje duró desde el 6 de junio hasta el 25 del mismo mes. Más tarde, escribiría él el texto al libro *Trajes de España* (publicado en Buenos Aires en 1948), que conmemoraba el regalo de los vestidos regionales de las provincias españolas a la primera dama argentina (\*).

Un acontecimiento triste ensombreció la estancia de Foxá en Argentina: la muerte de su padre, el marqués de Armendáriz, fallecido en Madrid el 9 de mayo de 1949. Esta pérdida fue un verdadero golpe para Agustín, que siempre fue un hijo modelo y que sintió verdadera admiración, ade-

(\*) Foxá describió este viaje con estas palabras: "Volamos sobre Río de Janeiro de noche. Desde el aire, Río es algo maravilloso, increíble. Superior a Constantinopla. Natal. Vuelo sobre el Atlántico. Villa Cisneros. Salieron a recibirnos todos los moros del Sultán Azul. Iban vestidos de blanco y azul y yo le dije a Eva que aquello parecía un homenaje a la bandera argentina. Sevilla. Palomas. Campanas, pétalos de rosa en los que se enredaban los pies".

más de cariño, por su padre, a quien debía gran parte de su formación cultural.

Aprovechando la estancia de Agustín de Foxá en Madrid, a donde había venido por la desgracia familiar arriba mencionada, sus compañeros de la Carrera, miembros de la Asociación de Diplomáticos-escritores «Donoso Cortés», organizaron en su honor un homenaje por haberle sido concedido el premio «Mariano de Cavia». A dicho almuerzo asistieron el Ministro y el Subsecretario de Asuntos Exteriores.

De vuelta a la Argentina, en diciembre del año 1949, pronunció Foxá una conferencia en el teatro Empire de Buenos Aires, en presencia del Embajador D. José María de Areilza, conde de Motrico, y de todo el personal de la representación española, así como de la sociedad e intelectuales argentinos. En el curso de la misma, leyó fragmentos de obras inéditas y recitó algunos de sus poemas. El público siguió con intensa emoción el acto, especialmente lo referente a España, a su abolengo y tradición. Aquella ocasión fue una de las muchas en que participó Foxá, contribuyendo a reforzar los vínculos culturales entre España y la Argentina.

El Embajador Areilza resumió al autor de esta Memoria la influencia que tuvo Foxá en una mayor penetración cultural de España en Argentina. En este país, la posición cultural española se hallaba tradicionalmente en situación de inferioridad respecto a Francia. La mayoría de los intelectuales, así como las clases rectoras del país, tenían desde el siglo XIX la mirada puesta en París, como Meca de la Literatura y el Arte. Únicamente existía un grupo, formado por los nacionalistas de derechas, en el que había germinado la semilla hispanista sembrada por Ramiro de Maeztu. Entre estos intelectuales figuraban: D. Enrique Larreta, Goyeneche, Anzoategui, etc. Pues bien, Foxá apareció en Argentina como un meteoro centellante, con su simpatía arrolladora, sus imágenes poéticas, su conversación y su deslumbrante personalidad, y produjo allí un verdadero impacto. La exuberancia y el barroquismo del poeta español constituyeron una sorpresa en un medio acostumbrado al sosiego y reposo de sus intelectuales, normalmente parcos en palabras y pendientes del efecto que éstas causan en el auditorio. Y consiguió, con todo ello, orientarlos de nuevo hacia lo español.

Por otro lado, Foxá popularizó e hizo atractiva una imagen de la España nueva en un momento en que hacía muchísima falta, debido al ostracismo diplomático impuesto a nuestro país. La Argentina era, por entonces, nuestro único periscopio político en América. Y el ingenio, la brillantez, el fino escepticismo de Foxá, eran buenas armas para ayudar

a abrir brecha en la cerrada hostilidad de los países demo-liberales hacia España. No era Foxá un intransigente, sino más bien un «bon-vivant». Podía hablar de política, de la Historia de España y su legado en América, de García Lorca o de los escritores de la postguerra española, con sentido del humor y sin pomposidades.

Desde el punto de vista estrictamente funcional, Foxá era una calamidad. Incapaz de someterse a un horario y una disciplina, trabajaba a su manera, haciendo relaciones culturales a través de sus artículos publicados en *La Nación*, o de sus recitales poéticos, o de sus contactos personales. Estos últimos eran vastísimos. Los más variados ambientes se disputaban a Foxá, que acudía a todos ellos y en todos dejaba su huella. Era incapaz de hacer un informe o un despacho, bajo el pretexto de estar reñido con el estilo administrativo, pero su colaboración resultaba inapreciable en las visitas que hacía el Embajador a los Centros Regionales españoles en Buenos Aires o a las viejas ciudades argentinas donde aún quedaban restos artísticos de la influencia hispánica: Mendoza, Córdoba, Jujui o Carmelo.

Reseñemos, finalmente, que la curiosidad intelectual de Foxá encontró grandes estímulos en una sociedad como la bonaerense, volcada hacia lo cultural: teatros, librerías, exposiciones, conferencias, visitas de personalidades de las Artes o las Letras, etc.

## CAPITULO VI

### Misión poética por Hispanoamérica.—La Habana.

Uno de los capítulos más importantes dentro de las actividades diplomático-culturales de Agustín de Foxá, es todo lo concerniente a la llamada «Misión Poética». Fue una idea, una buena idea (a pesar de las dificultades que surgieron), del entonces Director del Instituto de Cultura Hispánica, D. Alfredo Sánchez Bella, actual Embajador ante el Quirinal. Se trataba del envío de un grupo de poetas españoles por tierras de Hispanoamérica, no sólo para hacer conocer sus últimas creaciones poéticas, sino también para tratar de vencer los celos y suspicacias que contra el régimen español existían en determinados sectores intelectuales y políticos de allí. El proyecto cristalizó y fueron elegidos para dicha misión los poetas Luis Rosales, Leopoldo Panero, Antonio Zubiarrre y Agustín de Foxá. La gira comenzó en la última semana de diciembre de 1949, y en ella colaboraron eficazmente tanto Cultura Hispánica, como las representaciones diplomáticas españolas en los diversos países donde intervinieron los poetas antes citados.

La actuación comenzó de manera desafortunada en La Habana, teniendo como escenarios: el Ateneo (hogar del liberalismo cubano y foco de la independencia), la Academia Nacional de Artes y Letras, el Instituto Hispano-Cubano y el Centro Andaluz. En el Ateneo se produjo un bochornoso atentado a los poetas españoles por parte de las juventudes pertenecientes a la «Legión del Caribe», que había sido fundada por los soviets al terminar la Segunda Guerra Europea. El incidente en cuestión fue increíble: se apedreó a los miembros de la «Misión Poética» con huevos podridos y hortalizas, entre gritos contra el régimen, mueras al Caudillo e insultos a los «asesinos de García Lorca». Se produjo una auténtica batalla campal, se oyeron disparos y la policía disparó al aire. Presidían la tormentosa sesión del Ateneo el rector de aquella entidad cultural, D. José María Chacón y Calvo (a quien una comisión de poetas y estudiantes violentamente antifranquistas habían pedido que suspen-

diera el acto), el Encargado de Negocios de España, D. Germán Barai-bar, y el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Taffi. En el artículo, verdaderamente canallesco, que se publicó en la revista cubana *Bohemia*, se dio una versión jocosa a todo aquel lamentable asunto. En ella se describía al rector del Ateneo atropellando sin miramientos al representante del Vaticano y lanzándole bajo la mesa presidencial, en tanto que se generalizaba la refriega, en medio de gritos y golpes. Y terminaba regocijándose por el hecho de que una noche, que se anunció como de «arrobadora poesía», hubiese naufragado en aquel tumulto y en aquellos «porrazos propinados democráticamente a los heraldos del Generalísimo».

En realidad, toda la insultante actitud llevada a cabo por elementos irresponsables y desvergonzados había sido alentada por personas del gobierno cubano, que olvidaron la amabilidad y la generosidad que España había tenido para con las poetisas cubanas Dulce María Loynaz y Carmina Benguria, que recientemente habían sido acogidas en nuestro país con toda clase de homenajes y respeto. Afortunadamente, todo no transcurrió de la misma forma en Cuba. La misión fue agasajada por intelectuales y personas influyentes, como el general Loynaz del Castillo, venerable héroe de la guerra del 98, que se alzó dando gritos de ¡Viva España! en el Ateneo, D. Joaquín Otero, el Sr. Alvarez de Cañas y el grupo representado por el *Diario de la Marina*, siempre favorable a España.

Por otra parte, las restantes intervenciones poéticas de la misión en La Habana transcurrieron dentro de un clima normal de sosiego, excepto un conato de manifestación hostil ante el edificio de la Asociación Cubano-Española. Fue importante que asistieran a ellas lo más destacado de la intelectualidad cubana e, incluso, personas de ideología muy alejada y significados emigrantes políticos.

Después de Cuba, actuaron Panero y Rosales en el Ateneo y la Casa de España de Puerto Rico, mientras Foxá y Zubiaurre tenían un enorme éxito en Ciudad Trujillo. También actuaron (esta vez los cuatro juntos) en Santiago de los Caballeros y en un acto organizado por el Embajador D. Manuel Aznar y al cual asistió todo el gobierno, en las poéticas ruinas del Alcázar de Don Diego Colón. Foxá dejó un bello recuerdo allí y fue el tema de un artículo que comentamos al hablar de su obra *Por la otra orilla*.

En Caracas hubo una actuación en el Hogar Americano, pero se repitió el vergonzoso espectáculo de La Habana, agravado por una mayor hostilidad y violencia en el ambiente. Hubo aquí también gritos e insultos, proyectiles vegetales lanzados contra los poetas y gran parte del mobili-

rio fue derribado y roto. La policía detuvo a 13 individuos, todos de filiación comunista.

En Colombia, el Embajador D. José María Alfaro organizó un recital en la Biblioteca Nacional. La acogida fue afectuosa por parte de los escritores conservadores. Los miembros de la misión fueron recibidos por el Presidente de la República y les despidió el gobernador de Bogotá, ofreciéndoles una recepción. Una velada que tuvo lugar en Manizales resultó entusiasta y otra en Cartagena de Indias un poco más circunspecta. También obtuvo éxito el recital en el Teatro Municipal Público de Cali.

Se trasladaron luego los poetas españoles a Panamá, donde se les preparaba una agresión. Los hermanos de Lasalle, por intermedio de los jesuitas, les dieron la oportunidad de actuar en el Teatro Principal, donde celebraban su fiesta de graduados, con más de 1.500 espectadores, de lo más selecto de la sociedad panameña y con asistencia del Ministro de Educación. (La rapidez e insospechada actuación sorprendió e irritó a los comunistas, quienes no tuvieron tiempo de intervenir). En todos los lugares que visitaron fueron a sus colegios, recitando en algunos de ellos.

En Costa Rica, la nueva poesía española suscitó gran interés y obtuvieron los poetas de la misión un viraje de la intelectualidad de aquel país hacia nuestro campo, como consecuencia de los recitales en el Teatro Nacional y en el Aula Magna de la Universidad.

Foxá y Panero se trasladaron también a Honduras, donde ofrecieron un recital y mantuvieron contactos con universitarios más que con escritores. Entretanto, Rosales y Zubiaurre se dirigieron a El Salvador, cosechando un gran éxito.

En Nicaragua hubo gran efusión en todos los medios culturales. Los poetas recitaron en el Palacio Nacional de Managua, visitaron al Presidente de la República y hubo dos espléndidas actuaciones en la Universidad de León y en el Ayuntamiento de Granada, siendo recibidos entusiastamente. Rosales (granadino) y Panero (leonés) fueron nombrados hijos adoptivos de León y Granada de Nicaragua. En este país (así como en Costa Rica), los cuatro poetas hablaron por la radio. En León visitaron la tumba del poeta Rubén Darío, ante la cual depositaron una corona con los colores nacionales. (Para Foxá debió tener aquello especial significación, dada su admiración por el gran poeta nicaragüense, cuyos ecos resuenan en ciertos poemas suyos de juventud). El regreso a la capital lo hicieron triunfalmente en el tren presidencial. Durante la estancia en Nicaragua, acababan de operar (y estaba muy grave) a la protagonista de los versos de Darío, *Margarita, está linda la mar*.

El 21 de febrero de 1950, cuando estaban los miembros de la «Misión

Poética» a punto de dirigirse a Méjico, se recibió en La Habana una orden del Ministerio suspendiendo el viaje para evitar incidentes. Foxá se reintegró a la Embajada en Buenos Aires y los otros tres poetas regresaron a España.

El balance final de la «Misión Poética» fue francamente positivo. Obtuvo una inmensa resonancia en todos los países visitados. La excursión lírica de los poetas españoles dejó una profunda estela, acreditada por los cientos de artículos de periódicos que se escribieron sobre sus actuaciones. Se establecieron importantes contactos culturales y políticos con los grupos dirigentes y se mantuvieron tertulias literarias privadas, con los poetas y escritores locales. La hostilidad y las agresiones partieron siempre del partido comunista, que movilizó a su prensa hasta el punto de que incitaba al atentado. Así, por ejemplo, *El Nacional* de Caracas recibió a la misión de la manera siguiente: «Darán hoy un recital cuatro poetas españoles. Son los mismos abucheados hace poco en La Habana. Llevan dos días de silenciosa permanencia en Venezuela. Se hospedan en el Hotel Waldorf. Uno de ellos está sindicado como delator de García Lorca. Esta tarde, a las seis, darán un recital en el Hogar Americano». Era, sencillamente, preparar el atentado.

Las Ordenes Religiosas fueron, en cambio, una constante y eficazísima ayuda y pusieron todo su empeño en deshacer la acción comunista. Para ello, utilizaron sus periódicos, colegios y radios, constituyendo el gran baluarte de la Hispanidad en América.

En resumen, que la misión pasó alternativamente, como diría Foxá, del Capitolio a la Roca Tarpeya: o proyectiles, o desfiles militares en su honor.

Como epílogo a la «Misión Poética» convendría tal vez subrayar el hecho de que constituyó un medio eficaz de penetración, pues, como Foxá dijo al Ministro, Sr. Martín Artajo, se imponía el acabar con el mito de una España muda desde la desaparición de García Lorca. Y, para ello, nada mejor que las misiones culturales, amén del envío de libros y revistas, material cinematográfico (no sólo histórico o artístico, sino también técnico), y la asistencia profesional en los medios más variados.

\* \* \*

#### LA HABANA.

El 12 de abril de 1950, Foxá fue nombrado para desempeñar el puesto de Secretario de primera clase en la Embajada de España en La Habana y tomó posesión de su cargo cinco días más tarde. Comentando su nuevo

destino, dijo que había ido con la «Misión Poética» a La Habana por cinco días y se había quedado cinco años. Tal vez fuese aquél, el destino que más le gustó y que más le fue a su temperamento. En él se sintió feliz y de él conservó imborrables recuerdos.

Sus actividades en Cuba comenzaron en agosto de 1950, con la actuación literaria en «La Casa Cultural de Católicas», de La Habana. Se trató de un brillante recital poético que dio en uno de los actos titulados «Una hora en la biblioteca», que periódicamente se celebraban en dicho Centro intelectual. El público, predominantemente femenino, quedó deslumbrado por la ternura de los poemas de Foxá, por la emoción que contenían y, también, por la fuerza expresiva y la dicción del poeta y diplomático español. En aquella ocasión, Foxá se superó y vibró a través de sus versos fulgurantes. Declamó, entre otros, sus sonetos al Reloj y al Centauro Joven y poemas evocadores de las glorias españolas. Los pasajes históricos, saturados de un exquisito lirismo, hicieron sentir hondamente al público la más pura emoción del arte.

Una semana después, el 23 de agosto de 1950, leyó Foxá, en uno de los salones del *Diario de la Marina*, su drama *El perro de Montserrat*, ante un grupo nutrido de diplomáticos, escritores y periodistas. Las facetas sensuales y teológicas de esta obra llegaron al público, a pesar de lo difícil que resulta siempre la lectura de una obra dramática. Pero la imprimió tal ritmo, tal vivacidad, tal poder de evocación, que no sólo no se dispersó la atención de los oyentes, sino que les supo a poco, constituyendo un gran éxito.

El 5 de noviembre de 1951, Foxá sufrió un aparatoso accidente de automóvil. Había pasado todo el día en la casa que Oscar Rivero (el hijo del propietario de *El Diario de la Marina*) tenía junto a la playa de Varadero, en la provincia cubana de Matanzas. Volvía en el coche del también Secretario de la Embajada de España, Fernando Moreno, y con ellos viajaba otro compañero de ambos: el marqués de Perinat, Secretario de la Embajada de España en El Cairo. Un autobús interurbano cegó al conductor del coche y éste cayó por un barranco de dos metros. Foxá sufrió heridas en el lado derecho de la cara que requirieron varios puntos de sutura. Internado en la clínica de Miramar, pasó allí una semana, donde se le practicó una intervención de cirugía plástica, tan perfecta, que la cicatriz no le dejó ninguna huella. Los otros dos pasajeros del automóvil sólo sufrieron heridas leves.

El 15 de enero de 1952, Foxá dio un recital, invitado por la Junta del Ateneo de La Habana. Buena muestra de la popularidad y simpatía con que contaba Agustín en La Habana fue el hecho de que al acto acu-

dieron sectores políticos e intelectuales que habían sido, hasta hacía poco tiempo, francamente hostiles al régimen español. Con lo cual, el Encargado de Negocios, D. Germán Baraibar, subrayó cuán importantes resultaban aquellas manifestaciones de cultura, que, por el hecho de estar por encima de las pasiones políticas, congregaban a un tiempo a amigos y adversarios, limando asperezas y debilitando recelos. (Se trataba, en una palabra, de la misma acción cultural que Foxá había llevado a cabo en Buenos Aires y durante la «Misión Poética»). Durante este recital, se pudo constatar con satisfacción que las poesías de Foxá, de hondísima raigambre española, y decididamente antirrevolucionarias y antimarxistas, como el poema *Un tanque ruso*, fueron todas ellas fervorosamente aplaudidas. Lo cual mostraba cómo había mejorado la situación de España en Cuba, en comparación con lo ocurrido en el mismo Ateneo tres años antes. La prensa dedicó, antes y después de la conferencia, mucha atención al citado recital, singularizándose *El Diario de la Marina*, siempre tan favorable a España.

En las palabras que pronunció José M. Chacón y Calvo, al presentar al conde de Foxá en la sesión del Ateneo, antes reseñada, subrayó sus antecedentes familiares cubanos. Pues hubo dos poetas cubanos, antepasados de Agustín: uno, D. Narciso de Foxá, que a pesar de haber nacido en Puerto Rico, se educó en La Habana, fue un poeta neoclásico, laureado en los Juegos Florales del Liceo de La Habana en 1846, y autor de los famosos *Canto a la Naturaleza de Cuba* y *Canto épico al Descubrimiento de América*. El otro, D. Francisco Javier de Foxá, fue al parecer el autor del primer drama romántico escrito en la América española: *Don Pedro de Castilla*, estrenado en La Habana en 1838. Otra antepasada cubana de Agustín fue D.<sup>a</sup> Margarita de Foxá, autora de un delicioso libro de *Memorias* y famosa por su resplandeciente belleza.

El 1 de mayo de 1952 fue designado Foxá miembro de la Embajada Extraordinaria para asistir a los actos conmemorativos del Cincuentenario de la Independencia de la República de Cuba. Y, poco tiempo después, se hizo cargo de la Embajada, como Encargado de Negocios *ad interim*, por ausencia del titular, D. Juan Pablo de Lojendio, marqués de Vellisca, y compañero de promoción de Foxá.

Una ceremonia especial, sin precedentes, tuvo lugar el 21 de septiembre de 1953; en ella, el Subsecretario de Estado de Cuba impuso a Foxá la Encomienda de la Orden de Carlos Manuel Céspedes, en presencia de toda la Embajada de España y de los altos funcionarios del Ministerio de Estado. Se premiaba, así, la gran labor de Foxá en pro del estrechamiento de las fraternales relaciones hispano-cubanas. En

marzo del año 1954, y a propuesta de la Junta de Relaciones Culturales de España, fue nombrado Consejero Cultural de la Embajada en La Habana.

El verano de 1954 lo pasó de vacaciones en Madrid, y le fue tributado un magno homenaje de despedida al marcharse de nuevo a La Habana. Tuvo lugar en el Hotel Ritz y a él se sumaron diplomáticos, señoras, académicos, intelectuales y artistas. Ningún otro homenaje de los muchísimos que se le hicieron a Foxá alcanzó la importancia y la emotividad del que comentamos. Todas las personalidades que intervinieron, y fueron muchas, rivalizaron en la admiración hacia su obra. Al llegar a La Habana, le fue ofrecido un acto similar, por sus amigos cubanos, deseosos de manifestar la devoción cubana al diplomático español. Ofreció el banquete el escritor Gastón Baquero, que hizo un trabajo medular sobre los valores poéticos acumulados en su obra. Foxá, al final, hizo desfilar, como en un caleidoscopio insuperable, su visión de la Cuba pretérita y presente.

En enero de 1955 fue nombrado miembro de la Embajada Extraordinaria que había de representar a España en los actos de toma de posesión del Presidente Electo de la República de Cuba, mayor general Fulgencio Batista. Un mes después, tuvo lugar una importante conferencia que Foxá pronunció por radio. Organizada por la Universidad del Aire, ante cuyos micrófonos habían desfilado las más importantes figuras de la intelectualidad cubana y extranjera, el tema versó sobre *Washington Irving*. Su evocación de la Alhambra fue suntuosa, y trató con especial delicadeza los amores del escritor norteamericano por la cubana Leocadia Zamora, la más hermosa de las damas de la Corte de Isabel II, cuyo retrato por Madrazo se conserva en casa de los condes de Peñalver. Describió el álbum que perteneció a aquella dama, y dijo que entre sus páginas y en sus cartas aún se escuchaban suspiros...

Fueron también importantes sus conferencias sobre Goya y la que dio a los naturales de Llanera. Las charlas de Foxá se multiplicaban, teniendo lugar en los centros regionales (gallego, asturiano), en las Damas Isabelinas, en la Universidad de Villanueva, en el Colegio de Belén, en el Centro de Cultura Hispánica, etc., etc. En abril de 1955 fue a Guatemala, invitado por la Dirección de Bellas Artes, a dictar una conferencia sobre el Teatro durante las fiestas culturales celebradas en la Semana de Antigua Guatemala. El diplomático Luis Mariñas, que acompañaba a Foxá y a su madre la marquesa viuda de Armendáriz, contó al autor de esta Memoria que Agustín sufrió un grave ataque de corazón al regreso del viaje, cuando alcanzaron los 3.500 metros, volviendo de Chiccastenango.

La prolongada estancia en el trópico, sus dificultades hepáticas y el haber contraído en 1953 un tifus muy virulento que le tuvo a las puertas de la muerte, minaron seriamente la salud de Foxá y le impulsaron a abandonar Cuba y a regresar a España. Pero, antes, conviene subrayar la completa y perfecta integración de Agustín en La Habana. Hemos descrito sus facetas oficial y cultural en la isla. Ocupémonos ahora de su faceta humana.

Para Foxá, Cuba fue siempre la maravillosa isla que nuestros abuelos llamaron «la Perla de las Antillas»; decía que era una España en vacaciones y sin los graves Cardenales, y que para vivir la prefería a España, aunque para morir prefiriese la Patria. (Como los soldados de los Tercios, que decían: «Italia, mi ventura; Flandes, mi fortuna; España, mi sepultura»). Aquella isla, según él, había sido y era la novia de España, mientras las demás Repúblicas eran sus hijas. Encontraba en ella todo delicioso: sus mujeres, de una belleza deslumbrante; sus playas, su música, el tabaco de Pinar del Río, el café, el ron. Dijo en una ocasión que: «Cuba había inventado la sobremesa» y aquello le ocasionó una gran disputa con García Sanchiz, que sostenía que era suya aquella definición. Foxá se encontraba a gusto entre las exuberantes gentes del trópico, adoraba las tertulias interminables y las noches fabulosas. Le deslumbraba el colorido y la vitalidad de los negros y mulatos, y asistía a sus ceremonias ancestrales llamadas «bembés», parecidas a los ritos del «vudu», donde Santa Bárbara es una mera transposición de la diosa del trueno, llamada Changó. En Cuba fue feliz como en pocos sitios y se identificó plenamente con el país, con su cielo azul y su mar Caribe.

La vida de Agustín en La Habana se repartía entre las fiestas y ceremonias oficiales diplomáticas, una intensísima vida social, las reuniones con los españoles nacionalizados cubanos (pero agrupados estrechamente en Colonia), y sus contactos con los escritores y demás intelectuales cubanos. Era amigo de figuras tan sobresalientes en la Cuba actual como Raúl Roa y Nicolás Guillén (a pesar de sus tendencias marxistas). Frequentaba las tertulias en «El Jardín», «El Presidente», «La Bodeguita de en medio» y «Gaviria». La sociedad elegante y plutócrata de la isla, los grandes centros culturales y los casinos consideraban un honor tenerle invitado. Sus frases y sus salidas corrían de boca en boca.

Rosendo Canto Hernández recordaba cómo Agustín en Cuba gustó de saberlo y conocerlo todo; escuchaba complacido desde los chistes del limpiabotas de San Miguel y Galiano, hasta las palabras doctas de Baquero, Ichaso y Chacón y Calvo. Por eso vio a Cuba en su entraña y

aprendió a quererla de verdad. La acción diplomática de España tuvo allí su «antes» y «después» de Foxá.

Eugenio Montes frecuentó mucho a Foxá en La Habana; y nos ha relatado cómo ambos escuchaban las lindas guajiras que les encantaban, o cómo paseaban por las calles, tarareando ritmos del siglo pasado, «oliendo a canela y a mulata Trinidad», recordando versos de Narciso de Foxá (que espolvoreó por el 800 sus rimas por todos los salones aristocráticos de las Antillas...), o cómo veían los amaneceres de nácar en la playa de Varadero, donde «Foxá se sentía —y era— una especie de pretor o emperador romano en litorales remotos. En esas tardes tropicales, que son fastuosas como la cola de un pavo real, sudando la tinta gorda, escribió las páginas, luego recogidas en libro, más importantes que haya escrito nuestra generación sobre América».

Para que nos demos cuenta de cómo interpretaban los propios cubanos los artículos de Foxá sobre La Habana, transcribo a continuación un extracto de la crítica de un periódico local, a raíz de una lectura suya: «Si la poesía de Agustín de Foxá es cálida y brillante, su prosa no es menos; rica y jugosa, expresiva y ardiente, tiene el subyugante poder de emocionar, como su verso, y de presentar a lo vivo paisajes, personas y cosas. Su *Mañana en La Habana*, hermosa postal de alegres colores, que tiene la magia de presentarnos una Habana que conocemos, pero que, hasta después de escuchar a Agustín de Foxá, tenemos que confesar que no habíamos descubierto; su *Carnaval en La Habana*, esa tumultuosa y alegre descripción de nuestras fiestas carnavalescas, captadas en todo su colorido, gracia y esplendor, y esas oportunas comparaciones que se le ocurren a propósito de ellas, y esos juicios deslizados como sin sentirlo, es un pedazo de nuestra tierra que ríe, canta y juega en su pluma de maravilla, y nos hace ver, con ojo nuevo, de artista, lo que tiene encanto, emoción y gracia verdaderos».

Foxá veía no sólo Cuba, sino toda América, como una España en relieve, en «Cinemascope», a escala gigantesca; pero, al mismo tiempo, sabía penetrar con su sensibilidad en los más recónditos problemas del alma indígena. Fue así el mejor Embajador que América pudo enviar a España y, por otra parte, difícilmente hubiera podido encontrar España un mejor Consejero Cultural para América.

El 30 de septiembre de 1955 cesó en su puesto de La Habana y regresó a Madrid.



## CAPITULO VII

### **Epilogo a una carrera diplomática.**

Aunque las consideraciones que vamos a hacer a continuación, cronológicamente deberían ser hechas después de estudiar el último destino de Foxá (Manila), nos permitiremos adelantar conclusiones, para evitar romper la unidad del capítulo dedicado a Filipinas, enlazado directamente con los últimos momentos de su vida.

Edgar Neville, escribió un tremendo artículo a raíz de la muerte de Foxá, en el que comentaba la desilusión progresiva de este último respecto a su profesión diplomática. El tono de este trabajo era tan amargo y negativo, que tal vez convendría preguntarse si no se trataba en realidad del desencanto del propio Neville. Según él, Agustín de Foxá entró en «la carrera» persiguiendo la veta romántica que la adornó hasta hace pocos años. Aludía a la alentadora leyenda sentimental entre el joven Secretario de Embajada y las damas extranjeras en tierras exóticas, y añadía que poco a poco se fue perdiendo esa ilusión: esas señoras jugaban partidas interminables de bridge, y Agustín tenía que esperarlas durante horas. Además, su fuerza avasalladora, que era la conversación, la ironía, el deslumbrante diálogo, se perdía ante la extranjera, que no entendía el español, o ante las personas de sociedad más pesadas y con menos sentido del humor para apreciar su ingenio. Según Neville, tampoco el trabajo profesional le podía ofrecer satisfacciones: «los finos negocios políticos, cuando los hay, los llevan en las alturas y a los Secretarios de Embajada sólo les toca hacer informes sobre la cosecha de la patata temprana, sobre los agrios o traducir estadísticas». Y, finalmente, concluía diciendo que la melancolía de Foxá tenía su origen en su presentimiento de hombre que sabía que se iba a quedar en todo a mitad de camino.

Nos permitimos disentir de esta visión tan pesimista de Foxá, ya que no creemos en absoluto que se creyera un fracasado. Es más, uno de los rasgos más salientes de la personalidad de Foxá fue su gozosa actitud

ante la vida, fuente para él de continuas e insospechadas satisfacciones. El hecho de no intervenir en los asuntos políticos o diplomáticos, imaginó que no le importaría lo más mínimo, pues su postura vital era poética y no profesional. Por lo que se refiere a sus dotes de conversador, tuvo siempre el más vasto y admirativo auditorio. Y en lo tocante a su obra literaria, podía sentirse con razón satisfecho, pues la brillantez y originalidad de sus creaciones estaban fuera de duda. Unicamente, en el delicado e importante terreno sentimental Foxá pudo sentirse, y de hecho se sintió, vulnerable. Pero aquí lo que estamos intentando analizar es su posición respecto a la carrera.

Creemos que la diplomacia, como profesión, suponía para Foxá un medio y no un fin; una admirable plataforma desde la cual poder ejercer su insaciable curiosidad poética y el mejor estímulo para su inagotable fantasía. Su agudo espíritu de observación, su sed de nuevas experiencias, encontraban el vehículo ideal en su continuo deambular por el mundo. A lo largo de su carrera acumuló un tesoro de conocimientos, cuya fragilidad y delicadeza transmitió a su pluma. En este sentido, Foxá recordaba a aquellos cultos jesuitas de los siglos XVII y XVIII, que volvían a Europa, procedentes de exóticas latitudes, enriquecidos con un bagaje cultural tan deslumbrante como las sedas y porcelanas que de allí traían.

La íntima conexión entre la diplomacia y la literatura es un tentador tema de estudio. Digamos solamente que en España hemos tenido un brillantísimo plantel de escritores diplomáticos, que va desde Saavedra Fajardo y Alfonso de Cartagena (el Embajador que defendió la precesencia de España en Basilea), pasando por los Embajadores-poetas del Romanticismo, hasta Valera, Ganivet, Villaurrutia, Basterra y Foxá, por no citar más que unos pocos. Ahora bien, esa conexión no es accidental. Fernández de la Mora dijo en una ocasión que en la función diplomática hay una tendencia constitutiva a hacer del Embajador un narrador de lo que ve y, al mismo tiempo, un portavoz de su pueblo, lo cual desemboca, naturalmente, en el escritor. Esto, unido al hecho de que en el fondo del literato y del diplomático existe siempre una inclinación inevitable a ser la expresión de su tiempo y de su pueblo, explican esos continuos contactos entre ambas actividades. Según esta teoría, el título de «Embajador» resultaría la traducción burocrática del hombre de letras.

Ha habido quien ha dicho que Foxá realizó de forma soberbia dos misiones capitales del diplomático: la de «disuadir» y la de «persuadir», pues gracias a su centelleante dialéctica, en todos los puestos donde estuvo persuadió de muchas verdades de España y disuadió de muchas patrañas que se decían sobre nuestro país. Y con ello restableció la auten-

ticidad del pasado y del presente, ganando para la patria respetos y admiraciones, descubriéndola a quienes la desconocían gracias a sus descripciones y a sus relampagueantes comentarios. Foxá pulverizó a los que hablaban mal de España con sus réplicas y sus sarcasmos. Y por ello merece un puesto destacado en la diplomacia española, que él entendió no de forma burocrática, sino poética, pero siempre al servicio de su país.

Resulta ya un tópico hablar de la indisciplina de Foxá como funcionario, de su impuntualidad, de sus imprudencias de «enfant terrible». Es cierto que en ocasiones no debió resultar cómodo para sus superiores. Pero hay que tener en cuenta que sus especialísimas dotes también le hacían acreedor a un distinto trato. Por eso era «el lujo de la carrera». Pero además convendría subrayar el hecho de que Foxá tal vez se permitió sus libertades porque su posición en las misiones diplomáticas no alcanzó nunca la cúspide que exige una ineludible responsabilidad. Un compañero suyo de puesto manifestó al autor de esta Memoria un hecho revelador a este respecto: en una ocasión en que Agustín tuvo que hacerse cargo de la Embajada de España en Cuba, por ausencia del titular, cambió diametralmente su actitud como funcionario. Se transformó de la noche a la mañana en un perfecto Encargado de Negocios interino: fue puntual y trabajador, se interesó por todos los detalles relativos a su cometido, derrochó atención y exigió de todos sus colaboradores el máximo rendimiento. Sencillamente, se vio investido de responsabilidad, con el «peso de la púrpura» que ésta lleva consigo.

Aunque su gran vocación fuese la literatura, Foxá quería a la carrera. Como veremos al hablar de su último puesto, quiso cumplir con su obligación hasta el final, y aun cargado de tristes presentimientos, partió para Manila. Y es que tenía muy arraigado aquel espíritu de respeto a la profesión que su padre les inculcó, desde niños, a él y a sus hermanos.

Tal vez sería interesante estudiar de cerca el problema de si la Carrera Diplomática le favoreció o le perjudicó para su creación literaria. Incuestionablemente, le abrió unos vastísimos horizontes y le enriqueció espiritualmente, pero también es indudable que le privó del sosiego necesario para perseverar en una sola dirección. Esa obligada dispersión fue probablemente la causa de que su obra literaria nos parezca realizada con precipitación.

A Foxá le ocurrió lo que a todos los diplomáticos, que fue muriendo poco a poco, al cambiar de destino. Pero en su caso, el aleteo trémulo de sus emociones quedó siempre aprisionado en sus bellísimas crónicas

periodísticas y en su inmarchitable conversación. Supo integrarse perfectamente en el ambiente de los países en los que le tocó vivir, con un brío juvenil siempre renovado, y en todos ellos dejó una estela imborrable.

Entre las condecoraciones con las que fue premiada su labor diplomática figuraban la Encomienda de Isabel la Católica y la Encomienda de Número de la misma, la Orden de Carlos Manuel Céspedes de Cuba y la Orden del León de Finlandia. También se mencionaron en las notas necrológicas la Cruz de la Corona de Bélgica y la Rosa Blanca de Finlandia, pero estas últimas no vienen recogidas en su expediente personal.

Nada mejor para terminar este epílogo que citar los famosos versos de su *Brindis a la Carrera*:

Amigos que en lejanas latitudes  
representáis de España las virtudes,  
del pino sueco al tropical palmar,  
Norte y Sur; y a distancias infinitas,  
pagodas, rascacielos y mezquitas:  
toda la tierra en vuestra emigración.  
Y del bello salón de la Embajada  
al Consulado en playa desolada  
la Patria canta en vuestro corazón.

Yo escogí por poeta esta Carrera.  
¡Qué bello es cultivar una bandera,  
árbol que en otra tierra ha de crecer;  
y tener una clave que en cifrados  
guarde naranjas, vinos y tratados,  
salude a un Papa y felicite a un Rey!

## CAPITULO VIII

### Ingreso en la Real Academia Española.

Nos ocuparemos a continuación de la etapa correspondiente a la estancia de Foxá en España, de regreso de su destino de La Habana y antes de partir para Manila.

El 15 de agosto de 1955 se dispuso el traslado de Foxá, de Cuba a la Embajada de España en París, donde habría de desempeñar el cargo de Consejero Cultural. Pero, entretanto, Foxá cayó seriamente enfermo en Madrid. El 11 de septiembre, el entonces Ministro de Asuntos Exteriores, D. Alberto Martín Artajo, le dirigió un afectuoso telegrama personal, en el que le concedía una prórroga, permitiéndole no incorporarse a su nuevo destino hasta que se encontrase totalmente restablecido y expresando sus sinceros deseos de que se recuperase rápidamente. La desgracia quiso que cuando Foxá fue nombrado para ir a París (sueño y meta de todo diplomático y más aún de todo especialista en cuestiones culturales), no pudiese hacerlo, debido a la crisis nerviosa por la que atravesaba en aquellos momentos.

La contestación de Foxá al telegrama del Ministro fue tan sentida y emocionante que no resistimos la tentación de transcribirla textualmente. Dice así:

«Mi respetado Ministro y querido amigo:

Te agradecí de todo corazón tu humana y generosa comprensión.

Realmente, desde hace veinte meses (no sé si por el trópico y por el tifus), el caso es que estoy sufriendo una especie de asma nerviosa, ansiedad vital, angustia o como se llame (pues los hombres que hemos dado nombre a las estrellas, apellidamos a las cosas antes de dominarlas), ahogo que me martiriza y que me obligó —tal fue la crisis última— a recluirme en la clínica, donde tu telegrama me llenó de consuelo.

Siempre he encontrado en tí al amigo que discretamente velaba al Jefe. Aunque te quites años del cargo, sólo deseo (para España, para la

Carrera y para mí), otra década de gobierno, como decían los progresistas románticos del XIX. Ponme a los pies de tu encantadora mujer y tú recibe con mi gratitud —que va desde el homenaje por el Cavía hasta el telegrama de hace unos días— por tu constante bondad hacia mí.

Un abrazo de tu subordinado y amigo. *Agustín de Foxá.*»

El 12 de noviembre, al haber sobrepasado con creces los plazos posesorios establecidos administrativamente para la toma de posesión, y al no haber tenido noticias en Personal de que lo hubiera hecho, se le escribió para que justificase los motivos que le habían impulsado a no hacerlo. Pero el 16 de ese mismo mes se dispuso que pasase a prestar sus servicios en el Ministerio, para que pudiera lograr el restablecimiento de su salud.

Las causas de su fuerte depresión nerviosa no están claramente definidas. Según el propio Agustín, la vida agitada, dinámica, que había llevado, fue la causa de su enorme agotamiento. En otra ocasión dijo también que atribuía su desequilibrio nervioso al pecado de haber ido de niño en carruaje de caballos y de diplomático en avión supersónico. El hecho es que su salud declinaba, y que se vio forzado a hacer una gran cura de reposo que se prolongó durante meses. En febrero de 1956 hizo unas declaraciones a Andrés Guilmán y le contó que llevaba una vida muy retirada, casi de descanso, atendiendo nada más a las obligaciones impuestas por su destino en Madrid, y dedicándose a la lectura de los clásicos (Cervantes, San Juan de la Cruz, etc.) y de algunos escritores modernos, favoritos suyos, como Antonio Machado y Ortega. La entrevista terminó con unas palabras en las que Agustín de Foxá manifestó que le hubiera gustado ser en esta vida un monje o un mendigo o un millonario rodeado de ayudantes capaces de evitarle hasta la menor complicación, para haber podido disfrutar así de lo que siempre le faltó: la paz.

Este periodo sombrío en la vida de Foxá se vio iluminado por una gran alegría: su ingreso como miembro de número en la Real Academia de la Lengua.

La elección de Foxá tuvo lugar el 6 de diciembre de 1956. Provocó muchos rumores y cabildos previos. La candidatura de Camilo José Cela fue presentada y luego retirada por Vicente Aleixandre, Lapesa y Joaquín Calvo Sotelo. La de Agustín, la presentaron el Dr. Marañón, el duque de Maura y el marqués de Luca de Tena. Foxá fue elegido por 23 votos a favor, esto es, casi por unanimidad, a excepción de un solo

voto, que como luego veremos, era el de Calvo Sotelo, ausente de España.

El sillón que le correspondió fue el de la letra Z, en el que le había precedido D. Agustín González de Amezúa. Dato curioso lo constituye el hecho de lo poco familiares que nos resultan hoy los inmortales que precedieron a Amezúa y a Foxá en dicho sillón académico, desde aquel 19 de septiembre de 1715, en que por primera vez lo ocupó D. Pedro Escotti de Agote (del cual poco o casi nada se sabe). Aquellos fueron, además, D. Miguel Gutiérrez de Vadillo, D. Juan de Iriarte, D. Pedro de Silva, D. Francisco Antonio González, D. José de la Revilla, D. Cándido Nocedal, D. Eduardo Benet y D. José Rodríguez Carracido.

La impresión de su ingreso en la Real Academia fue inmensa. Cuando Luca de Tena, Cossío, Pemán y García Gómez llegaron a casa de la madre de Agustín, éste les recibió como impávido, inexpresivo, casi roto por la emoción. Una de las primeras cosas que dijo fue que le gustaría que su discurso de ingreso en la Academia versara sobre el periodismo como forma literaria, pues creía modestamente que el haber intentado llevar la poesía al artículo de periódico era su aportación más personal a la literatura. Para él, el periodismo en sí era poesía, puesto que estaba basado en lo efímero. Decía que nada había más viejo que un periódico de ayer, y que esa posible marchitez de la noticia la teñía de melancolía y la llenaba de posibilidades poéticas.

Aquel gran triunfo que representó la abrumadora mayoría de su elección, subrayó el prestigio literario de la obra de Foxá, siempre brillante y original, aguda y colorista, clásica y, al mismo tiempo, tocada por el ala de la inquietud más moderna. Se premiaban con el sillón sus creaciones poéticas, dramáticas, novelísticas, de conferenciante y de periodista, así como su fervor hondamente español y siempre presente en sus escritos.

La reacción de Foxá al ser nombrado Académico, fue de orgullo y satisfacción por ver cumplida una de las grandes ilusiones de su vida. En la convocatoria anterior para cubrir una vacante en la Academia, Foxá había presentado su candidatura, pero la retiró después, para evitar conflictos, y salió elegido Joaquín Calvo Sotelo. Aquello produjo una cierta tensión entre los dos y hemos de reconocer que a Foxá le dolió el hecho de que se le adelantara en la Academia su amigo de siempre.

Con ocasión de la elección de Agustín, para evitar malentendidos e interpretaciones inadecuadas, Calvo Sotelo tuvo que publicar una nota en *ABC*, donde explicaba su voto a favor de Cela. Resultó que, sabiendo que estaría ausente de España cuando tuviese lugar la votación, y ha-

biendo sido solicitado su voto para apoyar la candidatura de Cela, dejó su papeleta a D. Julio Casares, en sobre cerrado. Pero ocurrió que se retiró la candidatura de Cela, mientras Calvo Sotelo estaba en Nueva York, y como aquél no había dejado instrucciones a Casares para el caso de que se produjese aquel evento, la papeleta fue leída a favor de quien ya no era candidato. Calvo Sotelo manifestó en su nota que, de haber estado en Madrid, se hubiese sumado al resto de los miembros de la Academia y hubiera votado a Foxá, del que se consideraba admirador de antiguo y a quien con tanto interés le había ofrecido el banquete que en su honor organizó en el Hotel Ritz.

El primero que le había hablado a Foxá de su posible ingreso en la Academia había sido D. Agustín González de Amezúa, quien al acabar la guerra, le manifestó su gran interés por verle en la docta Corporación, a pesar de su extremada juventud, por aquellas fechas. Después, en varias ocasiones, le volvió a reiterar su interés, y un año antes de su muerte, durante una recepción en la Embajada de Cuba, le dijo: «Espero que entre usted en la Academia y quizá en mi vacante». Diez días después moría Amezúa, y al año siguiente se cumplía su presagio.

Para Foxá, la Academia era justamente lo contrario de algo momificado: era el auténtico crisol en continua ebullición. Dijo en una ocasión: «Antes creía yo que la Academia de la Lengua era lo que una colección de mariposas atravesadas por un alfiler sobre un corcho respecto a la Primavera. Luego he rectificado».

Para festejar el ingreso académico de Foxá, la Carrera Diplomática organizó un gran homenaje en su honor, presidido por el Ministro, señor Martín Artajo; el Subsecretario, marqués de Santa Cruz, y varios Embajadores y Directores Generales. El Ministro, en su discurso, subrayó el importantísimo lugar que la unidad del idioma ocupa entre los fundamentos de la comunidad hispánica de naciones, e indicó que Foxá, desde su sillón de la Academia, no sólo actuaría como magistral escritor, sino también como diplomático profesional laborando por la perfección y por la unidad de nuestra lengua en el mundo. Fernández de la Mora formuló el voto de que el ingreso de Foxá en la Academia inaugurase una tradición que asegurase, como ocurre en Francia y en otros países, la presencia de un diplomático escritor en la Academia. El brillante discurso del propio Foxá versó sobre la universalidad de la lengua española, que dijo haber recorrido en avión de punta a cabo, pudiendo asegurar que en nuestra gramática no se ponía el sol. También expresó las agradables y continuas sorpresas que le había producido el hecho de encontrar a cada paso el genio de nuestra lengua, como en aquella ocasión, en

la que en Bolivia, al preguntar a un indio qué estaba haciendo, éste le contestó: «Pues patrón, por aquí *tristeando*». Aquel indio, con poncho rojo y masticando coca, había convertido la tristeza en verbo: yo tristeo, tú tristeas...

También la sociedad de Madrid quiso tributar un homenaje a Agustín de Foxá. El lugar elegido fue el «Corral de la Morería», y la organización corrió a cargo de la duquesa de Sueca, la marquesa de Quintanar y la condesa de Yebes. Foxá, en su discurso, glosó el importante papel que la «élite» social tiene siempre en todo país, y recordó el ambiente mundano de Rumania, Bulgaria, Finlandia, Roma y los países americanos.

Desgraciadamente, no se cumplieron los vaticinios que auguraban a Foxá una larga vida académica, por llegar al sillón en plena madurez. El destino iba a precipitar los acontecimientos, impidiéndole incluso que leyera su discurso de ingreso. En realidad, y contra lo que parecía, fue la coronación final, el canto de cisne de su obra literaria. Agustín se sentía envejecido y no respuesto del todo de su crisis nerviosa. Confesó a alguien que un ciclo distinto de la existencia comenzaba para él y que en aquel momento, frente a la vida como goce, pensaba en la vida como deber. No tardaría mucho en poner en práctica esa actitud.

\* \* \*

Pocos meses después de su elección académica, en la Primavera madrileña de 1957, Agustín de Foxá sufrió un percance en la Venta del Batán, precisamente en aquel sitio donde iba a actuar como poeta en homenaje a dos artistas íntimamente relacionados con los toros, Roberto Domingo y Mariano Benlliure, el famoso escultor, amigo de Foxá durante tantos años, y autor de un relieve con la efigie de nuestro protagonista.

El accidente ocurrió de la manera siguiente: Agustín se había trasladado al recinto de la Venta del Batán, en compañía de unos amigos suyos ecuatorianos, los señores de Bonifaz, a quienes deseaba enseñar los toros de la Feria de San Isidro. Al llegar a la entrada, se adelantó y forcejeó para comprar los billetes, resbaló y cayó al suelo, sufriendo contusiones en la cara y magullamiento general, con rotura de la cabeza del húmero del brazo derecho. Todo ello le impidió, naturalmente, pronunciar su discurso de homenaje a Benlliure y Domingo, pero desde la clínica Victoria, donde estaba internado, les dedicó bellas metáforas, que fueron recogidas por el periodista Santiago Córdoba, que había ido a visitarle. Entre otras cosas, dijo que Benlliure supo fijar la más efímera de todas las estatuas, aquélla que hace el torero con el toro en la plaza, y que Roberto Domingo

logró pintar dos cosas difícilísimas: el peligro y la alegría de los toros, que se desprende de esas capeas con colgaduras españolas, de plaza con soportales y muchedumbre, y el toro que va en busca de la fuente del pueblo, por la sed de las heridas...

Durante todo el tiempo de su estancia en la clínica, no cesaron las llamadas ininterrumpidas de personas de todas las clases sociales, interesándose por su salud. A todas contestaba con amabilidad, e incluso recibió a varios cronistas que deseaban hacerle una entrevista, sin darse cuenta de las molestias que sufría. Fue entonces cuando Pérez del Bosque publicó un artículo, en el que confesaba que de todas las personalidades a las que había entrevistado, Foxá había sido la que más amable y cariñosamente había respondido a sus preguntas, con la increíble sencillez que le caracterizaba.

Al reintegrarse a la vida normal, Foxá cobró un especial interés por aquella experiencia de Escobar, al frente del «Teatro Popular Español», que puso en escena *La Vida es Sueño*, en una carpa como de circo, instalada en el barrio de Cuatro Caminos. Agustín iba casi todas las noches para ver el efecto que las representaciones de Francisco Rabal en el papel de Segismundo causaba en el público ingenuo y popular. Habló con generosa vehemencia en el homenaje tributado a dicho actor y, en otra ocasión, recitó para el público la primera y la última de sus poesías.

El 13 de diciembre de ese mismo año 1957, pronunció Agustín de Foxá su última conferencia. Tuvo lugar en el Aula Magna del Ateneo, y el tema fue «Rumania, centinela del Este, no debe morir». Formaba parte de una serie de actos de exaltación de la amistad hispano-rumana, organizados por el marqués de Prat de Nantouillet, antiguo Ministro de España en Bucarest, y uno de los protagonistas de la aventura política de Foxá en aquel país. El éxito de su conferencia fue muy grande y el acto constituyó un valiente alegato contra el comunismo y la salvaje represión de los patriotas de Budapest.

También, por aquellas fechas, colaboró Foxá en el documental en color titulado *Goya, una vida apasionada*, realizado bajo los auspicios de la Dirección General de Relaciones Culturales, regida a la sazón por D. José Miguel Ruiz Morales. Fue filmado en eastmancolor por José Ochoa, teniendo como tema los cuadros del genial pintor, y los comentarios, escritos y narrados por el propio Foxá. La película fue declarada de interés nacional y obtuvo el primer premio de documentales en España, siendo también exhibida con éxito en el Festival Internacional de Cannes y en la «Expo» de Bruselas. Desde París, Carlos Sentís describió en una crónica el impacto que el documental había producido: «Verdes praderas de

San Isidro y rojos charcos de sangre del Dos de Mayo —causaron gran sensación—», «y la voz cálida y firme del poeta, que dio una lección en su papel de comentarista espontáneo, a tantos profesionales afectados y cursis».

El verano anterior a su marcha a Filipinas, Foxá hizo un viaje a Cataluña, y fue entonces cuando visitó por primera vez el castillo de sus mayores, que en nombre suyo había logrado adquirir su hermana Margot, mientras él estaba en Cuba. El precio pagado, según dijo irónicamente el propio Foxá, no llegó a los 3.000 dólares, esto es, menos de lo que le hubiera costado un automóvil americano con refrigeración.

Según dijimos en el primer capítulo de esta Memoria, el castillo medieval de Foxá, situado en el Bajo Ampurdán, sobre la colina de Foxá, fue escenario de luchas feudales, habiendo ordenado Felipe V, tras la Guerra de Sucesión, que fueran desmochadas sus torres para que el altivo edificio quedase a la altura de las casas de los modestos payeses. En tiempos del abuelo de Agustín de Foxá fue vendido por éste y pasó a propiedad de una familia francesa, apellidada también Foxá, pero sin relación alguna con la familia de Agustín. Cuando los nuevos propietarios murieron, el castillo fue prácticamente abandonado, hasta que fue adquirido por un constructor, D. José Ensesa, el cual trasladó las piedras de las ventanas, así como los escudos de piedra y los sepulcros yacentes de los señores de Foxá, a la iglesia de S'Agaró. Más tarde, el castillo sin las tierras pasó a manos de un artista, el pintor José María Mascort; a su muerte, lo heredó su hermano, el cual lo vendió a Agustín de Foxá, por mediación de su hermana Margot, que llevó a cabo todas las gestiones de compra, velando con singular celo por las tradiciones familiares.

Así, pues, el verano anterior a su marcha a Filipinas, Agustín fue a visitarlo en compañía de Margarita Gabarró. Miguel Utrillo cuenta la impresión que le causó a Foxá visitar el solar de sus antepasados. Al llegar al viejo castillo se fue inmediatamente al cementerio contiguo, donde arrodillado rezó por el alma de sus mayores. Luego, penetró en la fortaleza, tocando las paredes, como un niño. Las salas eran inmensas, pero vacías. De su esplendor antiguo, sólo quedaba el recuerdo y la espléndida vista desde lo alto de la colina que domina el pueblo de Foxá. Aquella noche, Agustín hizo planes para el futuro, pensando en transformar aquello en un sitio cómodo para él y sus amigos. No quiso Dios que Agustín viera cumplidos sus proyectos, pues ya no volvería jamás al castillo de Foxá.

## CAPITULO IX

### La última singladura del poeta.

Hemos tomado el título de un sentido artículo del P. Félix García, para ocuparnos de la etapa postrera en la vida de Foxá.

Por un Decreto, dado en el palacio de El Pardo, con fecha 12 de julio de 1958 y firmado por el Jefe del Estado, es ascendido a la categoría de Ministro Plenipotenciario de tercera clase. En la misma fecha es destinado como Ministro Consejero a la Embajada de España en Manila, y toma posesión de su destino el 13 de octubre de ese año.

Filipinas, por su clima, no resultaba ser el país más apropiado para un funcionario con la salud tan quebrantada como Foxá. Tantos años de estancia en el trópico y un tífus virulento contraído en La Habana habían minado su resistencia física, puesta también a prueba durante la crisis de desequilibrio nervioso que le había impedido incorporarse a París. Sin embargo, aceptó el puesto, disciplinadamente, como deber de su carrera y se incorporó en la fecha arriba mencionada. Fue directamente a Manila, sin pararse en Roma, como hubiera sido el deseo de Juan Ignacio Luca de Tena. Este último quería que informase a los lectores de *ABC* de los actos relativos a la muerte del Papa Pío XII.

A un periodista que le entrevistó a su marcha, le respondió humorísticamente: «Queda tan lejos Filipinas, que para llegar antes te aconsejan que atajes por el Polo...»

Los meses de Manila, cuenta su compañero de promoción y amigo entrañable, Santiago Ruiz Tabanera (que era Cónsul General en aquella capital), no fueron gratos para Agustín. Únicamente al principio de su estancia en Filipinas recordaba de vez en cuando al Agustín de Foxá de antes, con su brillantez, sus frases, sus salidas inigualables.

A los tres meses de su llegada, se internó voluntariamente en una clínica con aire acondicionado, para tener más cerca las comodidades médicas que su estado de salud requerían. Tabanera le pidió permiso para recoger sus objetos personales (que había dejado abandonados en el ho-

tel) y llevarlos a su propia casa. Agustín le encargó que tuviera cuidado con sus papeles. El resto, no le interesaba nada. Las maletas de Foxá estaban aún a medio deshacer, a pesar del tiempo transcurrido desde su llegada...

Su postración y abatimiento quedaron reflejados en una carta a su familia, fechada el 8 de noviembre de 1958, en donde dice textualmente: «Me han invitado a visitar Hong-Kong, que es fabuloso, y Formosa. No me interesa nada de nada. Estoy muerto. Ni siquiera escribo...»

Ocasionalmente amenizaba, sin gran ilusión, las reuniones en la Peña Hispano-Filipina y las tertulias literarias con los grupos hispanistas de Manila. Intervino alguna vez en la radio, leyendo sus poemas, pero sus planes de viajar por Filipinas para conocer el país y cantar sus bellezas no se realizaron nunca.

Julián Cortés Cavanillas, a la vuelta de su viaje al Japón, a donde había ido para asistir a las fiestas de esponsales del Príncipe Heredero, le visitó en abril y se quedó aterrado «al sentir el cristal de su corazón vacía de alientos y de ilusión». Un día fueron a los lagos próximos a Manila, para ver y oír un antiguo órgano de bambú, inventado en el siglo XVIII por un fraile español. Otros días, Foxá hacía que le leyera sus crónicas del Japón en casa de Tabanera; pero «sus ojos se adormecían de nostalgias eternas; en sus labios se enfriaban las palabras en medio del incendio del trópico; la mano no acertaba a coger la pluma porque la mente no consentía escribir y, todavía para mayor dolor, tampoco le permitía leer. Estaba allí, sentado junto a su gran amigo, del cual éramos huéspedes, como un autómatas, con la cabeza caída y con los brazos como ramas de sauce, abandonado a su angustia mortal...»

Pasaba prácticamente todo el día en casa de Tabanera, hablando en la terraza durante horas sobre los viejos amigos: Sánchez Mazas, Luis Calvo, Luca de Tena, Juan Pablo Lojendio, Prat de Nantouillet, etc. Muy tarde, se retiraba a dormir al sanatorio, pues aunque le desagradaba, no consentía en quedarse en casa de su compañero, por temor a que durante la noche necesitase los cuidados médicos.

Desde el punto de vista psicológico, su estado era deplorable; decía que su neurosis le había anulado completamente la voluntad y casi sus deseos de vivir (a él que había sido un fanático enamorado de la vida). Cuenta Tabanera que se había convertido en un poco niño y que le trataba como tal: «Agustín, no puedes hacer eso...» «Cómprate otros trajes...» «Se sonreía y me obedecía.»

Había dejado de fumar y no bebía alcohol, debido al mal funcionamiento de su hígado. Se había entregado en manos de un médico chino

para rebajar su obesidad y había logrado adelgazar mucho. Padeció unos dolores terribles en la sién, hasta el punto de creer en la existencia de un tumor. El encefalograma no lo confirmó. Se trataba de una herpezoa o zoster. En una ocasión, casi se desvaneció en una ceremonia diplomática en el Palacio presidencial. El Embajador en Manila, Javier Conde y Tabanera, le instaban a que pidiera permiso para volver a España, seguros de que se le concedería. Pero no quiso nunca. Le parecía una claudicación y quería cumplir al menos un año de estancia en Filipinas, respetando así una disposición del Reglamento. Al final empeoró su estado de tal manera, que Tabanera, el amigo ejemplar, se vio obligado a celebrar una consulta con tres médicos y a comunicar al Ministerio la gravedad del caso y la urgencia de un traslado inmediato a Madrid. Se cruzaron telegramas urgentes y se preparó su viaje de regreso a España, atendido por el médico filipino Dr. Vicente Rosales. Desde Bombay, el Cónsul de España envió el 13 de junio un telegrama dando cuenta de que se había realizado bien la primera fase del viaje y anunciando que seguía hacia Ginebra. En aquella ciudad le esperaba su hermano Jaime, y continuaron viaje hacia Madrid después de pasar unas horas en aquella ciudad. El aire fresco que bajaba aquel día de las cumbres del Jura confortó a Foxá y alivió la asfixia de sus pulmones cansados por los trópicos. Agustín le dijo a su hermano Jaime: «Como huele a Castilla, a viento frío de Urbión o del Moncayo...»

Al llegar el avión a Madrid se desató una tormenta con truenos y lluvia, que fue recibida por Agustín como si se tratase de una caricia. Un grupo de fieles amigos le esperaba en el aeropuerto y le saludaron con cariño al ser descendido en una camilla. Fue entonces cuando hizo su última frase: «Me siento tan mal, tan mal, que me parece que aquí llega el último de Filipinas.»

Pidió que tuviesen cuidado con tres carpetas con papeles que traía en sus maletas.

Una ambulancia le condujo a la Clínica de la Concepción. Era el 14 de junio de 1959. La consternación de su familia, de sus amigos y admiradores al ver la gravedad de su estado fue indescriptible. Se le prodigaron inútilmente todos los cuidados para salvarle la vida. Le atendió personalmente el Dr. Jiménez Díaz. La clínica, durante los dieciséis días que en ella estuvo, rebosaba de gente interesada por conocer el proceso de la enfermedad. Se trataba de una cirrosis hepática que se complicó fatalmente con un edema pulmonar.

Un día exclamó ante el naciente verano, dirigiéndose a su hermano



Ignacio: «Cierra, cierra esa ventana..., ¡qué pena, qué tristeza! Así y en Madrid. Y en verano...»

El Padre Félix García nos ha dejado (hasta donde puede hacerlo un confesor) el testimonio emocionante de la piedad de Foxá en sus últimos días: «El poeta recordaba con devoción las oraciones cándidas de la niñez. ¡Cómo sorprendía y emocionaba oír de los labios trémulos del poeta, habituados a los más fulgurantes recursos verbales y conceptos del ingenio, palabras y jaculatorias elementales que le brotaban de su intimidad y eran la expresión definitiva de sus sentimientos más hondos y verdaderos!»

¿Recobró Foxá en aquellos días las ganas de vivir? Emocionalmente estaba roto y acabado. Había una infinita tristeza en su mirada. Le habían marcado cruelmente la ingratitud y el sufrimiento. Pero cabe preguntarse si no resonarían en él, más desgarradores que nunca, sus famosos versos:

Y pensar que después que yo me muera  
aún surgirán mañanas luminosas  
que bajo un cielo azul, la primavera  
indiferente a mi mansión postrera  
encarnará en la seda de las rosas.

Y pensar que no puedo en mi egoísmo  
llevarme al sol ni al cielo en mi mortaja;  
que he de marchar, yo solo hacia el abismo  
y que la luna brillará lo mismo  
y ya no la veré desde mi caja.

El día 30 de junio de 1959, a las siete de la mañana, tras declararse ya inútil toda intervención médica, fue trasladado Agustín de Foxá, en una ambulancia, a la casa de su madre, la marquesa viuda de Armentariz, en la calle de Ibiza, 1. Allí murió a los cincuenta y tres años, confortado por los auxilios espirituales; eran las nueve y media de la mañana de aquel mismo día. Fue amortajado con el hábito de San Agustín, velándole su madre y hermanos (que habían permanecido constantemente a su lado, durante la enfermedad) y un grupo de amigos íntimos.

César González Ruano, envidiando su destino final, describió con gran sensibilidad su muerte, como «desnaciendo» en brazos de su madre, el último día de vida de junio. Y acababa: «Dios da premios así».

Bajo un sol implacable, el entierro fue una inmensa manifestación de duelo, presidida por su familia, por siete Ministros del Gobierno, el Pre-

sidente de las Cortes; el marqués de Luca de Tena, en representación de S. A. R. el Conde de Barcelona, y varios miembros de la Real Academia. Asistieron escritores, artistas y el pueblo de Madrid, de su Madrid, que amó tanto.

Alguien dijo que Foxá debió haber sido conducido al cementerio en un antiguo coche de caballos con penachos de plumas negras. Un coche que fuera como un landó y que le llevase a través del Retiro, de aquel su Retiro infantil con amas y aros, globos y bicicletas...

Su cuerpo fue enterrado junto a los restos de su hermano Felipe y de su padre, en el panteón familiar de la Sacramental de San Isidro. Con su muerte, desaparecía uno de los escritores más originales de la España contemporánea.

\* \* \*

La muerte de Foxá desencadenó un torrente de artículos necrológicos. Las más prestigiosas plumas de España recordaron al poeta malgrado con acentos de profunda sinceridad, de unánime admiración y simpatía, no con los clásicos tópicos de los obituarios de circunstancias.

Desde el extranjero fueron innumerables los despachos que enviaron los Embajadores de España, haciéndose eco de los testimonios aparecidos en la Prensa local con motivo de la muerte de Foxá. Toda Hispanoamérica quedaba brillantemente representada en aquellos artículos.

Los funerales celebrados por Foxá fueron presididos en el extranjero por nuestros Embajadores y los de otros países, así como por las más altas personalidades intelectuales locales.

En París, la inauguración del curso académico de la Biblioteca española se hizo coincidir con un homenaje a la memoria del que estuvo a punto de ser en 1955 Consejero Cultural de España en la capital francesa. Intervino en la evocación José Luis Messía, que ocupaba dicho cargo, y la voz de América la llevó el Embajador de Venezuela y Delegado permanente en la UNESCO, Sr Zérega Fombona, que recordó el hecho de que Foxá, a diferencia del título de uno de sus libros, nos ofreció a todos un mundo con melodía. El Director artístico del Teatro de las Naciones, Claude Plarison, envió unas cuartillas en las que manifestaba que la obra de Foxá merecía ser conocida en las escenas de Europa; pues fue, entre otras cosas, el precursor en su obra *Otoño del 3.006* de la obra futurista *La chinche*, de Mayakoski. Francois Pietri, ex-Embajador de Francia en Madrid, recordó, como madrileño de adopción, «su emoción por el estreno de *Baile en Capitanía*, y evocó sus paseos con el poeta por el Jardín Botánico de Madrid».

Madrid, que tanta huella dejó en la obra literaria de Foxá, correspondió a su cariño dedicándole una calle y ofrendándole el Alcalde y el Presidente de la Sociedad de Autores una lápida en la casa donde murió.

Luca de Tena pronunció el discurso necrológico en la Real Academia glosando su personalidad como escritor y diplomático.

Alguien pensó constituir una Sociedad de amigos de Foxá, y el diplomático, Sr. Spottorno, sugirió al Director de Relaciones Culturales, señor Ruiz Morales, que la Carrera publicase sus obras completas; el proyecto no cristalizó y fue Prensa Española la que se encargó de dicha publicación.

El escritor Sampelayo pidió que se erigiese un busto en su honor, en medio del Retiro, y que se grabasen sobre el mármol algunas de sus estrofas, que muy bien hubieran podido ser aquéllas, recordando su niñez perdida:

«Yo, de puntillas, corría  
un césped, tierno de estatuas  
explorador de altos tigres  
en frágil trébol de guardas.»

## CAPITULO X

### Foxá, mito y realidad.

Resulta imprescindible, al hacer un estudio sobre Foxá, por modesto que sea, tratar de llegar al fondo de su extraordinaria personalidad. En estos tiempos de masas, caracterizados por la uniformidad y la grisura, su personalidad fue tan formidable que constituyó un continuo deslumbramiento para los que le conocieron o simplemente para los que le entrevieron. Y es que en él, los valores humanos primaban de tal forma sobre los puramente literarios, que para algunos su personalidad fue superior a su obra. Sin embargo, tal vez sería más acertado decir que una y otra se fundieron de tal manera que llegaron a formar un todo único e indivisible.

Por otra parte, es muy difícil dar con el verdadero perfil de Foxá, porque más que escritor y hombre, fue una leyenda, un mito viviente y siempre renovado con ese inagotable anecdótico que para bien o para mal le acompañó en vida y después de su muerte. Foxá fue todo un espectáculo. Se convirtió en personaje de fábula y gozó representándose a sí mismo. Cuando Eugenio Montes le definió como un Valle-Inclán alegre, nada le pudo satisfacer más. En el fondo, pertenecía a la misma estirpe literaria del gran Don Ramón. (Esto, en un momento en que hasta la Literatura se funcionaliza, le hace estar mucho más cerca de los grandes personajes literarios del 98 que de sus rigurosos contemporáneos.)

El anacronismo de Foxá creo que tenía la raíz en su gran nostalgia, en su constante volver los ojos hacia atrás. Aquello, en definitiva, revelaba a un hombre anclado en el pasado. Pasado que, en realidad, sólo era el suyo en lo que se refería a su nostálgico recuerdo de la niñez perdida. Pero que también se refería al mundo que no vivió personalmente, sino que intuyó a través de sus padres y de sus antepasados. Foxá, como todos los escritores, estaba inmerso en su propio universo íntimo; un universo muy proustiano, mucho más isabelino que alfonsino: un ambiente de

vitrinas y abanicos, de quinqués y daguerrotipos, de ensoñación y aroma, sosiego y poesía.

Por lo que se refiere al personaje legendario, conviene anotar que Malaparte con su *Kaputt*, contribuyó no poco a acuñar el mito. Al hacerle protagonista de fantásticas anécdotas literarias, le obligó, en cierto sentido, a seguir protagonizándolas. Para ello, le ayudaba de modo insuperable la brillantez de su posición social, de su carrera, de su ingenio, de su caudalosa palabra y de su literatura de una luminosidad poco común.

En parte, se desangró en tertulias y en sobremesas, por representar su fabuloso papel hasta el final. Pemán, con su fina percepción, escribió que se había construido una densa muralla de ingeniosidades porque sentía el pudor de su pavorosa intimidad. Esa actitud desbordada, en el fondo no tenía otra razón de ser que la de proteger su sensibilidad bajo un polícromo disfraz, bajo una máscara despreocupada, intrascendente, escéptica y, a veces, hasta cínica y anticlerical. En realidad, debajo de aquellas suntuosidades, había sentimiento, hondura trascendental y una profunda ternura. Pero como aquella capa poseía unos colores tan vivos y unos sonidos tan cautivadores, la atención humana se iba tras lo que brillaba y lo que sonaba, sin captar que, bajo las sonrisas y las frases, bajo la «pose» del diletante, lo que había era un espíritu demasiado vulnerable. Jugó la carta de la rebeldía y, por eso, «apedreó con rosas un mundo que le disgustaba y al que no quería hacer daño».

González Ruano le definió como un «dandy» que, no acertando a sacarse el corazón por la pechera de la camisa, hacía cinismo de salón e ingenio de su genio.

Foxá poseyó una humanidad vigorosa y entera, una generosidad rayana en la prodigalidad, un patriotismo a veces temerario y una cordialidad sin límites. Dio a la vida mucho más de lo que ésta le devolvió. Y, superando sus desventuras íntimas, dejó en todos un recuerdo imborrable de simpatía, porque su causticidad sólo era formal y sus dardos únicamente rozaban la epidermis, al caracer de premeditación y de maldad.

Hizo de la amistad un verdadero culto y todos aquéllos que se acercaron a él, constataron su sencillez y su carencia de prejuicios, dos cosas no frecuentes en el mundo de las Letras. Por ello, atraía desde el primer momento con esa chispa de simpatía que Dios otorga a algunas personas.

Es digna de recordarse su actitud de genuino interés por todo. Tendía sobre cualquier parcela de la vida la mirada penetrante de su cerebro, y luego la transformaba en delicada poesía.

Fue un carácter insobornablemente individualista, oscilante entre la

vehemencia y la ironía. Ello le aproximaba a Quevedo, por un lado, y a Cyrano, por otro.

Desde el punto de vista de sus cualidades intelectuales, predominó en él lo intuitivo sobre lo conceptual, y lo emotivo sobre lo ideológico. Estaba dotado de un inmenso poder de síntesis y de una rara habilidad para absorber lo esencial y prescindir de lo accesorio. Su vasta cultura se resentía de falta de sistema y de rigor. En el terreno dialéctico, resultaba invencible. También eran extraordinarias su rapidez de comprensión y su penetrante perspicacia política. Su memoria era magnífica o fatal, según le interesaran o no las cosas.

Por lo que se refiere a sus coordenadas religiosas, Jaime de Foxá dijo de su hermano, que el Agustín mejor conocido, el mediterráneo paradójico y un poco volteriano, adorador de la belleza y de la luz, llevaba dentro un tremendo y religioso castellano de la estepa y la roca, casi desconocido, incluso para aquéllos que le trataban a diario. Y que poseía un cuerpo nacido para moverse sobre la griega curvatura de Ampurias y un alma tallada en los linderos románicos de la alta tierra donde nace el Duero. Eso explicaría su desequilibrado equilibrio entre la carne y el espíritu, entre su posibilidad de pecar y su capacidad de rezar a un Dios muy suyo, omnipotente y bondadoso, terrible y a la vez tierno como un abuelo venerable...

Otra nota sobresaliente en la exuberante personalidad de Foxá era su increíble ingenuidad. El, que parecía tan escéptico aparentemente, en realidad creía en todo: en la ajena bondad, en la amistad desinteresada, en la buena fe de los demás. Es éste un rasgo que subraya una vez más su sensibilidad de niño grande o, cuando menos, de eterno adolescente. Tenía motivos sobrados para haberse desengañado de la vida y los hombres, y, sin embargo, conservó aquella envidiable cualidad hasta el final. Por otro lado, también tenía su origen en la ingenuidad, aquel afán suyo de sorprender y deslumbrar a su auditorio.

También era curiosa su timidez increíble y su aire a veces temeroso, como cuando en Ciudad Trujillo, durante la «Misión Poética», el Embajador D. Manuel Aznar le preguntó dónde se habían metido él, Panero, Rosales y Zubiaurre, durante horas, sin saberse su paradero. Manuel Heredia contó en un artículo cómo Foxá parecía un chiquillo excusándose y casi torpe, con un balbuceo tímido —su timidez, de la que tan poco se ha hablado—, procuraba demostrar que se le había hecho tarde paseando a orillas del mar Caribe...

Finalmente, reseñemos el vitalismo de Foxá. Platón dijo que un poeta es un ser embriagado por un Dios. Pues bien, la embriaguez de Foxá

consistió en su desenfrenado y pantagruélico amor a la vida, que imprimió un verdadero ritmo de torbellino a su existencia. (Este vértigo quedaba paliado sólo en ocasiones, por una inclinación hacia la indolencia).

Esa vitalidad suya quedó poéticamente reflejada en los preciosos versos que dedicó a la duquesa de Durcal:

«Yo debí nacer en Grecia, yo debí llamarme Egisto,  
entre andamios ver alzarse blanco y nuevo al Partenón,  
Ciudadano de una Atenas anterior a Jesucristo,  
asistir en el crepúsculo al banquete de Platón.

El amor de una muchacha en mi vejez clara y fuerte,  
y jovial Anacreonte, imaginar a la Muerte  
como a un niño que apagara una antorcha con el pie.»

El sano epicureísmo de Foxá rezuma en dichas estrofas, síntesis del más culto clasicismo y del enamoramiento por lo sensorial. O sea, una mezcla de mármoles griegos y de alegría sensual, con goce a flor de piel. Díaz Plaja atribuye esa valoración de lo sensorial a su raíz mediterránea. El propio Foxá explicó más de una vez que mucho más que la Literatura le gustaba la vida y que era ella la que le había enseñado todo lo que sabía. Pero, también explicó que si amaba la vida era porque tenía siempre presente consigo la idea de la muerte, que no le abandonaba jamás. La forma de defenderse contra esta última fue recurrir al amor, del cual decía que en el fondo era el revés, el anverso del miedo a la muerte. Por eso, era el gran tema, y por eso se agarraba tan desesperadamente al amor; pero, no a cualquiera, sino al esquemático amor a la vida. La muerte, para él, era distancia, y, por eso, nada le podía gustar tanto como la vida. Ese amor a la vida le hizo decir en una ocasión, agradecido a la obra del Creador, que el Arco Iris era la firma polícroma de Dios...

Uno de los rasgos más característicos del perfil de Foxá fue esa aparente contradicción de hombre simultáneamente pagano y religioso. La marquesa de O'Reilly, que le conoció íntimamente y que está preparando un estudio sobre su personalidad, cuenta que en su casa del viejo Madrid, en el curso de charlas que se alargaban hasta el amanecer, Agustín expuso muchas veces su profunda inquietud religiosa. Ocurría que aquel poeta que se adornaba con aires volterianos y sensuales, que gustaba de provocar el asombro de sus oyentes por sus puntos de vista cínicos y que parecía un patricio romano epicúreo y lleno de fino escepticismo, era en el fondo un hombre extremadamente preocupado por la muerte, por el más allá, por las Escrituras y por la Liturgia.

En otras partes de esta Memoria hemos aludido, en primer lugar, a la influencia que la serenidad y el ascetismo maternos tuvieron sobre él y, en segundo lugar, a la huella que dejó en su alma de niño, la honda espiritualidad de Ciudad Rodrigo y de Vinuesa. Pero, conviene insistir aquí sobre el hecho de que, paralelamente a su existencia apasionada, llena de entusiasmos y de inquietudes, pero muy frecuentemente impregnada de sensual paganismo, corrió siempre el escalofrío del arrepentimiento, nacido de la idea del pecado.

Buena prueba de lo dicho anteriormente la tenemos en aquellos almuerzos descritos por Aurora Lezcano, que, en honor de Agustín, daba en su caserón de la calle del Sacramento. Era la época en que estaba pintando el retrato del poeta, vestido con uniforme de diplomático dieciochesco, aquel retrato del cual Foxá dijo en 1942:

«Me fijó tu elegante pincelada  
con un gesto de abate girondino  
la episcopal cortina levantada  
y un cipresal al fondo del camino.  
Y ya quedaré así: frívolo y hondo,  
mirando con cansada miopía,  
con un jardín borbónico por fondo  
y un ocaso de Otoño en lejanía.»

Antes de hacerle posar, Aurora congregaba en torno a su mesa a un grupo de amigos, para lo que Foxá llamaba «los almuerzos teológicos», pues, además de las perdices, que a él tanto le gustaban, había también conversaciones sobre temas religiosos y trascendentes. Solían ser los comensales el Padre Bruno Ibeas, filósofo agustino y provincial de su Orden; Fray Justo Pérez de Urbel, luego Abad Mitrado del Valle de los Caídos; el entonces Obispo auxiliar de Madrid-Alcalá, monseñor Morcillo, y el Padre Félix García. Parece ser que Agustín tenía una cultura religiosa de primer orden; se sabía de memoria pasajes enteros de los Evangelios y demás partes de la *Biblia*, conocía a fondo las hagiografías, discutía muy bien sobre puntos del Dogma y, en especial, sobre el problema que le atormentaba: la idea del Infierno y de la condenación eterna. Creía, con esperanza, que, debido a la infinita misericordia de Dios, serían los menos los que se condenasen para siempre. Tenía un ansia inmensa de fe, a pesar de sus vacilaciones, y buscaba angustiosamente la verdad. El dijo: «Pido a Dios que me dé fe en todo. Una arrebatadora fe...»

Esta hondura y preocupación espiritual de Foxá, la encontramos frecuentemente en su obra poética: Así, en su *Poema a Roma imperial*, y en el de la *Antigüedad de España (Un tanque ruso en Castilla)*, en *Las Catacumbas de San Calixto*, y en tantísimos artículos periodísticos, en los que registró su admiración por el Creador del mundo, que él amaba como poeta y creyente.

Jaime de Foxá, conociendo aquella afición de su hermano Agustín, consistente en llevar dialécticamente la contraria a su interlocutor, por el mero afán de «epatarle» cortésmente, con la originalidad de sus argumentos, le solía gastar bromas. Al suscitarse una discusión que rozase la religión, Jaime le preguntaba inmediatamente: «Agustín, ¿hoy qué te toca defender, el Padrenuestro o la penicilina?» Pues, según fuese su auditorio agnóstico o creyente, Agustín adoptaba la actitud opuesta, de defensa de los valores espirituales o de los materiales.

A Foxá le gustaba alardear de una espectacular rebeldía religiosa, que no engañaba a aquéllos que le conocían bien y que sabían de su obsesión espiritual y de su fe muy profunda.

Agustín decía que, a pesar de la gran fama de pagano que él tenía, su amigo Malaparte le envidiaba precisamente porque, a pesar de todo, y sin que lo pudiera evitar, apoyaba sus espaldas contra un muro teológico. Al escritor italiano, según confesión propia, también le hubiera gustado tener su muro teológico.

Otro de los rasgos, igualmente característicos de la personalidad de Foxá, fue su acendrado amor por la familia. Lo conservó toda la vida, e incluso, aumentó, si cabe, como consecuencia de las forzadas separaciones impuestas por su Carrera Diplomática.

Al hablar de la niñez del poeta, nos referimos ya a su exaltado cariño por sus padres y hermanos. El autor de esta Memoria ha escuchado múltiples testimonios emocionados de labios de sus familiares, y aun a riesgo de caer en lo anecdótico, no se resiste a transcribir, al menos algunos de ellos, con la esperanza de que arrojen luz sobre la auténtica manera de ser de Agustín.

Su hermana Margot, que profesa un culto a su memoria, relata la infinita ternura y los mil detalles que de él recibió. Sus cartas continuas desde el extranjero, sus regalos, sus atenciones cuando estaba enferma, eran muestras del sentimiento innato de protección que hacia ella sentía su hermano mayor.

Desde sus primeros puestos diplomáticos, Agustín había contraído la costumbre de escribir una o dos cartas semanales a sus padres. El marqués

de Armendáriz, por su parte, solía llevar la última recibida de su hijo en su cartera.

Todos los compañeros de carrera de Agustín, y sus amigos, fueron testigos del continuo interés que aquél sentía por todo lo relacionado con su hermano Jaime. En un artículo titulado «Agustín y Jaime de Foxá, el lírico y el épico, o dos vidas en una hora», se recogía atentamente este sentimiento de fraternal solidaridad. Para el hermano mayor no había mejor satisfacción que la de enterarse de los triunfos de Jaime. Seguía apasionadamente sus estudios, sus éxitos en el deporte, en la Literatura o en la política, y participaba de cualquier cosa que a él se refiriese.

No sé quién contó cómo Agustín, cuando su hermano más pequeño, Ignacio, fue creciendo y no tenía Nacimiento por Navidad (porque ya todos eran mayores, y se había regalado), solía volver todos los días de la plaza de Santa Cruz, al salir del Ministerio, con musgo, corcho y figuras, hasta completarle el Belén.

La marquesa de Armendáriz conserva piadosamente todos los recuerdos de su hijo Agustín: fotografías de todas las épocas de su vida, desde aquéllas en que aparece antes de niño, vestido de marinero, hasta las últimas desde Manila; cartas; la medalla de nácar que le regaló su hijo con el primer dinero ganado por un trabajo literario, y aquel papel donde escribió, dos años antes de su muerte: «A la Reina Maga que me ha dado tantos años de felicidad». Era una nota que acompañó un regalo, dejado de puntillas por Agustín, en el cuarto de su madre, la Noche de Reyes.

Al perder a su esposo, la marquesa de Armendáriz notó que su hijo Agustín, que detestaba madrugar, se levantaba todos los días antes que ella. Más tarde, se dio cuenta de por qué lo hacía: no quería que se fijase en el sillón vacío en el que solía sentarse su marido, y, para ello, lo ocupaba él.

Todos los detalles arriba mencionados, nos hablan de un Foxá tierno y sentimental, que tuvo la suerte de poder encontrar entre los suyos consuelo para todas sus desventuras íntimas. Por ello, Agustín solía repetir, frecuentemente, que a su juicio la mejor carrera era la de ser hijo.

Por otra parte, Agustín, en una ocasión, escribió a su familia que el nacimiento de su hija Blanca le había compensado de todos los otros sinsabores.

Finalmente, digamos que de la generosidad de Agustín mucha gente puede dar fe. Su desprendimiento era total. Regalaba todos sus libros. Pasaba ayudas económicas a personas que se encontraban en situación difícil. Todo ello, era causa de que jamás tuviese un céntimo.

Para completar esta semblanza de Foxá, demos unas breves pincela-

das sobre su contextura física: Era de mediana estatura y de compleción fuerte. Su cabeza era grande y su nariz aguileña; los ojos de color castaño, bajo unos párpados pesados; la mirada (ligeramente velada por la miopía), a veces brillante y alegre, pero casi siempre triste; el cuerpo grueso; el cuello y la sotabarba como los de un patricio romano; la barbilla voluntariosa; la faz sonrosada; la cabellera abundante y castaña; las manos «con dedos arciprestales para sostener un vaso de bon vino». Como Antonio Machado, era «de torpe desaliño indumentario», y carecía de toda agilidad manual. Por último, su voz era profunda y aterciopelada, ayudándole extraordinariamente para ejercer aquella magia suya de la palabra.

## PARTE SEGUNDA

### LA OBRA DE FOXA

#### CAPITULO I

##### Consideraciones generales sobre su obra literaria.

El intento de encajar la obra de Agustín de Foxá dentro de los grupos y escuelas literarias de su época, plantea grandes dificultades. Foxá es, en cierto sentido, una figura aparte. El método generacionista, sometido hoy, por otra parte, a seria revisión, no se le puede aplicar con rigor y objetividad. Sus escritos, al igual que su poderosa y desbordante personalidad, no aceptan convencionales encasillamientos antológicos. La generación del 98 ha quedado atrás; Foxá, ni forma parte del grupo de poetas del 25 o del 27, ni pertenece como prosista a la generación de *El cuento semanal*, ni se le puede clasificar con los escritores de la postguerra, pues gran parte de su obra fue escrita durante y antes de la contienda.

Cuando estudiemos los diversos géneros literarios cultivados por Foxá, nos detendremos en las influencias más directas que dichos géneros revelan; mencionemos ahora únicamente su entronque con el modernismo, con Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, con Lorca y Valle-Inclán. César González Ruano definió certeramente a Agustín, diciendo que fue un clásico que luchó a brazo partido con el monstruo romántico de las siete cabezas. En su obra se dan conjuntamente la belleza formal del neoclasicismo y el encanto, la magia, el poder de seducción del más lírico romanticismo.

Al morir Foxá en 1959, y debido a las cataratas de tinta vertidas en sus necrologías, se despertó la curiosidad de leerle en personas que sólo asociaban su nombre a famosas anécdotas y frases. Pero resultó que las obras de Foxá estaban agotadas desde hacía muchos años. Se imponía, pues, una recopilación de lo disperso y una impresión de sus *Obras com-*

*pletas*. Como ya dijimos en el capítulo dedicado a los últimos momentos de Agustín de Foxá, hubo un proyecto consistente en la publicación de dichas obras por la Dirección General de Relaciones Culturales, que no llegó a cristalizar en resultados efectivos, y fue la Editorial «Prensa Española», la que dio a luz en 1963 el I volumen de la obra íntegra del escritor. La ingente tarea de reunir las obras que se encontraban agotadas (y que en algunos casos constituían verdaderas rarezas bibliográficas), así como los escritos inéditos, pudo ser coronada gracias a la valiosa ayuda prestada por la marquesa de Armendáriz, madre del escritor. Gonzalo Fernández de la Mora, escribió la nota preliminar a estas *Obras completas*. En ella refundía y ampliaba su magnífico artículo publicado el 30 de junio de 1959, titulado «Era, en verdad, un lujo de España», que le valió el Premio Mariano de Cavia de ese mismo año. Las palabras de Fernández de la Mora son tan magistrales y agudas, y definen tan brillante y exactamente la personalidad y la obra de Foxá, que el autor de esta Memoria se pregunta sinceramente si con ella ha aportado algo más al análisis del escritor y diplomático.

Como leemos en la citada nota preliminar, «la mayor parte de la obra de Foxá fue verbal, improvisada y socrática. Fabuloso conversador, dilapidó humor, sorna y agudeza en diálogos inolvidables. Sólo escribía a ratos perdidos, entre dos recepciones, cuando se quedaba solo y las frases se le represaban pugnaces, bajo la frente. Parece increíble que así pudiera hacer una obra. Pero, esta edición lo atestigua apodícticamente. Se detuvo en todas las coordenadas de la prosa y del verso». «Agrupada y sistematizada, la obra de Foxá cobra una magnitud insospechada», que colocará «al hasta ahora más entrevistado que conocido conde Foxá en el preclaro puesto que merece en nuestra historia literaria». Y, sin embargo, no nos consolaremos de su prematura desaparición, pues pensamos que su obra fundamental hubiera podido ser escrita, precisamente, al llegar a la cumbre de su madurez.

Así como en toda obra pictórica se dan siempre cuatro elementos fundamentales, que son el dibujo, el color, el tema y el propósito del artista al hacerla, así también toda obra literaria supone una estructura, un estilo, un universo temático y un pensamiento del autor. Del primero de esos elementos nos ocuparemos al analizar cada uno de los géneros cultivados por Foxá y pasaremos a continuación a estudiar los otros tres.

El estilo literario de Foxá, tal sea su mayor acierto. El cromatismo deslumbrante de sus palabras, la riqueza de sus imágenes, el poder expresivo de sus comparaciones y metáforas, hacen de su prosa una de las más jugosas, nuevas y brillantes del siglo XX. Pero conviene subrayar que este

carácter de esplendor suntuoso no implica en manera alguna una obra meramente decorativa y externa. Foxá no sólo escribía cosas hermosas, sino también cosas importantes. Esto lo vemos más en sus ensayos y artículos, que en sus versos y obras de teatro. Por otra parte, su estilo recamado posee siempre un soplo palpitante que corresponde a su dimensión humana, cálida, honda, plena de cordialidad. No se trata, pues, de un estilo friamente cincelado, como una joya en un taller de orfebre, sino de un estilo animado por el arrebató y la pasión. En Foxá resuenan siempre acentos profundamente líricos. Su búsqueda de la belleza no es meramente formal, sino sensorial; por eso es palpitante y hace vibrar con emoción.

Caracterizan igualmente al estilo de Foxá, la agilidad alada de sus palabras y la extraordinaria agudeza de su percepción. Sin embargo, más que una mente analítica y conceptiva, la de Foxá fue poética y descriptiva. De su retina prodigiosa que denotaba un temperamento luminoso de mediterráneo, podría decirse lo que Ruskin escribió de Turner: «it is through those eyes, now closed for ever in the grave, that unborn generations will look upon nature». Su poder descriptivo se realizaba con tonos tan vivamente coloreados, que hacen pensar en fastuosos cuadros o tapices.

Después de todo lo dicho, cabe preguntarse si el estilo literario de Foxá resulta retórico. Si entendemos por ello lo mismo que Marañón al hablar de la «bendita retórica» de Ortega y Gasset, entonces no hay duda de que sí lo es. Alejandro Gaos no duda en calificar de retóricos excepcionales a Gabriel Miró con su deslumbrante prosa, a Valle-Inclán en sus páginas barrocammente retorcidas por el temblor de la belleza, a Paul Claudel, cuya poesía se ensancha hasta el último límite por una retórica maestra, y al propio Foxá, conductor de un estilo centelleante, en el que los adjetivos tienen en cada frase una inédita resonancia. En este sentido, la Retórica presta al lenguaje expresividad y hermosura y otorga a las ideas su melódico apoyo.

Si unimos esta maestría del estilo, al espíritu refinado del escritor, a su visión poética del mundo, a su capacidad artística para transmutar la realidad en belleza literaria, impregnándola de cadencias románticas, tendremos las claves de la obra de Foxá.

El segundo elemento que vamos a estudiar es su universo temático. Todo escritor tiene un mundo peculiar de vivencias, deseos, nostalgias y preferencias. En Foxá se da este hecho con especial claridad. Tanto su prosa como sus versos, tienen el poder de sumirnos en una atmósfera que le es rigurosamente propia. Su exuberancia en el gusto literario por

lo ornamental revela un extremado esteticismo, basado en su hipersensibilidad fundamentalmente visual. Por ello, su meta es siempre la belleza, llegando a ella bien a través de su poder de evocación del pasado, o bien descubriéndola en el presente, allí donde aún no ha llegado la piqueta demoleadora del materialismo actual, que amenaza con desalmar al hombre. Frente al tremendismo de lo feo y al «miserabilísimo» que imperan en ciertos sectores literarios del momento, Foxá enarbola un neomodernismo espectacular. El mismo decía que «ahora existe el peligro de exaltar todo lo feo, miserable, sucio y soez. Todo lo que dos mil quinientos años de cultura griega, romana y cristiana, han querido dignificar u ocultar». De ahí su esfuerzo por huir de la cloaca, pero sin tener para ello que recluirse forzosamente en la torre de marfil.

El mundo de este escritor, al que alguien llamó Heliogábalo de la belleza, fulge luminosamente. Por sus páginas desfilan los lagos glaciales del Norte y las doradas playas del trópico, los rebaños de búfalos paciendo en campos de girasoles y las bandadas fosforescentes de peces exóticos, los montículos de canela y los bosques de maderas preciosas. Foxá se extasia ante los mármoles áticos y ante la vitalidad sensual de las Antillas, ante las estampas isabelinas y las hagiografías miniadas de la Edad Media. Describe el amor que brota bajo una pálida luna de Oriente, o en el extraño país de Efímera.

Un tercer elemento en la obra literaria de Foxá lo constituye su pensamiento. Aparte de las buidas observaciones que certeramente cruzan por sus crónicas o sus artículos descriptivos, sus ensayos o sus conferencias, logrando síntesis de primera calidad, aparece siempre junto a la alegría desbordante y a flor de piel, un intenso temblor telúrico. La muerte, el más allá, la eternidad, son la otra cara del amor y de la belleza. En Foxá, como en otro dios Jano bifronte, hay, de una parte, el goce riente de la vida y, de la otra, la obsesión trascendente y la inquietud por el misterio que le martirizaban.

Los otros dos pilares de su pensamiento son su insobornable españolismo y su simultánea fe europeísta. Gastón Baquero, en las palabras que pronunció en el homenaje que le fue ofrecido en La Habana en 1954, le bautizó con el nombre de Caballero de la imprudencia, por su continua actitud de afirmación de españolidad americanizada. Según él, Foxá sufría la incomodidad inevitable que asfixia a todo español desde hace siglos, al no dimitir, al no someter la frente. Con ella iba y venía por el mundo, españolizando todo cuanto veía y aportando su ración de poesía; con ella recorría un «mundo sin melodía», llevando su fe de español, en eso que hoy casi resulta impúdico: el ensueño. En su obra hay además el

esfuerzo permanente por subrayar que lo fundamental de la obra española en América, estriba en ser el puente para hacer llegar a ella el legado de todo el Occidente civilizado, desde Grecia y Roma, pasando por el cristianismo, hasta los últimos movimientos culturales de la Europa refinada y eterna.

Por otra parte, la obra literaria de Foxá, a nuestro modesto juicio, discurre por dos vertientes distintas: la que corresponde a su hondo lirismo, y la que se centra en una versión directa y a la vez realista. Someramente, podemos anticipar que a la primera corresponden su poesía y su teatro, mientras la segunda cristaliza en su «Madrid de corte a checa» y, en gran parte, en su obra periodística.

Ya hemos subrayado al hablar de la vida de Agustín de Foxá la importancia decisiva de su anclaje en la nostalgia. Y precisamente en esa característica determinante, está la razón de su sutil lirismo. En la obra literaria de Foxá ha quedado aprisionada e intacta esa trémula «mariposa que voló sobre el mar»: su infancia.

De sí mismo dijo que era un hombre «con mucha niñez en el recuerdo»; por eso, las páginas más perdurables de su obra serán, probablemente, aquéllas bañadas por la fina melancolía del «tiempo perdido». Pero también dijo que «tenía el corazón en el pasado y la cabeza en el futuro». Y así, su obra literaria es una curiosa síntesis en la que cabe la más ensoñadora de las añoranzas y, al mismo tiempo, el futurismo más avanzado; su obra tiene el aroma de los abanicos antiguos, de los ajados terciopelos, y el encanto de los guantes sin pareja, arrinconados por el paso del tiempo o de los daguerrotipos que amarillean por los bordes, pero también tiene la fuerza imaginativa de un mañana ultramoderno, que parece soñado por la fantasía, más desbordada de un autor de ciencia ficción.

\* \* \*

Respecto al método y a la técnica de trabajo de Agustín de Foxá, conviene citar, aunque sea de pasada, que contra lo que se cree, tenía efectivamente un sistema que no encaja con la idea general de su improvisación apresurada. En primer lugar, Foxá solía anotar todo aquello que se le ocurría en el curso de una conversación o al contemplar un paisaje, o al visitar algún sitio importante. Llevaba un cuadernito en el bolsillo para recoger sus impresiones, o los nombres exóticos de una región, pero si lo había olvidado, cosa que ocurría frecuentemente, entonces echaba mano de lo que tuviera a su alcance: un papel, una servilleta, un trozo de carta, el dorso de un telegrama, etc. Generalmente no escribía



inmediatamente sobre sus viajes, sino que dejaba transcurrir algún tiempo para que las primeras ideas se sedimentasen y cobrasen consistencia.

No utilizaba nunca la máquina, sino que escribía siempre a mano, con letra apretada y desigual; unas veces lo hacía despacio, otras, a una velocidad frenética, para evitar que se le olvidara algo que se le acababa de ocurrir.

Por capricho, en el manuscrito de *Cui-Ping Sing*, escrito en unos blocs rayados con tapas de hule, utilizó dos lápices de colores; uno azul, para todo lo que decían los personajes masculinos, y otro rojo para los femeninos. Su puntuación era desconcertante y arbitraria; se le olvidaba verificar la ortografía de nombres propios y las citas en idiomas extranjeros se resentían de esta negligencia. En aras de la emoción y la fantasía, sacrificaba a veces la construcción sintáctica. Solía dictar lo que había escrito a mano a una mecanógrafa, antes de enviarlo para su publicación. El magnetófono le azaraba más que una persona, y se resistió siempre a utilizarlo. Siempre que podía, pasaba dos horas al día completamente solo, para leer y pensar. Era muy trasnochador, como la mayoría de los hombres de letras, y aprovechaba el silencio nocturno para trabajar, cuando se lo permitían sus obligaciones sociales.

Se quejaba de haber tenido la desgracia, como literato, de no haberse visto obligado a vivir de la literatura. Y dijo que de no haber sido así, hubiera escrito mucho más y mejor. Sostenía que había que ser en todo auténticamente profesional, y que él no lo había sido, no por falta de vocación, sino por la dispersión constante que le había impuesto su carrera, con sus desplazamientos y sus imperativos mundanos. Para él, escribir había sido un placer más de la existencia. Lo que más le emocionaba era ver publicado un artículo suyo en un periódico, por lo que representaba su difusión inmensa. Decía que el periódico era el gran libro de nuestro siglo, y que él era un escritor de «mayorías».

Por lo que respecta al bagaje intelectual de Foxá, recordaremos su precoz pasión por la lectura, que reseñamos al hablar de su infancia. Al llegar la juventud, cayó en sus manos la Antología de Antonio Machado, que le impresionó profundamente; luego Neville le hizo conocer la poesía de Juan Ramón y algo más tarde, los primeros romances de Federico García Lorca, cuando comenzaron a publicarse tímidamente en la *Revista de Occidente*. Desde muy joven sintió una gran admiración por los versos de Manuel Altolaguirre y posteriormente se identificó, como vimos, con el grupo de Alfaro, Sánchez Mazas, Ruano y Montes.

Es curioso detenerse brevemente en los libros que cita Foxá en su obra, o en aquéllos que se presiente tuvieron una mayor influencia en su

formación literaria. Nos encontramos así con su admiración por Cervantes, Lope, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, los *Autos Sacramentales del Barroco*, la *Biblia*, las vidas de santos, la mitología greco-latina y la nórdica, las crónicas de Indias, *Las mil y una noches*, los libros caballerescos, *El libro de las Maravillas*, de Marco Polo, los clásicos latinos, Dante, los poetas del Romanticismo, las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma, las obras del Inca Garcilaso y, en general, la literatura hispano-americana desde la época virreinal a la contemporánea. Notamos, asimismo, su afición por los tratados de Astronomía, Geografía y Toponimia, Zoología, Botánica y Geología (donde estudiaba los misteriosos mundos helados de los fósiles minerales que ejercían sobre él una extraña fascinación). Era un apasionado lector de temas históricos, ensayos, memorias y biografías y, en cambio, no le interesaban mayormente las ciencias sociales ni, en general, las obras dogmáticas.

Una última consideración general respecto a la obra de Agustín de Foxá, consideración que brindo a quien quiera profundizar en esta cuestión, es la relativa a la velada conspiración de silencio que se ha tejido en torno a ella, en el seno de la «intelligentsia» literaria española. Puede que me equivoque, pero creo que hay que atribuirle a lo que Baroja (que no era sospechoso) llamaba «la intransigencia de los liberales y de los que en España se llaman avanzados».

Foxá le dijo a Pedro de Lorenzo en una ocasión, que le tachaban de reaccionario. Y bromeando, agregó: ¿cómo no voy a serlo, si soy conde, gordo, diplomático y académico?»

\* \* \*

En los capítulos siguientes, después de detenernos en su faceta de conversador, estudiaremos la Poesía, el Teatro y la Novela de Agustín de Foxá, así como sus narraciones y cuentos, y su labor periodística. El hecho de no haberse publicado aún sus conferencias y ensayos, su extensísimo epistolario y sus guiones cinematográficos, nos impide, de momento, ocuparnos de ellos con el detenimiento que merecen.

## CAPITULO II

### **Foxá conversador.**

A pesar de destacar tan rutilantemente en tantas facetas, acaso donde Agustín de Foxá alcanzó su máxima altura fue como conversador. Según los que le conocieron, si alguien hubiera tenido la precaución de seguirle a todas partes, como la sombra al cuerpo, con un magnetófono, recogiendo para siempre su caudalosa palabra, tendríamos ahora lo mejor de su obra literaria. Como no fue así, hemos perdido irremisiblemente aquella palabra suya, que fluía natural y espontáneamente, y que fue un verdadero regalo para aquéllos que tuvieron la suerte de escucharle.

Foxá estuvo, en este sentido, en la línea de aquellos escritores que pasaron a la posteridad, tanto por sus obras escritas, como por la magia de sus improvisaciones verbales, como Anna de Noailles, Wilde, León Daudet o, entre los españoles contemporáneos, Sánchez Mazas o Eugenio Montes.

Muchas personas nos han contado que bastaba que un anfitrión dijese al invitar a sus comensales: «Viene Foxá», para que éstos se apresurasen a asistir a la cena o almuerzo en cuestión, dejando de lado cualquier compromiso anterior. El éxito de una reunión estaba asegurado de antemano, sabiendo que se podría oírle hablar. Era como en las corridas de la Edad de oro del toreo, cuando en el cartel se decía que toreaba Belmonte.

Joaquín Calvo Sotelo describe estupendamente la agilidad verbal, el ingenio centelleante, el poder instantáneo de asociación de ideas dispares, que hacían de Foxá un verdadero virtuoso de la conversación y uno de los seres más buscados socialmente, ya que su sola presencia vacunaba contra todo aburrimiento y toda monotonía. Cuenta que el preciosismo de las frases enamoró siempre a Foxá: «Eran justas como endecasílabos; daban en la diana con muy pocas palabras y provocaban, como los torpedos, un inmenso surtidor de espumas». Pero insiste también en que su talento dialéctico no consistía en hablar él solo y en que le escuchasen, sino en servir de magnífico estímulo para aguzar el ingenio de los demás.

Foxá, en realidad, fue un auténtico conversador, que sabía escuchar a sus antagonistas con elegancia, para luego replicarles o rebatir sus argumentos o enriquecerlos con su espléndido ropaje verbal. Por eso, pienso que Foxá es un caso bastante insólito entre los españoles, que entre sus virtudes no cuentan, generalmente, con la de saber escuchar. Unamuno, Ortega y tantos otros, tomaban la palabra y la conversación dejaba sitio a un altivo monólogo, que nadie se atrevía a interrumpir.

Otro punto interesante que conviene reseñar, es que, a pesar de ser un incesante surtidor de ingenio, Foxá no producía jamás fatiga en los que le escuchaban. Podía hablar durante ocho, diez o doce horas, sin que aquel torrente de palabras resultase monótono por repetición o por petulancia. Contribuía a esto en gran manera su voz vehemente, cálida y profunda, que no cansaba en absoluto, y la vivacidad fulgurante que ponía en su charla. Aquel brío, su risa poderosa, el brillo que cobraba su mirada miope cuando desgranaba un argumento, eran parte del encanto que se desprendía al escucharle. Porque la pujanza de su verbo era grande, pero mayor aún resultaba su entusiasmo interno.

Unía a todo lo dicho una inmensa generosidad, pues derrochó su palabra entre sus amigos, en vez de atesorar avaramente sus frases, como hacen tantos otros, para convertirlas en diálogo de novela o de obra de teatro. Regalaba pródigamente ingenio, inteligencia, humor y cultura. Habrá quien, aplicando secos criterios profesionales, considere todo esto como superficial y hasta anecdótico. Personalmente creemos que su aportación en este sentido fue importante y valiosa, pues no se trató simplemente de un espíritu espumoso, sino de algo más.

La destreza verbal de Foxá tenía su origen en un filón tan rico, que no necesitaba apoyarse en la maledicencia ni en la fácil crítica acerba. Ocasionalmente sus bromas, sus diatribas, o sus ingeniosos juegos de palabras podían resultar cáusticos, y rozar el sarcasmo. Calvo Sotelo subraya que aun aquellas frases que contenían su cierta dosis de malignidad, raras veces llegaban a herir a las personas víctimas de ellas, y menos aún a engendrar un sentimiento de rencor. Y es que brotaban de una manera tan espontánea, tan automática, tan irreprimible, que daban la sensación de que se le escapaban involuntariamente. No había hiel ni premeditación hiriente en sus palabras, sino una especie de inocente e infantil desenfado. Podían escocer epidérmicamente, pero en seguida se olvidaban, pues de todos era conocido su extraordinario buen corazón, incapaz de hacer mal deliberadamente a nadie.

Respecto a esta faceta de Foxá como conversador, hay que mencionar el hecho de que no fue nunca excluyente en cuanto a ambientes so-

ciales se refiere. Se le podía ver tanto en los entreactos de un estreno de teatro, o en la inauguración de una exposición artística, como en una recepción diplomática o en un salón elegante, o en el estudio de un pintor o en la tertulia de un café literario. Contaba con amigos de todas las esferas sociales, desde los Académicos, los Embajadores y las señoras aristocráticas, hasta los intelectuales más incorformistas y bohemios. Su curiosidad natural le impedía encasillarse escleróticamente en un único tipo de sociedad, peligro éste que acecha especialmente a los diplomáticos. Foxá era todo menos un espíritu *snob*. Su hermano Jaime contaba al autor de esta Memoria cómo Agustín no restringía el caudal de su humanidad. Recordaba, entre miles de ocasiones, cómo una noche estuvo gastando tiempo y tiempo en describir a un boquiabierto taxista las maravillas de la Pascua balcánica, y los ritos en los que el Pope barbudo, cubierto con las deslumbrantes vestiduras sagradas, arroja un crucifijo de oro a las aguas del Danubio. Otras veces, sucedió que a petición de camareros y botones de hoteles y restaurantes, Agustín tuvo que continuar deslumbrándoles con sus evocaciones luminosas de la América española o de Finlandia, de Roma o de Atenas.

Foxá fue un gran noctámbulo. Le encantaba prolongar las sobremesas indefinidamente. Después de una pantagruélica cena, su conversación se desbordaba. Sentado en un cómodo sillón, con una copa de coñac o un vaso de whisky en una mano y un cigarro habano en la otra, podía amanecer, sin que sintiesen ni él ni sus oyentes la menor señal de cansancio. De vez en cuando se le caía la ceniza del puro en las solapas del traje y, en vez de sacudirla, la aplastaba de un manotazo, absorbo en lo que se estaba hablando. Pero también le gustaba pasear por Madrid, a altas horas de la noche. Díaz Cañabate dejó la imagen de uno de aquellos paseos nocturnos. En una ocasión, llegaron andando hasta la plaza de Oriente y Foxá comenzó a evocar sus recuerdos de niño, cuando aquello era aún como un poema romántico, con los árboles rodeando la estatua de Felipe IV, como si fuesen alabarderos vestidos de verde, con las amas emperifolladas y las niñeras con los asistentes. «Y de pronto empezó a recitar versos suyos. Versos madrileños, versos de un madrileño que sentía a Madrid poéticamente. Al principio, su recitación fue en tono de susurro, pero poco a poco su voz se elevaba, se enardecía. A veces, se le olvidaba un verso y entonces farfullaba y manoteaba los brazos en alto, como si pretendiera coger al verso rebelde en el aire de la noche. En las pausas de poesía a poesía, las comentaba él y las comentábamos sus oyentes. El clamor del alba se empinó por detrás del Teatro Real.

Y al extenderse por la plaza, Foxá bruscamente cortó su recitación: «Se acabó. Nada más antipoético que un amanecer. Vámonos a la cama.»

Testimonios de la inigualable habilidad polémica de Foxá existen a cientos. Escritores como Pemán, Luca de Tena, Eugenio Montes, González Ruano, Sánchez Mazas, Neville, Fernández Almagro, Calvo Sotelo, Mihura, Escobar, Luis Calvo y tantos otros, han dejado constancia de que en ese terreno era invencible. Entre los escritores extranjeros, Víctor Haedo, Gastón Baquero, Enrique Larreta y tantos otros, reconocieron su superioridad. Joaquín M. de Nadal narró cómo Foxá se adueñaba de la conversación en las más importantes reuniones mundanas de Buenos Aires, a pesar de la presencia de escritores de talla internacional. Y creemos interesante mencionar que el pintor Hipólito Hidalgo de Caviedes nos ha contado cómo Foxá era la gala y el ornato en el curioso «salón» tropical, que mantenía el millonario cubano Julio Lobo, en torno a su piscina, desde donde se oía el ruido activo de las máquinas del ingenio. Esa corriente de vida, de azúcar y de oro, fluyendo sin descanso entre los versos y las sonatas, entre los dibujos y los sofismas, impedía que aquellas reuniones intelectuales y mundanas tuviesen el signo decadente de la *Dolce Vita*. Agustín era un invitado asiduo y animaba las conversaciones con su mordacidad aparente, con sus frases destructoras y sus conceptos cínicos, que trataban de ocultar en vano su genuino romanticismo. En torno a él se reunían banqueros y poetas, filósofos y estrellas de cine, embajadores, músicos y pintores. Agustín hablaba de Santos medievales auténticos y falsos, hablaba con los árboles y con las máquinas azucareras, a las que sorprendía en sus movimientos casi humanos. Por el día, había un hormiguero de hombres, de guajiros, de carretas de caballos, de bueyes. Por las noches olía a madreselva y al olor dulce y casi animal a melaza. La voz potente de Agustín comenzaba a recitar sus versos y todos callaban para escucharle...

Aunque el anecdotario de las célebres frases de Foxá es inagotable, intentaremos a continuación dar, al menos, un puñado de ellas. Se habló hace tiempo de publicar un florilegio que reuniese las mejores, para evitar que el tiempo las deformase o las hiciese desaparecer. Pero nadie se ha hecho cargo de esa tarea y es lástima, pues proyectaría gran luz sobre la personalidad de Foxá. Subrayemos, al menos, que aparte del ingenio que las inspiró, lo más sorprendente era la rapidez casi instantánea con que fueron pronunciadas. Vayan a continuación unos ejemplos.

En La Habana, le preguntó un periodista si estaba contento de su estancia en aquel país. Foxá le contestó: «Muchísimo, porque me con-

sidero ingenioso y Cuba es la única nación del mundo donde «un ingenio» puede hacer rico a un hombre.»

En una ocasión, Foxá fue llamado perentoriamente por su Embajador para que se reintegrara en aquel mismo instante a su puesto, del que había desaparecido, desde hacía tiempo, sin justificación posible. Cuando el jefe de Misión, enfurecido, comenzaba a fulminar invectivas contra él, con las palabras: «Foxá, como te has atrevido a...», le interrumpió y le dijo: «Querido Embajador, mi más calurosa enhorabuena.» A lo que éste, desconcertado, le preguntó: «¿Por qué me das la enhorabuena?», y Foxá contestó: «Por tu fabulosa capacidad como fisonomista, al haberme reconocido.»

En Finlandia, se encontraba un día Curzio Malaparte, pontificando sobre todo lo divino y lo humano, ante un grupo de amigos, cuando Foxá le interrumpió con un comentario ingenioso. Todos rieron la frase de Foxá, y Malaparte, entre irónico y adulator, le dijo: «Agustín, yo, si no fuera Malaparte, quisiera ser Foxá, y ¿tú? Yo, Bonaparte.», le contestó nuestro poeta entre las carcajadas generales.

En otra ocasión, recibió Foxá un telegrama iracundo de un jefe suyo, donde se le conminaba a que volviese inmediatamente, pues llevaba meses sin explicar su desaparición. El escritor le preguntó, por correo, si era absolutamente necesaria su presencia en la Embajada. A lo que el jefe de Misión contestó que él era el único absolutamente indispensable allí. Foxá le contestó diciendo: «Gracias, Embajador, una vez más tu inmensa vanidad me ha salvado.»

En Sofía, siendo él muy joven, había un diplomático extranjero que no perdía ocasión de arremeter contra España. Se daba la circunstancia de que se trataba de un marido burlado, cuyo infortunio era conocido por todos. En una recepción comenzó a discutir con Foxá sobre España; las palabras se fueron agriando y terminó amenazando al escritor con enviarle los padrinos. Foxá le contestó rápido como una centella: «Sería una verdadera lástima, pues daría motivo a mi primera estocada y a su última cornada.»

En Hispanoamérica, un día estaba Foxá tratando vehementemente de hacer valer los valores de España. Decía: «Veis, el español es un europeo que todavía está dispuesto a morir por Dios o por su dama...» Del fondo del salón una voz saltó para interrumpirle: «Pues aquí no estamos dispuestos a morir más que por la democracia...» Agustín sonrió y, zumbosamente, replicó: «Bien, eso es como morir por el Sistema Métrico Decimal.» Esta última frase fue también la contestación que aplicó cuando después de decir que las dos únicas causas por las que un hombre podía

morir eran la Patria y el Rey, alguien le interrumpió preguntándole: «¿Y por qué no ha de poder morir también por el Presidente de la República?»

Un hispanoamericano estaba hablando mal de los españoles que hicieron la Conquista. Exasperado, Foxá le contestó: «Tenga usted en cuenta que está hablando de sus antepasados, no de los míos, que se quedaron en España.»

Recién llegado a Madrid de uno de sus destinos diplomáticos, fue invitado a una cena en honor de Jean Cocteau. Este le arrebató la palabra desde el principio y no le dejó brillar con su habitual ingenio. Agustín, disculpándose, pidió perdón al anfitrión por el mal papel que había hecho aquella noche, diciéndole: «Hombre, esto se avisa; resulta que estoy acostumbrado a novilladas y hoy me has soltado para mí solo una corrida de ocho toros.»

Una dama muy elegante invitó a Foxá a un baile de disfraces. A Agustín se le olvidó por completo y estuvo cenando con un grupo de amigos en una taberna de puerto. Conocida es la falta de cuidado que tenía, y las manchas de grasa que decoraban las solapas de sus trajes; pues bien, aquella noche se superó y al recordar de pronto el baile, tal y como iba se presentó en casa de la señora que lo daba. Esta, al verle en aquel estado, le preguntó que de qué venía vestido. Y Foxá, sin inmutarse, le contestó: «De queso manchego.»

En La Habana, en una tertulia, se estaban haciendo algunos comentarios irónicos sobre España. El que hablaba era un gran industrial azucarero de Cuba y una de las personas más influyentes de La Habana. Foxá se recogía en círculo, como la cobra cuando va a atacar. Y, súbitamente, lanzó la tremenda andanada:

«Para presumir de genio  
y para hablar mal de España  
hay que tener mucho ingenio  
y el suyo sólo es de caña.»

Una noche se hallaba con el Ministro de los Estados Unidos, Mr. Schoenfeld, con Elena McClintock y con Robert Mills McClintock, Secretario de la Legación Norteamericana. Más tarde llegaron el Ministro de la Francia de Vichy, M. Hubert Guerin y su esposa. Esta última preguntó a la señora McClintock si era cierto, a juzgar por su cara y su acento, que era de origen español. Y ella, que era chilena de origen hispano, olvidándose de la presencia de Foxá, le contestó: «Malheureuse-

ment, oui.» Entonces, el diplomático español, dirigiéndose a ella, dijo: «Ma chère Helène, quand on est de l'Amérique du Sud, et on n'est pas de origine espagnole, on porte des plumes sur la tête.»

Con ocasión del accidente de automóvil que sufrió Foxá en Varadero, y cuando estaba sangrando en medio de la carretera, comoquiera que alguien empezase a gritar pidiendo un cura, Agustín tuvo el humor de responder: «¿Un cura? ¡Para esto por lo menos hace falta un Arzobispo!» Y cuando después de haberle hecho la primera intervención quirúrgica resultó que no servía y la tenían que repetir, dijo: «¡Yo creo que lo mejor va a ser que me hagan una cremallera!»

En el Teatro María Guerrero se ensayaba su comedia *El beso a la Bella Durmiente*, que resultaba larga y había que «peinarla», según el argot teatral. El director de escena, Luis Escobar, decidió cortar una imagen en la que se aludía a la blancura de la leche. A lo que exclamó el autor: «¡Vaya, la leche también se corta!»

La famosa frase que le costó el grave incidente en Roma viene reseñada en el capítulo dedicado a sus destinos diplomáticos.

Otras veces no eran réplicas, sino definiciones, las que su agilidad mental provocaba. Por ejemplo, una noche, casi de madrugada, paseando por el viejo Madrid dijo aquello de que «el verso libre es tan libre, que de libre que es ya no es verso». «Es prosa que desperdicia papel.» Y al llegar a la Plaza de Oriente dijo: «¡Qué lástima de plaza, cómo la han dejado! ¡Parece un verso libre!»

A una señora muy *snob*, la dijo que comprendía perfectamente sus debilidades nobiliarias. La señora le preguntó que por qué. Y él le contestó: «¡Porque el *Gotha* es un afrodisíaco!»

Una vez estaba visitando el piso de una nueva rica muy presuntuosa. La decoración era abrumadoramente recargada. Y Foxá, impaciente por la impertinente señora, le dijo: «Qué preciosidad de casa. Estoy seguro de que vale por lo menos un millón de dólares.» La señora fingió modestia. Foxá insistió: «¡Sí, sí, por Dios, por lo menos tiene usted aquí un millón de cosas que valgan un dólar!»

Cuando estaba a punto de tomar el avión para ir a Manila, dijo: «No quisiera irme, porque eso de marcharse al otro mundo siempre es molesto...» Y de vuelta de aquella ciudad, ya moribundo, fue cuando pronunció su última frase: «Me encuentro tan mal, tan mal, que creo que aquí viene el último de Filipinas.»

Finalmente hemos de hacer hincapié en el hecho de que su colosal fama de hombre ingenioso tuvo su servidumbre y fue la causa de que le atribuyesen múltiples frases que jamás pronunció. A Foxá se le colga-

ron chistes y réplicas que sin escrúpulo alguno aseguraban haberle oído. Ocurría, pues, con él, como con Benavente, Valle-Inclán y otros brillantes conversadores, cuyas frases oportunas rodaban por tertulias y salones. Agustín se quejaba de los sarcasmos apócrifos que le achacaban, y, que las más de las veces, eran torpes e impertinentes. Pero también se lamentó alguna vez por alguna frase que se le había atribuido y que, según él, no era suya, desgraciadamente.

Para terminar este capítulo, vamos a citar unas palabras de Neville, que ponen de manifiesto la deliciosa conversación de Agustín en el Palacio de Santa Cruz: «El Ministerio siempre fue simpático. Ir de un lado a otro; era su ambiente. Las relaciones con los demás países no sufrían porque él llegara tarde a la oficina y se marchase un poco antes del final, al hall del Ritz, donde sobre un tapiz de duquesas, con Desio al fondo, disparaba sus dardos ingeniosos, que resumían en una sola sentencia el suceso del día.»

Habría quien lamentase que Foxá no dedicase el tiempo que gastó en hablar en escribir más. Pero aquél era su elemento y hubiese sido exigir demasiado el pedir que se encerrase, contrariando su exuberante y comunicativa naturaleza, simplemente para dar satisfacción a los demás.

### CAPITULO III

#### Poesía.

Como ya hemos tenido ocasión de repetir a lo largo de esta Memoria, Agustín de Foxá poseyó un temperamento esencialmente poético, que quedó reflejado tanto en su obra en verso como en su obra en prosa.

Antes de pasar al estudio cronológico y temático de su poesía, creemos conveniente detenernos brevemente en sus características generales, así como en las influencias poéticas que recibió. Empezando por estas últimas, subrayemos que la poesía de Foxá apareció en un momento en que los poetas del 25 o del 27 habían liquidado ya el modernismo finisecular, sustituyendo aquella escenografía recargada, según Melchor Fernández Almagro, por sus respectivos paisajes interiores, pero conservando sus sentidos siempre alertas para captar lo exterior, en bien calculado tributo a la Naturaleza. Por su cromatismo, así como por sus preferencias temáticas, Foxá marca un retroceso respecto a dichos poetas, y enlaza por un lado con el modernismo de Rubén Darío y, por otro, con la poesía de Juan Ramón Jiménez, Lorca, los Machado y Alberti.

En numerosas ocasiones, Foxá se confesó acreedor del modernismo. Con ocasión del CX aniversario del nacimiento del poeta de la Raza, Salvador Rueda, Agustín hizo un bello panegírico del vate malagueño. A ambos les unía la ingenua postura de la infantilidad, entendida «en el mejor sentido, en el sentido divino», como dijo Unamuno. Las obras poéticas de ambos rebosan de gayos colores, de contenido emocional y de amor por la Naturaleza. Los ecos de Rubén Darío son aún más perceptibles en los versos de Foxá. Pero este último no copia a aquél; utiliza los elementos preciosos, pero revolviéndolos, introduciéndolos en el alambique de su cerebro y sacando de la fusión una rara quintaesencia. En los versos que dedicó al «gran indio de Nicaragua», escribió:

«Yo debí haber sido tu contemporáneo  
y emborracharnos los dos, con Verlaine,  
para hablar del Mediterráneo  
y de tu amiga parisien.»

Y luego añadió, nostálgico y compenetrado:

«Y necesitaste un elefante  
y una niña tísica de amor  
en una Europa escéptica y pedante  
que pasteurizaba el beso y la flor.»

Por Antonio Machado sentía Foxá la máxima admiración. A él le dedicó su libro *El toro, la muerte y el agua*, y le consideraba como la cumbre de la poesía española contemporánea y el reinventor del paisaje castellano. Las tierras de Soria, según él, se habían incorporado a la Literatura española, gracias a sus versos, en los que encontraba la mayor hondura de pensamiento y la suprema elegancia de forma.

También conviene consignar la influencia que ejerció sobre Foxá Manuel Machado, cuyo «Pórtico de Antas», que encabezaba el libro arriba citado, contiene estos sentidos versos:

«Quieres ser con la tierra, Foxá..., labio de mares,  
hombro de montes, sangre mineral...  
(Vaho de nebulosas estelares  
el aliento de Dios en tu cristal).

Pero tú quieres ser con la tierra... la sal  
sedienta, el agua viva, los cantares  
del viento, o de la piedra callada los pesares  
porque tú quieres ser con la tierra inmortal.»

La influencia de García Lorca resulta clara en el libro de Foxá *La Niña del Caracol*, colección de romances muy en la línea del estilo poético que aquél había puesto de moda. El ritmo, los temas, recuerdan el neopopularismo de Federico, pero, sobre todo, el barroquismo de sus epígonos, los poetas de la llamada «Escuela andaluza de 1925»: Fernando Villalón, Alejandro Collantes de Terán, Adriano del Valle y Rafael Laffon. Para Foxá, García Lorca fue como un relámpago, como una erupción volcánica; él descubrió una Andalucía honda y terrible como el fondo turbio, pero mágico, de un mar profundísimo, sobre el cual los Quintero habían sido sólo juguetona espuma blanca.

En *El toro, la muerte y el agua*, late una poesía más bronca y oscura, que podemos alinear dentro de la estética de Neruda y de Alberti, a quien Foxá consideraba menos genial, pero más fino, que Lorca. Sin embargo, Entrambasaguas cree percibir en este libro con mayor hondura la in-

fluencia del tecnicismo metafórico de Ramón Gómez de la Serna, a quien tanto deben los poetas contemporáneos.

En cuanto a las características de la poesía de Foxá, podemos decir, en primer lugar, que cultivaba una especie de romanticismo modernista, deslumbrador de imágenes y metáforas que, cabrilleantes, se iban enlazando fulgurantemente unas con otras. Se trata, pues, de una poesía luminosa y diáfana, pero, al mismo tiempo, delicada, finísima y palpitante. A través de sus versos, Foxá se liberaba del caudal de emociones que la vida le había hecho acumular. La ternura de los temas que desarrollaba, la emoción que de ellos se desprendía, son constantes en su obra poética y expresan una sensibilidad honda y tensa. La belleza formal se armoniza en sus versos con la dignidad del pensamiento, sin extravagancias ni atrevimientos, dando por resultado una impresión de lozanía y de frescura.

Las formas métricas utilizadas por Foxá son muy variadas, predominando fundamentalmente los sonetos, los romances octosilábicos (inspirados en la vieja tradición castellana), los romancillos, los versos alejandrinos y aquellos largos, de muy abierta rima. También usaba del verso libre, pero conservando siempre una acusada musicalidad. Para lograr un ritmo cadencioso y armónico, no recurría a forzadas rimas consonantes, y a veces la simple asonancia le bastaba para obtener efectos inesperados de sorprendente encanto y ligereza. No recurría nunca a retorcimientos descoyuntados y delirantes, sino que buscaba siempre, sin detrimento de su aire moderno, esos caminos de claridad, que son típicos del verdadero poeta.

No está exenta la poesía de Foxá de ciertas ampulosidades retóricas, de ciertas repeticiones superficiales, que restan a sus frutos profundidad, pero son pocos los poetas cuyas obras son perfectas desde el comienzo al final. Por otra parte, la fantasía y la riqueza sonora de sus versos, el vasto panorama de sus equivalencias y correspondencias, evocaciones y metáforas, compensan grandemente aquellos leves defectos. La obra poética de Foxá está saturada de un exquisito lirismo que cautiva al lector, pero también cobra en ocasiones un acentuado dramatismo, cuyos efectos resultan arrebatadores.

Otra característica de la poesía de Foxá es que se trata de una obra intelectualmente preocupada, portadora de un mensaje de patriotismo y de verdad. También es una poesía noblemente comprometida con sus circunstancias y con su pensamiento, y, al mismo tiempo, eminentemente comunicativa respecto a sus lectores. Asimismo, subrayemos que se trata

de una obra poética, en la que se aunan la ternura con la virilidad, la dulzura con la fortaleza, y la pasión con la elegancia.

A pesar de todo lo arriba expuesto, ni se ha valorado la obra poética de Foxá en su justa medida, ni se ha comprendido cuánto hubo en él de artista auténtico, ni se le ha dedicado el espacio que merece en las antologías líricas de nuestro país. El director de *Mundo Hispánico*, D. José García Nieto, en una interesante conferencia pronunciada en el Ayuntamiento, y titulada «Madrid en la poesía contemporánea», salió al paso de este silencio conspirador, con las siguientes palabras: «Es extraño e injusto que Foxá no haya tenido más fortuna entre comentaristas, críticos y antólogos. Una revisión de su poesía es precisa y urgente. Una revisión sería, donde se estudie con detenimiento todo lo que su lírica tiene de amable, de barroco, de descriptivo, de anecdótico, y lo que tiene de puro descubrimiento, de sentimiento muy penetrante, de evocación muy original. Hay que terminar, de una vez, y Agustín de Foxá puede ser una piedra clave para borrar divisiones extremadas y facilonas, con esos pontífices de los extremismos. ¿Poeta inteligible?, ya se sabe, poeta excluido del apetecido paraíso; ¿poeta oscuro, o de determinada temática angustiada o tremendista?, pasaporte hacia la fama y la intangibilidad. Y que alguien no vea en esto, por favor, contradicción alguna con lo expuesto en párrafos anteriores. Es verdad que en el mismo Foxá hay lastre rechazable, facilidades o efectismos que se pueden denunciar; pero, digamos si no ocurre lo mismo con poetas de la talla de Rubén Darío, o del propio Unamuno, y con tantos otros».

Creemos, sinceramente, que el olvido o la preterición de la obra poética de Foxá se debe fundamentalmente a razones de tipo político, por un lado, y, por otro, al hecho de que su poesía nada tiene que ver con ese hermetismo, más cerebral que espontáneo, tan apreciado en los últimos tiempos, por los cenáculos críticos. Pero ya comienzan a alzarse voces en contra de la poesía esotérica, y así, un crítico de la categoría de Guillermo de Torre, escribe: «La no figuración sistemática en pintura, el realismo elemental en novela y el hermetismo porque sí en poesía, se presentan en los últimos años como tendencias curiosas y radicalmente divergentes, pero con una característica común: son encrucijadas o vías muertas y no puntos de partida».

La actitud del propio Foxá ante las delicuescencias formales es bien conocida. En una ocasión dijo que si algo bueno había producido la poesía moderna —de cuya irracionalidad, simulación y oscuridad querida, estaba tan alejado— había consistido en ampliar enormemente el campo de la metáfora, que hasta entonces giraba casi siempre en torno a la rosa,

al ruiseñor, al lago y a los cisnes. Y en otra ocasión, confió burlonamente, que la poesía que le gustaba era la que era humana, «con todo, con anécdota, con imagen y hasta con ripios». Y agregó que los ripios se los dedicaba a los fríos y excesivamente exquisitos. Considerando la poesía pura muy interesante, decía que estaba en contra de esa llamada «poesía sin normas», que se construye como un mecano y cuya subversión formal constituye el marxismo literario. Y agregaba en tono de «boutade», que opinaba como Rafael Sánchez Mazas, que «la buena poesía es aquella que hace llorar a las mecanógrafas, esto sea dicho con perdón de los «Maestros»».

D. Gregorio Marañón afirmó que debido a su rigurosa autenticidad, los versos de Foxá se recitan de memoria, aun sin saber muchas veces quién los escribió, a diferencia de lo que ocurre con tantos otros excepcionales poetas, de quienes nadie puede recitar una estrofa.

\* \* \*

Pasamos a estudiar cronológicamente la obra poética de Foxá. Escribió sus primeros versos cuando tenía doce años, y estaba en el Colegio del Pilar; cantaban la batalla de Lepanto. Más tarde, publicó en la revista escolar *De todo un poco*, un romance al Cid. Posteriormente, aparecieron sus versos de novel en la revista *Cosmópolis*, que crearon y dirigieron Enrique Meneses, Eduardo Cobián y Serafín Adame. Según este último, iban ilustrados por Varela de Seijas.

Su primer libro de versos: *La Niña del Caracol*, lo escribió en Bulgaria, en 1931. Fue editado en 1933, en una pequeña imprenta de la calle de Viriato que pertenecía a Manuel Altolaguirre. Formaba parte de la colección *Héroe* y contenía un conjunto de romances, de clara filiación lorquiana. (Foxá había conocido a Federico en casa del Ministro de Chile en España, Carlos Morla, y de su esposa, y le encontraba deslumbrante, tanto cuando recitaba, como cuando cantaba, tocaba el piano o imitaba a la gente con su irresistible sentido del humor). Los romances de Agustín tenían un sabor arcaico y popular, y revelaban sus grandes posibilidades poéticas. La crítica y el público recibieron muy favorablemente este primer libro, tocado por el milagro encantador de su mundo de infancia y en el que se contienen bellísimas imágenes recamadas. Pablo Corbalán escribió que «sus primeros romances apuntaban a una mitología infantil, enroscada y crujiente como un hojaldrado barquillo, barroca al modo de la «escuela sevillana de 1925», culterana y neo-populista, como había enseñado D. Luis de Góngora, pontífice redivivo de aquel entonces». El



propio Foxá, con el paso del tiempo, encontraba que aquellos romances estaban demasiado influidos por Lorca y sólo se salvaban, a su juicio, dos o tres composiciones, las más palatinas (dedicadas a «Alfonso XII» y a «María Antonieta»), en las que resonaban los ecos familiares. A nuestro modesto entender son también muy bellos el Romance de Gullivert, el de la hija del rey del mar y el del Monasterio de Silos. Varios de aquellos primeros romances iban dedicados a compañeros de la Carrera Diplomática: el que dio nombre al libro, al vizconde de Mambblas, luego Embajador duque de Baena; el de «la Navidad del Señor», al luego Embajador conde de Navasquies; el de «la casa del sefardita», al marqués de Auñón y a José Sebastián de Erice, etc. Otros iban dedicados al poeta Juan Ramón Jiménez, al pintor Gutiérrez Solana y a Ramón Gómez de la Serna.

Su segundo libro de versos titulado *El toro, la muerte y el agua*, se publicó justo antes de la guerra civil, y en él se presiente ya la tragedia en camino por las rutas del Infinito. Lo prologó, como dijimos antes, Manuel Machado, con los versos del *Pórtico de Antas*, dedicados a Foxá. El libro comienza con los «Poemas de lluvia», entre los que figuran dos muy bellos, inspirados en la niñez pasada en Ciudad Rodrigo: «Ciudad en la niebla», y el delicadísimo «Las seis muchachas tras el mirador» (una balada que, según alguien, recuerda a Heine).

Del primero son estos versos autobiográficos, con ciertas reminiscencias freudianas:

«Lluvia gris y lenta  
el pulso de la alcoba entre cortinas,  
casi ataúd, la cama de la abuela,  
y olor a naftalina y sábanas,  
y el verdín de la lluvia entre las tejas.»

Y del segundo, estos otros:

«Las seis mujeres de maridos ricos,  
las seis, sentadas en el mirador,  
las seis, haciendo con ganchillo,  
madeja —blanca o rosa— su labor.»

También forma parte de estos poemas el famosísimo «El coche de caballos», que analizaremos más adelante, y «Cementerio de 1800» (cypresses y abanicos), en donde evoca sus impresiones de las visitas a los

camposantos románticos de Madrid, comenzando con los versos: «¿Tenéis sed, dulces muertos, sentís frío?»

A continuación vienen los «Poemas de fuerza», «Los poemas inertes», «Los poemas crueles» y «Los poemas en sombra», entre los que aparecen los que dan título al volumen: *El toro, la muerte y el agua*. En todos ellos encontramos un gran avance poético respecto al primer libro de romances, y revelan dotes de muy fina psicología.

El tercer libro de poemas de Foxá, se publicó en San Sebastián en 1940, bajo el título: *El almendro y la espada*. En él hay temas muy variados, desde los puramente líricos, hasta los que enlazan directamente con la poesía épica de la Cruzada. Los primeros están agrupados bajo la rúbrica «Poemas románticos», y entre ellos destacan: «Un niño provinciano», que comienza con estos versos transidos de melancolía:

«Un niño provinciano, de familia modesta  
aulas del Instituto, charlas del profesor  
los jueves un mal cine y los días de fiesta,  
Banda del Regimiento en la Plaza Mayor.»

Y también el delicioso «Cita», uno de sus mejores sobre el amor:

«Estad alegres blancas rosas,  
que ella esta tarde ha de venir.  
Y estaban ya todas las cosas  
con la emoción de recibir.»

Y el que titula «Melancolía de desaparecer», tal vez uno de los poemas de mayor hondura y emoción de Foxá, que fue ya citado al hablar de su muerte («Y pensar que después que yo me muera, aún surgirán mañanas luminosas, que bajo un cielo azul, la primavera, indiferente a mi mansión postrera, encarnará en la seda de las rosas, etc.»).

Durante la guerra civil, Foxá (como Pemán y Marquina) cantó a la España Nacional. Sus poemas de la Cruzada, escritos durante el Movimiento, vienen agrupados bajo el título *Cantos de guerra*, y en ellos hay sonoridades de epopeya, dando rienda suelta al torrente generoso de su corazón. Esto ocurre especialmente en el colorista «Romance de Abdelaziz» (en el que se narra la ayuda marroquí), en el estremecedor «La brigada del amanecer» (que profanaba «los lentes del difunto padre, helados con el vago recuerdo de sus ojos»), y en el titulado «Aquel barco con un nombre de isla...» (sobre el hundimiento del Baleares), lleno de

sorprendentes metáforas, de tan rara belleza, que a juicio de Entrambasaguas, le colocan en el primer puesto entre las composiciones de acento patriótico, lugar compartido con el «Poema de la antigüedad de España» (*Un tanque ruso en Castilla*), verdaderamente grandioso y magistral.

En 1941 publica Foxá un pequeño libro con sus *Poemas a Italia*, en los que recoge su amor y su veneración por el triunfal pasado romano. Son muy bellos el «Canto a Roma imperial», «La columna acostada» y los dos sonetos «al centauro joven» y «al centauro viejo», de una plasticidad extraordinaria. Destacan asimismo la luminosidad del «Poema de Nápoles», la unción emocionada de «Las catacumbas de San Calixto», y la fastuosidad del canto a Venecia.

En 1948, se publicó en Buenos Aires otro librito de versos titulado: *El retablo de la Edad Media*, que contiene además otros poemas bajo el signo del tiempo, obsesión permanente de Agustín de Foxá.

También en 1948 se publicó en Madrid una *Antología Poética*, que recogía a manera de florilegio, las mejores poesías de Foxá. Finalmente, al publicarse en 1963 el I volumen de sus obras completas, aparecieron bajo el título *Varia Poética*, algunas poesías absolutamente inéditas, junto a otras ya recogidas en anteriores publicaciones.

\* \* \*

Finalmente, estudiemos la temática de la obra poética de Agustín de Foxá y sus más íntimas motivaciones e instancias. Pero antes, no estaría de más hacer una alusión a las palabras que aparecen con insistencia en sus poemas, pues los vocablos que utilizan los poetas revelan casi siempre mundos de dormidos subconscientes.

En la poesía de Foxá nos encontramos una vez y otra con las siguientes palabras: cristales, luna, plata, cipreses, vino, linternas, pleamar, amapolas, gelatina, landós, ahogados, mortajas, zodiacos, gasas, yeso, muertos, acacias, faroles, asfalto, estrellas polares, rosas de los vientos, miradores, abanicos, y los colores azul, grana y oro. Con ese mundo de objetos heterogéneos, si los mezcláramos, se podrían componer cuadros de acusado surrealismo, conjuntos de alucinante ramonismo. Pero Foxá los dosifica a lo largo de sus poemas con un tacto remansado y armónico. Lo cual no es obstáculo para que utilice a veces metáforas francamente audaces, como cuando habla de nuestro universo, en el que la fantasía ha muerto, y subraya el absurdo de la vida con las palabras: «Escuadras de ataúdes hacia la nada...» O como cuando habla del tedio que engendra «lentos sueños de hombres sin cabezas», o de las huellas de Gullivert, en las que

las tres hijas de la reina jugaron al laberinto, o cuando dice en el «Romance de la huerta»: «Se abrió podrida de almíbar, la boca de una granada, celdas con gotas de sangre, abejas asesinadas». Lo mismo ocurre en el primer cuarteto del «Soneto a un matador de toros»: «Como encendido, vestido de oro, salmón la faja que lo acicala, abre la capa con gracia de ala. Flor a la abeja, negra, del toro», y en la metáfora de una cornada: «en el quite te llevas prendidas las heridas, y en la leña del asta, cuaja un atril de seda».

El sentimiento que empapa toda la poesía de Foxá es la nostalgia. Para no citar más que dos ejemplos de esa infinita y nostálgica complacencia, reproduzcamos un cuarteto de «Derribos» y otro de «Viejas casas». Dice el primero así:

«En las modernas ruinas, hay restos de salones,  
cupidos pompeyanos o una blanca guirnalda...  
La chimenea al aire que añora aún los velones  
y la azul rinconera, donde giró una falda...»

Y el segundo dice:

«Cuadros donde niños con aros, los abuelos,  
uniformes dorados en cinc, con naftalina  
y rosas en fanales que empaña la neblina  
de la huerta regada, con olor a ciruelos».

Esa nostalgia cristaliza sobre todo en una mirada retrospectiva hacia su niñez, fuente de las más deliciosas emociones y bellezas. La primera manifestación poética de lo arriba expuesto es su «Romance del Retiro», en el que evoca con exquisita ternura su infancia diluida entre las frondas del parque, con el «estanque en vaivén de barcas», «vestido de marinero, sobre la cinta morada, el nombre de un submarino, escrito con letras doradas», y sus primeras comuniones que «en los árboles quedaban», y la tragedia del globo «que en una tarde empolvada, se le escapó de las manos, desnudas y abandonadas», y su «pelota de goma, entre violetas regadas», y en fin, el coche de caballos «trotando, espuma en la lanza, mi madre con su sombrilla, mi padre con hongo y barba...»

El mismo tema cobra acentos extraordinarios de evocación en «El coche de caballos» (nostalgia de los siete años): «Un coche de caballos, lento hacia el horizonte; landó viejo y violeta, de caballos canela, y en él, mi niñez triste, mirando las acacias, y los escaparates de antiguas pri-

maveras». Al pescante, volvía Agustín con las rodillas yodadas «por un Madrid caliente de acacias y faroles»; y el carruaje cruza su nostalgia, «trotando eternamente, con un olor de parque dormido entre las ruedas». Al final del poema, se pregunta: ¿Dónde estarán tus hierros? ¿En qué plaza de toros, o en qué noria murieron tus caballos canela? Y ¿dónde está aquel niño de comunión y de aro, que hoy, en mi sangre de hombre, como un fantasma juega?

Foxá hizo una vez esta magnífica confesión: «Si algo tengo de poeta, es lo que me queda de niño». Por eso, al no desaparecer nunca el niño, no pudo desaparecer el poeta.

En gran número de poemas, Foxá alcanza un colorido pictórico tan deslumbrante, que nos da la impresión de que poseía un pequeño Museo del Prado en el cerebro; así, su «Bodegón del Renacimiento», resulta tan opulento como los lienzos flamencos; su «Romance del venado», tan realista como los cuadros de Snyders; su «Leyenda de Lupiana», tan preciosista como las viñetas de los códices miniados; su «Romance de la Navidad del Señor», tan delicado como las obras maestras de los «primitivos», etcétera, etc.

Otro tema sumamente recurrente en la poesía de Foxá, es el de la muerte, de la cual pensaba que de tener nacionalidad, sería española. El diplomático Julio Sousa, ha estudiado esta constante poética, que aparece tanto en sus poemas sobre la niñez, como en su patético «Cementerio de 1800», como en el titulado «Un niño provinciano» (al que predice su muerte sin sueños, envuelto en desengaños). La angustia de lo efímero, es consustancial con Foxá, y «Aino», la diosa esquimal que se deshíela torpeada por la flor de la primavera, se muere cada año. *La Niña del Caracol* también quiere morir, y el romance del Retiro concluye con estos versos:

«Por las verjas, los entierros,  
cajas con galón de plata,  
y bajo las flores, niños,  
niños que ya no jugaban.»

Dice Sousa que también en «El gallo y la muerte», escrito en 1940 (su época apoteósica), Foxá «hace aparecer detrás de todos los esfuerzos y de todos los sueños, la mueca desdentada de la eterna rieta. Es difícil sustraerse al deseo de citar cada una de sus poesías para encontrarnos con esta especial obsesión, llevada siempre con indeclinable elegancia. Tanto más meritosa, porque amaba profundamente la vida».

Entrambasaguas ha hecho notar esta obsesión de Foxá por lo fugitivo del tiempo, al estudiar sus poemas «Habla la Muerte», «Perdemos nuestro tiempo», «Relojes», «Tiempo», «Derribos» y «Viejas Casas». Con versos lapidarios y angustiosos, y con sus evocaciones peculiares de los tiempos idos, logra Foxá, según él, llevarnos a la honda inquietud del vivir y de la muerte...

El tema amoroso no podía faltar en un poeta de vena lírica como Foxá. Pero el amor aparece en su poesía casi siempre como algo inconcluso, desilusionado, precario, cuando no frustrado. Así, por ejemplo, en su rubeniana «Sonatina»:

«Juguete que a los viejos Reyes Magos  
ardiente de ilusiones les pedí,  
romántica princesa de mis lagos,  
Ofelia sin rival de mi jardín  
ya aunque te vayas lejos y otro bese  
los puros labios que adoré en silencio,  
un poco de tus ojos va en los míos  
celosos de mirarse tanto en ellos.»

O en el último cuarteto de «La Boda»:

«Y luego bailan sobre las flores  
y ella levanta, de oro, un chapín.  
¡Serán eternos nuestros amores!  
(pero la Muerte tañe el violín).»

O también en estos versos de «Española en Cuba»:

«Españolita de Cuba  
de mi dolor curandera  
tú has sido en mi noche oscura  
aurora de la arboleda  
isla del descubrimiento  
a mis tristes carabelas.»

Otro tema muy frecuente en Foxá, es el del toro. Aparece ya en el Romance lorquiano que dedicó a Solana en «La niña del caracol»:

«Altos toreros desnudos  
con luz de eclipse la plaza  
a flacos toros dormidos  
torean con la mortaja.»

Después, ocupa lugar importante en «El toro, la muerte y el agua», como encarnación de la bestia agonizante y ciega. El tema taurino alcanza su cumbre en «Linares» y en «Manolete» de donde son estos preciosos versos:

«Ya está el toro en su centro, paso a paso, despacio.  
Te acercas al asombro de su embestida ciega.  
Y deshojan su empuje dieciséis naturales,  
como pétalos rojos, que en el aire se quedan.»

El tema de exaltación de la patria con los versos épicos a la pujanza de los ejércitos nacionales, fue subrayado al hablar de «El almendro y la espada». De este género tal vez sea su mejor poema, el dedicado al «Balears», «hoy montón inundado, tripulado por muertos, quieto en un meridiano, con la brújula quieta», a cuya tripulación promete deshojar «en vez de un ramo fúnebre», «La Rosa de los Vientos, sobre la tumba incierta». Pero en todos los «Cantos de guerra», hay temblor patriótico y fe en las más puras esencias de España. Esta última reverberación de lo hispánico, alcanza la máxima altura en su famosísimo poema: «Doce de octubre en las Antillas», cuyos primeros versos, con ritmo de marcha triunfal, son:

«Con un palo y un trapo, realizando proezas  
y mirando de noche a la estrella polar,  
por aquí entraba España desplumando cabezas,  
bautizando con nácar en la orilla del mar.»

No menos famosos son los versos de su poema «Los caballeros de la Imprudencia»:

«Estos que dieron nombre a la Tierra  
cruz a los montes, sentencia al mar,  
son los que hicieron, jugando a guerra,  
anchas Castillas por ultramar.

Piaras de puercos por intendencia,  
y por remedios, vinagre o sal,  
los caballeros de la imprudencia  
vieron brillando la Cruz Austral.

Dejando un rastro de catedrales  
nobles escudos cada portal,  
alzan morados pendones reales  
entre los cactus y el platanal.»

A los temas del clasicismo greco-latino, dedicó Foxá preciosos versos, cincelados en el vaso arcaico y bello del soneto. Impresiones fugitivas sobre la luminosidad pagana de Roma y Atenas, evocadoras melodías, atmósferas de tarde veraniega, cálida, sin un soplo de aire, con el triunfo pleno de la sensualidad hecha plástica, eso son sus poemas al «Centauro joven» y al «Centauro viejo» y a «La columna acostada».

Para terminar, señalemos otros dos temas que se repiten en la obra poética de Foxá. Uno de ellos, es la Carrera Diplomática, que le da pretexto para sus versos «de circunstancias», versos más o menos improvisados para despedidas o agradecimiento de homenajes, pero algunos, tan sentidos, como los ya citados del «Brindis a la Carrera». El otro, es el tema monárquico, que tanto por sus valores estéticos, como por su noble emoción sentimental, son dignos de la mayor consideración. Nos referimos al Romance de Alfonso XII y al de la muerte del Rey Alfonso XIII en Roma, que se enlazan con los poemas dieciochescos de gran elegancia y colorido, dedicados a Luis XV y María Antonieta.

## CAPITULO IV

### Teatro.

El caudal poético de Agustín de Foxá lo encontramos también en su obra teatral, la cual representa otra cristalización más de su natural inclinación a convertir todo cuanto tocaba en poesía. Conviene adelantar, sin embargo, que los valores líricos que enriquecen su teatro constituyen, simultánea y paradójicamente, su mayor atractivo y su máximo defecto.

Entrambasaguas ha subrayado que el impulso lírico de Foxá remansa la acción de sus obras teatrales en actitudes plásticas de singular encanto. Pero a ello, tal vez convendría agregar que un exceso de lirismo puede llegar a interrumpir el normal fluir de una acción dramática. Una obra teatral puede ser al mismo tiempo buena literatura y no buen teatro. Algo de esto creemos que ocurre en el caso de Foxá, víctima en lo teatral de su inmensa facilidad.

Por otro lado, la creación escénica tiene unas implacables exigencias materiales. El «oficio», la «carpintería» teatrales consisten precisamente en dominar los recursos prácticos que hacen que una obra «llegue» al público. Esa técnica, independiente y ajena al arte en sí, coadyuva sin embargo, de manera decisiva, para el éxito de la obra teatral. Foxá, según el crítico Torrente Ballester, tenía visión dramática, pero su exuberancia le estorbaba esa rígida disciplina técnica a la cual debe someterse el dramaturgo, ese cauce de hierro, en que debe aprisionar la inspiración. Para él, Foxá no halló su camino teatral, quizá por su empeño en manejar un material emotivo y heroico, cuando sus verdaderas dotes hallarían la más perfecta expresión en un teatro de sociedad, irónico y desenfadado.

El temperamento fundamentalmente indisciplinado de Foxá y su postura nostálgica ante la vida, hacían de él un romántico rezagado. Su obra teatral resulta por esto un tanto extraña y se mantiene aislada respecto a la de sus contemporáneos. No deja, por ello, de ser altamente estima-

ble y posee siempre un elevado tono poético que la presta ternura y encanto, aliento y belleza.

Alguien escribió que Foxá, autor teatral, fue vencido por la poesía, y que si no llegó a cuajar como un autor decisivo, se debió a que tenía aprensión al teatro. El propio Foxá dijo en una ocasión a Federico Oliván y a Manuel de Heredia que el Teatro era un arte menor y que utilizaba demasiado el truco. Y volviendo con ellos, después de asistir a una de las espectaculares creaciones escénicas de Enrique Rambal, insistió en su tema, diciendo: «¡Horroroso, horroroso!... Aquí todo es de mentira...»

\* \* \*

El quehacer literario de Agustín de Foxá se orientó por primera vez hacia el teatro con su obra *Cui-Ping-Sing*, escrita cuando tenía veintidós años. Se trataba de una deliciosa historia poética de corte oriental, que formalmente revestía la forma de un drama en verso, en tres actos, divididos en ocho cuadros. La obra fue estrenada en el Teatro Principal de San Sebastián, el 28 de diciembre de 1938, en plena guerra civil, y posteriormente en Madrid, a raíz de la victoria, por Isabel Garcés y Rafael Rivelles. La obra obtuvo un rotundo éxito. Foxá comentó: «Como no era famoso, todos me trataron muy bien...»

*Cui-Ping-Sing* es un delicado poema que narra la historia de una bella muchacha china de corazón de hielo, que sacrifica el amor en aras de la ambición, prefiriendo llegar a ser la esposa del dueño del Celeste Imperio a compartir la vida del sabio poeta que la descubrió cuando no era más que la hija de un simple domador de peces. La obra despliega ante los ojos del espectador sus sucesivos actos, como si se tratase de las hojas polícromas y centelleantes de un fastuoso biombo de Coromandel, o una de esas preciosas pinturas chinas en papel de arroz. El hechizo de esta obra se debe primordialmente a la armonía melódica de sus versos libres, y al dramatismo acentuado del arrebato pasional del protagonista. Tiene, además, el encanto que le presta su exotismo oriental, tan exquisito y frágil como un jarrón de porcelana de la «famille rose».

La historia comienza con una escena en la biblioteca imperial de Pekín; atardece dulcemente sobre el oro anaranjado de los pergaminos. Todo está bañado por una luz dorada de otoño; el Emperador y su Primer Ministro escuchan el desgarrado grito de los faisanes «entre hojas amarillas y el vaho de los corzos». Los versos nos hablan de escalinatas, de astrólogos y pagodas, de carros blancos tirados por carneros, de eunu-

cos morenos que juegan al ajedrez con piezas de oro... Se diría una obra moderna con ecos de Rubén Darío.

El drama se anuda en torno a la encrucijada fáustica del Ministro y letrado Hoang-ti, que ha dedicado toda su vida al estudio del herbario chino y los eclipses y a escribir un tratado sobre el pulso, pero que ignora «seda y fruta, la piel de las mujeres», cuando se encuentra de bruces con el amor, al descubrir a Cui-Ping-Sing, la doncella cuyo retrato ha de hacer para que el Emperador la elija, entre otras, como esposa.

Las metáforas variopintas cabrillean en este primer acto. Hay imágenes de gran belleza, como cuando uno de los piratas describe entre sueños el paso lento de una ciudad dormida con campanillas de oro y teme que el barco rompa su reflejo delicado, o como cuando evoca su llegada a las costas de la India, en una noche de eclipse de luna, en la que «el sueño de los tigres flotaba sobre el agua», o cuando el domador de peces muestra la iridiscente geometría de sus escamas.

El amor, que «es poderoso y sobre abismos tiende puentes de rosas y cristales», brota en el pecho de Hoang-ti, y el padre de Cui-Ping-Sing la advierte que ha llegado la felicidad y que no la deje pasar, pues es «como un cisne que roza por la noche una ventana y se pierde después». La escena de la declaración de amor es tal vez el fragmento más hermoso de toda la obra: el protagonista pregunta a Cui-Ping-Sing (cisne y ceniza): «¿En qué otro mundo de cerezas raras oí tu voz? ¿En qué planeta lento de bronce y de nieve vi tus ojos hace un millón de siglos?». Ya para siempre conservará su dulce imagen «que, cuando pasen los años y cuatro bueyes blancos le lleven a enterrar, aún flotará sobre su frente rota». Enardecido por la pasión, decide deformar las facciones del retrato, para evitar que el Emperador se enamore de ella. Pero el ardid no surte efecto y cuando el Soberano exige conocerla, Cui-Ping-Sing, en vez de destrozarse su rostro, como le pide Hoang-ti, lo embellece y se casa con él. En el acto III es desgarrador el reencuentro de los antiguos amantes. Hoang-ti declara a Cui-Ping-Sing:

«La Emperatriz de China no me importa  
muñeca de cristal y porcelana  
que adorna los salones y las góndolas,  
ambiciosa y cruel... allí la dejo...»

Pero la niña blanca  
que tu rostro recuerda  
la dulce Cui-Ping-Sing, que entre moreras  
bordaba y sonreía...

esa vengo a mirar en tu mirada,  
y quiero, en tus facciones  
reconstruir su rostro ya borroso.  
Ella es mía y la guardo en mi recuerdo  
como en un ataúd.»

La obra acaba inevitablemente en muerte: tras ella, la escena se apaga y los personajes enmudecen.

*Cui-Ping-Sing* fue puesta de nuevo en escena el 5 de julio de 1961. El Ayuntamiento de Madrid rendía así homenaje a Foxá en el IV centenario de la capitalidad.

\* \* \*

La segunda obra teatral de Foxá fue *Gente que pasa*, una comedia dramática con un breve prólogo y tres actos, escrita en prosa en colaboración con José Vicente Puente. Se estrenó el 30 de octubre de 1943 en el Teatro María Guerrero de Madrid y fue galardonada con el premio Piquer de la Real Academia Española.

En la autocrítica publicada en *ABC*, el mismo día de su estreno, Foxá y Puente escribieron: «La acción en el Madrid de 1941, que ve pasar por sus hoteles, por sus calles, por sus museos, a todo el éxodo de Europa. Una sola ilusión: América. Una sola palabra: el *Clipper*. Son turistas forzados. Pero nuestro viejo país no es una estación de tránsito. Y surge el choque. Y el amor por medio. Sobre una tesis actual, los personajes hemos intentado que se expresen con el lenguaje de todos los días, que revelen las inquietudes del momento.» «Ante una nueva situación», y sobre una turbia intriga, sin llegar a lo policíaco», el corazón femenino es otra vez clarividente. Esto es a grandes rasgos *Gente que pasa*.

La obra fue inteligentemente dirigida por Luis Escobar e interpretada por Guillermo Marín, muy acertadamente, tanto en las facetas cínicas del primer acto como en el abatimiento de su personaje en las escenas finales de la obra.

Para Entrambasaguas lo mejor de esta obra, en la que apenas asoma el espíritu poético de Foxá, es la correcta prosa de los bien trazados diálogos y, sobre todo, la escena del bar; pero afirma que el final no consigue el efecto deseado por sus autores.

Por nuestra parte, encontramos en la obra cierta falta de espontaneidad y un no sé qué de artificioso, en la elección de los tipos (el escritor francés de vuelta de todo, la aventurera de turbio pasado, el abnegado Pepe Luis, etc., etc.) y en las antítesis del vicio y de la virtud.

No deja, sin embargo, de haber en ella frases brillantes que revelan el ingenio de Foxá, pero la evolución moral del protagonista Armand, no resulta excesivamente convincente. Este personaje, en su aspecto cínico, es convencional, pero cuando le toca la hora de la compunción, se nos antoja fastidioso.

\* \* \*

La tercera obra teatral de Foxá fue *Baile en Capitanía*, comedia dramática en cuatro actos y en verso, con un prólogo en prosa, estrenada el 22 de abril de 1944 en el Teatro Español de Madrid. La obra fue protagonizada por Mercedes Prendes y dirigida por Cayetano Luca de Tena (a quien está dedicada por Foxá, en agradecimiento «por vestir y realizar los sueños de los poetas») y alcanzó un apoteósico triunfo, manteniéndose en cartel durante más de 300 representaciones.

Los versos que utiliza Foxá en *Baile en Capitanía* son los endecasílabos y los romances octosilábicos, que alternan con el verso libre. Esta obra y *Cui-Ping-Sing* representan acaso los últimos latidos del teatro español en verso. Pues si aún estrenaban por aquellas fechas Marquina, Ardavín y Pemán, estos tres poetas pertenecían literariamente a generaciones anteriores. En este sentido, Foxá fue el último paladín de aquel género de tan noble y airosa tradición en nuestra patria.

Esta obra está impregnada del ensueño brumoso de los salones románticos con «espejos, arpas y versos», meciéndonos estos últimos en una infinita complacencia nostálgica. En la autocrítica, Foxá describió su obra como «un drama romántico; una historia de amor sobre el fondo atormentado de nuestra segunda guerra civil». «Frente a un teatro costumbrista, una escena circense, o un diálogo intelectual y construido con mecano, he preferido cantar con antigua y sencilla voz el juego continuo del Amor y de la Muerte.» (Ese amor de Eugenia y don Luis, que «se irá deshojando a lo largo de cuatro actos entre los disparos carlistas».) «He situado mi drama en una época, lejanía ya, pero aún tibia, porque todavía (en vitrinas, trajes de bisabuelas y álbumes de familia) nos queda el latido de los que en ella vivieron.» Es «una obra poética», en modo alguno política, a esa distancia en el tiempo en que ya las pasiones que hicieron morir a los hombres se han inmovilizado en la Historia. «He incrustado deliberadamente en sus estrofas modernas, marchitas imágenes para perfumarlas de antigüedad, como aquellos membrillos que dan vejez a los arcones.»

Como ya dijimos al hablar de la niñez de Foxá, la historia de *Baile en Capitanía* está inspirada en la vida de una antepasada de Agustín, la

«tía Ramona», que vivió en Viana, en zona carlista, durante la segunda guerra civil; un oficial liberal se enamoró de ella, pero los padres impidieron la boda y de resultas de aquel amor frustrado murieron los dos protagonistas.

El primer acto de la obra se desarrolla en Aranjuez; por entre las magnolias, los delfines de piedra de las fuentes y el aliento húmedo, palatino, del Tajo, va a pasar el humo progresista del pequeño ferrocarril de alta chimenea, el «tren de la fresa», en el que llega la Reina Isabel II. Se reúnen gentes de todas las clases sociales en la estación, y esto da origen a un pintoresco desfile de tipos y personajes, que se mueven en escena, a pesar de su gran número, con soltura y agilidad. Este acto tiene una intensa luminosidad, que nos recuerda, por el lugar, los paisajes de Aranjuez pintados por Rusiñol. El tema central es el idilio entre Eugenia de Urbina y el joven capitán de Húsares de Pavía, que ha sido arrestado porque mandó a sus soldados que la rindieran honores como si se tratara de la Reina.

El segundo acto está centrado en torno al pintoresco viaje en diligencia; la escena de la venta sirve de pretexto para dar entrada a un abigarrado grupo de criados, postillones, arrieros, eclesiásticos, venteros y mozas de mesón, a los que agrega la nota variopinta de los «indianos» con nostalgias de Cuba.

El tercer acto tiene por escenario «el Real de Durango, donde la sombra sin corona de Don Carlos sueña con el Alcázar de Madrid y los fríos azules del Guadarrama, entre las nieblas y manzanos de su pequeño reino de Vizcaya». Tienen estas escenas el aliento poético de las páginas carlistas de Valle-Inclán. En el último acto tiene lugar el gran baile en la Capitanía de Burgos, «con nieve en las cornisas y serpentinas enredadas en los prismas irisados de las arañas». La obra termina en muerte, como *Cui-Ping-Sing*. El desenlace dramático se produce con aquel lejano clarín de madrugada que toca a diana y que va a torcer todo el rumbo de la vida de Eugenia. El telón cae lentamente, y la protagonista cae desvanecida, mientras parece que suenan las notas patéticas del *Adiós a la vida*, de Tosca.

Desde el punto de vista poético, *Baile en Capitanía* tiene momentos de cálida e intensa emoción, que alcanzan su altura máxima con el dolor y la esperanza del idilio. Son bellísimos los versos con los que acaba el primer acto, y en los que se perciben, levemente, ciertas cadencias de Zorrilla («quiero saber si amor es», «posible es que sea amor», «seguro que eso es amor»). También lo son los de la declaración de D. Anselmo.

Y aquéllos, vigorosamente dramáticos, en que Eugenia se rebela contra su sino.

Finalmente, reseñemos la adaptación musical de *Baile en Capitanía*, llevada a cabo por el maestro Moreno Torroba. El estreno tuvo lugar el 15 de septiembre de 1960, por lo cual Agustín no llegó a ver realizado aquel sueño suyo de convertir la obra en drama lírico. La colaboración de Foxá y Moreno Torroba tuvo su origen en un antiguo proyecto de ambos, que no llegó a realizarse, por los continuos desplazamientos impuestos al primero por su Carrera Diplomática. Se trataba de escribir una zarzuela, que llevaría por título el de *Pasodoble* y que tendría por tema la vida de Joselito. Al pasar los años e instalarse en 1957 Foxá en Madrid, de vuelta de La Habana, fue cuando decidieron la orquestación de *Baile en Capitanía*; pero el destino no quiso que Foxá llegase a conocer la partitura terminada de su obra.

\* \* \*

El 21 de abril de 1948 estrenó Foxá *El beso a la bella durmiente*. Se trataba de una comedia en tres actos, que se representó por primera vez en el teatro María Guerrero de Madrid. Sobre el tema del cuento de hadas, Foxá planteaba teatralmente un problema de nuestro tiempo. En la autocrítica, escribió que el mundo se hallaba «en un momento de indecisión. Entre la defensa heroica del pasado y el anhelo angustioso del futuro, casi ha eliminado su presente. Y de ahí nuestra infelicidad». La comedia pone en escena el enfrentamiento de dos mundos irreconciliables: el ayer, noble y tradicional, representado por los aristócratas castellanos, y el hoy, agresivo y materialista, representado por el protagonista Pablo Gandía. La idea es bonita, pero no resulta «teatral», en el mejor sentido de la palabra. Lo más estimable de la obra es el aliento de nostalgia respecto al pasado, del conde de Baza y su hermana, tristemente acartonados por la melancolía y el anacronismo. Lo más endeble de la misma es el sentimentalismo, sin duda excesivo, y la falta de naturalidad en los diálogos; incluso las bromas que pretenden ser ingeniosas no consiguen su objetivo. Las alusiones a la naturaleza de la región y el ambiente provinciano, están calcados de la realidad, pues Foxá se inspiró directamente de lugares y personas de Vinuesa, que él conocía desde sus años de niñez.

\* \* \*

El «drama del futuro», *Otoño del 3006*, fue leído por Foxá en el



Museo Romántico en 1953, y se estrenó en el Teatro María Guerrero de Madrid, el 11 de marzo de 1954, constituyendo un ruidoso fracaso y manteniéndose en cartel únicamente durante algunas representaciones.

La obra es una fantasía utópica, en la que en medio de «robots» y cerebros electrónicos, Foxá intenta bromear algo en medio del pavoroso misterio del futuro y «espolvorear con vieja poesía —lágrimas, rosas secas, maternidad, alma, noche estrellada— a los implacables Hombres-cosas y a los corazones de los autómatas, que no mueren dramática y teológicamente como los nuestros, sino que sencillamente se rompen». La comedia futurista de Foxá tiene como argumento la historia de un hombre que se deja congelar para emprender un viaje hacia un lejano mañana, lleno de máquinas y engranajes, pero carente de poesía. Estamos, pues, de nuevo, ante la persistencia temática de Foxá: su profundo escepticismo respecto al progreso científico o al avance tecnológico, que no llega ni siquiera a mitigar la terrible angustia del hombre ante la muerte y la eternidad. Ese mismo escepticismo que encontramos en sus famosos versos:

«Perdemos nuestro tiempo  
como si no existiera la tumba en el final.  
Como si fuéramos inmortales  
nos olvidamos de la luna y el mar.

¿Saben los pálidos funcionarios  
entre sus máquinas de calcular  
que están en el mundo de Meteoros,  
de Iris y Polo, Misterio y Volcán?»

La crítica fue durísima con *Otoño del 3006*. Se dijo que Foxá era un escritor al que la fórmula teatral escapaba por completo; que la obra aparecía llena de contradicciones e incoherencias, tanto de concepción como de desarrollo; que era el producto de un escritor desigual, desorientado, dotado de ingenio, pero que incurría en ingenuidades e, incluso, en cursilería; que era un drama indeciso, concebido con ligereza, caprichoso y pueril; que los seres inventados por Foxá eran bastante tontos; que el desenlace se veía venir y resultaba forzado, etc., etc.

El propio Agustín manifestó modestamente que atribuía el fracaso al hecho de que a la gente no le gusta ver cosas que ocurrirán cuando el público esté ya bajo tierra, mientras otros se besan a la luz de la luna.

Y añadió que sabía de antemano que su obra no iba a gustar debido al resentimiento de premuertos de los espectadores.

Sin embargo, a todo lo dicho anteriormente conviene añadir un hecho que creemos conveniente reseñar, y que bajo el título de «La verdad de lo que sucedió en el estreno de *Otoño del 3006*», se resumió en el semanario *Dígame*. En dicho artículo se dice textualmente: «Por el tiempo en que esa comedia se estrenó en el María Guerrero, había unos equipos de pateadores que se dedicaban a asistir a la primera representación de cada obra, para ver de conducirla al fracaso. Una especie de juego que se había inventado «para pasarlo bien». Absurdo y doloroso. Pero real. Horas antes del estreno de la mencionada obra de Foxá, se sabía que que ésta tendría su poquito de pateo. En un café próximo al teatro oímos cómo unos jóvenes, con sus localidades de galería en las manos, se las prometían muy felices yendo a patear la comedia.»

En resumen, Foxá acusado tantas veces de *demodé*, lo fue aquí de vanguardista desafortunado. Su personal modo de dicción fue considerado en esta obra como una inadmisibile audacia, como una intolerable osadía. En realidad, sin llegar a creer que se trata de una obra cuajada, opinamos que hay en ella valores interesantes: la sátira feroz de un mundo que tiende a convertirse en un siniestro hormiguero de hombres, donde «hasta la lágrima será cuadrada», la visión futurista tan acertada como la de una buena novela de «ciencia ficción», el ánimo de rebelión contra un universo que se nos antoja pavorosamente inquietante, por lo que supone de amenaza insensible pero masiva para aniquilar la personalidad del individuo, aplastada bajo la avalancha de la técnica más monstruosa. Problema éste que está hoy rigurosamente de moda y que ha dado origen a libros tan capitales como los de Galbraith, Riesmann, Marcuse y Dumazedier, para tratar de resolver la angustia y el malestar producidos por la civilización del ocio. A todo esto hay que añadir en el balance positivo de la obra de Foxá los acordes musicales de poesía que nunca faltan en su literatura y, que en este caso, quedan de manifiesto en la descripción de la maternidad, del amor y de Dios, y en la escena final, en la que un hombre y una mujer, se aprestan a contemplar la vida como si fuera el primer amanecer del Mundo.

\* \* \*

*Norte y Sur* es un apropósito en un acto y en prosa, estrenado en el teatro de la pantalla de la Televisión Española en 1955. Se trata de una

historia de amor, con fondo de música de Sibelius para subrayar el ambiente nórdico.

Foxá recoge en esta obra recuerdos de su estancia en Helsinki, cuando fue allí Encargado de Negocios de España.

Los protagonistas recitan versos del gran poema finlandés «Kalevala», en los que se narra una antigua leyenda, según la cual un herrero que había enviudado se fabricó una esposa de oro. A modo de moraleja, el poema se termina aconsejando a los muchachos que se guarden de casarse por interés, pues el oro y la plata están helados y una novia o una esposa de esos metales terminan produciendo escalofríos.

Esos versos, y los recuerdos vividos de Foxá, de la señorita Hanna Ronnberg (que fue amiga y confidente de Angel Ganivet hasta su suicidio en Riga) son, tal vez, lo mejor de esta breve obra teatral. Pero tanto los primeros como los segundos fueron objeto de crónicas bellísimas de Finlandia, mucho más interesantes que *Norte y Sur*. Sin embargo, hay aliento poético en ese contraste entre lo septentrional y lo meridional, entre el amor de la mujer que envejece y el de la joven que se abre a la vida.

El argumento resulta convencional. Y no es muy lógico que un italiano que llegó a Finlandia, con veinticinco años, se convierta en profesor de finlandés de unos rusos pocos años después.

La antítesis de lo nórdico y lo italiano está lograda gracias a la evocación, de una parte, de las torres bizantinas de Nuestra Señora de Kazan, de los palacios de San Petersburgo y la gran cúpula de San Isaac, bajo la cual la nobleza zarista contraía matrimonio, y de la otra, evocando las naranjas de Taormina, las columnas de un dorado templo griego, y un mar de esmeraldas...

El final alcanza cierto patetismo: la mujer que ha perdido a su amante intuye que acaba de penetrar en el salón un fantasma, el de su vejez. Ha perdido su belleza y ve con angustia que será «ya vieja hasta el final de la vida. Sola, sola para siempre. Con la soledad y nuestro eterno invierno». Hay que ser muy duros o muy poco inteligentes para no conmovirse ante ese drama de la juventud perdida, que lo es doblemente, cuando se trata de una mujer que fue en tiempos hermosa.

\* \* \*

Foxá dejó una última obra inestrenada: la leyenda medieval en tres actos, *El perro de Montserrat*. Inspirándose en la vieja fábula de Juan Garín, tan popular en Cataluña, compuso esta obra, escrita en verso, utilizando como forma poética el romance antiguo. Francisco Ihaso com-

para los tres actos a tres estampas de retablo antiguo, y describe esta leyenda dramática o milagro escénico, de la manera siguiente: «por amor de mujer, Garín, el monje endemoniado, cruza por tres estados distintos: el de hombre, el de bestia y el de ángel. La tentación de la carne lo arrastra al doble pecado de lujuria y de sangre. El Papa lo condena a expiación terrenal convertido en perro monstruoso. Al cabo de siete años, el pecador perdonado recobra la figura humana y aguarda, como castigo último, la venganza de la parte ofendida. Pero Riquilda, la doncella ultrajada, reaparece e intercede por el mísero. Quien fue perdonado por Dios no debe ser condenado por los hombres. En Riquilda late esa íntima fibra redencionista que hay en la entraña de toda mujer. El amor, aun el más sombrío, guarda una escondida chispa de ternura. Ese puntito de luz, preso en las marañas del crimen, salva a Garín, que vence al demonio, renuncia otra vez al siglo y se reintegra a los caminos de la eterna bienaventuranza.

La obra tiene un anverso teológico y un reverso humano. Su autor se cuidó de ambos con parejo esmero. Siguiendo la más pura tradición clásica (percibimos no pocos acentos calderonianos en el galopar rítmico del romance) el diálogo estalla a veces en un sensualismo frenético, para caer después en la reflexión religiosa o en el deliquio místico. El alma primitiva de Juan Garín se columpia entre las dos esferas: la del mundo y la del trasmundo, la de la carne y la del espíritu. Esta oscilación angustiosa, este trasiego osmótico entre lo diabólico y lo angélico, dieron en todas las épocas al teatro español una fuerza rara y una singular atracción.

La inspiración de esta obra de corte medieval tal vez haya que buscarla en aquella visita que hizo Agustín de Foxá en 1938 a Segovia, con el fin de contemplar el Auto Sacramental de Valdivielso, *El hospital de los locos*. Se trataba de una de las primeras obras teatrales representadas durante la guerra civil, y se debió a la experta mano de Luis Escobar, que la dirigió, teniendo como escenario el pórtico de la Catedral de dicha ciudad. Cuenta Torrente Ballester que Agustín asistía a las representaciones entusiasmado y preocupado; preocupado por escribir algo semejante y de significación equivalente al Auto de Valdivielso. Por ello, quizá tuviese en cuenta aquel recuerdo cuando escribió su *Perro de Montserrat*.

## CAPITULO V

### Novela.

En el presente capítulo nos ocuparemos de la única novela completa que nos dejó Agustín de Foxá: *Madrid, de Corte a cheka*.

Esta obra la escribió casi íntegramente en el café «Novelty» de Salamanca, un poco a vuela pluma, entre tertulias literarias y ecos del Cuartel General. Gonzalo Torrente Ballester cuenta cómo en Burgos, momentos antes de ser publicada, varios amigos juiciosos de Agustín tuvieron la precaución de revisar el manuscrito para evitar que el personaje, que en el libro aparecía con el nombre de «Pepe» en el primer capítulo, se llamase en el tercero «Pablo». Foxá era desmemoriado con los nombres de los personajes ficticios de su novela, aunque no lo fuese con los de las personas reales.

*Madrid, de Corte a cheka*, fue publicada en abril de 1938 por las Ediciones Jerarquía, y su éxito superó todas las expectativas por su candente argumento, expuesto con un estilo de soberbio realismo. En la anteportada que precedía a esta novela se decía «Episodios Nacionales. I. Por Agustín, conde de Foxá». Quiere esto decir que su autor pensó seriamente en continuar una serie novelesca al estilo galdosiano, teniendo por fondo los acontecimientos de la España posterior al Alzamiento. Desgraciadamente, no llevó a cabo más que este primer volumen. Con ello hemos perdido, tal vez, lo más importante de la obra literaria de Foxá, habida cuenta de los valores y hallazgos que aporta *Madrid, de Corte a cheka* al género novelesco. De haber continuado por aquella vía, hubiese alcanzado con ella la cúspide de su arte.

Poco tiempo después de acabada la guerra, manifestó Agustín que tenía un libro en preparación, pero que lo estaba dejando descansar un poco. Por aquellas fechas, estaba a punto de ser destinado a Roma y esperaba poder terminarlo allí. Quería que adquiriera perspectiva, y al no poder tener lejanía histórica, deseaba que tuviese, al menos, perspectiva geográfica. Sostenía Foxá que los sucesos, como las personas, se

veían mejor de lejos, cobrando así relieve, sabor y forma, y destacándose de entre el montón de pequeñeces diarias. El título de esta obra iba a ser *Salamanca, Cuartel General*, y constituiría la continuación del *Madrid, de Corte a cheka*.

Al morir Foxá fue encontrada, entre sus papeles, una carpeta rotulada con el título de aquella novela. Pero la carpeta estaba absolutamente vacía y no se encontró el menor rastro de *Salamanca, Cuartel General*. No quedan claras las razones de la desaparición de los papeles, que justificarían la existencia de dicha carpeta.

Volviendo a *Madrid, de Corte a cheka*, podemos decir que se trata de un poderoso relato que narra, a través de una trama amorosa, la transformación sufrida por la villa y corte desde el ocaso de la Monarquía hasta la irrupción de las turbas revolucionarias, pasando por el triste paréntesis de la II República española. Esta obra quedará para siempre como la narración más lograda y más honda de un periodo tremendo y trágico de nuestra historia.

A pesar de que el relato reviste la apariencia formal de una novela, o mejor de una historia novelada, o de una novela histórica, creemos que sus valores documentales priman, con mucho, sobre los meramente imaginativos. El acierto primordial de esta obra lo constituye, pues, el hecho de ser un reportaje histórico de primera mano, para el estudio de esos años. Por otro lado, resulta sumamente interesante por su contenido autobiográfico, imprescindible para el conocimiento de los estados anímicos por los que pasó Foxá durante aquella época.

El estilo literario de esta novela presta un insuperable vigor al relato. El lenguaje utilizado en los diálogos es ágil, nervioso, palpitante. Hay pinceladas de un colorismo deslumbrante, pero también toques rápidos, precisos, impresionistas, que logran describir maravillosamente el ambiente reflejado. La prosa de Foxá recuerda ciertamente el estilo valleinclanesco del Ruedo Ibérico, con trazos que bordean el castizo esperpento y el Tirano Banderas. Las frases se suceden de una manera fluida y cortante, dando a veces la misma impresión que la producida por los incisivos chafarrinones goyescos. El estilo, normalmente amplio de Foxá, cobra a veces en *Madrid, de Corte a cheka*, una brevedad casi azoriniana (V. gr.: «En el ascensor, las camillas con hombres lívidos; acostados. Caras vendadas. Una gota de pus en la gasa. La tos y la leche caliente y el termómetro en las ingles, etc.», o «Pasó un picador —castoreño y plata vieja— sobre un jamelgo cosido. Unas moscas en el costurón abultado. La sangre reseca del novillo negreaba en la gamuza de la pierna pesada»).

La vivacidad estilística de Foxá en la obra que comentamos está en los antípodas de las morosidades de Pereda y de las languideces sensuales de Miró. Entrambasaguas insiste sobre la estirpe ramoniana de las metáforas e imágenes de alta calidad que enriquecen (con su espíritu poético, pero sin menoscabar su independencia y originalidad) el estilo elegante y castizo del narrador. Y al comparar la técnica novelística de Foxá con las empleadas por Galdós, Valle-Inclán, Baroja y Camba, en sus obras análogas, dice que en *Madrid, de Corte a cheka*, se da una curiosa fusión de las actitudes de unos y otros. De una parte, sigue la historia fielmente, a la manera de Galdós o de Camba, pero, por otra, como aquélla, tiene aspectos tan novelescos, da la sensación de que ha volcado más su fantasía, como Valle o Baroja.

La agilidad vivaz arriba mencionada imprime a la novela de Foxá un ritmo cinematográfico, casi «avant la lettre», pues separándose del modo de contar que imperaba en el cine de su época, se anticipa a los guiones actuales.

Desde el punto de vista del argumento, podemos decir que el verdadero protagonista de la obra es Madrid. De la misma manera que James Joyce es inseparable de Dublín, Kafka de Praga y Mozart de Salzburgo, Foxá, a pesar de su cosmopolitismo, siempre quedará asociado a la capital de España. Pero así como en su poesía aparece el Madrid de su niñez, en su novela es la ciudad de su juventud la que centra la narración. Al comienzo de la misma, desfila ante el lector la estampa gentil y bastante tópica, de los merenderos, las verbenas, los piropos castizos, las tertulias de café. En una palabra, el escenario de Répide y Carrere, de Gómez de la Serna y Solana. Poco a poco, a medida que avanza la obra, Madrid se vuelve agrio y dolorido, para acabar, finalmente, en el horrendo hormiguero desolado de la época roja.

Cronológicamente, la novela se divide en tres partes: *Flores de Lis, Himno de Riego y Hoz y martillo*. Como en un «concierto» el primer movimiento tiene la gracia y cortesanía de un «andante maestoso». El lector asiste al momento crepuscular de una Corte que se desmorona entre reverencias palaciegas de los gentileshombres y de los grandes, al compás de los pífanos y los lentos relojes musicales de bronce dorado. Un mundo rizado de cornucopias, tapices, diademas y entorchados; una sociedad despreocupada y elegante que se reúne en el Tiro de Pichón (cuya descripción constituye una de las mejores páginas de la obra) o en el paseo de Coches del Retiro, por donde cruza el «Hispano-Suiza» con el Príncipe de Asturias y sus ayudantes de servicio. Y por debajo de ese brillante panorama, las fuerzas larvadas de unos intelectuales formados

en la cátedra de Asúa, en la novela rusa, en las películas «El Acorazado Potemkin» y «Los marinos de Kronstadt», en la pintura cubista de Picasso, en la deshumanización del Arte, en la Institución Libre de Enseñanza, en el Liceum Club y en el mohoso y sórdido Ateneo, constelado de símbolos masónicos y de rancios retratos de enlevitados políticos progresistas. La veta caricaturesca de Foxá aparece cuando fustiga irónicamente las pedantescas peroratas de médicos ateos, boticarios masones y abogados sin clientes que votan la negación de la existencia de Dios por una mayoría de siete votos, y que utilizan una jerga pretenciosa, en la que se mezclan el «estructurar», el «posibilitar», los «postulados», las «cristalizaciones» y el «yugular a la reacción», de la misma manera que hoy se utiliza la «problemática», el «promocionar», la «planificación», la «racionalización», etcétera, etc. El violento enfrentamiento de esos dos mundos queda reflejado de manera magistral en el episodio en el que una riada de estudiantes y de obreros con monos de dril, sube por Atocha gritando mueras al Rey y apedreando a los guardias a caballo que dan escolta a la carroza del Dios Grande; aquello sirve de preludeo a las elecciones municipales, a la subsiguiente caída de la Monarquía y al advenimiento de la República. «Todo un régimen milenar se liquidaba en la consulta de un médico, como si se tratase de una nefritis», haciendo irrupción «el resentimiento, encarnado en una nube de parásitos y rencorosos, estudiantes gafados y pedantes de la FUE, catedráticos krausistas, taciturnos escritores, enfermizos intelectuales, militares arrojados por los Tribunales de honor, perodistas de *La Voz* o del *Heraldo* y opositores que habían perdido todas las oposiciones». Este lamentable periodo se cierra con la quema de los conventos.

El segundo «movimiento» lo constituye el *Himno de Riego*; comienza con la descripción de una revista en Romea y con el exilio de los aristócratas a Francia. El Madrid de la República se hace más chabacano y ruidoso; desaparecen las coronas y se pintan los estancos con la bandera tricolor. Las recepciones de Alcalá Zamora en Palacio están llenas de resabios monárquicos: los políticos demagogos aparecen por primera vez, vestidos de frac con condecoraciones, y asisten escotadas las damas del nuevo régimen: las señoras de Casares y de Sánchez Guerra, las hijas de Américo Castro y de Canedo, y las hermanas Cebrián. El Embajador Guariglia subrayó en cierta ocasión, burlescamente, lo necesitada que estaba esta nueva sociedad de los consejos e, incluso, de algunas clases de «maintien» de Madame Herbet, esposa del Embajador de Francia en Madrid.

Entretanto, frente al desaliento se perfila la reacción en torno a las

figuras de los Miralles («desterrados del siglo XIII») y de José Antonio Primo de Rivera. Se fragua el *Cara al Sol*, casi simultáneamente con la incongruente imposición de la birreta cardenalicia a Monseñor Tedeschi por Alcalá Zamora, celebrada a los acordes de la marcha pontificia, entreverada con las irreverentes notas del *Himno de Riego*.

El tercer «movimiento» de este trágico concierto es el que corresponde a «Hoz y martillo». Foxá vuelca en él todo el horror y la ferocidad del Madrid marxista, como en un tremendo «allegro con brio». Por las páginas del libro pasan los primeros desfiles proletarios, alucinantes y revueltos de seres infrahumanos: mujerzuelas feas, jorobadas, con lazos rojos en las greñas, gitanos, tullidos, obreros de mirada estúpida, maestros biliosos, «toda la hez de los fracasados, los torpes, los enfermos, los feos; un mundo inferior y terrible, removido por aquellas banderas sinistras» y por los sonos de la *Internacional*. Foxá describe la España marxista como una enorme gota de pus, ofrecida a la curiosidad aséptica del microscopio de Casares Quiroga. Estalla el Alzamiento y las masas revolucionarias invaden la ciudad con los camiones abarrotados de mujeres desgreñadas y chillonas y de obreros renegridos, borrachos de sangre, y vestidos con los despojos del Cuartel de la Montaña.

Como en un salvaje «crescendo», Madrid se convierte en «Cheka»: los registros de los milicianos, que entre blasfemias y culatazos irrumpen en las más recónditas alcobas; las quemadas precipitadas de fotografías y banderas, uniformes y recuerdos; el espanto del timbrado intempestivo y del frenazo de un coche a la puerta de la casa; el gran baile en honor de la muerte, que hace brillar las arañas de las mansiones suntuosas de Madrid; el desvalijamiento del Palacio de Heredia Spínola; el pánico de los «paseos» al amanecer; la gran revancha, primero sobre los aristócratas, militares y eclesiásticos; luego, sobre los burgueses, la clase media y los miembros de Acción Católica; el asesinato de personas por el hecho de ir a Misa o por poseer estampas, o por haber regañado a la servidumbre; la busca ansiosa de la extraterritorialidad de las Embajadas, y la huida, al fin, del infierno rojo, con la esperanza de la liberación de Madrid...

Hasta aquí, la evolución de la crónica. Por lo que se refiere a la trama sentimental que sirve de contrapunto para hilvanar aquélla, digamos que *Madrid, de Corte a cheka*, es más una novela de situaciones sociales que de peripecia amorosa. Esta última queda desbordada por el ritmo creciente de los acontecimientos colmados de interés. La fabulación imaginativa de los amores de Pilar y José Félix, queda reducida, según Entrambasaguas, «a su papel esencial de nervadura medular» para

«que dé unidad de principio y fin a la novela y no se pierda en la continuidad de la crónica, por muy novelística que ésta sea».

Seducido por el aspecto documental de su obra, Foxá no se detiene en la descripción de los caracteres imaginados. Al final de la novela sabemos muy poco de los perfiles fisonómicos de los protagonistas. Esa sombra sobre los personajes, personalmente, nos deja insatisfechos. En cuanto a sus sentimientos, hay momentos en que quedan desdibujados. José Félix resulta a ratos blando, incoloro, flotante, sin relieve. Sus vacilaciones se explican parcialmente debido a la desorientación política y sentimental por la que atraviesa. Su inconsistencia le convierte en esa figura del protagonismo que se llama el anti-héroe; pero, a fin de cuentas, ¿por qué no van a poder ocupar el lugar central de una novela simples seres humanos, carentes de todo rasgo extraordinario? Por ello, el procedimiento nos parece válido. En cambio, no nos lo parecen tanto las fluctuaciones y contradicciones de Pilar, que unas veces da la sensación de ser una heroína viviendo su gran amor y acto seguido claudica, casi sin transición, y se casa con otro hombre al que no ama. Pero no paran allí las reacciones inverosímiles. A lo largo del libro, los personajes que corresponden a tipos reales de la política o la sociedad españolas de la época, cobran redoblado vigor, mientras los imaginados y novelescos se hacen cada vez más ingrátos. El testimonio, desplaza a la novela.

*Madrid, de Corte a cheka*, es una narración sumamente certera de la historia contemporánea; está llena de conocimientos de los diversos ambientes de la ciudad, de sus rincones, de lo inmutable y de lo que cambia. Es, pues, la obra de un verdadero maestro de la observación. Sin embargo, no cabe encasillarla dentro del frío realismo social, ni del desasido neorrealismo, pues siempre late en sus páginas la permanente vena poética de Agustín de Foxá, que tonifica su novela, sin impedir por ello el reflejo rigurosamente costumbrista de los problemas de las diversas clases sociales que en aquella aparecen.

Resulta difícil considerar la obra de Foxá como una descripción perfectamente objetiva del periodo histórico que abarca. Hay en ella juicios apasionados, que resultan comprensibles en un espectador envuelto en el huracán desencadenado de aquella época caótica. Se percibe la natural inflamación patriótica del autor, pero sin que ésta le lleve a recurrir a elementos tremendistas. La realidad le bastaba y le sobraba. En ningún caso se le puede acusar a Foxá de deliberada parcialidad o de prejuicios de clase, pues a la suya dedica en ocasiones palabras nada acariciadoras.

Para terminar, refirámonos brevemente a los juicios que sobre *Madrid, de Corte a cheka*, emitieron algunos escritores y críticos. Nicolás

González Delito escribió que Pío Baroja le dijo: «De cuantos libros se han escrito sobre el Madrid de nuestra guerra interna, sólo hay uno que me ha entretenido de veras, sólo hay uno que me ha gustado, el de Agustín de Foxá.»

Eduardo Víctor Haedo, Consejero Nacional de Gobierno del Uruguay, dijo de él que era «del prólogo al epílogo un alarde de gracia, de ingenio, de observación y de ironía».

Juan Ignacio Luca de Tena, en el discurso leído en la sesión necrológica de la Real Academia Española en memoria de Agustín, subrayó la objetividad de la obra «porque Foxá, tan cáustico y, a veces, mordaz en sus expresiones, tuvo el buen gusto de no ensañarse con los vencidos, en este documento histórico que es un reflejo exacto de la realidad». Y encomió la maestría con la que estaban trazadas las semblanzas de Azaña, Romanones, el P. Laburu, Berenguer, Valle, Ortega, Gil Robles, Marañón, Maeztu, Calvo Sotelo, José Antonio, etc., etc.

González Ruano escribió, después de volver a leer, en su nueva edición de 1962, la obra de Foxá: «Libro admirable, directo, dramático, documental. Un libro en prosa dura que, sin embargo, a cada momento, nos descubre en todo ánimo el ánimo poética de Agustín.» «En cada una de estas páginas vive Agustín. Y en cada página podía haber muerto.»

El P. Félix García: (Agustín, con un vigor y una objetividad inequívocos nos da no la crónica pasteurizada, no la novela convenida y amañada para querer contentar a todos y no convencer a nadie, sino la historia en carne viva, la realidad dramática, turbulenta y confusa de lo que fue «aquello».

Valbuena Prat: «notable novela de historia coetánea, en donde los hechos se concentran en cuadros finos e impresionantes en que se unen la lástima, la ironía y el heroísmo». «Conforme el libro avanza, lo literario da paso a una crónica hondamente vivida, entre ironía y patético anuncio de tragedia, para desembocar en los temas de horror, lucha y sacrificio de la parte final. Ahí se impone el vigor vital, aunque siga el leve hilo de artificio novelesco que denota a un gran artista de la narración.»

Y, finalmente, conviene que nos detengamos en el más completo estudio que se ha hecho sobre el *Madrid, de Corte a cheka*: el del cate drático de la Universidad Central, D. Joaquín de Entrambasaguas, al cual hemos aludido ya. Se trata de una especie de largo prólogo a dicha obra, que, junto a una certera semblanza de Foxá y una copiosa bibliografía suya, aparece en el tomo IX de *Las mejores novelas contemporáneas*, publicado por Editorial Planeta en 1963.

Para Entrambasaguas, «como este tremendo trance de la Historia de España, alcanza increíbles momentos de pesadilla terrorífica, que fluctúa, literariamente, entre lo más surrealista de la novela picaresca y lo más inquietante de la novela policíaca —«entre estos dos polos de la angustia humana que, esta vez, la vida real, por desatino del hombre, realiza, venciendo a la más desordenada imaginación»— se producen dos planos de realidad literaria, cuya tónica emocional mantiene un terrible y mutuo equilibrio: la azarosa vida de los protagonistas y los personajes que los rodean, para mantener un ambiente novelesco, y la espantosa tragedia del Madrid con sus rasgos de grotesca comicidad»... A continuación hace hincapié en los tres grupos en que se dividen los personajes de la novela: a) los históricos, «positivos o negativos, a los que Foxá, con sus sutiles interpretaciones, da vida en las páginas de su novela, haciendo de ellos semblanzas magníficas, en verdad magistrales, que pueden compararse sin peligro con las mejores creadas por la novelística contemporánea»; b) los personajes reales, no históricos, por su tono menor, pero significativos de una época, y de los que Foxá consigue «un impresionista pero decisivo retrato», y c) los personajes que se quedan en «una penumbra de vida y literatura». De todos ellos, Foxá hace una penetrante interpretación psicológica. A los primeros, con dos o tres trazos, los retrata con una sobriedad y una magnífica exactitud de características expresivas; a los segundos, los deja sus rasgos reales, «hasta hacérselos identificar a quien los conocimos, aunque figuren con otros nombres o los suyos deformados»; a los últimos, a los imaginarios, les forma sus caracteres con elementos extraídos de la realidad.

También dedica especial atención a la logradísima ambientación de la novela, al tono que la anima y, finalmente, a llamar la atención al lector sobre los pasajes, que, a su juicio, son realmente magistrales y «quedarán eternamente como modelos de una novelística de difícil técnica, dominada en absoluto».

## CAPITULO VI

### Narraciones y cuentos.

En 1965, la Editorial Prensa Española publicó en su colección «Tres dados» todas las narraciones y cuentos de Agustín de Foxá. Se trataba de un anticipo del segundo y último volumen de sus *Obras completas*, que, desgraciadamente, no ha salido a la luz todavía. Parece ser que últimamente ha sido superado el punto muerto al que habían llegado los familiares del escritor (herederos de sus manuscritos) y la Editorial Prensa Española. Con lo cual es de esperar que, una vez vencidas las naturales dificultades que entrafía la publicación de todo epistolario, se publique pronto ese segundo y último tomo de las *Obras completas*.

En el volumen que comentamos se recogen, en primer lugar, cinco narraciones que aparecieron en las columnas de *ABC* de Madrid. Son: *Olor a cera*, *Viaje a los efímeros*, *Santarán*, *El Lobizón* y el precioso cuento *Hans y los insectos*. Además se incluyen en él: *El Príncipe Pablo* y *Misión en Bucarest*, ambos inéditos. Habiéndose encontrado los manuscritos entre sus papeles, fue necesaria una gran tarea de desciframiento, dada la peculiar grafía del autor.

Para Gonzalo Fernández de la Mora, que tan certeramente ha escrito sobre la obra de Foxá, en los cuentos y en las narraciones hay siempre un pretexto dramático, normalmente legendario y alegórico. La apoyatura preferida de Foxá era el mito y la fábula, que también sirven de armazón para sus obras teatrales.

En todos estos cuentos predomina lo fantástico y lo irreal, arropados en su deslumbrante estilo.

#### «Misión en Bucarest.»

Forma parte de la tetralogía que sobre la guerra civil española preparaba Foxá. El primer episodio, *Madrid, de Corte a cheka*, se publicó en 1940. El segundo, que es el que ahora comentamos, se escribió ha-

cia 1941, y se trata de una obra inacabada, pues se detiene en el capítulo IX, justamente en el momento en que la narración cobra mayor interés, siendo por su carácter inconcluso difícil de enjuiciar.

La obra transcurre en Rumania, donde Foxá estuvo destinado dos veces: la primera, como se recordará, en 1930, en calidad de Secretario de tercera, a las órdenes del marqués de Aycinena; la segunda, como Encargado de Negocios *ad interim* de la República española, en 1936, que fue objeto de nuestro estudio especial.

Su mayor encanto radica en las descripciones, en las que Foxá encuentra, como siempre, materia para las evocaciones poéticas. Así, en sus primeras páginas, nos muestra desde el *Oriente exprés*, en el que viaja el protagonista, una bellísima Rumania con trineos y popes, iglesias con cúpulas de oro en forma de cebolla, búfalos azules, campesinos con gorras de piel de cordero y ocas blancas en las llanuras de Moldavia...

Otras veces, su penetrante poder descriptivo nos da una visión de París, que en nada se parece a la tarjeta postal de los malos novelistas: paseos del crepúsculo por la ribera del Sena entre los libros de viejo, «con portadas de damas encorsetadas, con camelias en el seno y barbudos vizcondes enchisterados con una pistola en la sién». Estamos literalmente viendo las novelitas de pastas amarillas que traían nuestros abuelos de un viaje a París. O como cuando penetra en los «bistros» a tomar caracoles, o en las carnicerías «chevalines» con su gran caballo dorado de hinchadas venas y adornada cruz de pasta, dentro de la gran herradura. Cabe preguntarse si no es ese resumen la mejor síntesis de París: ¡gastronomía y literatura!

La tercera descripción, más rápida, como si se contagiase de la velocidad del tren, es la de la llegada a Venecia: arrabales en los que se encharcaba el paisaje, lagunas barrosas con fango sonrosado entre los juncos, las barcas balanceándose cargadas de fruta en el agua sucia, las lagunas añiles y un entierro de góndolas.

El poder evocativo se apoya en las inesperadas metáforas, como cuando dice que las etiquetas de los hoteles, con palmeras y líneas azules de mar, de los grandes «palaces», eran como cicatrices amables de las maletas de cuero. O cuando encuentra que la madera taraceada del «sleeping» de Varsovia formaba una primavera cubista de rombos y triángulos.

Su barroquismo colorista, que encontraría el mejor pretexto en sus viajes por la América española, está presente en fragmentos como el siguiente: «montañas de frías rocas, encristaladas de hielo, con el bramido a la luz del alba de los grandes ciervos en celo, que enredaban sus

astas entre arbustos encendidos de rojas frutas silvestres». Es indudablemente muy bello, pero tal vez si prescindiese de algo, de algún adjetivo, de algún símil, la imagen cobraría robustez y simplicidad.

Las críticas que podemos hacer resultan, en cierto modo, gratuitas: se trata de una obra esbozada y han sido otras personas las que la han transcrito. Pero se advierten errores de concordancia gramatical y equivocaciones, como cuando al hablar de París se dice el Molino de la Gallette, en lugar de la Gallette, o cuando habla de Isidora Duncan, en vez de Isadora, o cuando al hablar del zar, confunde el título con el tratamiento.

Desde el punto de vista de la observación social, resulta curioso comprobar que el medio en el que tiene lugar la narración, esto es, el ambiente aristocrático y diplomático, en el que Foxá vivió toda su vida, se nos antoja en extremo artificioso. No en el sentido de la frivolidad artificial de esa esfera social, sino en el sentido de parecer descrita por alguien no familiarizado con ella. Es como si Foxá en vez de situar su narración en el segundo tercio del siglo XX, la hubiera colocado a fines del siglo anterior. Son las conversaciones, las que resultan falsas, afectadas y pasadas de moda, hasta el punto de parecernos diálogos de novelas de la Pardo-Bazán o de una obra de alta comedia finisecular de Benavente o Linares Rivas. Probablemente donde el tono de la obra cobra mayor verosimilitud costumbrista es en la cacería de venados en Bukovina, en la que toma parte la corte del Rey Carol.

Pero estamos enjuiciando el estilo, sin haber reseñado el argumento. Se trata, en primer lugar, de la salida del protagonista, Julio Vega, un diplomático español, del infierno marxista de Madrid. (Resulta estremecedora su descripción: «Duras manos callosas de anarquistas jugando con las águilas, los leones rampantes, las coronas. Madrid, en su noche del crimen, con cintura de muertos, apestoso a cadáveres, a monjas desenterradas, gasolina y sangre, ojos de talco —los «besugos» de los muchachos de Falange bajo los faroles de gas— desmesuradamente abiertos ante el infinito, saliendo de las órbitas».) Ha logrado convencer al gobierno de la República de su adhesión y lealtad, y provisto de «Cartas de gabinete», es destinado a Bucarest como Encargado de Negocios. Al llegar, se pone inmediatamente a las órdenes del conde de Molinos, ministro «faccioso» de Franco. En una palabra, es un calco autobiográfico de las peripecias de Foxá en Rumania, representando al gobierno de Valencia, pero en secreta convivencia con el marqués de Prat de Nantouillet. Peripecias de las que nos ocupamos ya al hablar de la carrera de Foxá.



La vida diplomática en Bucarest queda retratada en esas conversaciones sobre el escalafón o los asuntos de la carrera. («¿Dónde está Ramón Suárez? —En Río de Janeiro—. Me han dicho que es un gran puesto. Buen whisky y unas criollas estupendas...») O en esas bromas sobre la torpeza de un diplomático, cuyos telegramas cifrados resultaban verdaderas monstruosidades, teniendo la emoción y sorpresa de aquel documento, medio borrado por el mar, de los hijos del Capitán Grant, de Julio Verne, encontrado en el vientre de un tiburón en una botella, cuya interpretación les había hecho dar la vuelta al mundo porque no sabían si «goni» significaba agonía o Patagonia. Monstruosidades que resultaban mayores en el descifrado: «Ruego Vucencia gestione correajes Manchuria. Visado tránsito atunes. Florentino Guardacostas (!!).»

La ineptitud de Foxá para comprender las dificultades de las cuestiones comerciales que, a veces, rozaban tangencialmente sus tareas diplomáticas, y su falta de interés por aquellas cosas que le aburrían y que no entendía, quedan bien patentes en el fragmento en que le hablan de una operación de importación de medias cajas, en Fob, en puerto rumano, con descuentos y comisiones. El protagonista, que es el propio Foxá, para zafarse recurría al eterno pretexto de decir: «Muy interesante. Hágame usted un resumen escrito y envíemelo a Cancillería.»

En cuanto al fondo político de esta novela inconclusa, repetimos, forma un todo y una continuación, a su modo, de las páginas del *Madrid, de Corte a cheka*. La filiación ideológica de Julio Vega es clara: repudio de la demagogia y condena del vandalismo desalmado de los milicianos, fe en el Movimiento y admiración por la austeridad del gobierno de Burgos y por el heroísmo de las tropas nacionales. El protagonista, al pasar por Italia, siente envidia «de aquel país que tenía un noble César, un Papa y un Rey». Ante los vibrantes discursos del Duce, él, que salía de un caos anárquico de iglesias incendiadas, donde se perseguía el más leve resto de autoridad, se siente envidioso «de aquella vigorosa jerarquía, de aquel César que hablaba sobre un fondo de orden». (Recordemos que estas líneas están escritas en 1941.) La misma reacción siente respecto a los Guardias de Hierro de Codreanu, heroicos guerreros que más que el poder buscaban la regeneración moral de su pueblo frente a Rusia, «que acechaba en la estepa con su afilada segadora y su duro martillo».

La postura frente a los judíos rumanos, detentadores del dinero y adoradores de la democracia de Titulesco, es francamente hostil. ¿Qué diferente de la adoptada en sus artículos sobre los judíos de Bulgaria, recogidos en un *Mundo sin melodía!*

Desde el punto de vista espiritual, *Misión en Bucarest* marca, tal vez, con *Madrid, de Corte a cheka*, las dos temperaturas más altas en el termómetro moral de Foxá. El temple de Julio Vega, en quien hay fe y ética, se destaca en medio de una sociedad convencional, mundana, trivial. El protagonista tiene demasiada reciedumbre espiritual para caer en la trampa insidiosa de los «bailes, aventuras sentimentales, condecoraciones y presentaciones de credenciales». Está demasiado cargado del hondo sentido de patria para verse bastardeado por el cosmopolitismo. E igualmente adopta frente al amor una postura ilusionada, sincera, generosa. Cree, como un español más, en la blanca mística del matrimonio, en «llevarla vestida de blanco hasta el altar, entre sus padres y amigos».

\* \* \*

#### «El Príncipe Pablo.»

Se trata del arranque de un relato, acaso de una novela, situada en los Balcanes. La obra, seguramente, estaba pensada para desarrollar una historia romántica de factura sentimental y fondo de intrigas políticas. Entre los papeles dejados por Foxá al morir, aparecieron unas notas agrupadas bajo el título *Oriente exprés*. Son unas páginas escritas con anterioridad a 1937 y se resentían, precisamente, de falta de madurez literaria.

Se nota en esta narración que se trata de un esbozo. El estilo de Foxá aún no ha cristalizado. Son múltiples los fragmentos que recuerdan la influencia de otros autores, especialmente de Maurice de Kobra, al que se refiere el propio Foxá, consciente de la semejanza entre su relato y las típicas novelas de dicho autor francés. Tenemos en primer término al *Oriente exprés*, con sus lujosos «sleepings», en donde transcurrían la mayor parte de sus obras. Tenemos también los habituales personajes de la «Belle époque»: príncipes centroeuropeos, con lujosos automóviles «Hispanos» blasonados, que ofrecen cenas con caviar «Chez Prunier» a las actrices o bailarinas del Casino, argentinos engominados que fuman cigarrillos egipcios perfumados, y potentados americanos con pozos de petróleo, deseosos de disipar su aburrimiento puritano y anglosajón en los mil lugares de placer de París...

Hay además un prelude de adulterio entre el protagonista y una dama turca que viaja con su esposo en el mismo tren que el príncipe. Esto es, todo un idilio al estilo de las consabidas novelitas francesas de

comienzos de siglo. Pues lo que más resalta en la narración de Foxá que estamos comentando, es su ausencia de actualidad. Todo en ella suena a anacronismo. Tiene el aroma de lo pasado de moda. Su ambiente, su estilo literario, su leve trama novelesca están centrados en un mundo que nos parece alejadísimo del actual, como si nos separasen de él varios siglos, en lugar de varios lustros.

Tal vez la causa de esto estriba en el fondo de intrigas políticas en el imaginario reino balcánico. Intrigas y ambiente muy en la línea de *El águila de dos cabezas*.

*El Príncipe Pablo* resulta operetesco, de antes de la Gran Guerra, con sus uniformes con plumajes, cascos y entorchados. La ambición que le hace desear el trono a costa de sus sobrinos y primos, parece el argumento para una novela de adolescentes: «En el fondo turbio de la subconsciencia, Pablo recordaba la alegría mal disimulada de su madre Estefanía, cuando la difteria o la meningitis rondaba una de las cunas reales del palacio de Siret. Aquellas diminutas tumbas, blancas, con ángeles de mármol, diseminadas sobre el césped del viejo monasterio de Putna, eran otros tantos peldaños que le acercaban al trono...» ¡Se diría que estábamos leyendo un fragmento de *El prisionero de Zenda*!

También merece la pena reseñar que el arranque de *El Príncipe Pablo* es el mismo que luego Foxá utilizaría en su novela incompleta *Misión en Bucarest*. Hasta el punto de que utiliza las mismas palabras, las mismas sensaciones del protagonista en el coche-cama y los mismos recuerdos de un episodio amoroso con una trapecionista de París, que resulta el mismo personaje, salvo la diferencia de nombres (que en una es Ivonne y en otra Huguette). Asimismo, resultan idénticas las referencias al paso del Simplón y al paisaje que desfila ante los ojos del protagonista durante el viaje en el *Oriente exprés*.

En una palabra, nos encontramos ante una obra de autor incipiente, que no añade nada al prestigio literario de Foxá.

\* \* \*

#### «El Lobizón.»

Es un relato fantástico en torno a una leyenda antigua, según la cual en una familia, el hijo séptimo de siete hermanos varones, sin ninguna hembra, de un mismo matrimonio, se convierte en lobo.

Al igual que las historias de vampiros, las narraciones de personas que con la luna llena se «aloban» no son escasas. El tema viene recogido ya en *El satiricón*, de Petronio.

La tensión dramática de *El Lobizón* está perfectamente conseguida a lo largo de sus seis breves páginas.

Si tuviéramos que decir a qué escritores nos recuerda esta obra, mencionaríamos a dos bien diferentes: a Stevenson y a Valle-Inclán. Del primero tiene la intensidad que caracteriza al relato, no menos fabuloso, del *Doctor Jeckyl y Mister Hyde*. La metamorfosis de un ser normal en un monstruo de brutalidad animal, es la misma en las dos historias.

De Valle-Inclán nos recuerda una de sus comedias Bárbaras: *La cabeza del Bautista*, por su ambientación, sus presagios, las luces siniestras, el brillo de las desnudas navajas, la sensualidad de los protagonistas y el fondo de credulidad en supersticiones como la de la Luz Mala, llevada desde Galicia por los emigrantes a América. (Pues no es sino el trasplante de la Santa Campaña, que aparece tan frecuentemente en la obra valleinclanesca.)

Lo mejor del relato de Foxá es la descripción del medio en el que transcurre la acción. Se trata del ambiente de las tierras del Plata, que él tan bien conocía por sus destinos diplomáticos en Uruguay y Argentina. El paisaje, las costumbres y el léxico están fielmente reflejados en *El Lobizón*.

Para meternos en situación, Foxá nos relata la vida en los «boliches» y en las «tolderías»; utiliza asimismo las palabras típicas de los alimentos, como «las hachuras», o de la fauna y la flora, como «los cocuyos de luz», los «ñandúes» y el «ombú»; hace referencia a «los payadores» o saca a relucir (nunca mejor empleada la frase) a «los facones» heridores; recurre a metáforas extraídas del *Martín Fierro*, como cuando dice que sacó la navaja, «ya cortando», y describe el ritual del «mate» o las tradiciones de los indios charrúas o las reliquias que la sangre negra, el «candombe», ha dejado en los blancos uruguayos.

Foxá recurre a sus artículos periodísticos sobre temas del Plata, para injertarlos en esta narración. Así, vuelve a contarnos aquí las excursiones que él hacía por la costa de Uruguay en automóvil: las visitas en Punta Ballenas a la cueva marinera de los pescadores, que colocan pescados secos, plateados, colgados de las cañas, o al casino de Punta del Este, o a la Isla de Lobos, para llevar juguetes a los hijos del farero. Toda la descripción de esta isla, con sus gaviotas, su olor a salitre y a aceite de hígado de bacalao, sus miles de lobos marinos salvajemente sacrificados a palos para utilizar su piel y sus colmillos, forma parte de dos artículos recogidos en su libro *Por la otra orilla*.

\* \* \*

### «Santarán.»

Es otra narración o cuento en la que se relata la historia de un indio de la isla Juana, venido a España con Colón, presentado a los Reyes Católicos y muerto pobremente en Valladolid en un día de invierno de 1518.

En realidad aquel indio, llamado Guanabay, era uno de los primeros descubridores de Europa (aquéllos que fueron recibidos como séquito del Almirante en Barcelona). Trasplantado desde su tropical Cubanacán a la fría Castilla, su vida no fue sino una continua nostalgia. Sentía la llamada de la selva, de la manigua fresca y olorosa. Y murió en una posada, después de haber sido apadrinado por Fernando e Isabel.

*Santarán* es un pretexto para evocar con gran belleza y fidelidad histórica, de una parte, la vida en la España del siglo XVI y, de otra, la luminosa rapsodia de la América pre-colombina.

Foxá, apasionado por captar cuantas vibraciones podía en tierras hispanoamericanas, las iba amontonando para verterlas en sus artículos periodísticos y en sus narraciones, como la que ahora comentamos.

Esta obra tiene un sentido documental evidente. Una de las características que le presta mayor encanto es su cierto ingenuismo, que alcanza a niveles de gran altura lírica.

Hay, por otro lado, como una irrealidad de sueño que nos transporta a una visión idealizada de lo que debió ser la Conquista. Pero junto a eso, el realismo de la descripción del paisaje pone un contrapunto eficaz para no llevar lo onírico demasiado lejos.

Toda la narración está marcada por el sello inconfundible de las creaciones literarias de Foxá: colorido y poesía. Como cuando habla del invento de la hamaca y dice que era como una barca que navegaba por los aires entre las ramas bajas de las palmeras y de las ceibas. O cuando hace descender la palabra «huracán» del dios Furican de los indígenas o las enaguas de aquellas faldas ligeras de algodón que llamaban «naguas»...

Es curioso constatar que el tema y el estilo de este cuento de Foxá parecen haber servido de modelo para un poema en prosa, *El Dorado*, escrito por el autor de esta Memoria, y que fue publicado, con otros poemas igualmente en prosa, en un libro titulado *La torre y el cañaveral*, el año 1953. Confesamos que no leímos hasta muchísimos años después el cuento de Foxá y que la semejanza puede que nazca de nuestra admiración por la obra de Foxá y de la familiaridad con su estilo.

\* \* \*

### «Hans y los insectos.»

Modestamente aventuramos que tal vez sea *Hans y los insectos* la mejor narración o cuento de Foxá.

Recordamos la impresión que nos produjo, hace ya muchos años, al leerla en un *ABC* dominical.

El tema es la misteriosa muerte de un sabio extranjero, un ingeniero forestal sueco, contratado por el gobierno español para combatir una verdadera plaga de hormigas que invadían los cultivos. El misterio comienza al descubrirse una puerta secreta que conduce a una extraña habitación llena de complicadas emisoras e infinidad de lucecillas, teletipos y una biblioteca enteramente dedicada a la vida de los insectos.

Con erudición, Foxá nos habla de las investigaciones del jesuita Wasmann, «verdadero Homero» de la triste Iliada de las hormigas, de las investigaciones del prodigioso Maeterlinck sobre las abejas y del fichero con frases y descripciones sobre los insectos desde Salomón y los Padres del Desierto hasta las áridas páginas de Ariaum. Pero cuando el misterio comienza de verdad, es cuando se descubre el Diario de Hans.

Como en una barroca alegoría, penetramos en la Historia Universal de los insectos. Una Historia paralela a la de la Humanidad es la que se desarrolla ante el asombrado lector. El universo triste, ennegrecido, casi medieval de las hormigas, con sus comunicaciones telegráficas de antenas, en el que penetra Hans, se nos desvela mágicamente y nos habla de la inteligencia de esos diminutos seres, no a través del Diario, sino de los propios anales de los historiadores hormigas.

Luego, pasamos al mundo más alegre y perfumado de las abejas, contado por los poetas greco-latinos. Hans también ha comunicado, gracias a su misteriosa emisora, con las doradas colmenas. Por ella nos enteramos de sus dinastías, sus invasiones, sus alianzas y sus guerras, sus destronamientos, sus progresos culturales y sus retrocesos, sus ambiciones y sus vilezas, sus períodos oscuros de barbarie y sus siglos áureos con sus poetas y filósofos, sus artistas y sus matemáticos, sus héroes y sus traidores... Las rebeliones y levantamientos parecen calcados de las intrigas y conspiraciones de serrallo en el Imperio Otomano. El feudalismo de los insectos recuerda a la Edad Media. El posterior absolutismo es idéntico al de los monarcas de la vieja Europa. El más sofocante comunismo es conocido desde hace millones de años por los ortópteros. ¡Y las guerras entre los termes y las hormigas dejan chicas a las Guerras Púnicas!

La narración cobra verdaderos acentos dramáticos al describir la re-

belión de las abejas, una matanza tan implacablemente sangrienta como las hecatombes humanas. Y posteriormente, el lector asiste al alucinante «crescendo» del avance de los termes, que hacen que el interés aumente, al hacerse el clima más denso, más enrarecido, preludiando la gran tragedia: el enfrentamiento del protagonista con la avalancha de millones de termes rabiosos contra él, por haber osado penetrar en su mundo. El Diario de Hans, que al comienzo revelaba su soberbia y su ambición de poder sobre los insectos, se torna patético por el desaliento ante esa marea incontenible, que termina ahogándole.

Este cuento de Foxá está en la línea de los grandes escritores imaginativos y utópicos. Hay veces que resuenan en sus páginas los acentos de *La guerra de las salamandras*, de Karel Kapek. Otras, se aproxima a las novelas futuristas de Ray Bradbury. Y también cabe mencionar los puntos de semejanza con las obras de crítica social de Huxley y de Orwell.

Es la Humanidad la que, encubiertamente bajo el ropaje del mito, sirve para la observación del escritor que pone al descubierto sus ensangrentadas entrañas, sus claudicaciones, sus bajezas y cobardías, su odio y su vanidad.

Desde el punto de vista del interés del lector, *Hans y los insectos* se lee de un tirón.

El antagonismo, típico en la obra de Foxá, entre la cultura española y católica, y la anglosajona, protestante, nacido del contacto del escritor con los países extranjeros, se acusa en esta obra, con mayor virulencia aún que en sus artículos o micro-ensayos.

Dicho antagonismo está creado por la antítesis entre los aceitunados celtíberos del pueblo y el sonrosado sueco protestante, que es Hans; entre la asepsia y confort de los estudiantes de Upsala, descrito al hablar de la juventud del protagonista, y la sordidez despreocupada de los bares con billares, tertulias y pianolas de la calle de San Bernardo; entre las rubias muchachas de largas piernas de las excursiones en balandro por los mares nórdicos y las tres señoritas del lugar, encastilladas en su soltería y en los altivos motes de sus escudos heráldicos; entre el mundo que ha suprimido la noción del pecado y ese otro universo español de los pueblos, representado por los cuadros en que se ven las Animas rodeadas de lenguas de fuego. El universo, en fin, obsesionado por el pecado y, sobre todo, por el castigo, por la expiación.

Para terminar el juicio sobre este cuento, digamos que nos parece, sin duda, el más perfecto y acabado de los de Foxá.

\* \* \*

#### «Viaje a los efímeros.»

Se alinea con *Hans y los insectos* en la literatura alegórica. El mito sobre el que se apoya Foxá es aquí el Tiempo. Los ingleses calificarían esta narración de «extravaganza», utilizando la palabra italiana, no en el sentido de excentricidad, sino en el de fábula o fantasía más desbordada.

La narración *Viaje a los efímeros* nos produce la impresión de ser un extraño sueño. Impresión que es acentuada por la ausencia de asombro de los protagonistas ante lo que les acaece, lo mismo que nos ocurre en las aventuras oníricas.

Decíamos que este cuento recurre a la alegoría porque nos da la visión de la vida bajo la forma de un misterioso viaje. Las alegorías pueden ser desde un opaco mecanismo o truco hasta una gran obra viviente de imaginación. Esta narración de Foxá pertenece a la segunda categoría. Su historia, aparte de su significado espiritual, es al mismo tiempo una historia que pudiera ser real, con arreglo a los últimos descubrimientos de la teoría de la relatividad.

Foxá ve los defectos y las lacras de la Historia, pero más que la ironía, en esta obra muestra un generoso deseo de reforma.

Por otro lado, hemos de consignar que a pesar de la utilización alegórica, Foxá no resulta en manera alguna oscuro. Sus puntos de vista son transparentes en su claridad no por retórica, sino por precisión verbal.

Pero, hablemos del tema. El argumento es el conflicto humano de adaptación, que surge al arribar dos naufragos de un avión a un extraño país que se denomina «Efímera». País en el que el valor «Tiempo» no corresponde al concepto que tenemos en la tierra: los árboles se entregan a una mutación frenética: se cubren de hojas, amarillean inmediatamente, languidecen, se despojan melancólicamente de sus hojas doradas, se quedan unos segundos desnudos, tiritando y, luego, vuelven a empezar; a cubrirse de hojas, etc., etc. Lo mismo ocurre con la loca rotación de las estaciones.

El tiempo es allí diferente y, por ello, los dos protagonistas son espectadores del alucinante proceso y progreso de la Historia, que se desarrolla como en una película atropellada, de las primeras del cine mudo. La Edad Media (con sus monjes copistas miniando las iniciales de sus códices, que también aparecen en los versos de Foxá) resulta fugaz. Igual que el opulento y vital Renacimiento, etc., etc. Los protagonistas, que no están sometidos a la inexorable ley de aquel tiempo, les parecen a

los habitantes de Efímera, como si fueran despiertas Bellas del Bosque, dotadas de una increíble longevidad.

Los hitos cronológicos de Efímera están tomados por Foxá de la Historia de España y de Francia. Y en la sucesión de dinastías, recuerda el proceso descrito en *Hans y los insectos*.

Las pinceladas descriptivas de Foxá están inspiradas en el Arte: la época medieval está sacada de los bellos tapices borgoñones y flamencos, de los manuscritos iluminados, de *Las muy ricas horas del Duque de Berry*. La época que corresponde a nuestros siglos XVI y XVII, aparece descrita como un opulento bodegón holandés o como una sensual tela veneciana. El siglo XVIII, por los grabados satíricos de los panfletos ridiculizando las extravagancias de la moda dieciochesca.

La visión de las mudanzas políticas revela desencanto y pesimismo. Lo vemos al hablar del regicidio, de las revoluciones, de la democracia, de las conspiraciones, del comunismo.

La Religión y la Filosofía están fundadas, paradójicamente, en la adoración y brevedad del Tiempo, que es en realidad el protagonista de la obra. Foxá intuye lo que John Hodgdon Bradley ha escrito en su *Autobiografía de la Tierra*. En ella, demuestra que «todo lo que vemos hoy era diferente ayer y será diferente mañana: las montañas, los ríos, los bosques y los animales han experimentado cambios tan extraordinarios... como los que están destinados a experimentar en el futuro; mejor dicho, como los que están experimentando ahora mismo imperceptiblemente».

Desde Heráclito a Bradley, pasando por Darwin y Julián Huxley, la historia no es sino la extensión de un proceso general de cambio, el cual funciona por medio de un mecanismo automático general. Proteo era el dios marino de los griegos que personificaba ese cambio ininterumpido, esa transformación constante.

Desde el biólogo Jean Rostand hasta el comediógrafo británico J. B. Priestley (en sus ingeniosas y brillantes obras teatrales), los intelectuales viven preocupados por las teorías del tiempo. El mecanismo de la memoria, como reflejo del paso del tiempo, es parte esencial en la obra de Bergson, y aún más, en la de Marcel Proust, el novelista que transformó la literatura del siglo XX.

En filosofía y matemáticas, desde Einstein hasta Dunne y Ouspenski, el Tiempo ocupa el puesto de honor para las especulaciones científicas.

Foxá lo elige sobre todo para enfrentar a dos seres en la palestra del amor. Catalina y el narrador se aman en Efímera. Ella recuerda a las otras protagonistas de sus artículos periodísticos: cabellera rubia, dien-

tes de anuncio, figura de modelo de revista con papel «couché». El es el propio Foxá. Catalina es algo frívola: la interesan más las modas que los espeluznantes acontecimientos históricos, se enamora de otro hombre y abandona al narrador. Y, sobre todo, desea volver a su patria, o mejor dicho, a su tiempo, para evitar que la surjan arrugas o canas, impidiendo con ello que el narrador pueda ver los acontecimientos del siglo XXI.

Como vemos, tanto el tema como la forma de narrarlo son originales. Nos recuerda, sin embargo, a aquella famosa película, hoy ya clásica, *Horizontes perdidos*, con la diferencia de que aquel paraíso de perpetua juventud que era Shangri-la, en las alturas del Tíbet, es aquí exactamente lo contrario: Efímera.

La huella de los viajes de Foxá la encontramos tanto en sus descripciones tropicales como en los personajes que perecen en el accidente de avión: búlgaros, yanquis, sudamericanos. Y la poesía, el aliento lírico, en cada una de las páginas de este emocionado *Ars moriendi*.

\* \* \*

#### «Olor a cera.»

Esta narración o cuento largo apareció publicado en las columnas de huecograbado de *ABC* durante varios domingos consecutivos. Recuerdo haberlo leído, hace ya bastantes años, así como recuerdo los dibujos esquemáticos, breves, como difuminados, que lo ilustraban.

Se trata de una historia centrada en el mundo de los toros, ese mundo aparte, como el del teatro o el circo, Foxá, por su inmensa y genuina afición a los toros, no se contentaba meramente con ser un espectador de la fiesta. Frecuentaba los colmados donde se reunían los diestros, sus apoderados, mozos de espadas y toda esa corte de admiradores y clientes, que rodean a los toreros y les siguen a todas partes. Le gustaba comentar las faenas con los entendidos. Era amigo de los más famosos espadas y, como asiduo espectador de los ruedos, su figura archi-conocida, su habano humeante, ponían una nota típica en las grandes corridas de Madrid, Sevilla, Lima o Méjico. Desde la barrera seguía las incidencias con sumo interés, grabándose en su retina los mejores pases, que luego recogería en sus artículos, y, sobre todo, en este cuento que intentamos comentar ahora. A veces, su rapidez y su ingenio le inducían a apostillar con una frase magistral o un sarcasmo definitivo tal o cual movimiento del torero.

Todo lo dicho anteriormente explica el conocimiento de causa, con el

que escribió *Olor a cera*. Sus recuerdos de aficionado empedernido y su trato humano con el mundillo de la tauromaquia están recogidos aquí de forma maestra. Es, pues, una narración en la que vemos el ambiente de los toros «entre bastidores», desde dentro.

La historia narra los extraños presentimientos de un banderillero, «El Avellano», que adivina cuándo un torero va a morir en el ruedo, por un sobrenatural olor a cera derretida, mortuoria, de enfermería y capilla ardiente, con flores marchitas. Es decir, que está dotado de un poder de presciencia, que se convierte en su pesadilla y obsesión. Pues, ¿no es el mayor bien otorgado a los seres humanos el que consiste en ignorar el momento en que nos va a tocar abandonar este mundo? Ese momento que representa el final siempre trágico de la Vida, que está perdida de antemano...

La narración fluctúa entre esos dos polos: el estallido de vitalidad y pujanza de la fiesta taurina y las siniestras premoniciones que anuncian la muerte. Se trata, pues, del sol y sombra, del haz y envés del toreo, con la presencia, casi táctil, de ese temblor mágico que se desprende de los círculos de arena.

El estilo literario del lenguaje es de un realismo feroz, en cuanto describe con increíble crudeza las cogidas, el miedo, el aspecto sangriento de las corridas. La parte en que describe Foxá el desollamiento de un toro recién lidiado, es formidable; pero tan impresionante que da la sensación de que el autor se regodea en la masa, aún palpitante, de entrañas y barro sanguinolento de la res. El aire lívido que imprime a la escena recuerda los descarnados cuadros de Solana o las más tremendas descripciones de Malaparte.

El dramatismo de la cogida de Joselito y de la muerte de Granero quedarán como dos de los fragmentos más conseguidos dentro de la obra de Foxá. El hálito helado de las corazonadas y presagios encogen al lector, como en los cuentos de terror de Poe o de Walter De la Mare.

Foxá juega con el miedo a la muerte (que a él le crucificaba) como si se tratase de una simple broma. De la misma manera que el torero parece jugar con la bestia, en el elegante «ballet» trágico que es una corrida. Pero a veces se nota que el escritor se pone serio y que hasta envidia al toro, porque ignora esa palabra aterradora que es la muerte, para olvidar la cual, según él, «los hombres nos hemos visto obligados a inventar la Cultura». Y su obsesión le lleva no sólo a describir la agonía del ser humano, sino a penetrar en los detalles de la muerte del astado o de los famélicos caballos, que al ser despanzurrados, adornan con sus intestinos los cuernos del toro, como si se tratase de unos barro-

cos y verdes candelabros. El escalofrío de la muerte lo hace llegar al lector, cuando describe el revelado póstumo, en «Kaulak», de una fotografía de Granero, tomada poco antes de la cogida. «Cuando el clisé negativo, después de navegar en misteriosos líquidos, en la cámara iluminada por una bombilla roja, fue revelado, resultó como un acto de espiritismo, porque se recobraban una imagen y una sonrisa que estaban definitivamente bajo el polvo.»

Desde otro punto de vista, Foxá alcanza un gran verismo al describir la impresión que la muerte de Joselito produjo en Madrid. La sorpresa en los colmados de la calle de Arlabán, en los camerinos perfumados de los teatros con revistas de Juan José Cadenas, en los toreros Sánchez Mejías y «El Gallo», y en los lectores del artículo del Caballero Audaz en *La Esfera*...

Hay partes del cuento que están literalmente tomadas de sus artículos sobre los toros en Méjico o Lima (como el de la plaza de Hacho). Y hay anécdotas de la narración, que las presta el autor al torero imaginario «El Marismeño» y que pertenecen al repertorio de sucedidos de Manolete, gran amigo de Foxá. En realidad, la figura de «El Marismeño» está totalmente inspirada en Manolete, pero adornada con una prestancia física y un aire donjuanesco que éste no tenía en la vida real y que están calcados de Cagancho.

También está tomada de sus crónicas, desde Perú, la descripción de las «huacas» cuzqueñas, con sus momias en cuclillas, dentro. Y lo mismo ocurre cuando describe las verónicas «como dos minutos en los que la capa se abre como una rosa», y el muleteo «como un deshojarse de pétalos», y la sangre en la arena dorada «como un lacre derretido».

El cuento termina cuando «El Avellano» vuelve a oler a cera y a presentir la muerte al volver a España, «tierra demasiado mágica, por vieja, llena de avisos, corazonadas y advertencias». Pero esa vez, había olido su propia muerte.

## CAPITULO VII

### Artículos.

- a) *Un mundo sin melodía.*
- b) *Por la otra orilla.*

Es probable que como poeta en verso Foxá no alcanzó esas cimas a las que llegaron sus contemporáneos Juan Ramón, los Machado, Lorca y Salinas. Tal vez como autor teatral le faltó madurez y esa técnica que llaman «carpintería dramática». Y fue una verdadera lástima que como novelista careciese de tiempo y sosiego para perseverar y coronar así su indiscutible talento para narrar una historia. Ahora bien, como articulista, podemos decir rotundamente y sin miedo a caer en el énfasis o en el apasionamiento admirativo, que llegó a esa difícil perfección que se conoce con el nombre de maestría. Foxá, que odiaba todo lo que oliese a pedagogía y a pontificado literario, fue, sin proponérselo, uno de los mayores maestros del género. Género literario que mejor le iba a su exuberancia y a su prisa, sus crónicas de viajes pueden compararse con los mejores artículos de los escritores de su generación.

Según González Ruano en sus «Memorias», el artículo o la crónica fue el auténtico género literario propicio y característico de la generación de Foxá (que era también la suya), y dentro de ella, los mejores representantes del género fueron: Sánchez Mazas, Mourlane Michelena, Eugenio Montes y Foxá.

Los artículos de Sánchez Mazas eran magníficos, pero escasos. La vida atropellada de Mourlane Michelena hacía que se disipase como gran escritor. Los artículos de Montes, más sólidos que los de Ruano, eran también más barrocos, más para lectores intelectuales, mientras que los de este último estaban tocados por la invención poética, la amenidad y una especie de nostalgia que cautivaba a un numeroso público. Habría que mencionar también entre estos grandes prosistas, «escritores en periódico», a Víctor de la Serna. Con todos los autores mencionados, la literatura bajó al periódico, por necesidad económica y, por consiguiente,

hizo subir al periódico al rango de literatura. Por otro lado, se daba otro fenómeno de tipo social que ayudaría a dar prestigio a los artículos: la generación que antes se mencionó estaba formada por un grupo de jóvenes universitarios que procedían de familias conocidas. No eran ya «los chicos de la Prensa, esos a los que daban los ministros un puro y que llamaban a Romanones, señor Conde».

¿Qué elementos, qué mágicas fórmulas utilizó Foxá para crear sus inimitables poemas periodísticos? Naturalmente, la síntesis resulta en extremo difícil. Intentemos, sin embargo, resumir los puntos cardinales que a nuestro modesto juicio le sirvieron de bastidor para tejer su tapiz.

En primer lugar, hay que mencionar su retina extraordinariamente fina y penetrante para enfocar lo sorprendente, lo bello, lo distinto, para apoderarse portentosamente de la dinamita y preciosa almendra de un conjunto heterogéneo, con un mero vistazo. Algo semejante le ocurría a Blasco Ibáñez, que en su *Vuelta al mundo de un novelista* nos deja boquiabiertos por su increíble facilidad para «ver» y «hacernos ver» esas cosas fundamentales que, sin embargo, nos pasan desapercibidas al estar rodeadas de un conjunto abigarrado. Hasta el punto de que con su libro damos la vuelta al mundo mucho mejor que recorriendo personalmente los exóticos lugares por él descritos.

En segundo lugar, su vasta cultura geográfica, toponímica, histórica, artística, etnográfica y literaria para relacionar, comparar, recordar. También hemos de subrayar aquí su curiosidad no sólo por la Historia, con mayúscula, sino por la pequeña historia, por esa parcela que tan bien han cultivado los franceses. El propio Foxá escribió una vez: «Yo aprendí de mi padre la afición a seguir a los personajes históricos después de que el gran foco ha dejado de iluminarles».

En tercer lugar, mencionemos su inimitable habilidad para revestir todo lo que veía y todo lo que recordaba con el ropaje fastuoso y deslumbrante de sus metáforas joyantes, de sus tropos insólitos.

Y, finalmente, su sensibilidad super-poética, para transmutar exquisita y refinadamente, incluso lo más prosaico o trivial, en preciosa sustancia de belleza. Foxá es poeta cuando escribe versos, pero lo es igualmente cuando escribe una novela, una obra de teatro, un cuento, una conferencia o un artículo.

Gracias a esos elementos, y combinándolos sabiamente, como si se tratase de una receta de alquimia, surgían sus artículos, verdaderos poemas en prosa, pero también auténticos ensayos en miniatura, que durante cerca de veinte años aparecieron en las columnas de la tercera página del *ABC* y de los periódicos más importantes de Buenos Aires (en *La*

*Nación* y *La Prensa*), de La Habana (en *El Diario de la Marina*), Lima o Bogotá.

Foxá, contó a Marino Gómez-Santos sus primeros contactos con *ABC*. Se remontaba a 1930. Se presentó, recién ingresado en la Carrera Diplomática, en el despacho de Juan Ignacio Luca de Tena y le dijo: «Voy a Bucarest y quiero escribir.» El le contestó: «Mande usted sus artículos; si son buenos, se publicarán.» A partir de entonces no abandonó sus colaboraciones en *ABC*. Su agradecimiento era grande. A pesar de las ventajosas ofertas que recibió por parte de *La Vanguardia*, jamás quiso desertar del periódico que le había lanzado como periodista de altísimo rango.

Su juicio sobre el periodista era que éste debe nacer y morir todos los días y hacer perenne lo efímero, convertir una noticia telegráfica en algo que quede, en una maravillosa hazaña. Personalmente, creía que si había aportado algo a la literatura, era por haber llevado la poesía al periodismo.

Sostenía que los periodistas debían ser cultos y poseer los mayores conocimientos posibles, pero irónicamente se mofaba de los centros que pretendían hacer buenos periodistas. Decía que con ese criterio podrían convocarse oposiciones a poetas o fomentar escuelas de ingenieros de dramaturgia o subvencionar becarios en sonetos. El arte, según él, «se diferencia de lo científico en que es un don. Es lo contrario de la máquina. Está más cerca de la varita del hada, del regalo. Es otorgado sin saber por qué. En la familia más inconcebible, rodeado de hermanos grises o de parientes vulgares, puede darse. Es bello, porque es caprichoso».

Los artículos de Foxá, según frase emocionada de un lector admirador suyo, nos ayudaban a encontrar la vida más llevadera, menos incolora y monótona.

Foxá utilizaba como materiales los paisajes evocadores, las antiguas costumbres, las extrañas tradiciones y ritos, los fenómenos geográficos o las rarezas étnicas, los milagros de las ciencias naturales, las curiosidades arqueológicas, las vistosas indumentarias, para poder ofrecernos una variopinta visión que deslumbraba al lector, como si extendiese ante sus ojos una colgadura bordada con el gayo plumaje de las aves del trópico. (El exotismo modernista se hizo periodístico en la punta de su pluma, escribió Pablo Corbalán. Y Joaquín de Entrambasaguas subrayó que en sus artículos, los temas llegaban al perfecto tratamiento, no sólo por sus juicios, imágenes y metáforas, sino por cada palabra misma, que en él adquiría un relieve semántico insospechado.)



Y sin embargo, nuestra admiración profunda no nos impide ver el peligro que acechaba en sus artículos. Nos referimos al virtuosismo en el que Foxá caía a veces. Su facilidad literaria, su barroquismo, eran la causa de que cayese, alguna que otra vez en lo excesivo, en el vértigo del caleidoscopio, llegando a producir con sus racimos de anécdotas, con su atropellamiento de imágenes y su borrachera de colores, la sensación de una prosa en exceso recamada, a punto de fatigar al lector, lo mismo que ocurría con la superabundancia descriptiva de las charlas de García Sanohiz.

Por eso, sus mejores artículos son aquellos en los que frena su fertilidad, en los que pone como un sutil filtro a su desbordado cromatismo. Y es entonces cuando obtiene sus más logrados resultados, trémulos de poesía y de encanto.

Finalmente, debemos destacar el españolismo que late siempre en sus artículos. Se ha dicho de Foxá que (al igual que Unamuno) llevaba la casa a cuestas, como un itinerante caracol hispano. Su entusiasmo por el glorioso pasado patrio tal vez fuera la causa de ese velo de nostalgia y melancolía que se desprende casi siempre de sus crónicas desde lejanas latitudes. Y, desde luego, provoca su irrefrenable antagonismo frente a lo no hispánico y, sobre todo, frente a lo anglosajón, que para él es sinónimo de pragmatismo, protestantismo, materialismo, laicismo, maquinismo y ausencia de transcendencia. Si nos fijamos bien, a pesar de la aparente diversidad de temas que Foxá utiliza en sus artículos, veremos que existen unos cuantos que se repiten con insistencia. El escenario puede que cambie y los protagonistas también, pero hay unas constantes:

- el odio al imperio de la maquinaria, de lo mecánico;
- el escepticismo ante el progreso científico;
- la oscilación entre el dejarse arrebatar por la sensualidad o el entregarse a la pura meditación;
- la tentación de caer ora en el entusiasmo, ora en la desesperanza;
- la atracción irresistible hacia las zonas donde aletean el misterio y lo irracional;
- la obsesión de la muerte;
- la nostalgia siempre presente por su niñez perdida, por el pasado histórico;
- la desconfianza hacia lo racional y deductivo;
- la consiguiente exaltación de lo pasional e intuitivo;
- el ansia insaciable de poesía;

el odio hacia la prensa, a quien acusa de ser el vehículo para hacer triunfar la consigna de nuestro siglo. Esa consigna «que consiste en ir desilusionándonos de todo hasta lograr que nuestra época se vaya quedando seca y marchita de sueños»...

Foxá siente tristeza por la vida mediocre del hombre de la ciudad; por el oficinista que teclea en el piano tedioso de las máquinas de escribir; por el mundo siniestro de los archivos —que son los nichos de los objetos—; por la Gramática sin poesía de la taquigrafía y las escrituras de hipoteca, que según él, son lo más opuesto a un bosque en primavera. Y consigue aportar en sus escritos un poco de aire fresco, un toque de fantasía, para colorear la grisura del tropel humano que se desborda por la ciudad a la salida del metro o del estadio. Bien pensado, rectificamos, no es un poco de aire fresco, es una bocanada tonificante la que penetra con sus mundos fabulosos de minerales y fósiles, girasoles y bisontes rosados al amanecer, aromas a café, tabaco y flores de las Antillas, deslumbrantes mármoles de Roma, templos ortodoxos, mares como el del golfo de Nápoles, que abre su curva con la gracia elegante del abanico o aquellos naturales de Manolete, que eran «como pétalos de rosas que se quedaban en el aire»...

\* \* \*

Al no poder abarcar toda la inmensa obra periodística de Foxá, nos limitaremos a estudiar los artículos recogidos en dos libros: *Un mundo sin melodía* y *Por la otra orilla*.

#### A) «Un mundo sin melodía».

La editorial «Prensa Española», tan ligada siempre a Foxá por sus asiduas colaboraciones en *ABC*, así como por la entrañable amistad entre la familia Luca de Tena y nuestro autor, publica en 1949 un conjunto de artículos suyos. Al título que encabeza estas líneas se añade, como calificándolo, este otro: *Notas de un viajero sentimental*. Se podía haber añadido la palabra «nostálgico», pues siempre está presente en estos artículos el velo sutil y delicado que hace añorar el pasado y dolerse del presente. Un presente demasiado brutal y deshumanizado, demasiado materialista y opaco, para un alma poética como la de Agustín de Foxá.

Mas antes de pasar al estudio de los artículos en cuestión, cedamos la palabra al gran escritor Luis Calvo, que prologó el libro con frases

dignas de ser transcritas. «Agustín de Foxá, que ha cantado con versos estelares y metáforas voraces el sensualismo del Renacimiento y es «lui mème», un renuevo católico, incontinente y ardoroso de aquella época de codicias, mutaciones y encrucijadas enigmáticas de la cultura europea, entró en el palenque del periodismo por la puerta de marfil de la poesía y en seguida lo inundó de frescos haces de luz. Trajo al arte periodístico de narrar y de glosar un nuevo cosquilleo de metáforas, un cabrilleo estremecido de imágenes, que se apresuraban y atropellaban como las olas del mar sobre la superficie engañosa del «hecho que pasa». El «hecho que pasa» (fetiche de los periodistas), al pasar por la retina de Foxá se descomponía y abigarraba en sensaciones y un Minotauro del Renacimiento restallaba, al fondo, los cascabeles desenfrenados de su risa... Foxá, como Paul Morand, contaba lo que veía, contaba con arte homérico, es decir, minucioso, exacto, sucesivo, arte periodístico y, luego, dejándose llevar de sus ideas y sensaciones, se bañaba en una orgía oriental de colores y quimeras».

Luis Calvo encuentra que la raíz y el nervio motor de todos los escritos contenidos en este libro es la rebelión de Foxá, como español y católico, «contra la asepsia y uniformidad del mundo de nuestros días, contra los prodigios de la máquina, contra el hombre que se «despoja de sus ojos, de sus oídos, de sus brazos y de su inteligencia para cederlos a la máquina», contra el bárbaro exterminio de los cuentos de hadas, sacrificados también, como la poesía, como los perfumes, como las mujeres y las oraciones, al Moloch del maquinismo».

\* \* \*

El libro comienza con los artículos desde Finlandia. El titulado *Motivos sobre el frío*, trata de la descripción del invierno finlandés. Para un pagano, adorador del sol, como Foxá, todo allí le parece yerto, o cuando menos, estremecido. El sol finlandés es un globo sin gas que da una breve vuelta de oro en torno a la ciudad, sin trepar nunca al centro del cielo, para ocultarse poco después. El mar se ha helado y ha visto el cadáver inmovil de las olas macizas, verdes de vidrio botella, con grietas, nevadas. Y se rebela contra la putrefacción que sigue a todo lo que muere, y en este caso, al mar: «cuerdas, cascotes de botella, piedras, trapos sobre su lomo tan limpio y tan intacto cuando el mar era libre y saltaba como un potro sin silla». El mar pétreo, como ya no puede ahogar, deja de inspirar respeto y los muchachos patinan, juegan sobre él o lo recorren en bicicleta. Foxá observa los zorros de plata que se enroscan

al cuello de las mujeres, con sus ojos de cristal y sus lenguas de pasta roja. Describe la estatua más boreal que ha visto: una muchacha desnuda rodeada de cuatro focas de bronce. El frío, a veinte grados bajo cero, se convierte en dolor, «es un golpe y las orejas parecen llenas de hormigas».

Foxá, obsesionado siempre por la muerte y el más allá, constata que en el infierno de los nórdicos las rojas llamas de nuestros cuadros de Animas son sustituidos por bancos de hielo para dar la sensación del horror. Pues «en este frío, un lugar dorado de llamas alegres darían la sensación del Paraíso».

En *Huellas de Ganivet*, Foxá narra una visita a la octogenaria señorita Röunberg, que fue la última contertulia de las veladas invernales de Angel Ganivet en Finlandia. Evoca su llegada a Helsingfors, cuando puso en el balcón el escudo del «Consulado de España» junto al asta de la bandera («la nieve oxidaba sus leones y castillos»). Al hablar Ganivet a la señorita Röunberg de Séneca, de los árabes, de Santa Teresa, le manifestaba su tristeza por una España contemporánea carente de ideales y de conflictos espirituales. Otras veces exponía sus reservas de andaluz profundo frente a los inventos y al positivismo. Reservas que plasmaría en su *Idearium*.

Foxá enlaza en este artículo el deseo de Ganivet de una restauración espiritual de nuestra patria, con la España entusiasta y fecunda de ideales, surgida tras la guerra civil. Y aquel deseo del granadino de un pueblo con gloria, con el gesto heroico de 20.000 jóvenes españoles de la División Azul, dispuestos a morir por su fe y a llevar a la práctica aquella hermosa sentencia de José Antonio, según la cual «la línea más corta entre dos puntos pasa por las estrellas».

En *El Kalevala, gran epopeya del Norte*, «hace Foxá una breve pero deslumbrante síntesis de lo que representan los 22.800 versos del gran poema nórdico, versos que, como gotas de resina, fueron recogidos por tierras de la Finlandia pagana, de Laponia, de la Carelia oriental, por Elías Lönnroth, que los publicó en 1835. Es un mundo mágico el que describe, poblado de filtros y encantamientos, de refranes y consejas, de viejas fórmulas milenarias para encantar a los perros y para unir las venas, de historias de amor, de odio y de venganza en el bellísimo escenario brumoso y vago de los bosques de Finlandia, envueltos en la niebla de sus 60.000 lagos.

La fermentación poética y primitiva de *El Kalevala* crea enanos del polvo, árboles que hablan y una vasta zoología (casi heráldica) de renos blancos y armiños, de osos y cisnes, ardillas y zorros, todo ello esmaltado

de saluciones y ensalmos, adivinanzas y metáforas exquisitas, que enamoran al poeta español deslumbrado por el poema nórdico de la lucha por la felicidad.

En *Las oscuras golondrinas en Helsinki* el tema es la vida apasionada y brillante de un Gustavo Bécker finlandés, contemporáneo de su homónimo español. Foxá traza con certera y colorista pincelada los cuadros que componen su fabulosa vida: la corte pomposa y valleinclanesca de Isabel II, la litografía heroica de la campaña de Prim en Marruecos, la corte imperial de Méjico en la que «Carlota toca el piano entre las palmeras y Maximiliano bebe refrescos, desmayado en Cuernavaca»; la lucha contra Juárez («aceitunado Robespierre tropical») que hace prisionero a Bécker, «herido bajo el sol, entre las pitas y los lagartos»; sus estancias en la Roma papal al servicio de Pío IX y en Egipto al del Kedive, hasta, finalmente, su vuelta a la España de la Regente (vestida de luto, apasionada por las violetas), que le recibe en su salón de sedas amarillas y musicales relojes y le pide haga llegar a un músico nórdico su encargo de una melodía para los versos de la rima más conocida del Bécker sevillano, a unas golondrinas del sur.

En *El domingo de los dioses* Foxá toma como pretexto la decadencia y desaparición de las deidades paganas por obra y gracia del cristianismo. Su faceta sensual añora los tiempos del Olimpo triunfante, de las iniciaciones y los ritos, de las saturnales y del desnudo, que muere con la caída de los dioses, salvándose únicamente en los santos torturados («porque el dolor da castidad a la hermosura») y «verdaderos viñedos de pudor suben a la cintura de las estatuas») o bien tocados con un nimbo áureo para poder aparecer en los cuadros renacentistas católicos. Según él, los dioses greco-latinos se refugiaron en la Selva Negra: el Walhalla es el Olimpo, Wotan sustituye a Júpiter y las Walkirias a las amazonas de seno impar.

Termina la evocación pagana con la descripción de la radiante fiesta en honor de la primavera, celebrada en Helsinki. Es el estallido del deshielo y la muerte del invierno.

La etapa finlandesa de *Un mundo sin melodía* acaba con la narración titulada *Luis Felipe en Laponia*. En ella, el futuro rey de los franceses, huyendo de la tormenta que hacía rodar las empelucadas cabezas de la nobleza de Francia, busca refugio en Finlandia y escucha las profecías de un mago lapón que le anuncia su advenimiento al trono.

Basada esta historia en un hecho rigurosamente cierto, sirvió de tema para una novela típicamente «fin de siècle» en la que hay de todo: nau-

fragios, cementerios, amores que bordean el incesto, vizcondes ultrajados, guardapelos reveladores, etc., etc.

\* \* \*

Después del interludio finlandés siguen las impresiones de Foxá desde Bulgaria.

En *Boris III*, Foxá hace la semblanza de este zar de Bulgaria, a quien vio en ceremonias diplomáticas y revistas militares. La muerte del monarca le sirve de eje central para una evocación de la historia y las costumbres de aquel reino, «réplica pequeña y modesta de lo que debió ser la Santa Rusia, hoy derruida por el marxismo». Bulgaria aparece ante nuestros deslumbrados ojos como un país de rosas y tulipanes, de iconos y complicados rituales, de intenso sabor oriental, pues siempre está «al fondo, cercana, la ilusión de Constantinopla con sus alminares de oro en el rosa del amanecer, junto a las aguas dulces de Asia».

Con palabras de admiración cuenta el reinado de Boris en los tiempos en que caían los tronos de Europa y hace una preciosa rapsodia de las coronas que rodaron de las sienas de sus legítimos señores.

Continuando con sus impresiones búlgaras, Foxá cuenta en *Israel sin raíz* los preparativos que en Sofía hace su amigo Hainoff para celebrar la Pascua judía. Nos describe penetrantemente los ritos, los simbolismos, los ingredientes culinarios de la ceremonia doméstica de los judíos sefardíes que, por un lado, aún dicen: «redoma», «fermoso» y «chapeo», como en Cervantes, y hacen «masapán» como en Toledo, y por otro lado, «en plena Bulgaria, entre popes y trineos de caballos sobre la nieve, evocan la noche de palmeras y el aceite de oro y el atardecer, poniendo púrpura en el vellón de los rebaños que pacen junto al pozo de Jacob».

Otro artículo titulado *Teodoro Herzl o el sionismo*, habla del padre del movimiento reivindicador judío, quien en 1896 gritó a sus pálidos hermanos: «Volvamos a Jerusalén». Y en *Los judíos de España*, Foxá muestra la honda huella que España dejó en los sefarditas, los únicos judíos en los que no ha prendido el sionismo, pues en vez de mirar hacia Jerusalén siguen mirando hacia Toledo o Granada. Conservan no sólo las llaves de sus casas de España, sino su léxico, anquilosado, sus usos, su repostería e, incluso, las oraciones de la sinagoga que resuenan de forma extraña como gentiles palabras de Castilla disfrazadas con las severas túnicas de alfabeto de la Biblia.

Finalmente, Foxá describe en otro artículo titulado *Judá-Halevi* las impresiones cargadas de emoción de un judío sefardí, venido desde Sofía

a Toledo y a quien el poeta español acompaña por la ciudad imperial, correspondiendo a la amabilidad con la que aquél le enseñó a él el «ghetto» en Bulgaria.

Ambos recorren la judería toledana y evocan la figura del gran poeta Judá-Halevi, uno de los máximos vates de la Edad Media española, que presa de la fiebre de Sión, partió hacia Jerusalén en el siglo XI. Allí vio desembarcar a los cruzados (flor y nata de la caballería) que llevaban los más bellos nombres de Europa y que inventaron los primeros blasones. Y allí murió de un lanzazo que le asestó un caballero árabe ante los muros de Jerusalén.

\* \* \*

Bajo la rúbrica *El hombre y la civilización*, se agrupan una serie de artículos donde, bajo el pretexto de visitas turísticas, surgen las cultas reflexiones del escritor, envueltas en el deslumbrante ropaje de su estilo impar. En todos late la nostalgia producida por un pasado desaparecido. Foxá está inmerso tristemente en un pasado finito, acabado, histórico. Sólo le salva su amor a la Belleza, al Amor, a la Poesía.

*El Partenón policromado* es una de sus más hondas y bellas reflexiones sobre la Grecia de Pericles, que los sabios y humanistas han ido poco a poco deshumanizando y reduciendo a puro esquema. Al igual que El Partenón, que hoy se alza inmaculado, como un blanco esqueleto, como un fósil quebradizo de una noble y antigua cultura, estuvo en su tiempo manchado de alegres colores, Atenas no fue esa lección helada y clásica que se nos ha presentado, sino un mundo hormigueante de chillones contrastes, de sudores y polvo. Sin utilizar los términos de Fernández de la Mora, Foxá intuye la antítesis brutal entre lo «apolíneo» y lo «dionisíaco», siendo Grecia la conjunción de la razón y la pasión, de lo lógico y lo irracional, de lo deductivo y lo intuitivo, de lo luminoso y de las fuerzas soterradas y oscuras. Ya que «se necesitan siglos de intuición y terror, de fe, dioses y muertos, de misterios e imperfecciones, de embriaguez, entusiasmo y mármoles manchados, para llegar a la cima armoniosa y difícil de la Belleza».

En *Iben Saúd y el Hotel 2.400*, Foxá se lamenta, una vez más, de la muerte de la poesía en el mundo moderno. Es el «leit motif» de su mundo sin melodía. Frente a una carta que recibe de Nueva York, en donde las señas del remitente son «Hotel 2.400, calle 16» (que le hace añorar los evocativos nombres de las hosterías antiguas), únicamente la declaración del Rey de la Arabia Saudita a unos periodistas en El Cairo supone un poético oasis entre tanta aridez. El soberano árabe manifestó que «sólo

le interesaban las mujeres, los perfumes, la oración». Y concluye, pensando que un mundo sin Fe, sin Providencia, sin ultramundo, sin noción de pecado, está condenado a «una cultura de tedio; una civilización de aburrimiento. Sin locura ni símbolo».

Prácticamente, la misma tesis es la que alienta en *Teología desde el tren*, en la que Foxá sueña con una España capaz de crear Autos Sacramentales.

Como consecuencia de una conversación con el doctor Blanco Soler en un almuerzo en el donostiarra monte Ulía, Foxá escribe su artículo *Hacia un mundo de viejos*. En él muestra su escepticismo ante los descubrimientos de la geriatría e imagina el futuro como «un perpetuo atardecer del mundo», en el que unos vigorosos ancianos de trescientos años dialogaran «con amarga sonrisa socrática sobre un parque sin niños».

Una visita al Museo del Prado motiva *La sonrisa pintada*. Ante los cuadros, escucha a un tiempo desvanecido. Ve a Europa encarnada en la elegante sonrisa de Spínola recibiendo las llaves de Breda o como «aquel lirio en un vaso de hierro o la encina medieval con su tostado panal rezumante bajo la áspera corteza». Pero ve con terror levantarse un viento huracanado de Asia que puede cerrar para siempre ese breve paréntesis que fue el Mediterráneo y después Europa entera y teme que se nos pueda morir «entre los brazos (como una muchacha enferma) la cultura». Pues «ya no son las alegres banderas coloreadas de las naciones, con sus soldados de pantalones encarnados y sus tratados diplomáticos entre tazas de té en el salón del Reloj o de los Espejos» lo que nos espera, sino «los brutales y tediosos imperios, como hormigueros».

Tal vez sea *Solana entra en sus lienzos* uno de los artículos más vigorosos y certeros de Foxá. Escrito con motivo de la muerte del pintor, debería figurar como prólogo a su antología artística. Ni el crítico de arte, Sánchez Camargo, ni siquiera César González Ruano, cuya maestría en escribir «necrologías» era bien notoria, lo habrían podido superar. Todo el universo feroz y alucinante de los lienzos solanescos está aprisionado en las palabras de Foxá: la muerte omnipresente, la podredumbre del suburbio, los toreros de lívidas capeas de pueblo con caballos despanzurrados, mostrando sus verdes intestinos colgantes, los hospitales con olor a ácido fénico, las prostitutas con ropa interior de lana, los maniqués a lo Gómez de la Serna, las destrozadas de un carnaval plebeyo y soez, los ataúdes de niño con flores marchitas de trapo, laten trémulamente en las breves páginas del artículo. Parece como si Foxá hubiera hurgado con un bisturí en las entrañas purulentas de una humanidad despedazada, con la misma saña con que Solana utilizó sus pinceles.

Prosiguiendo con sus temas de estética, Foxá (que era un apasionado contemplador de la pintura) hace un acertado paralelismo titulado *Surrealismo y prehistoria*, en el que acerca las más desaforadas estridencias pictóricas a las creaciones rupestres del periodo magdaleniense. Y concluye: «bailamos al ritmo antropófago de la selva; originamos catástrofes atómicas dignas de los primeros volcanes y buscamos esa organización tribal, propia de nómadas o cazadores, que es el comunismo».

Las impresiones de Foxá sobre *La sierra de Aracena* recogen su admiración por los pueblos blancos y morunos, encalados y adornados con ásperos y encendidos geranios. Asimismo, describen ese laberinto espeleológico que es la gruta de Aracena, «alucinante y anárquica catedral enterrada», en la que contempla los tornasoles espectrales como pedrerías, los arabescos barrocos de las estalactitas y los abismos en los que yace «un silencio transparente de clarísima quietud: el cadáver del agua».

Bajando más al sur, Foxá llega al *Marruecos inmóvil*, que en 1945 permanece como fuera del tiempo. «Ir a Marruecos no es un viaje en el espacio, sino en el tiempo; es llegar al siglo XIV. Porque allí están sus olores, su silencio, su arrastre en cueros de babuchas, su ausencia de motor y ese alegre repiqueteo de cascos de los enanos burritos morunos.»

Penetra en las tiendas de los mercaderes bíblicos, observa a los aguadores y a los mendigos tullidos con enfermedades de la Edad Media y llega a los apartados poblados en un magnífico automóvil cedido amablemente por el Alto Comisario Varela. Antes de regresar a la «civilización», se pregunta si la cultura surgirá en los pueblos donde hay mortalidad infantil. «Porque de esta piojera del Mediterráneo brotó la Acrópolis, la Biblia, el Evangelio, el templo de Luxor, Florencia, Raimundo Lulio, la Divina Comedia».

Desde Buenos Aires, y tras asistir a una representación de la *Dulcinea*, de Gastón Baty, Foxá escribe un artículo cuyo título bien pudiera haber sido *España es diferente*, mucho antes de que lo patentizara el Ministerio de Información y Turismo. En él muestra lo inasequible que resulta lo español, a los extranjeros. «Cuando hace unos días un amigo nuestro, norteamericano, veía correr, al alba, por la calle de la Estafeta a los mozos de Pamplona, casi prendidos de las astas, delante de seis toros enloquecidos, hubo de exclamar: «Comprendo que para este pueblo rigen otras leyes».

\* \* \*

Bajo el título *El siglo de oro de la máquina* se agrupan una serie de artículos que tienen por común denominador el horror de Foxá al pro-

ceso mecánico que se cuela insidiosamente en la vida moderna, llenándolo todo con sus artefactos y desterrando lo ingenuo y lo poético.

En *Pudor ante las máquinas* pone de manifiesto que los ingenios agrícolas suprimen «todos los posibles grabados, tapices, alegorías, canciones, zarzuelas, versos de Lope, porcelanas y relojes de oro, que se habían inspirado en estos bellos y eternos ritos del campo».

En *Se anuncia en la playa* denuncia con ingenio e ironía la estupidez de un mundo dominado por una avalancha de consignas publicitarias.

En *La mecanización de las hadas* adopta su conocida postura de nostalgia por los desaparecidos cuentos de hadas (de los que se desprendería una infinita ternura) y que han dejado paso a las historietas ilustradas en donde «lo maravilloso se admite a condición de que tenga un aspecto científico. Un milagro puede ser relatado, pero en el dibujo habrá un motor, unos tubos de ensayo o un manómetro». La superstición de la época exige que los cuentos sean científicos, implacables y desprovistos de toda poesía. Y recuerda que los viejos cuentos estaban, como todo el mundo antiguo, impregnados de espíritu. Cita a la «Bella Durmiente» del bosque centenario, a la que sólo se le podía despertar con un beso de amor; historia que también aparecerá en su obra teatral *El beso a la Bella Durmiente*.

En *Los eclipses* le sirve de pretexto este fenómeno astronómico para describir una fantasía en torno a los sabios jesuitas que llegaron a ser consejeros y dignatarios de los emperadores de China, por sus conocimientos de astronomía. El artículo utiliza las mismas pinceladas coloristas que utilizaría Foxá para las «chinoiseries» de su *Cui-pin-Sin*.

Por último, en *Un milagro cuando el vapor*, Foxá narra el naufragio del vapor español *Santander*, cuya caldera emerge aún de las aguas, después de haber transcurrido noventa años desde el suceso.

## B) «Por la otra orilla».

El Instituto de Cultura Hispánica publica en 1955 este libro, en el que, a lo largo de más de 500 páginas, se recogen los artículos que Foxá escribió desde la América española. Foxá está «en el umbral de los cincuenta estíos», «nel mezzo del camino», de una biografía millonaria ya en meridianos y en vivencias. Celebra por esos días las bodas de plata con la Carrera Diplomática. Lleva diez años —Montevideo, Buenos Aires, La Habana— viviendo y peregrinando por la América hermana. Y como dice el prólogo de este libro: «Ha dicho como pocos lo que un

español tiene que decir de América, y lo que América dice siempre a la enamorada perplejidad de un español.»

\* \* \*

Las crónicas desde Uruguay comienzan con una visita a las *Fortalezas del Este*, construidas por los españoles. En una caravana de coches, Juan Pablo de Lojendio (entonces Ministro de España en aquella República), el hoy Almirante Julio Guillén y Foxá, van descubriendo las bellezas del campo verde, cuadriculado por las alambradas de los potrereros. Admiran las reses de Hereford, de cara blanca y cuerpo canela (que luego recibirían las moñas rosas y azules de las ferias «Rurales» de Montevideo) y echan de menos al «matrero» romántico, de facón y guitarra, al «payador» que repentizaba en los «boliches» y que ha quedado como figura palpitante en el «Martín Fierro».

Unas bandadas de ñandúes (el avestruz americano) le parecen a Foxá cabezas en picas. Y brota la emoción de todos al contemplar los estandartes de la España dieciochesca en las fortificaciones frente a la selva del Brasil y las armas de la ciudad de Maldonado, con heráldica marinera, en la que, sobre un fondo azul, cruza una ballena con surtidores que recuerdan las fontanas de Versalles. En una excursión a la «Isla de Lobos», Foxá añora una vez más su niñez perdida. Según él, de niños todos hemos tenido una isla desierta, y ¡ay del que no haya tenido imaginación y «no poseyó una isla de gaviotas en su niñez, porque ése no pasará de triste empleado u oficinista»!

Al acercarse al faro de la isla, salen al paso los lobos marinos, enormes, «como pellejos henchidos de aceite, con su enorme cabeza de león o de perro mojado y sus patas semi-aletas, como negros paraguas chorreando». La descripción es tan realista que casi podemos ver a las gaviotas y oler el salitre de esta isla.

En la *Tertulia de Zapican*, Foxá charla con Julio Guillén y con el Jefe naval del Departamento de Punta del Este, sobre pesca, naufragios y supersticiones marineras. Se queja de la despoetización del Océano, mientras en «la noche diáfana y estrellada brilla, fosforescente en diamantes y algo inclinada hacia el horizonte, la Cruz del Sur».

En *Los sapitos de Darwin* recoge Foxá la extendida y terca obsesión que consiste en ignorar lo hispánico. Von Hagen asegura que Suramérica no se incorporó a la Civilización hasta que la Academia de Ciencias de París encargó en 1734 a La Condamine las mediciones del arco de meridiano en el Ecuador. Como si nada hubiesen representado las catedrales

barrocas en pleno trópico, los Autos Sacramentales, las universidades y las imprentas de Méjico, funcionando ochenta años antes que las inglesas en Norteamérica.

En *Adán y Eva del final*, el escultor Juan Zorrilla de San Martín, que ha ido a cenar a casa de Foxá, le cuenta las tradiciones de los «charrúas» o antiguos pobladores del Uruguay. Su padre, el poeta del mismo nombre, fue el autor de «Tabaré», el poema nacional de esa tierra, la *Ilíada* de la extinguida raza aborigen. Una raza que «en la angustia y zozobra de su oscura barbarie, llamaba a Dios: «Tupá», que significa, ¿«quién eres»?»

\* \* \*

Sobre el Paraguay Foxá escribió un bellissimo artículo, *Los monos en la Liturgia*, que tiene como tema el sometimiento de la selva al espíritu, como destino de la cultura y de la Historia: los monos bordados, titíes de oro, con largas colas en arabesco y los yacarés o cocodrilos del Paraná, sirven de decoración a las casullas bordadas por manos indígenas. Y en el Museo Histórico de Petrópolis, en el que fue Palacio Imperial del Brasil, se ve en una vitrina el manto de Don Pedro II, de terciopelo verde bordado con plumas de tucan. Y en los Andes, el cóndor se hace también heráldica estilizada, con su gola de caballero del Greco, volando en el escudo que Carlos V otorgara a la ciudad del Cuzco.

\* \* \*

Desde la Argentina Foxá envió sus instantáneas tocadas por el leve soplo de la poesía.

El *Gotha de los toros* reproduce irónicamente el gran espectáculo de la feria de ganado de Palermo, en la que los mejores ejemplares son los productos de purísimos árboles genealógicos, que atestiguan que sus encopetados abuelos pacieron en las neblinosas praderas de Inglaterra o de Escocia.

*Oleaje* es una melancólica reflexión social sobre el hundimiento de la vieja Europa y la arribada forzosa, después del naufragio, de la vieja aristocracia histórica a las costas de la democrática América. «La burguesía, menos valiente que la aristocracia, tuvo un reinado brevísimo. Apenas siglo y medio; al cortar la cabeza a Robespierre retrasó su derrota, pero de las salpicaduras de aquella sangre brotó Lenin.» Hoy, la masa es adulada como jamás lo fue Luis XIV. «Se legisla únicamente

para ella; las otras clases son consideradas como inexistentes. Nuestro siglo quiere andar boca abajo.»

La curiosidad, siempre alerta, de Foxá le lleva a visitar el santuario argentino de Luján (donde entre los exvotos figuran los más recientes artilugios de la técnica moderna) o el Museo de Transportes, donde el glorioso *Plus Ultra* de Ruiz de Alda, con sus frágiles alas y su ingenuo parabrisas de talco, se yergue sobre un bloque de cemento, «hecho pieza de museo y con el número 54 en el catálogo».

En otra ocasión, en una veraniega navidad de Buenos Aires, y ante la aparición del cometa «San Miguel», que pone en el cielo la auténtica Estrella de Belén, se lamenta Foxá de la pérdida de prestigio de estos fenómenos astronómicos en nuestra desgraciada época, carente de toda poesía. Y arremete contra los periódicos «fieles a la consigna de nuestro siglo, que consiste en ir desilusionándonos de todo, hasta lograr que nuestra época se vaya quedando seca y marchita de sueños».

Una visita al museo de la ciudad de La Plata, en donde se ve la reproducción en pasta del megaterio descubierto en la Argentina y enviado a Carlos III de España, le sugiere a Foxá una divagación en torno al sabihondo siglo XVIII, a sus empelucados abates o botánicos y a sus empolvadas duquesas, lectoras de la Enciclopedia. Tema este muy del gusto de nuestro autor, pues lo encontramos en sus versos y artículos, y en su cuento *Viaje a los efímeros*.

*Rocío sobre el pasto* pone de manifiesto la angustia del hombre del siglo XX, hacinado en las grandes ciudades, frente a la inmensidad abierta y horizontal de la Pampa, en la que el articulista tropieza con el hombre más rico del mundo: «Era un mendigo que, superando el gesto de Buckingham, desgranando sartas de perlas en su salón de baile, iba con sus grandes botas sobre el rocío tembloroso del pasto, aplastando diamantes.»

*El Fortín 2* subraya que en América funcionan otros relojes históricos: ese fuerte construido en medio de la Pampa, cuando ya funcionaban los ferrocarriles, recuerda un altivo castillo roquero y está impregnado de Reconquista, mientras los comentarios del General Mansilla a las luchas contra los indios ranqueles, le recuerdan a Foxá la Guerra de las Galias.

En *Esqueletos y pájaros* recoge la idea de Ortega y Gasset, de retratar a la Pampa poniendo en primer término los costillares o la calavera de un caballo, para dar así, con el cansancio de su galopada hasta la asfixia, la sensación infinita de su distancia. Con preciosas metáforas describe Foxá la infinitud del campo argentino (cuyos únicos arbustos escue-

tos son los postes secos de los potreros y cuyas frías ramas son los alambres), su fauna y su crepúsculo.

En *El inglés de los ceibos* visita la estancia de un inglés que, en medio del mar vegetal de la Pampa, es un trozo vivo del Imperio Británico. Y llega a la conclusión de que «los ingleses viajan y colonizan, pero dentro de una atmósfera propia, como los buzos con su aire terrestre, en el fondo del mar».

A la Antártida la llama Foxá *Un continente en celofán*, porque, según los geógrafos norteamericanos, el Océano Antártico no es tal, sino un enorme continente que la Providencia ha envuelto en las transparencias del hielo, como regalo a las futuras generaciones. Y se pregunta, «¿cuántas coloreadas Guatemalas, qué deslumbrantes Cubas, qué florecidas Limas, qué verdes Argentinas, duermen como Blanca Nieves en su urna o la Bella Durmiente en su palacio, ocultas bajo las nieves y las palmeadas huellas de los pingüinos!».

\* \* \*

El mundo andino nos lo describe Foxá comenzando por Bolivia. Entramos así en contacto con las llamas de ojos grandes, húmedos y dulces de mujer, a la que también recuerdan por su voluptuoso andar. Animales cuyo amor nefando produjo a nuestros conquistadores enfermedades abrasadoras que el Dante no pudo reseñar en su *Infierno*, como castigo a los impuros, por no haberse descubierto aún América. Nos describe las impresionantes «chulpas» o monumentos funerarios escondidos, al borde del lago Titicaca, en cuyo interior están las momias en cuclillas, sentadas en círculo, en una muda, macabra y lúgubre tertulia. O nos cuenta cómo los indios corredores, que se turnaban cada tres kilómetros, lograban llevar fresco el pescado del Pacífico al lejanísimo palacio del Inca en el Cuzco. Y cómo la aparición del avión, en esos países sin casi carreteras, ha hecho que la época de la rueda haya sido allí efímera.

Luego nos relata sus impresiones de un viaje en tren por los altísimos Andes nevados, que cambian de colores irisados según les dé la luz. Observa las caravanas de indios inmutables, mascando coca y envueltos en sus ponchos encarnados. En la desolación infinita de la Puna aparecen los cactus que sólo florecen para morir. Y cuando estalla la tormenta, aparecen los picachos de color violeta en las desgarraduras de la noche, como los intestinos de los caballos en las antiguas corridas.

*La diablada del Illimani* es una procesión o carnalada de los indios del altiplano, disfrazados de demonios, con corazas de monedas de plata

cosidas a la tela roja, como las escamas de un pez. Todo impregnado de un cierto atavismo asiático, como de procesión china del dragón o de la «Tarasca» del Corpus de Toledo.

¡Aprendemos en este artículo lo que significa «chicha», que es un licor local extraído del maíz fermentado, y que abunda más que la limonada en los bares de La Paz!

Finalmente, en su artículo *Tristeando* Foxá se compadece de los indios bolivianos que mascan la coca y cantan en la desolación andina «sus melodías en la «quena» que, a veces, es una tibia humana con agujeros; un hueso de muerto que hacen musical y cuyo fúnebre sonido, amplificado en la oquedad de una jarra de barro, produce el suicidio por melancolía». Esos mismos indios que han hecho un verbo de un adjetivo: Yo tristeo, tú tristeas..., mojado con una lágrima a la gramática y poniendo un melancólico sonido de «quena» en el alegre y decidido castellano de la Conquista...

Después de Bolivia le toca el turno al fabuloso Perú. El primer artículo de esta antología está dedicado al *Cuzco de los Incas*. Foxá nos lleva de su mano a contemplar la acrópolis ciclópea de la antigua capital del imperio peruano, los inmensos pedruscos que el inca Garcilaso llamó «pedazos de sierra» y que fueron transportados por ejércitos de hombres, como en el caso de las pirámides faraónicas, o esas mansiones cuyo primer piso es inca, el segundo colonial y el tercero republicano. «Toda la historia del Perú hecha arquitectura.» O la catedral, con su altar todo de plata o sus imágenes en donde palpita la ternura infinita de los artistas indígenas.

Otra vez se trata del *Templo del sol*, sobre el que los españoles construyeron el Convento de Santo Domingo. En una de sus celdas, Ojeda escribió su «Cristiada» y aprendemos que en el lugar en que hoy se encuentra el Sagrario, estaba antaño el gran disco solar de oro, venerado por los incas. ¡Pura sustitución teológica!

El jardín del templo era artificial y todo en él era de oro y plata, como si Midas hubiera tocado con sus manos los árboles, flores y plantas. (¡Por lo menos, eso es lo que cuentan los cronistas!)

También subraya el mágico maridaje de las hagiografías medievales cristianas con las leyendas autóctonas, como al hablar de una talla española de *San Bartolomé por los aires*.

La visión de unos extendidos *Capotes en el golf* de Lima, le sugieren un abrazo de Vergara, entre el mundo español y el anglosajón. Sorprende el hilo del pensamiento de Foxá. Ante cosas triviales, que nada dirían a la mayoría de los hombres, el poeta, por serlo, hilvana brillantes metáfo-

ras apoyadas en la Historia o en el Arte. E imagina, así, una esperanza, para este mundo nuestro agrietado por el odio, en ese saludo que se hacen bajo el azul cielo limeño el «caddy» de los ingleses y el mozo de espadas de Pepe Luis Vázquez.

Su artículo *Los cráneos deformados*, escrito después de una visita a la sala incaica del museo, le valió a Foxá el premio Mariano de Cavia de 1949. Su estilo es sobrio, ceñido. Sus párrafos concisos. No hay el amontonamiento de imágenes que, como una catarata de fulgentes gemas, llega a veces a fatigar al lector.

El tema es el siguiente: los incas deformaban monstruosamente el cráneo de sus víctimas, aplicándoles desde la niñez unas tabletas opresoras y unos crueles vendajes (semejantes a los que oprimían los pies de las damas elegantes del Celeste Imperio). Foxá se pregunta si lo que pretendían era moldear el pensamiento o llegar a un diabólico poliformismo, creando esclavos embrutecidos incapaces de rebelión. Y concluye con la amarga reflexión de que hoy, la llamada «civilización», también deforma los cráneos, actuando por dentro, empleando la prensa, la radio, la publicidad, el cine, los estúpidos «slogans» o las insidiosas consignas políticas. Nuestros cráneos, por dentro, también están deformados como maletas, capacetes o pilones de azúcar, gracias a la Mentira.

Para Entrambasaguas, este ensayo es magistral, acaso el mejor de todos los que escribió nuestro autor. Si en otros artículos Foxá ha descrito el paisaje andino, la arqueología inca o las tradiciones del Perú, en *Lima sin lluvia* la protagonista es la capital del país. Nos dice que es como una ciudad andaluza, en la que no llueve nunca, en la que son frecuentes los temblores de tierra, en la que encuentran cobijo los fantasmas que pueblan las leyendas de Ricardo Palma. Con él, penetramos en las refinadas grandes casas de Lima, abarrotadas de vírgenes cuzqueñas (talladas en un ingenuo barroco indígena) y llenas de cuadros con fastuosos marcos espejeantes, que le recuerdan los iconos bizantinos. Con él nos paseamos por sus calles, sus plazas y sus jardines. Y nos da lástima abandonar esa ciudad impregnada aún de ese sutilísimo perfume que captó Lope de Vega:

«quedó al lugar un fino olor a Corte  
como de estancia en donde hubiera guantes».

En *La plaza firme de Acha* asistimos a una corrida de toros en ese ruedo contemporáneo de Carlos III. Foxá muestra su cultura y su ge-



nuina afición taurinas y nos hace partícipes de ese temblor mágico que se desprende de los círculos de arena.

En otro artículo aventura una hipótesis étnica, según la cual los indios andinos descienden de los mongoles, que llegaron a través del estrecho de Behring, donde «Asia y América juntan sus bocas como para un beso de cine. Un beso que acaso un día se transforme en feroz dentellada».

Como un torbellino de abigarrados colores y de nombres exóticos de sitios y tribus, queda descrita la romería de *Los Amancaes*, la flor nacional del Perú, hasta que subió a los altares Santa Rosa de Lima.

Otra vez se ocupa Foxá de un tema dieciochesco en su artículo sobre *La Perricholi*, «esa Pompadour criolla que resume y perfuma el XVIII virreinal y peruano». La historia es bien conocida; ha servido a Palma para una de sus tradiciones, a Merimée para su «Carroza del Santísimo Sacramento» y tiene puntos en común con el «Sí de las niñas» y «El sombrero de tres picos»; se trata del amor del viejo virrey Amat por una bella mestiza que regala su carroza para que lleven la comunión a los enfermos.

En *Llameros y huaqueros* nos habla de estas dos profesiones que se dan únicamente en el Perú. Los primeros son los que conducen a las acémilas por los desfiladeros andinos. Los segundos, los indios que se especializan en descubrir las fúnebres «huacas» o tumbas con sus momias en cuclillas. Foxá, invitado a una hacienda, acompaña a los huaqueros en un Viernes Santo, porque entonces, según los indios, los muertos están más cerca de la superficie».

Este lúgubre pasatiempo ya lo había practicado el escritor en sus visitas a los cementerios románticos de Madrid. Foxá sentía una irresistible atracción por la muerte, como podemos ver en su obra literaria y en las palabras de Malaparte cuando relata las sobremesas en Helsinki, durante las lívidas noches blancas.

Las vidas de los santos americanos no podían faltar en sus artículos. Foxá, tan aficionado siempre a los portentosos relatos de las hagiografías medievales, recoge los milagros de Fray Martín de Porres, de Santa Rosa de Lima o de la manta del indio Juan Diego, en la que aparece impresa la imagen de la Virgen Guadalupana.

Uno de sus mejores artículos, a nuestro modesto juicio, es aquél que describe una pelea de gallos; gracias a su increíble habilidad, nos da la sensación de haber asistido a la sangrienta lucha. Con certeza metáfora retrata a los gallos que se erizan y se convierten en «centro de mesa de plata, en porcelana policromada». Completa el artículo una reflexión su-

mamente aguda sobre lo que entendemos por piedad, concepto muy relativo, sujeto a la distancia y al tiempo.

En *Los toros saltan la barrera* vuelve Foxá a utilizar sus sarcasmos feroces contra los anglosajones que hicieron de las corridas uno de sus mejores capítulos de la «leyenda negra».

En *Menús y paisajes* y en *La gota de sangre* estudia Foxá con ecuanimidad lo que España aportó a América y lo que ésta envió a cambio. Admitir esto por ambas partes es la mejor vía para un fecundo entendimiento hispanoamericano, que debía reflejarse en los textos escolares de España y América.

\* \* \*

Foxá se detiene también en Venezuela con motivo de la «Misión Poética». Encuentra que Caracas es una ciudad desespañolizada por el petróleo, una vieja ciudad andaluza a la que se ha injertado un garaje y una factoría. Está en construcción: «Obreros y enormes máquinas que meten sus cucharones de hierro y se toman el paisaje como si fuera una gran sopa de tierra.»

Nuestro autor y sus amigos, los poetas españoles de la «Misión», visitan la isla de Curazao, *La isla corazón*, que de puro tropical les parece un decorado de revista para el número final de la rumba.

En Colombia se ven agasajados por los poetas de Bogotá, que es una ciudad culta, digna de su fundador, el humanista Ximénez de Quesada. Bolívar dijo que Caracas era un cuartel, Quito un convento y Bogotá una universidad. Y los santaferinos se enorgullecen de tal frase.

En *Angeles de Sopo*, también por tierras colombianas, conducido por el poeta Eduardo Carranza, Foxá describe una mina de sal tan grande como una catedral. Y se le escapa una queja contra la ingratitud de algún amigo: «¿quién no ha tenido en su vida algún pequeño Judas que antes fue su parásito?»

El desencanto respecto a la mujer también lo encontramos, patética pero brevemente y de pasada, en otro artículo (*Los gallos y la Piedad*), en el que se queja de los ardides femeninos: «O también la técnica de esa niña de ojos azules que, como jugando, nos produjo la mayor herida —hasta la entraña de nuestra vida—.»

La «Misión Poética» sigue su jira por Colombia y Foxá recita en el teatro municipal de la ciudad de Cali y en el Cumanday, de la de Manizales. Cali, voluptuosa, dulce, sestea sonriente como en una hamaca a orillas del Cauca. Manizales queda en la niebla, con la austeridad de un jinete a horcajadas, sobre la cordillera.

La visita a *Cartagena de Indias* nos trae recuerdo de sus galeones cargados de oro, de historias de bucaneros y cañonazos desde sus fortalezas. La leprosería de Tierra Bomba está separada del mundo de los vivos por un muro alto vigilado para que ningún enfermo pueda saltarlo. Los leprosos contemplan los domingos las luchas de gallos. Y aquí viene la frase terrible y truculenta, como si la hubiese escrito Malaparte: «No pueden aplaudir porque se les caerían los dedos.»

La dual naturaleza de Agustín de Foxá se ve solicitada allí, de un lado, por la sensualidad de una playa lujuriosa en la que estallan las flores y las frutas del trópico. De otro, por el ejemplo de San Pedro Claver, apóstol de los esclavos y patrono de Colombia. Y uno de aquellos jesuitas elegantes, cultos y de finos modales, que abandonaban las lujosas Cortes europeas para hundirse en las selvas plagadas de reptiles y fieras.

En Panamá, el Gran Canal está siempre presente, como el número ocho de un gigantesco mecano o una azul serpiente que se entrosca al istmo y por la que pasan, encajonados, los trasatlánticos. Foxá se queja de que en España las batallas de Otumba o Ayacucho resuenan en los libros escolares menos que la bofetada de Calomarde. Y de que en vez de estatuas a los conquistadores de la epopeya americana, se alcen en nuestros suelos las erigidas a barrigudos y huecos políticos del XIX, con pantalones de bronce y botas de mármol. En Panamá, según él, «América estrecha su cintura como una bailarina».

Por tierras de Costa Rica hace poesía a base de la fauna tropical y de los volcanes que tienen a sus pies un lago, como brillante espejo para alisarse la cabellera de humo.

La «Misión Poética» llega hasta Nicaragua. Rubén Darío ha traído a los poetas imantados desde la lejana España para que deshojen una rosa sobre su silencio. En la ciudad natal de León, Rubén quiso, no morir, sino desnacer. Tras sus fugas locas a París, tras sus cenas con las diosas de algún Triánón de boulevard, tras sus excesos de madrugada y ajeno, ha buscado refugio en la vieja ciudad provinciana y ha vuelto a ser americano.

En la universidad, los poetas españoles le rinden tributo: Zubiarre hace desfilar en su honor los caballos de friso de su poesía. Rosales hace evaporar para él la azucena íntima de su Navidad y Panero ha hecho gravitar un trozo de su campo leonés, agrícola y religioso.

Desde Honduras, Foxá nos cuenta el origen de la pelota, en las antiguas tierras de los mayas, y nos describe en qué consistían los crueles

partidos indígenas, en los que el capitán del equipo perdedor era decapitado.

En Santo Domingo, Foxá visita la catedral, que fue la primera construida en América, y la última catedral gótico-plateresca. Nos describe en su artículo: *Las dos tumbas del Almirante*, el monumento que encierra allí sus restos, verdaderos o falsos, según sean falsos o verdaderos los de la catedral de Sevilla. (Precisamente, en estos días, el autor de esta Memoria recibió en el Ministerio de Asuntos Exteriores al Sr. Arzobispo de Santo Domingo, Monseñor Polanco Brito, para tratar de la posible cooperación de la Dirección General de Relaciones Culturales de España al proyecto de traslado del mausoleo dominicano al «Faro de Colón». Se trata de una importante obra, de la época de Trujillo, a la que contribuyeron todas las naciones americanas, según nos cuenta Foxá en su citado artículo.)

En otra ocasión, también en Santo Domingo, los poetas españoles dan un recital en el Alcázar y Foxá encuentra que aquello es hallar *Una gota de Edad Media* en pleno Caribe.

En Cuba, Foxá se siente feliz. La Habana conserva algo del Madrid de la Regencia. Pero con más luz, con más languidez. Su americanismo es más aparente que real: «¡figuráos que las divorciadas salen con señoras de compañía; con la antigua «carabina» de Xaudaró y del Real Cinema!»

Todo en Cuba es dulce, alegre, amable (¡en la Cuba de antes de Castro!): la rumba, las palmeras, los danzones negros, los colores, el relajo, el carnaval...

Tal vez se echa de menos en estas brillantes impresiones el trasfondo social y económico que preparó la revolución castrista. Pero no digamos de Foxá que era superficial. Pensemos que era diplomático y que sus crónicas se publicaban cuando estaba en puesto.

La *Cuba antigua* tiene el encanto de los descoloridos daguerrotipos, de las vitrinas para abanicos (en uno de los cuales lee Agustín un madrigal escrito por su antepasado, el poeta cubano Narciso de Foxá), de las casonas con frescos interiores para las siestas o para las sobremesas en mecedoras... La vida cubana cobra especiales atractivos en estas crónicas: el abigarrado carnaval de los negros, los cafetales, los «ingenios» de azúcar, las fábricas de tabaco.

En un artículo titulado *Entrevista con Don Cristóbal*, Foxá mantiene un ingenioso e imaginario diálogo con el Descubridor. (Años después, un aspirante a la Carrera Diplomática española utilizaría el mismo recurso

literario para una conversación con Jovellanos y le valdría una de las más altas calificaciones en la oposición.)

Una vez, en su casa de La Habana, se produce una avería eléctrica y Foxá escribe sobre ello uno de sus más impresionantes artículos: *Mi piso ha muerto*. La oscuridad, el silencio, le vuelven a lo que fue la noche normal durante milenios, pero que a él le parece trágica. Vuelven las sombras y el terror telúrico que poblaban las cavernas. La laringe de su teléfono ha enmudecido y el pulmón del aire acondicionado ya no respira. El poeta, que sistemáticamente ha denigrado la técnica y la maquinaria, se da cuenta que ya no cabe vivir sin ellas.

En *El ciclón* se relatan los latigazos enloquecidos de este protagonista del verano cubano. Con un realismo feroz, Foxá nos mete en el vértice del huracán, que es un fantasma no de la Historia, sino de la Geografía.

En *El trópico domesticado*, el protagonista es el aire acondicionado, que tal vez transformará la psicología de los países tradicionalmente calurosos. Y en *Los fósiles vivos* lo es una tortuga gigante que nació durante el reinado de Carlos IV, y cuyo caparazón de peineta española se disputan, en vida, museos y universidades.

\* \* \*

Foxá toma contacto con el Yucatán. Allí un muchacho indio —un maya— que vendía anillos con las efigies de sus antiguos dioses, al percibir su acento español, le ofreció uno con la efigie de Cortés. Y le dijo para convencerle: «Cómprelo, señor; fue el primer presidente de Méjico.» Y en cierto modo, no andaba equivocado.

Luego le toca el turno a la orla de iglesias barrocas, en las que entre la hojarasca churrigueresca los mayas enrollaron serpientes emplumadas. Y la catedral, con su aire de «ópera de los pobres»; y las columnas cosmogónicas, en las que los indígenas esculpieron, siglos antes de la llegada de los españoles, un presentimiento del hombre blanco y del caballo. Lo cual explica la ventaja inicial de los conquistadores, como bien subraya Madariaga en su *Cortés*.

La cultura maya, la más evolucionada e interesante de las precolombinas, desfila por sus artículos, poniendo de manifiesto las características de un pueblo constructor de pirámides escalonadas como la de Kukulcan, familiarizado con las matemáticas, avanzadísimo en astronomía, capaz de tejer y modelar, experto en agricultura. Un pueblo que desconoció la rueda, pero descubrió el cero (ignorado por griegos y romanos), el calendario para así poder predecir las lluvias y las cosechas del maíz, la bóveda

y los observatorios desde donde poder estudiar el misterio maravilloso de la bóveda celeste (sin más aparatos que sus ojos y su inmensa paciencia) con más precisión que los sacerdotes zoroástricos. Un pueblo, en fin, que fue capaz de predecir los eclipses y de arrancar a los cielos las fases de «Venus», desde las plataformas del *Caracol* de Chichen Itzá, pero que desconocía los metales, cuya escritura ideográfica distaba mucho de la fonética, y que sacrificaba víctimas humanas, precipitándolas por el *Cenote Sagrado* de sus templos tallados en forma cubista, picassiana.

Desde Méjico, Foxá envía sus crónicas que son unas auténticas diapositivas llenas de color local. Si las Antillas corresponden al Descubrimiento, Méjico corresponde a la Conquista primero y al Virreinato después. Lo vemos en esa teoría de 62 virreyes del castillo de Chapultepec. Los primeros, del xvi, enjutos y severos. Los últimos, del xviii, apopléticos y ventruados.

En Chapultepec, también ha quedado aprisionado el fantasma del Emperador Maximiliano, en los objetos que le pertenecieron y en el fresco de Orozco, que representa el final trágico de aquella quimera napoleónica. Foxá, tentado siempre por el romanticismo, recuerda con sensibilidad la figura enloquecida de la Emperatriz Carlota, para quien nunca ocurrió el fusilamiento de su esposo. Y hace un paralelismo con la Emperatriz Eugenia, a quien aún conoció, paseando por el Retiro, y de quien oyó anécdotas al duque de Alba y a la duquesa de Durcal.

En su artículo titulado *Teotihuacán* nos describe las pirámides de este Egipto americano, cuyas aristas geométricas recuerdan los pliegues de túnicas de los cuadros de Vázquez Díaz. Y en otro, titulado *Un Miguel Ángel sin Dios*, los frescos de Rivera en el palacio de Cortés en Cuernavaca. Frescos, en los que late tanta saña y tanta vehemencia antiespañola, que revelan precisamente el estro ibérico de su autor. Frescos, también, que retratan al gran protagonista de nuestro siglo: la masa, la muchedumbre que, confusa y atropellada, vemos salir del metro o del estadio.

\* \* \*

Finalmente, Foxá termina su viaje por América con sus crónicas desde Estados Unidos. Al principio, la descripción de Florida no desentona con lo narrado desde el Yucatán o Las Antillas: flora y fauna tropical, las ciénagas de los Everglades, los cayos, los caimanes y pájaros de irisado plumaje, los semínolas... Pero en seguida nos encontramos con el mundo anglosajón: las cafeterías, los helados, la publicidad, los supermercados,

las piscinas de menta, las islas prefabricadas, la asepsia, las vitaminas y las calorías, las rubias muchachas de sonrisa dentrífica y largas extremidades, etc., etc. Un universo que, en 1968, ya no nos extraña, pues son poquísimos los países que no lo copian servilmente, pero que no resultaba tan familiar en la época en que Foxá nos enviaba sus artículos.

Su anarquismo hispánico se rebelaba contra el automatismo, contra las máquinas, contra esa humillante lucecita roja que le delataba a la policía si no pasaba a recoger su automóvil después de haberse agotado los diez minutos que le permitía tenerlo estacionado su moneda de diez centavos... En fin, contra ese mundo de *Autos* y *Moteles*, perfecta simbiosis de U.S.A.

Uno de sus más originales artículos es el titulado *Poesía de las estadísticas*. La portentosa capacidad de Foxá para transmutar todo, hasta lo más prosaico, en pura poesía, la vemos aquí manifestada ante las ideas y metáforas que le sugieren unas áridas tablas estadísticas que le suministra su compañero de Embajada Alfredo Soler y la revista técnica *El Transporte*.

Las cifras sobre las exportaciones en dólares de España a Cuba y la división mundial de vehículos son para él tan poéticos como los cisnes y las rosas para los poetas románticos. El aceite, los vinos, las salazones, las almendras y los automóviles le sirven para engarzar un rosario deslumbrante de imágenes. Evoca países, ciudades, religiones o razas, anécdotas o citas históricas, y pone en pie todo un cálido poema en prosa con el material que le suministran aquellos fríos datos numéricos.

El *Peso de la púrpura* es el último artículo que figura en *Por la otra orilla*, y tal vez el primero que debería figurar en una Antología de Foxá. Contiene, como en una almendra, lo mejor de su aliento poético, de su estilo de prosista, de su peculiar visión de historiador y sociólogo, a su manera. De no haberle sido concedido el premio «Cavia» en 1949 por *Los cráneos deformados*, es casi seguro que se lo hubieran dado por este artículo, que quedará para siempre como modelo de equilibrio, de armoniosa proporción, de calidad literaria y de pensamiento acertado.

El tema es sencillo: se trata de la pesadumbre del imperio y del mando que se ha abatido sobre los Estados Unidos. Este país históricamente virgen (como el niño o el amnésico), en el que la Geografía triunfaba alegremente sobre la dramática Historia, se ha visto, de pronto, abrumado por la púrpura del poder. La guerra, con su patetismo, y la política con su sordidez, han hecho que broten en los ojos de una muchacha americana de revista satinada, de reina de concurso de belleza en Palm Beach, dos gruesas lágrimas, como si se tratase de una Dolorosa sevillana. Porque

Norteamérica, «que fue feliz con su democracia, con su industria de automóviles y sus vacas, ha sido, de pronto, cogida por las ruedas dentadas y sangrientas de la Historia». El mundo antiguo vuelve a florecer en su suelo: comienzan a tener santos, se producen milagros, sus museos se llenan de objetos históricos propios, sus Cardenales, Príncipes de la Iglesia, acuden a Roma, los americanos comienzan a pensar en el valor de la meditación y del espíritu. A partir de ahora, Truman, aunque aparezca democráticamente entre niños o electores, «es ya Carlomagno; puede entronizar o destronar Reyes en Europa; puede decretar la muerte de los dioses en Asia; puede establecer una república en el imperio del Sol Naciente y quitar su manto imperial a un Príncipe cuyos antepasados fueron contemporáneos de los Faraones». El peso de la Historia ha caído sobre los hombros de los yanquis. «Es glorioso, pero no es cómodo capitanear el mundo. La gloria, generalmente está reñida con la alegría. Norteamérica ha ganado el cetro, pero ha perdido la sonrisa.»

## BIBLIOGRAFIA

- En la muerte de Agustín de Foxá: ADAME, SERAFÍN.
- Primer adiós a Foxá; Agustín de Foxá; Agustín de Foxá, Conde de Foxá; Agustín de Foxá poeta, cronista, novelista, autor teatral, ingenio múltiple; Agustín de Foxá y su silencio: AGUIRRE, JOSÉ FERNANDO.
- Adiós a Foxá: ALAEZ, AMADEO.
- Luto y tristeza de la metáfora: ALBERTI, JUAN.
- El condado de su nombre; Yedra en columna: ALCANTARA, M.
- Cinco encuentros con Foxá: ALEIXANDRE, JOSÉ JAVIER.
- Prólogo a *La niña del caracol*: ALTOLAGUIRRE, MANUEL.
- El último adiós al Conde de Foxá; dos anécdotas (sobre Foxá): ALVAREZ FERMOSEL, JOSÉ LUIS.
- El último verso del poeta; Aunque prevista, la muerte de Foxá impresionó ayer a todo Madrid: ANSON, LUIS MARÍA.
- Una muerte revive unos recuerdos; Ayer falleció en Madrid Agustín de Foxá: ARROITA-JAUREGUI, MARCELO.
- Agustín de Foxá ha muerto: BALANZAT Y DE CAVO, LUISA.
- La América de Agustín de Foxá: BAQUERO, GASTÓN.
- El estilo de Foxá: BOROBO.
- Prólogo a *Un mundo sin melodía*: CALVO, LUIS.
- Viene Foxá: CALVO-SOTELO, JOAQUÍN.
- Cuba en Agustín de Foxá: CANTO HERNANDEZ, ROSENDO.
- Foxá, redivivo: CAÑELLAS, FERNANDO.
- Un recuerdo para Agustín de Foxá: CASTAÑER, MIGUEL.
- Una política, una canción...: CASTRO VILLACAÑAS, ANTONIO.
- Desde la otra orilla: CASTROVIEJO, JOSÉ MARÍA.
- Adiós al maestro: CHLANUEVA, ROBERTO.
- Comentarios en Londres: J. M.
- Cómo vieron a Foxá en vida. (Juicios sobre el autor de Marañón, Fernández Almagro, Pemán, García Viñolas, Gerardo de Diego, Luis Escobar, González-Ruano, Fernández de la Mora, Cortés Cavanillas y Félix García.)
- Después de la muerte de Agustín de Foxá: CORBALAN, PABLO.
- Agustín de Foxá veinte años después: CORREA CALDERON, E.
- El declive de Foxá: J. C.-C.
- Madrid y su parte; El Madrid de Foxá: DIAZ-CAÑABATE, ANTONIO.
- Glosas literales (sobre Agustín de Foxá): DIAZ-PLAJA, GUILLERMO.
- Vitalidad y simpatía: DIEGO, GERARDO.
- Agustín, Conde de Foxá, un español; "El Peatón"; Foxá y el "Cara al Sol": ECHARRI, XAVIER DE.

- Emisión extraordinaria de Radio Juventud en homenaje a Foxá. Intervinieron Pilar Primo de Rivera, Jesús Fueyo, Manuel Aznar y Blas Piñar.
- En la muerte de Agustín de Foxá; El hombre y el poeta: P. C.
- "Era como un virrey del verbo castellano en veinte países." Loa y evocación de Agustín de Foxá. Agustín de Foxá y el himno de la Falange.
- El gran satírico: ESCOBAR, LUIS.
- El tren del poeta; Exito de *Baile en Capitanía*, de Foxá: ESCOHOTADO, ROMÁN.
- Agustín de Foxá, Conde de Foxá: FERNANDEZ ALMAGRO, MELCHOR.
- Escritor y diplomático: FERNANDEZ DE LA MORA, GONZALO.
- Sevilla... y Foxá: FERNANDEZ ORTIZ, CELESTINO.
- El Conde de Foxá, poeta de todos los caminos: FERNANDEZ ROSAS, ANTONIO.
- Melancolía de desaparecer Agustín de Foxá: FIGUEROA, AGUSTÍN.
- Foxá: Por V.
- Foxá, escritor de teatro. La literatura dramática, ilusión y triunfo. La verdad de lo que sucedió en el estreno de *Otoño del 3006*: Por F. C. P.
- Foxá había dicho para *Pueblo*: "Mucho más que la literatura me gusta la vida": *Pueblo*.
- La última singladura del poeta: GARCIA, FÉLIX.
- Agustín de Foxá, Embajador y poeta: GARCIA BAYON, CARLOS.
- "Lo último, de Foxá": GARCIA ESCUDERO, JOSÉ MARÍA.
- *Otoño del 3006*: GARCIA LUENGO.
- Homenaje con foto: GARCIA SERRANO, RAFAEL.
- "¿Tenéis sed, dulces muertos...?": GARCIA VIÑOLAS, M. A.
- Agustín de Foxá; El poeta muerto: GAVILAN, ENRIQUE.
- Al día siguiente de Foxá: GILBERT, RAFAEL.
- Mis meses romanos con Agustín de Foxá: GIMENEZ-ARNAU, JOSÉ A.
- Pequeña historia de grandes personajes; Agustín de Foxá cuenta su vida; El testamento de Agustín de Foxá; "Eso de escribir es una tontería"; A mí, más que la literatura me gusta la vida": GOMEZ-SANTOS, MARINO.
- Una cita romántica de Agustín de Foxá: GONZALEZ-DELEITO, NICOLÁS.
- Palabras para Agustín de Foxá; Nacimiento de Agustín de Foxá: GONZALEZ-RUANO, CÉSAR.
- Ante todo, poeta; Ha muerto el Conde de Foxá; Ha muerto Foxá; La metáfora, de luto: GONZALEZ RUIZ, NICOLÁS.
- Agustín de Foxá académico, diplomático, viajero, hombre: HAEDO, E. U.
- Agustín de Foxá, caballero español; Paseó por el mundo un talento e ingenio de primer orden: HERRERO, PEDRO MARIO.
- Agustín de Foxá: HERRERO GARCIA, M.
- Recuerdo, Agustín de Foxá: INSUA, ALBERTO.
- Agustín de Foxá, prodigio humano y literario: LACASA LACASA, JUAN.
- Presencia de Foxá en Sevilla: LAFFITA, JUAN.
- El Conde de Foxá tenía grandes deseos de venir a Tenerife. "Las Canarias son juveniles y milenarias", dijo en la entrevista evocada en el presente reportaje: LAGUNA, DOMINGO DE.
- Agustín de Foxá; Mínimo homenaje personal al ilustre poeta: LARA, JOSÉ MANUEL.

- Última carta a Agustín de Foxá: LEZCANO, AURORA.
- En Sofía con Foxá: LION DEPETRE, JOSÉ.
- Foxá, mediterráneo: LORENZO, PEDRO DE.
- Prólogo a *El toro, la muerte y el agua*: MACHADO, MANUEL.
- Foxá, el madrileño catalán: MANZANO, RAFAEL.
- "Poeta cuyos versos se recuerdan": MARAÑÓN, G.
- Agustín de Foxá: MATEU ABRIL, FRANCISCO DE JAVIER.
- En la muerte de Agustín de Foxá: MARTINEZ DRAKE, LUIS.
- La muerte del Conde de Foxá; Agustín de Foxá no ha llegado a ocupar su sillón en la Academia: MARTINEZ GARRIDO, ALFONSO.
- Una Europa llamada Agustín: MASOLIVER, JUAN RAMÓN.
- El poeta caminante: MATEO, LOPE.
- Foxá o la vida: MEDIANO FLORES, EUGENIO.
- "Habanera" en memoria de Agustín de Foxá; Agustín de Foxá, poeta imperial: MONTES, EUGENIO.
- Evocación del Conde de Foxá: MONTESDEOCA SANCHEZ, PAULINO.
- Recuerdos de medio siglo; Cómo conocí a Agustín de Foxá: NADAL, JOAQUÍN MARÍA DE.
- Foxá, el malogrado; La obra de arte, su gran vocación; *Madrid, de Corte a Cheka*; Agustín de Foxá escribió la mejor novela de la guerra española: NEVILLE, EDGAR.
- Agustín de Foxá: OBREGON, ANTONIO DE.
- Agustín de Foxá, Conde de Foxá, ha muerto esta madrugada: OLANO, ANTONIO DE.
- Poeta entre corondeles: PANIAGUA, DOMINGO.
- Verdad y apariencia de Agustín: PAMAN, JOSÉ MARÍA.
- En la muerte de Agustín de Foxá: PEÑA, FERNANDO J.
- Unas reuniones en el Colegio del Pilar: PEÑA, JUAN JOSÉ.
- Agustín de Foxá: PEREZ DEL BOSQUE, JOSÉ.
- Agustín de Foxá: PEREZ MARTIN, JOSÉ MARÍA.
- En la muerte de Agustín de Foxá; Una pluma más...: PEREZ TORRES, A.
- Así escribe Agustín de Foxá: PRADOS DE LA PLAZA, LUIS.
- Mínimo adiós a Foxá: QUIÑONES, FERNANDO.
- La obra de Foxá: RODRIGUEZ ALCALDE, LEOPOLDO.
- Agustín de Foxá: el eterno adolescente: RODRIGUEZ MENDEZ, JOSÉ MARÍA.
- Agustín de Foxá: RUIZ GARCIA, ENRIQUE.
- Los últimos meses de Foxá: RUIZ TABANERA, SANTIAGO.
- El último viaje de Agustín de Foxá: SALCEDO, EMILIO.
- Caminos madrileños de Agustín de Foxá; El último paseo del Conde de Foxá: SAMPELAYO, JUAN.
- El periodista Agustín de Foxá: SANDER, CARLOS.
- Un recuerdo para Foxá: SANJUAN URMENETA, JOSÉ MARÍA.
- Recuerdo de Agustín: SAMPELAYO, JUAN.
- Agustín de Foxá; Despojo y eternidad; Epílogo a la vida de un alegre maestro: SANTAFE, MIGUEL ANGEL.
- Recuerdos de Agustín de Foxá y Foxá: el último español del Renacimiento; Madrid llora la muerte de un eximio poeta; Semblanza y biografía de Agustín de Foxá; Un hombre característico de su generación: SANTOS, DÁMASO.

- Maestro, camarada, amigo...; Postrer adiós a Agustín de Foxá: SOTOS, JESÚS.
- Agustín, ingenio y nostalgia; Agustín, autor teatral: TORRENTE BALLESTER, GONZALO.
- La calle de Agustín de Foxá: VALCARCAL, DARÍO.
- Foxá, "enfant terrible": VAZQUEZ-DODERO, J. L.
- Agustín de Foxá, el hombre: VILLANUEVA DE LA ROSA, J.
- Poeta andariego con casaca diplomática; Una dedicatoria de Foxá y Foxá en la Zarzuela: XIMENEZ DE SANDOVAL, FELIPE.
- Era en verdad un lujo de España y Prefacio a las *Obras completas*, de Foxá: FERNANDEZ DE LA MORA, GONZALO.
- Evocación de Agustín de Foxá en el castillo de sus antepasados: UTRILLO, MIGUEL.
- Margarita Foxá, Marquesa de Casa Calvo: CONDE DE SAN JUAN DE JARUCO.
- En la noble casa del Conde de Foxá: SANDER, CARLOS.
- Agustín de Foxá en su casa: SAMPELAYO, JUAN.
- Jofre de Foxá: GONZALEZ HURTEBISE, EDUARDO.
- Jofre de Foxá: GUARDIOLA ROVIRA, R.
- Agustín de Foxá: CALVO SOTELO, JOAQUÍN.
- El arte de la réplica: XIMENEZ DE SANDOVAL, FELIPE.
- La Iberia de Foxá: FERNANDEZ GOMEZ, JOSÉ.
- Discurso necrológico en la Real Academia en honor de Foxá: Marqués LUCA DE TENA.
- Alicia de Larrocha en el Monasterio de Lupiana: RUIZ MORALES, J. M.
- Ciudad Rodrigo en la vida y en la obra de Foxá: GARCIA RISUEÑO, LUIS.
- Agustín de Foxá, gala y lujo de España: CUSTODIO PAZ, ANTONIO.
- Agustín de Foxá ha muerto: HUERTA, JESÚS.
- Agustín de Foxá: FOXA, JAIME DE.
- Foxá: LEZCANO, AURORA.
- La inquietud religiosa en Agustín de Foxá: Marquesa de O'REILLY.
- Agustín de Foxá: GUILMAIN, ANDRÉS.
- Foxá, su Madrid, la corte y la checa: GONZALEZ RUANO, C.
- Conversación con Agustín de Foxá: GONZALEZ RUANO, C.
- Un adiós a Agustín de Foxá: MALAGRIDA, JOSÉ MARÍA.
- Ha muerto un español universal: SERNA, ALFONSO DE LA, y MEDINA, ISMAEL.
- Los hijos del poeta: LUCA DE TENA, TORCUATO.
- De corte a checa: GARCIA, FÉLIX, P.
- En un ingenio azucarero: HIDALGO DE CAVIEDES, HIPÓLITO.
- La Muerte y el Conde de Foxá: SOUSA, JULIO.
- Carta a unos amigos: SAMPELAYO, JUAN.
- Recuerdo de Foxá: CABALLERO CALDERON.
- La capa y la espada: ZUBIAURRE.
- Foxá y su técnica de novelar: ENTRAMBASAGUAS, J. DE.
- Las mejores novelas contemporáneas: ENTRAMBASAGUAS, J. DE.